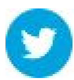


NUESTRO ÚLTIMO VERANO EN LA ISLA

Planeta

Índice


You
Tube

in

Sinopsis

La muerte del señor Martín y su decisión de incluir a Lucas y Marina en el testamento hace que ambos se reencuentren en la casa en la que pasaron los veranos de su infancia; la casa en la que se enamoraron y se hicieron promesas que acabaron rotas.

Después de un reencuentro incómodo, Lucas y Marina deciden investigar los hechos que desembocaron en su ruptura hace casi dos décadas. Para ello tendrán que viajar cuarenta años atrás en el tiempo, hasta el último verano de la dictadura, el que marcó las vidas de sus padres y condicionó para siempre el futuro de ambas familias.

¿Se arrepentirán Lucas y Marina de desvelar los secretos que llevan tantos años guardados? ¿Serán capaces de continuar con sus vidas después de sacar al descubierto décadas de mentiras? Y, sobre todo, ¿podrán reencontrarse en el mismo lugar en que la vida los separó?

Nuestro último verano en la isla

Abril Camino



A mi padre y a mi madre,
que hicieron su revolución con discos de Los Bravos, minifaldas de cuero, huelgas estudiantiles y ansias de libertad.
Y por los recuerdos compartidos, que son este libro.

A todos los hombres y mujeres del mar.

Todas las familias felices se parecen unas a otras; pero cada familia infeliz tiene un motivo especial para sentirse desgraciada.

Ana Karenina, LEÓN TOLSTÓI

Veinte años fue ayer, y ayer era esta mañana, y esta mañana parece estar a años luz.

Llámame por tu nombre, ANDRÉ ACIMAN

NOTA DE LA AUTORA

Todos los hechos que se narran en esta novela y los personajes que la protagonizan pertenecen al ámbito de la ficción. Por lo tanto, cualquier parecido con personas o sucesos reales es pura coincidencia.

Sin embargo, por primera vez desde que empecé a escribir, he utilizado mi ciudad como uno de los escenarios de la trama. Esa ciudad, para mí, para la mayoría de sus habitantes y para varios personajes de esta novela, se llama Coruña. Para muchas otras personas, para la RAE y para otros personajes de esta historia, es La Coruña. Y para otras tantas y de forma oficial, su nombre es A Coruña. Sirva esta nota como aviso de que me he tomado la libertad de mencionar la ciudad de una u otra manera en función del narrador o personaje que la nombra.

1

Marzo de 2015

Marina siempre se ha preguntado cuánto influye su nombre en su amor por el mar. Si quizá oír esa palabra asociada a ella cuando era aún un bebé le infiltró en el inconsciente un apego que por momentos llegó a convertirse en obsesión. O tal vez al contrario: si sus padres intuyeron de alguna manera que toda su existencia estaría ligada al mar y le pusieron al mismo tiempo nombre y adjetivo. Porque Marina, por encima de cualquier otra cosa, es marina. Marítima, náutica, oceánica.

Y, sin embargo, nunca hasta este momento se le había ocurrido pensar que las travesías parecen a veces un parpadeo. Cuando la proa se eleva sobre el mar picado, el horizonte desaparece de su vista; cuando el barco vuelve a la posición natural, mientras sus oídos registran el familiar choque líquido del casco contra el agua, abre los ojos y el horizonte vuelve a estar ahí. Y en él se recorta ya la silueta familiar de la isla, que parece temblar con cada bamboleo del barco que acerca a Marina a su costa. Una isla que flota sobre las aguas del Cantábrico, majestuosa, que alza su cumbre hacia el cielo encapotado e ilumina de forma intermitente las olas rizadas con el haz de luz de su faro. Aunque ya ha amanecido, el día es tan oscuro que el sistema automático de encendido aún no se ha dado cuenta.

Es un día oscuro, sí. La primera vez, que Marina recuerde, que llega a la isla con los ojos arrasados en lágrimas. Incluso le parece extraño que nada haya cambiado, que el campanario de la iglesia se recorte contra las nubes, que los barcos de pesca regresen a puerto y que no se pueda percibir en la distancia que la isla está triste. Porque Marina está segura de que esa franja de tierra ha llorado tanto como ella desde que la tarde anterior perdieron, ambas, a una de sus personas más queridas.

—¿A qué hora es el entierro? —le pregunta Pedro, cigarrillo

entre los labios y timón en las manos.

—A las siete y media.

—¿Tan tarde?

—Dejó dicho que no quería más de una noche de velatorio, y tenía que ser así para que se cumplieran las veinticuatro horas.

Pedro asiente y Marina agradece que sea hombre de pocas palabras. Aún le parece inverosímil estar ahí, dirigiéndose al único lugar del mundo al que llama hogar, para despedir por última vez al señor Martín, el hombre que ha sido como su abuelo, a pesar de que no compartían ni una molécula de ADN.

La tierra a la que se acerca la pequeña lancha de pesca de Pedro el Portugués con un borboteo de su motor de gasoil tiene nombre propio desde hace algo más de diez siglos, pero ningún lugareño la ha conocido jamás por otro apelativo que el genérico: «La isla». Todo aquel que añade un topónimo a esas dos palabras es identificado de inmediato como forastero. Y Marina no lo es. No lo ha sido nunca, aunque no naciera en la isla ni se criara en ella ni haya vivido allí más que durante un mes cada año y algunos fines de semana esporádicos. Puede que ella no viva en la isla, pero la isla habita en su interior desde que tiene uso de razón. Allí están sus raíces, unas que no tienen nada que ver con un árbol genealógico, pero que se agarran a la tierra con más fuerza porque están hechas de vivencias que atan su memoria a un lugar que visita demasiado poco.

Marina sonríe —quizá su primera sonrisa en las últimas doce horas..., quizá la única en los últimos cuatro años— cuando el barco se enfrenta a una ola algo mayor que las anteriores y se desequilibra unos instantes mientras baila con ella una danza de la que los dos saldrán victoriosos. Marina consigue mantenerse en pie valiéndose tan solo de un gesto casi innato de sus rodillas y corresponde a la sonrisa orgullosa que le dedica el patrón. La de ella es triste, por todos los recuerdos que conlleva, pero también tiene un punto de satisfacción al sentir que el mar sigue siendo parte de su cuerpo, aunque en los últimos tiempos lo tenga abandonado.

La lancha de Pedro llega al puerto pesquero del oeste de la isla. El pequeño ferri de línea regular que mantiene la isla conectada a tierra opera desde el puerto deportivo que se construyó en los años ochenta para dar servicio a los turistas, cada vez más habituales, que edificaron sus casas en la parte oriental; también allí llegan los

catamaranes que, cada hora, invaden la isla en los meses de verano. Pero atracar en el puerto pesquero le ahorrará una buena caminata hasta el tanatorio. Que no le apetezca caminar por la isla es otra novedad para Marina.

Se despide de Pedro con un gesto desvaído, después de una breve discusión porque él se niega a cobrarle el trayecto. Marina sabe que no lo hace como deferencia a ella, sino al señor Martín, que era uno de sus mejores amigos. Cuando lo llamó la noche anterior para decirle que pretendía estar en la isla a primera hora de la mañana, él no dudó en recogerla con su lancha, sin pensar ni por un momento en esos diez euros con los que complementa su jubilación llevando y trayendo a personas a la isla fuera de los cauces oficiales. Sabe que más tarde se verán en el tanatorio; intentará acordarse de invitarlo a un café como agradecimiento.

No es hasta que entra en el velatorio y empieza a recibir abrazos y palabras de consuelo cuando es consciente del todo de que Martín ha muerto y ella está ahí para decirle adiós. La cabeza empieza a dolerle después del tercer saludo y se siente ingrata; es un honor que toda la isla parezca haberse reunido para la despedida y mucho más lo es que nadie dude en tratarla como si fuera familiar directa del difunto. Es un orgullo que varias personas le repitan lo que ella ya sabe: que nadie consigue imaginar la isla sin el señor Martín. Logra desembarazarse para llegar hasta el ataúd y comprueba aliviada que está cerrado; cree recordar que el abogado que la llamó para darle la noticia la avisó de que Martín había dejado resueltos todos los detalles de su despedida, pero en ese momento Marina estaba llorando tanto que no puede asegurarlo. Se alegra, en cualquier caso, de tener la oportunidad de recordarlo como era la última vez que lo vio, con la pipa apretada entre los dientes y un brillo de humor permanente en sus ojos.

Las horas pasan rápido, como envueltas en una bruma acorde con el clima. A media tarde, Marina se ve arrebujada en su bufanda, caminando hacia la iglesia parroquial; casi está a punto de darle la risa al pensar que su despedida de Martín vaya a tener lugar en terreno consagrado. Esa será solo la oficial; el adiós de verdad se lo dirá al llegar a su casa, a ese hogar entre cuyas paredes fueron como abuelo y nieta a pesar de la genética, como viejos amigos a pesar de la edad. Los dos pequeños hoteles de la isla no están abiertos en esta

época del año, pero Marina tampoco se habría molestado en reservar habitación en ninguno de ellos, porque sabe que al señor Martín le habría gustado que durmiera en su casa —*su* de él, *su* de ella— esa noche. Incluso en caso de que no haya una llave disponible, conoce mil y una maneras de colarse dentro sin que nadie la vea.

Durante la ceremonia, es incapaz de prestar atención a las palabras del sacerdote y, mientras lo entierran, no quiere ni mirar. Prefiere repasar dentro de su cabeza, como si fuera una película, las imágenes de los últimos momentos que pasó junto a él. Lo notó desmejorado en Navidad, cuando logró escaparse medio día de su férrea rutina para ir a visitarlo, pero ni en su peor pesadilla imaginó que el final estaría tan cercano. El carnet de identidad decía que era un hombre anciano, pero Martín seguía levantándose cada día al alba para ocuparse de las tareas del huerto, bajaba en su ciclomotor al puerto de pescadores y fumaba de su pipa mientras escuchaba lo mal que había ido la pesca, lo poco que daba ya el mar, lo difícil que era el día a día para quienes se entregaban a las aguas inciertas de un océano que robaba algunas vidas de golpe y otras las desgastaba poco a poco. Por las tardes tenía una cita fiel con la siesta, se acercaba al despertar al bar de Luis, veía algún partido de fútbol y se quedaba después adormilado en el sofá de su casa con la radio encendida de fondo. Esa era su vida a los noventa y un años. La misma que Marina le conoció siempre, y ella ya anda cerca de los treinta y nueve. Quizá debería haber imaginado que algún día se acabaría, pero no había sido capaz de concebirlo antes de que aquella llamada la devolviera de una bofetada a la realidad de que nuestros seres queridos son mortales.

Marina lleva pasando los veranos en ese lugar perdido en el Cantábrico desde que nació, y mucha gente ha estado a su lado en esos meses de agosto que duraban al mismo tiempo una eternidad y un suspiro. Sus padres, sus amigos, algún gran amor, incluso los gatos de la casa, que no pertenecían a nadie más que a la tierra. Todos han ido y venido menos el señor Martín. Él era su constante, y Marina tiene la sensación de estar flotando sin anclaje a tierra desde la maldita llamada que le comunicó que lo habían encontrado muerto en un lateral de la casa, junto a una parrilla con las ascuas aún humeantes.

Marina quiere pensar que murió haciendo lo que más le gustaba: asar pescado recién sacado del mar, aunque fuera para comérselo él

solo. Quiere pensar que la muerte lo sorprendió rápido, que no sufrió, que no tuvo tiempo para darse cuenta de que la vida se le escapaba entre los dedos. Quiere pensar lo mismo que piensa todo el mundo cuando pierde a un ser querido, aunque no siempre sea cierto. Y también quiere convencerse de lo más lógico, de las palabras que le dijo su tía Fede cuando la llamó para explicarle que debía ir a la isla a despedir a Martín: que tenía noventa y un años, que había vivido una existencia plena, que es ley de vida.

Aunque, en realidad, Marina solo es capaz de pensar que maldita sea la vida si sus leyes dictan que las buenas personas se marchen sin decir adiós.

Es ya noche cerrada cuando enfila el camino hacia la casa de Martín. Las olas rompen en la arena, casi al pie de las escaleras de la entrada, y Marina se da cuenta de que probablemente a partir del día siguiente tenga que dejar de llamarla así. Será su casa, la de ella, pero ni siquiera es capaz de asumirlo. Martín era viudo; Marina apenas recuerda a Dora, su mujer, que falleció un invierno cuando ella aún era muy pequeña. Solo conserva de aquel momento una especie de *flash* de sus padres diciéndole una tarde de diciembre que tenían que viajar a la isla, aquel lugar que estaba reservado a los meses de verano, y que ella se puso muy contenta. Luego le explicaron la razón, le dijeron que ella no podría acompañarlos porque era muy pequeña y Marina lloró durante horas porque, aunque ni sabía lo que era un entierro, ella querría haber estado allí, en su lugar favorito del mundo, junto a aquel hombre de barba blanca y gesto enjuto que para ella era algo más que un abuelo prestado.

El señor Martín y su mujer nunca tuvieron hijos y todos sus familiares en diferentes grados murieron hace ya años. No hay ningún heredero que se pueda hacer cargo de la casa familiar y alguna que otra vez a Martín se le escapaba que querría que fuera para Marina. Ella no había querido escucharlo, porque le parecía imposible imaginar aquella casa sin Martín sentado en el banco de madera de su parte delantera, con su pantalón de mahón y chupando con ansia de la pipa que tantas veces le había prohibido el médico.

Pero ahí está. La casa. Ella. Y la ausencia del hombre que le dio sentido a la palabra *verano*. Marina resopla tres veces antes de poner la planta del pie en el primer escalón de los siete que separan la finca de la calle. Desde niña, siempre le resultó curiosa esa elevación del

terreno, como si alguien hubiera querido añadir majestuosidad a una casa que, ya de por sí, provoca en quien la ve ganas de hacer una genuflexión. Quizá hasta es incongruente en una pequeña isla de pescadores que ha sufrido tantos vaivenes en los últimos siglos. Ni es una de las pequeñas casitas pintadas de colores de la zona más cercana al puerto pesquero, ni una de esas construcciones horrendas que proliferaron en los años setenta y ochenta en la parte más cercana a la playa grande, antes de que una ley de protección medioambiental evitara que los tiburones inmobiliarios arrasaran con todo vestigio de la isla que un día fue.

La casa del señor Martín es una típica vivienda indiana, construida más de un siglo atrás por un antepasado de Dora, su mujer, que volvió a su tierra natal con los bolsillos llenos de dinero cubano. Habían llegado a existir dos o tres casas más del mismo estilo en la isla, pero de ellas ya no quedan ni las ruinas. Solo la de Martín y Dora permanece en pie, orgullosa, recordando un pasado que a ratos fue glorioso y, en otros momentos, más duro de lo que la mente de Marina podría imaginar.

Es una casa de tres plantas, coronadas por un desván al que siempre tuvo prohibido subir cuando era niña. Sus padres y el señor Martín decían que había demasiados ratones porque la estructura era de madera, pero a ella siempre le gustó soñar que se escondían allí secretos que estaba deseando descubrir. La fachada, pintada de color ocre, esconde tras los balcones verdes nueve habitaciones de las que Marina conoce cada rincón; en ellas jugó al escondite, se quedó castigada alguna tarde de sol, preparó exámenes universitarios y aprendió a enamorarse. Junto a la casa principal, en una construcción anexa, hay otra vivienda, mucho más pequeña, que en su día había sido para el servicio de aquellos emigrantes retornados, y que lleva vacía, casi abandonada, dieciocho años. Marina decide, por salud mental, vetarse el recuerdo de la última vez que la puerta de la casa pequeña se cerró.

No sabe si reír o llorar al pensar en qué va a hacer ella como propietaria de dos construcciones en la isla. De once habitaciones, tres cuartos de baño, dos cocinas, dos salones, dos desvanes, dos mil metros cuadrados de terreno, un huerto y —según deduce de la observación por la ventana del que siempre ha sido su cuarto— también de dos gatos. Es bastante paradójico que esté a punto de

obtener todo ese espacio en una isla perdida en el Cantábrico cuando en Coruña sigue viviendo en el piso que compraron sus padres en los años setenta.

A mediodía del día siguiente tiene una cita en el pueblo. El pueblo, al igual que la isla, tampoco tiene un nombre propio que merezca la pena recordar. Todos saben a qué pueblo se refieren cuando lo mencionan. Es el lugar al que se va para visitar al médico, hacer trámites burocráticos o comprar víveres inaccesibles desde la isla. Los separan poco más de dos millas náuticas —algo menos de cuatro kilómetros—, pero a ningún isleño le apetece ir allí más de lo estrictamente necesario. Para Marina, el pueblo es, en este momento, el lugar donde la ha citado el abogado para exponerle algunas cuestiones relacionadas con la herencia del señor Martín; al parecer, el viejo no era tan ingenuo con respecto a su propia mortalidad como Marina, y dejó su marcha bastante bien atada.

La herencia no le reportará una gran riqueza. Todo el terreno es un espacio protegido y no se puede tirar abajo la casa para construir un edificio de apartamentos. Además, ella preferiría encadenarse a la puerta de entrada antes de permitir que eso ocurriera. Por respeto al señor Martín, y también por cariño a una isla en la que a veces desea que nada cambie para poder sumergirse en el recuerdo de unos tiempos en los que fue la persona más feliz del mundo dentro de los confines de aquel lugar.

Marina decide posponer el pensamiento de qué hará con la casa hasta que todos los papeles estén firmados y la pena lacerante que le ha provocado la muerte de Martín se vaya diluyendo. Dejará poso, eso lo sabe bien ella, que acerca de la pérdida podría escribir un manual, aunque tendría que omitir por desconocimiento el capítulo sobre cómo superarla.

Para alejar las lágrimas, abre el armario y busca un pijama de invierno; hace ya años que no necesita preparar las maletas para ir a la isla, porque en su habitación de la casa tiene todo lo necesario. Rescata también de un cajón un cargador de repuesto; la cobertura de móvil en la isla ha mejorado mucho en los dos o tres últimos años, aunque el precio sea tener que soportar la visión de una horrible antena de telefonía junto a los acantilados. Aun así, es difícil deshacerse de las viejas costumbres y Marina comprueba varias veces que su teléfono esté operativo por si surge alguna urgencia en Coruña.

Es la primera vez en casi cuatro años que Marina abandona la ciudad sin una intensa planificación previa. Espera que sean apenas veinticuatro horas. Se sienta en el alféizar de la ventana y deja que sus ojos se pierdan en el mar, en las olas, buscando la calma que siempre le provoca oírlas rugir.

Y entonces es consciente de su misión en ese lugar. No es heredarlo ni cuidarlo ni regresar cada verano a dejar que el sol se pose sobre su piel y barra parte de las preocupaciones que asolan su día a día. Su misión es recordar. No ha cumplido aún los cuarenta, pero ya es la única persona que puede atesorar los momentos que convirtieron la isla en algo más que un pedazo de tierra rodeada de agua. Martín se ha ido, Dora lo hizo mucho antes. Su padre murió hace tiempo, Angie ni siquiera recuerda. De Lucas hace casi veinte años que no sabe nada. Y todas las demás personas que algún día compartieron con Marina aquella casa, aquella isla, están demasiado lejos, en todos los sentidos posibles del término, como para acompañarla en la tarea de recordar.

No ha probado bocado desde el desayuno ni piensa hacerlo. Solo quiere quedarse ahí, en esa ventana junto a la que tantas horas ha pasado en su vida, recordando las historias que su madre le contaba cuando era adolescente. Las que escuchaba de niña, cuando todos pensaban que estaba acostada, pero en realidad se quedaba junto a Lucas en la escalera, los dos muy pegados a la fina pared que la separaba de la cocina, y trataban de imaginar a sus respectivos padres metidos en las pieles de aquellos adolescentes de los que hablaban en sus anécdotas de un tiempo pasado en el que nada era mejor.

Marina no sabe aún todas las historias que esconde la isla. Algunas quedarán para siempre enterradas en el olvido que imponen los años. Otras las irá descubriendo poco a poco. Unas cuantas harán que su existencia, sus principios, aquello en lo que siempre ha creído, su imagen de las personas que marcaron su vida, se tambaleen. Pero eso tampoco lo sabe. Sentada en el alféizar pintado de verde de su dormitorio, solo llora por Martín. Porque es consciente de que su ausencia le dolerá siempre. Y llora también por eso que alguien le dijo una vez: que una pérdida nunca es solo una pérdida, también es el recuerdo de todas las que llegaron antes.

Marina cierra los ojos y se sorprende cuando la cara que se dibuja en el reverso de sus párpados no es la de Martín. Es la de Angie. Su madre. Y se sorprende a su vez de su propio asombro, porque ya

debería haberse acostumbrado. Le ocurre de forma constante. Angie siempre está ahí, llenándolo todo con su ausencia, por muy paradójico que le suene cuando lo dice en voz alta. Y no es la Angie actual, la que se ha convertido en una sombra de lo que fue, quien ocupa la mente de Marina. Es otra. Es la mujer que la tuvo siendo poco más que una adolescente y siempre se negó a que la llamara «mamá», porque ella era así, excéntrica para algunos, rara para otros. La que la crio rodeada de amor, de ideales, de música que nadie más escuchaba, de libros que contaban historias que Marina ni siquiera entendía… hasta que las entendió. La mujer que aún hacía que las miradas se volviesen a su paso después de cumplidos los cuarenta, y los cincuenta, y a la que le gustaba caminar descalza por la isla cada verano porque eso era lo que llevaba haciendo desde que era niña. La que la enseñó a pensar, a entender, a querer. La que la llevó por primera vez a aquella isla y con sus historias hizo que se enamorara de cada piedra que la compone.

—Angie… —susurra a la nada—. ¿Cómo puedes haberme dejado sola aquí?

2

Angie

No es fácil datar el comienzo de la historia que nos ocupa, la que cambió varias vidas y tiene fuerza aún para darles la vuelta a unas cuantas más. Puede parecer que comienza esa noche en que Marina llora desolada la pérdida del señor Martín, pero no es así. Tal vez si le preguntáramos a ella, a Marina, fijaría el punto de partida de todo en la noche de finales de agosto de 1997 en que su corazón se rompió en un millón de pedazos de los que solo fue capaz de recomponer más o menos la mitad. Pero tampoco sería verdad. Teniendo en cuenta que la isla es el alfa y el omega de todo, podríamos pensar que la historia comenzó hace trescientos veinticinco millones de años, en el momento en que los antiguos continentes de Laurasia y Gondwana colisionaron y dieron origen a ese pedazo de tierra que ahora se alza orgulloso a unas millas de la costa cantábrica. Pero quienes saben lo que ocurrió, los pocos que conocen la versión completa y también los que solo han vivido o presenciado retazos, no dudarían en poner en el centro de todo a Angie.

Así que podríamos decir que esta historia empieza un día de finales de junio de 1956 en un modesto piso del barrio de la Pescadería, en Coruña, cuando, tras varias horas de parto y angustia, vino a este mundo María de los Ángeles Naya Fernández. Aunque el verano incipiente hacía que el cielo aún estuviera claro después de las nueve de la noche, aquella era una España gris. Aquel invierno el país había sufrido la mayor ola de frío de su historia, que dejó un reguero de muertos que a pocos importaban. El mundo hablaba de *rock and roll*, pero en las radios de las cocinas españolas sonaban el *Soy minero*, de Antonio Molina, y los *Doce cascabeles* que llevaba el caballo de Joselito. Faltaban aún unos meses para que Televisión Española comenzara sus primeras emisiones. Y, mientras la guerra iba quedando en el olvido y España ingresaba en la ONU, nacía el

movimiento estudiantil contra la dictadura, en la Facultad de Derecho de San Bernardo, en Madrid.

Pero nada de eso importó aquella noche en que, veintitrés días antes de que el cura del barrio la cristianara con su nombre oficial, ya toda la familia se había encargado de bautizar a María de los Ángeles como Geles. Quedaban aún diecisiete años para que Keith Richards y Mick Jagger compusieran a cuatro manos *Angie* y fuera ella misma quien decidiera su nombre definitivo.

Angie, Geles aún, fue la primera hija del matrimonio formado por el encargado de una pequeña fábrica de refrescos y una modista a los que la vida, Dios o quien sea no les dio más descendencia. Creció rodeada de amor y de los caprichos que sus padres podían permitirse darle a fuerza de apretarse el cinturón. Cuando tenía cuatro años, la llevaron por primera vez a la isla. Acababa de empezar la década de los sesenta y el veraneo era el sueño de toda una generación de españoles que habían crecido entre el miedo de la guerra y el hambre de la posguerra. Después de que la madre de Angie insistiera mucho para que se permitieran aquel desembolso insólito en la economía familiar, su padre aceptó. Visitaron la costa de Lugo en primavera, en un coche prestado, buscando un lugar donde pasar las vacaciones, algo que el cabeza de familia aún consideraba una locura. Barajaron varias opciones, pero la isla empezaba ya por entonces a hacer de las suyas y ejerció su poder magnético sobre la familia de Angie. Acabaron por apalabrar el alojamiento en la casa de un matrimonio sin hijos, Martín y Dora, para el mes de agosto. Y así escribieron la primera línea de esta historia.

Los años pasaron, Angie creció y ya en sus tiempos de instituto deslumbraba por las dos cualidades que cualquiera que la haya conocido mencionará si le preguntan: su belleza y su rebeldía. Lo primero a ella le importaba poco, aunque cuando le decían que se daba un aire con Ingrid Bergman no podía evitar que se le escapara una sonrisa de fingida modestia. Los menos cinéfilos decían que a quien de verdad se parecía era a aquella nieta del Caudillo que un día quiso ser reina por obra y gracia del matrimonio. Huelga decir que a la Angie rebelde aquella comparación le hacía rechinar las muelas.

Aunque sus padres habrían querido que fuera maestra o enfermera, como la mayoría de sus amigas, Angie se había empeñado en estudiar el Bachillerato Superior y aquella cosa llamada COU que

había venido a sustituir al antiguo Preu. Respiraron tranquilos cuando se matriculó en Biológicas, que podía cursar en la ciudad, a unos minutos andando de casa. No querían que se fuera a una de aquellas ciudades de ambiente universitario; a su padre lo aterraba imaginarla en brazos de algún compañero de aspecto hippy, y su madre estaba segura de que se metería en el meollo de las protestas que eran ya en aquellos últimos años del franquismo el pan de cada día de la vida universitaria. Ninguno de los dos iba muy desencaminado; la conocían demasiado bien.

Angie llegó al verano de 1975 con la alegría de haber aprobado todas las asignaturas de su primer curso universitario y llena de ansiedad por que julio pasara pronto. Habían transcurrido quince años desde la primera vez que había pisado la isla y ya no imaginaba un agosto sin sentir la arena de aquel lugar entre los dedos de los pies, sin dormirse mecida por el rugir de las olas, ni tampoco sin encontrarse con sus dos mejores amigos.

Esa era la Angie que llegó el 1 de agosto de 1975 a la isla. La que aún no era madre de Marina. La que no sabía que protagonizaría una historia llena de amistad, de amor, de verbenas al arrullo de la orquesta, de rebeldía necesaria, de conversaciones mientras vuelan las perseidas, de pasiones irrefrenables, de celos inevitables, de carcajadas, miserias, lágrimas y sonrisas. De todas las pasiones humanas, en definitiva, las mejores y las peores. No sabía que cuarenta años después esa historia volvería a despertar. En aquel momento, con diecinueve recién cumplidos, Angie ni siquiera sabía que ella era la única estrella de aquel mes de agosto que no se convertiría en fugaz.

3

Agosto de 1975

Angie miró hacia el cielo cuando un par de gotas mojaron el camino de tierra que conducía al faro. Unas nubes blancas y espesas cubrían el sol casi por completo, pero no amenazaban con descargar con fuerza. Los veranos en el norte tenían la capacidad de convertir a cualquiera en meteorólogo. A ratos eran como un invierno suave; otros, como un otoño precoz; a veces, una primavera esperanzadora. Pero casi nunca eran lo que en otras latitudes se conocía como «verano».

A Angie le encantaba. El verano y toda la isla en general. Allí no había prisas por encontrar una sombra ni peligro de insolaciones ni necesidad de esconderse de las altas temperaturas a mediodía. Quizá un chaparrón imprevisto —todos lo eran— podía estropear una tarde al aire libre, pero hacía falta mucho más que mal tiempo para interponerse en los planes de la chica que era en aquel verano de 1975.

En la distancia oteó dos siluetas que podría diferenciar entre un millón. Hombros anchos, pieles bronceadas y dos volutas de humo ascendiendo frente a ellos. Damián, con su pelo moreno algo largo y el ceño fruncido. Víctor, dejando que el sol dibujara dorados en sus rizos y tan cómodo en su propia piel. Angie sonreía al mirarlos, sabiéndolos aún ajenos a su presencia. Y sonreía porque ellos, su simple existencia, la hacían feliz.

Estaba siendo un verano extraño hasta aquel momento. Desde hacía once años, desde que ella tenía solo ocho, habían pasado juntos cada minuto de los sucesivos meses de agosto. Víctor vivía en Madrid y había sido en aquel verano de 1964, el de los supuestos «veinticinco años de paz», cuando su familia cambió los aires del sur por un veraneo diferente en la isla. Alquilaron la casa pequeña anexa a la del señor Martín y ya ese primer año empezaron la costumbre de dejar el arrendamiento apalabrado de un verano para otro. Pero en el verano

del 75, nadie sabía aún por qué, Víctor no había aparecido por la isla hasta el 15 de agosto.

Damián era sobrino del señor Martín. Se había criado en Asturias, pero no había faltado nunca a su cita veraniega con la isla. Desde hacía siete años se había mudado de forma definitiva a vivir con su tío, así que Angie había supuesto que siempre lo encontraría allí, en la finca trasera de la casa, reparando sus anzuelos o limpiando las capturas del día. Pero aquel verano se había reenganchado a la última costera del bonito y acababa de desembarcar esa mañana. Angie aún no lo había visto más que de refilón; sus padres la habían arrastrado a la misa de la Virgen de agosto justo en el momento en que él regresaba del mar y solo les había dado tiempo a quedar para un rato después en el lugar de siempre. En el faro.

Una gaviota pasó sobre su cabeza en vuelo rasante y Angie sintió que había estado a punto de llevarse el prendedor con el que se recogía el pelo, así que soltó un gritito que alertó a sus dos amigos de su presencia. Víctor la recibió con una sonrisa de oreja a oreja; Damián, con una más comedida, el labio inferior prendido entre sus dientes algo torcidos.

—Ya era hora, María de los Ángeles —se burló Víctor en cuanto ella los alcanzó. Damián soltó una carcajada en voz baja, pero se reconcilió con Angie lanzándole un paquete de Winston cuyo estado daba fe de las muchas horas que había pasado de bolsillo en bolsillo.

—Tú, idiota —señaló a Víctor con su dedo índice, la furia reflejada en sus ojos color miel—, no vuelvas a llamarme así en tu vida. Y tú —volvió la cara hacia Damián—, no le rías las gracias. ¿Y desde cuándo fumas rubio americano?

—Como a los señoritos de ciudad no les gusta el Celtas, he tenido que buscarme la vida en las lanchas, que siempre traen algo más que pescado.

Angie le sonrió y encendió un pitillo con su propio mechero. Se sentó sobre una de las rocas que daban cobijo al faro y disfrutó durante un segundo del sonido de las olas rompiéndose contra el espigón. Víctor y Damián intercambiaron una mirada y una sonrisa que a ella no le pasaron desapercibidas.

—¿Qué ocurre? —insistió por tercera vez, después de que ellos le hubieran respondido alternativamente «nada» a la misma pregunta.

—Qué pesada es… —se quejó Víctor—. Que, justo antes de que

llegaras, estábamos comentando que eres una mezcla extraña de niña bien universitaria y marinero sin modales.

—¿Perdona? —Angie alzó las cejas en un gesto que pretendía ser hostil, pero acabó pareciendo gracioso.

—Pero ¡mírate!

Angie estaba sentada con las piernas tan separadas que, incluso con aquellos vaqueros Lois que eran sus favoritos desde hacía un par de años, la postura parecía indecente. Los codos reposaban sobre sus rodillas y sujetaba el cigarrillo entre los dedos índice y pulgar de la mano izquierda. Hasta a ella le dio la risa al comprobar a qué se referían sus amigos y aquellas carcajadas tan suyas, con hipidos intercalados, inundaron el ambiente tanto como el olor a sal o la bruma húmeda del final de la mañana.

—Ay..., un año más.

Angie lo dijo con voz divertida, pero a los oídos de sus amigos sonó melancólica. Acompañó sus palabras con un abrazo apretado; a Damián lo acercó a ella con su brazo izquierdo y lo besó en la mejilla; Víctor dejó que le rodeara la cintura con el brazo derecho y fue él quien depositó un beso suave en la sien de Angie. Necesitaba sentirlos cerca para olvidar aquellas dos semanas de agosto que habían sido tan extrañas. Angie había hecho poco más que bajar a la playa con sus padres y salir a tomar algo con viejas amigas de la isla cuyas conversaciones le resultaban ajenas porque hacía demasiados veranos que solo quería pasar su tiempo con Damián y Víctor. Aquellos quince días de añoranza se le habían hecho insoportables; dos semanas pueden parecer un periodo relativamente corto, pero para ellos tres era el cincuenta por ciento del tiempo del que disponían cada año para verse. Angie sentía que le habían cortado el verano por la mitad.

Una ola de aquel mar agreste rompió con tanta fuerza contra los acantilados que enseguida sintieron las gotas de salitre mojándoles la piel, pero no se movieron de sus sitios. Llevaban un rato en silencio, sin darse cuenta siquiera. Les ocurría desde que eran muy niños: lo mismo pasaban horas inmersos en una discusión sobre política, música o el sentido de la vida que se quedaban anclados en un cómodo silencio acompañado tan solo por el chillido agudo de las gaviotas y el rumor de las olas del mar. Fue Angie quien lo rompió aquel día.

—¿Nos vas a contar en algún momento dónde has estado estas semanas?

Víctor no respondió de inmediato. Miró fijamente a Angie, luego a Damián, y a continuación perdió la vista en el mar. Encendió un cigarrillo y dejó salir el humo poco a poco entre los labios. Sus dos amigos cruzaron una mirada preocupada. Víctor era la alegría, la confianza en sí mismo, la conversación sin fin, la broma inoportuna que rompía tensiones, el salto temerario desde los acantilados, la llamada de madrugada al cristal de la ventana para escaparse con un paquete de cigarrillos y una botella de vino. Verlo así, tan apagado, daba hasta miedo.

—He estado en Madrid. —Esbozó una sonrisa que no se creyó ni él—. Tenía que resolver unos asuntos, pero ahora... ya me quedo hasta fin de mes.

Despistaron la incomodidad haciendo planes para el resto del día. Comerían todos juntos en casa de Martín y Dora, con sus familias; era jornada festiva y les costaría escaquearse de los postres eternos y la sobremesa de café, copa y puro. Pero lo harían. Se darían un baño a media tarde en la playa, o quizá en las escaleras de piedra del puerto, porque la bruma matinal iba poco a poco convirtiéndose en un bochorno que pedía agua salada para sobrellevarlo. Bajarían a tomar unos vinos a las tabernas cercanas a la lonja. Acabarían, cuando ya fuera noche, fumando cigarrillos en la finca que compartían. Y quizá el secreto de Víctor dejara de serlo cuando recordase que Angie y Damián siempre estarían allí para vencer los tres juntos a cualquier enemigo invisible que apagara la sonrisa de uno de ellos.

—No pasa nada, Víctor. —Angie no quiso seguir eludiendo el tema. Se acercó a su amigo y apoyó la cabeza en su hombro—. Ya nos lo contarás cuando te apetezca a ti.

4

Víctor y Damián

No hace falta tener un gran conocimiento del mundo para darse cuenta de que, si no hubiera sido por el influjo mágico de una isla capaz de todo, probablemente dos chicos, dos hombres ya, tan diferentes como Víctor Atienza Sáenz-Portillo y Damián Rodríguez Castro jamás habrían cruzado sus caminos.

Víctor nació en Madrid, en un piso de pasillos largos y techos altos de la calle Núñez de Balboa, en el invierno de 1954. Su padre había hecho la guerra en el bando adecuado y la vida se lo había recompensado en los años siguientes con matrimonio de postín, alto cargo en el Ministerio de Gobernación y seis hijos de los que solo se le había torcido el menor, como él ya imaginaba que ocurriría cuando vino al mundo después de un embarazo complicado y se convirtió en el ojito derecho de su madre, que tenía todo el tiempo disponible para mimarlo entre partida y partida de *bridge*. Mientras que sus cinco hermanos mayores siguieron los diferentes caminos que habían trazado sus padres para ellos —Ejército, universidad, sacerdocio, noviciado y matrimonio bien—, Víctor les causaba dolores de cabeza desde adolescente con unas opiniones políticas que nadie le había pedido. Casi había sido un milagro que su padre lograra convencerlo para estudiar Derecho, porque en la familia ya lo imaginaban tirando por la borda su futuro en alguna carrera menor.

Damián, por su parte, nació en Mieres apenas un año antes que aquel chaval madrileño al que consideraba su mejor amigo. Antonia, su madre, había sobrevivido a la posguerra de puro milagro y, con diecisiete años, salió por primera vez de la isla para irse a servir a Asturias. Allí se le cruzó en el camino un minero joven pero curtido, con el que tuvo un hijo que murió a los cuatro años de lo mismo que morían la mayoría de los niños en aquellos tiempos: de pobreza. Cuando creían que la vida ya no les daría otra oportunidad, nació

Damián. Podría parecer que con aquello llegó la alegría a aquel hogar humilde de la cuenca minera, pero no fue así. Cuando Damián tenía nueve años, su padre fue uno de los líderes de la *huelgona* que en 1962 paralizó las minas. Fue detenido y encarcelado, y acabó muriendo de tuberculosis en la cárcel del Coto, en Gijón. Si Damián y su madre sobrevivieron fue gracias a la solidaridad de los vecinos, a la ayuda del tío Martín y a que ella se dejó las uñas trabajando en la tintorería donde las mujeres de los capataces llevaban su ropa porque el carbón no entendía de clases sociales y manchaba sus prendas del mismo polvo que invadía los pulmones de los mineros. Damián no era buen estudiante, pero, aunque lo hubiera sido, solo un milagro parecía capaz de librarlo de acabar en la mina. Pero no fue un milagro sino la intervención de su madre la que lo hizo. Cuando Damián tenía quince años, trabajaba ya por horas y era tan contestatario como los compañeros más veteranos; el miedo a que acabara como su padre hizo que Antonia lanzara una llamada de auxilio que su hermano Martín recogió encantado. Se llevó a Damián a la isla, lo enroló en un barco que salía a la sardina y lo mantuvo tan lejos de un cuartel de la Guardia Civil como le fue posible, es decir, dos millas náuticas.

No, no parecían dos perfiles destinados a convertirse en amigos del alma. En hermanos de algo más denso que la sangre. Y es que no acababan ahí las diferencias.

A Víctor le gustaban el Real Madrid, los cigarrillos Marlboro, Ornella Muti y la música de los Beatles y Los Brincos. Y tal vez, por encima de todo, le gustaba Angie.

Damián era más del Barcelona, escuchaba a Aute, Serrat y Paco Ibáñez, y nunca jamás nadie le había ganado una partida al futbolín. Pero quizá, por encima de todo, le gustaba Angie.

Ella fue el punto de confluencia que los unió cuando eran solo unos niños que solían arreglar sus diferencias infantiles a golpes. Ella era la más joven pero también la más fuerte. Fue su catalizador mientras hizo falta. Y cuando se quisieron dar cuenta los tres ya eran uno.

En la adolescencia, los unió la música. Víctor tenía un flamante tocadiscos *pick up*, regalo de su padrino por unas buenas notas que ya no recordaba; Angie, los discos que le conseguía su padre, que era amigo del encargado de una tienda de electrodomésticos; y Damián, los conocimientos para hacer las mezclas, décadas antes de que

existieran las *playlists*.

Y después vino la política. El régimen de Franco era un perro herido de muerte en aquellos primeros años setenta, pero aún daba dentelladas. En aquel verano de 1975 que marcó la vida de todos, hacía poco más de un año que habían ejecutado a Puig Antich a garrote vil, y a Franco le temblaba la mano para casi todo menos para firmar sentencias de muerte.

Damián era el más comprometido, un opositor rotundo al régimen que se había llevado más coscorrones de su tío Martín que nadie; al viejo lo aterraba que se metiera en líos, por más que él fuera el primero en echar sapos por la boca cuando hablaba de Franco y por más que hubiera accedido a esconderle durante años material comprometido en el desván de la casa. Víctor y Angie sabían que Damián andaba metido *en algo*, que él nunca concretaba. Viajaba un par de veces al año a Asturias, no solo a visitar a su madre, y en ocasiones se escapaba al País Vasco, donde mantenía contacto con otros opositores a los que nunca ponía siglas. Angie sospechaba que militaba en el Partido Comunista en la clandestinidad, pero Víctor le explicaba que había tal miríada de partidos políticos ilegales que era imposible saberlo con seguridad.

Y es que Víctor era el teórico del grupo. Había empezado a criticar a Franco en la adolescencia, por la simple razón de que en aquellos años todo lo que fastidiaba a su padre le parecía una buena idea, pero en los tres años que llevaba en la Facultad de Derecho aquella rebeldía había ido llenándose de una base teórica. Hablaba de comunismo, de trotskismo, de maoísmo, de socialismo. Damián se burlaba diciéndole que, mientras otros se manchaban las manos, él se dedicaba a dar discursos sobre *ismos* reales o inventados, pero Víctor se defendía recordándole que en Madrid las cosas estaban más crudas que en la isla y que él mismo se había llevado un ojo morado —y de milagro nada más— en una encerrona que les habían preparado los guerrilleros de Cristo Rey tras una asamblea universitaria.

Angie soñaba con la libertad. Le daban igual los grandes hechos de la política, las nomenclaturas teóricas; solo quería que Franco se muriera ya y la incertidumbre sobre lo que vendría después era para ella un poco de oxígeno que le permitía respirar mejor. Llevaban ya varios veranos discutiendo mientras en el tocadiscos sonaba *Hasta siempre, Comandante*, de Carlos Puebla (petición de Damián), *Lola*, de

Los Brincos (de Víctor) o el *Black Is Black* de Los Bravos (de Angie). Damián protestaba cuando ella le decía que siempre tendría menos libertad que él por el simple hecho de haber nacido mujer; él replicaba que una hija de aquella clase media de la que tanto se presumía en los discursos de la plaza de Oriente, a la que nunca le había faltado el pan en la mesa ni el mes de veraneo, no podía compararse con un hijo del eterno bando perdedor. Víctor callaba, porque hasta él sabía que, en cuestión de privilegios, se los había llevado todos.

Sí, a «los tres mosqueteros», como les gustaba llamarlos a sus familias, los unían la música, la política, las ansias de libertad, los sueños de futuro. Y los unía el amor. Ese tan puro que está implícito en una amistad profunda, pero también… el otro tipo de amor. Los dos chicos habían estado medio enamorados de Angie desde que tenían uso de razón y, llegado aquel verano de 1975, aún lo estaban un poco. O tal vez algo más que «un poco». En el verano del 70, cuando Angie acababa de cumplir catorce años, Víctor le dio su primer beso, una tarde de verano en que Damián se había quedado en la cama con amigdalitis y ellos habían ido solos a una de esas grutas ocultas entre los acantilados que pensaban que nadie más conocía. El verano siguiente, en unas circunstancias no muy diferentes, Angie besó a Damián. Y, cuando en agosto del 72 Angie apareció en la isla con dieciséis años y una minifalda que multiplicaba sus piernas kilométricas y aterrorizaba a su padre, los chicos supieron que tenían que hacer algo.

5

Agosto de 1972

Lo llamaron de forma rimbombante «pacto de caballeros», aunque más bien era un pacto de no agresión. El sol de aquel primer domingo de agosto caía en picado sobre sus cabezas mientras arreglaban los aparejos en la cubierta del barco en el que faenaba Damián. Angie, que aún se llamaba Geles por entonces, no había conseguido librarse de la obligación de ir a misa de doce con su familia, y los chicos se habían acercado al puerto a distraer las horas hasta el momento de ir a tomar el vermut. Rumiaban en silencio aquello que les ocupaba la mente desde que se habían reencontrado cuatro días antes.

—A ti te gusta Geles. —Damián fue el primero que se atrevió a convertir los pensamientos en palabras, y lo hizo a su manera: directo, franco, sin rodeos.

—Y a ti también. —Víctor soltó la red que había estado doblando y lo miró—. Pero ninguna de las dos cosas es una novedad, ¿no?

Damián le respondió encogiéndose de hombros. Su amigo tenía razón. Aquella chica llevaba atrayéndolos como un imán desde que eran unos niños, incluso antes de entender qué significaba aquella vibración que notaban en la boca del estómago cuando la tenían delante.

—La diferencia es que ya no somos unos críos.

—La diferencia son esas putas minifaldas que se pone... —Víctor esbozó una media sonrisa pícara que a su amigo se le contagió—. ¿Qué propones, Damián?

—No lo sé.

—Lo más inteligente sería un «ni para ti ni para mí», ¿no?

—Geles no es la bicicleta del señor Martín, para que nos repartamos los turnos de uso.

—Tú eres imbécil. —Víctor saltó al pantalán del puerto; la marea estaba muy alta y la cubierta del barco quedaba casi a la misma altura

—. No sé si te has dado cuenta, pero lo que yo he propuesto es justo lo contrario.

Damián dejó guardados los aparejos y saltó él también al muelle. Rechazó la mano que le ofrecía Víctor porque tenía la sensación de que, si se tocaban, saltarían chispas. Los dos tenían ganas de guerra aquella mañana; podrían haberse partido la cara solo por la frustración que les provocaba el deseo.

Caminaron en silencio, uno junto a otro, hacia la plaza de la iglesia. Y solo Damián fue capaz de ver con claridad que tenían mucho que perder si se enrocaban.

—Lo mejor que tenemos en común no puede convertirse en lo único con capacidad para separarnos.

A Víctor esa frase le pareció tan redonda que no añadió nada más; solo asintió. Se dieron la mano y, para sellar el pacto, se retaron a una carrera hasta el bar de Luis. Necesitaban un vermut para aliviar el calor.

6

Marzo de 2015

El despacho del abogado huele ligeramente a tabaco. Eso es lo primero que percibe Marina cuando entra, quizá porque su cerebro sigue siendo incapaz de asumir que está allí para escuchar las últimas voluntades del señor Martín. Ha llegado unos minutos antes de la hora a la que la han citado, pero parece ser la única clienta de la mañana, así que el propio abogado la hace pasar en cuanto llama al timbre.

—Encantado de conocerte, Marina. Soy Manuel Dávila —la saluda con familiaridad, y Marina se alegra; está segura de que le costaría soportar una reunión encorsetada en el estado mental en el que lleva el último día y medio—. Y permíteme decirte que lamento mucho tu pérdida. No conocía demasiado al señor Castro, pero me dejó siempre muy claro que tú eras familia para él.

Una lágrima traidora acude a los ojos de Marina. Ha oído mil variantes de esa misma frase desde que puso un pie en el tanatorio, pero se emociona cada vez. Le gustaría agradecer las palabras con una sonrisa y un asentimiento, pero aún no se siente capaz de hacerlo.

—Gracias —consigue decir tras un carraspeo.

—Faltan unos minutos para las diez. —El abogado consulta su reloj de muñeca—. Si te parece bien, esperamos un poco. La otra persona me ha avisado de que llegará con retraso.

Marina asiente. Supone que «la otra persona» será algún ayudante del despacho, el notario o sabe Dios quién. Más tarde no entenderá por qué no preguntó; tampoco por qué no lo intuyó, por qué el cuerpo humano no tiene algún mecanismo interno de alerta emocional.

Pero eso será más tarde. De momento, Marina continúa sentada en la silla que le han asignado. Suenan dos golpes secos y rápidos en la puerta. El abogado se levanta a abrir, pero la persona que está al otro lado del umbral se adelanta e irrumpe en la sala. Visto desde

fuera, es un hombre alto, con el pelo castaño claro algo ensortijado, los ojos azules; rondará los cuarenta años, pero no aparenta más de treinta y cinco. Viste un pantalón de pinzas verde oscuro y una camisa blanca con un par de botones desabrochados, sin corbata.

Pero eso es visto desde fuera. Visto desde Marina… es Lucas. Cinco letras que condensan una historia que acabó hace dieciocho años y que, al mismo tiempo, no acabó nunca. Lucas fue su primer amor, su primer beso, su primer novio, su primer cuerpo desnudo, su primer plan de vida, su primer… todo. Quizá su único todo.

—Lamento el retraso. —Lucas esboza una mueca que Marina no ve porque sus sentidos están centrados en registrar su voz, esa voz que lleva tantos años sin oír.

—No te preocupes, Lucas. Por tu llamada pensé que llegarías un poco más tarde. Esperemos que el radar que hay a la entrada del pueblo no te haya cogido. —Un carraspeo—. No estoy seguro de si conoces a Marina…

Es al escuchar su nombre cuando ella reacciona. Siente la boca seca y no está segura de si le saldrán las palabras. Acaba de descubrir, a dos meses de cumplir los treinta y nueve años, que un corazón puede paralizarse y latir desenfrenado al mismo tiempo.

—Hola, Lucas.

Consigue emitir dos palabras y una sonrisa; lo considera todo un éxito.

—Marina, cuánto tiempo…

Ahí está a punto de llegar el desmayo, pero el abogado, quizá por intuición o porque ya han perdido demasiado tiempo en cortesías, ataja yendo al grano. Marina siente que no tendrá vida suficiente para agradecérselo.

—Como sabéis, Martín Castro ha puesto en mis manos la gestión de sus últimas voluntades. El testamento se abrirá dentro de unos días, pero el señor Castro quiso dejar una serie de instrucciones muy precisas, que incluían avisar a doña Marina Zárate Naya y a don Lucas Atienza Aranguren en el momento de producirse el deceso y citarlos…, citaros, como así he hecho, en mi despacho para leeros una nota previa que adelanta el contenido del testamento. ¿Puedo proceder a su lectura?

Ni Lucas ni Marina responden más que con un encogimiento de hombros, pero el abogado interpreta el gesto como una afirmación y

extrae de una carpeta azul dos folios escritos a mano, con la letra del señor Martín, intrincada y antigua, de trazos algo temblorosos, que Marina reconoce al instante; las lágrimas amenazan con volver, pero consigue reponerse.

> Queridos Lucas y Marina: imagino el sobresalto con el que recibís esta noticia, que me gustaría que tardara lo máximo posible en llegar, aunque intuyo que no voy a tener esa suerte. Solo puedo pediros perdón; a ti, Marina, la nieta que me dio la vida, por no haber tenido valor para despedirme aun sabiendo que no me quedaba mucho tiempo; a ti, Lucas, por no haberlo tenido para contactar contigo en los últimos dieciocho años, aunque muchas veces se me pasó por la cabeza hacerlo. Espero, con estas palabras y con mis decisiones, paliar los errores cometidos en el pasado, que fueron muchos y muy graves.
>
> Hace unos días recibí, en una consulta médica rutinaria, la noticia de que no me queda mucho tiempo de vida, algo que quizá debería haber intuido por mi edad, pero que me sorprendió y me urgió a dejar mis asuntos legales bien atados. El abogado Manuel Dávila ha recibido instrucciones mías sobre los temas prácticos relacionados con el entierro y me ha asesorado en la redacción del testamento para que todo se haga de la manera en que a mí me gustaría.
>
> Marina, tengo noventa y un años en el momento de escribir esta carta y jamás he conocido a nadie que amara más la isla de lo que tú lo haces, ni siquiera tu madre, y me consta que ella la adora. Lo sé desde que eras una niña, y ese amor no ha menguado ni una pizca en casi cuarenta años; en todo caso, ha aumentado. Por eso, a través de mi testamento, te declaro heredera universal de todos mis bienes: de la casa grande y todo su contenido; de la finca sobre la que se asienta; del garaje, el ciclomotor y las dos bicicletas que se encuentran en él; de la lancha en la que tantas veces hemos navegado juntos; y de todo el dinero que se encuentre a la fecha de mi muerte en mi cuenta corriente del banco, que rondará los cuatro mil euros. Ojalá pudiera dejarte mucho más.
>
> Te hago, en definitiva, heredera de todo lo que poseo, con una única excepción.

Lucas, sé que hace años que no nos vemos ni hablamos, que quizá en tu memoria yo no sea más que un viejo chocho al que conociste de niño, pero yo no te he olvidado, ni a ti ni las circunstancias por las cuales no has vuelto a la isla en casi veinte años. Fui injusto y no me lo he perdonado nunca, porque sé que causé mucho dolor a personas que no lo merecían. Por ello, es mi voluntad que pase a ser de tu propiedad la casa pequeña, en la cual viviste tus veranos más felices, al menos en tus primeros veinte años. No me ofenderé (no creo en un más allá desde el cual tenga la capacidad de ofenderme) si renuncias a tu parte de la herencia; solo te pido una cosa y confío en que la cumplirás: si la aceptas, te ruego que no permitas que tu padre ponga un pie en ella. Esa es la única decisión de las que tomé hace dieciocho años de la que nunca me he arrepentido. Espero que sepas perdonar las exigencias de un viejo moribundo.

Me despido dándoos las gracias, a cada uno de diferentes maneras, por haber sido los nietos que la naturaleza no quiso concederme.

Firmado:

MARTÍN CASTRO GARCÍA

El abogado finaliza la lectura de la carta mencionando el nombre de la isla y una fecha de apenas un mes antes, pero ni Lucas ni Marina lo escuchan ya porque solo han hecho falta dos hojas de papel para que todas las heridas que llevan dieciocho años intentando cicatrizar se hayan abierto de forma abrupta; sangran, supuran, consumen.

—¿Tenemos que ocuparnos de algo más? —pregunta Marina, solo por romper el silencio, ya que está segura de que no será capaz de hacer nada de lo que le pidan.

—De momento, no. Tengo vuestros teléfonos, así que os iré informando de los trámites necesarios. Posiblemente quede zanjado en los próximos días. Por mi parte, esto es todo.

El abogado se interrumpe cuando ve que Lucas se levanta de su asiento. Se estrechan manos, se emiten fórmulas de despedida y Marina siente que ella va a remolque, pero logra salir del despacho con dignidad. Su listón ha bajado bastante: dadas las circunstancias, considera suficiente irse por su propio pie y no en camilla.

Con lo que no ha contado Marina es con que la salida del despacho la deja a solas con Lucas. En los pocos segundos que tardan ambos —Lucas delante, ella detrás— en bajar los dos tramos de escaleras que separan la oficina de la calle, se plantea todas las opciones. Darle dos besos y decirle que ya se verán en otra ocasión, quizá dentro de otros dieciocho años. Despedirse a la francesa, enfilando la calle en dirección contraria a él. Su favorita es gritarle, tirarle el bolso a la cara, insultarlo y exigirle que le explique, aunque sea tarde, cómo pudo esfumarse de su vida pocas horas después de jurarle amor eterno; cómo consiguió volver a respirar sin tenerla cerca, porque han pasado casi veinte años y a ella a veces aún se le atasca el oxígeno de camino a los pulmones.

La cordura gana la partida. Decide fingir. En una décima de segundo, piensa en cómo actuaría una mujer cercana a la cuarentena al encontrarse con su primer amor después de años sin verlo. Esa es en realidad su situación, pero la diferencia entre el personaje real y el que tiene que inventarse es que la mujer fingida tendría completamente superado lo que les ocurrió.

—¿Te apetece tomar un café? —Le parece casi heroico haber compuesto esa simple propuesta—. Si te digo la verdad, no he desayunado y...

—Me encantaría tomar un café. Tengo que hacerte un par de preguntas, además.

Marina vuelve a sentir parte de la ansiedad que había logrado perder. Aunque enseguida se sientan en la terraza de un bar cercano y, cuando empiezan a hablar, desaparece la posibilidad de que esas preguntas ahonden en lo personal, que metan el dedo en la llaga, que retuerzan y enderecen lo que fueron y lo que dejaron de ser.

—¿Conoces algún hotel en el pueblo? Hace años... Ya sabes, hace mucho que no vengo por aquí y no tengo fuerzas para plantearme el viaje de vuelta a Madrid después de la paliza que llevo en las últimas horas. Además, si el abogado me va a llamar para venir a firmar dentro de un par de días, quizá me convenga quedarme.

Marina no sabe si sentirse decepcionada o aliviada por lo trivial del asunto. No le responde de forma directa y a su mente acude sin que pueda evitarlo aquella burla de Lucas que la ponía enferma cuando eran adolescentes de que, como buena gallega, siempre contestaba a una pregunta con otra.

—¿Te has enterado hoy de… lo del señor Martín?

—No. —Lucas resopla y da un sorbo a su taza de café—. El abogado me llamó hace dos noches, pero estaba en Nueva York por trabajo y no he podido llegar antes. Siento haberme perdido el entierro.

—¿Y la otra pregunta?

—¿Qué? —Lucas frunce el ceño.

—Has dicho que tenías dos preguntas.

—Ah, sí… ¿Tú…? Entiendo que seguías viendo al señor Martín con cierta frecuencia. —Marina asiente—. ¿No sabías que estaba enfermo?

—No tenía ni idea. Ayer en el tanatorio me enteré de que comentó con algunos de los viejos pescadores que andaba algo tocado del corazón, pero jamás imaginé que sería tan… rápido.

—¿Hacía mucho que no lo veías?

—Vine en Navidad. Y hablaba con él de vez en cuando por teléfono, pero ya sabes cómo era… No había manera de conseguir que una llamada durara más de dos o tres minutos.

—Me ha sorprendido oír que tenía noventa y un años. Y, al mismo tiempo, cuando nosotros éramos niños, ya me parecía un anciano.

—Pues cuando éramos pequeños —Marina logra sobreponerse a los recuerdos para seguir fingiendo que mantiene una conversación cordial con un viejo amigo— debía de tener cincuenta y pico. Unos diez o quince más que nosotros ahora.

—Impresiona, ¿verdad?

Marina responde con un asentimiento y un sonido gutural porque siente que se ha quedado sin mucho más que decir. Las tazas de café están vacías y la espuma de la leche empieza a resecarse en el borde. Y todas esas frases que ella soñó durante años que le diría si volvía a encontrárselo están más o menos en el mismo estado. También le repugnan un poco.

—No me has contestado a lo del hotel. —A Lucas el silencio también lo incomoda y vuelve a lo práctico.

—Ahora tienes una casa en la isla, ¿no? ¿Por qué ibas a pagar un hotel?

Ha pasado una hora y Marina aún no sabe por qué lo dijo. Claro que tampoco acaba de entender por qué Lucas esbozó una sonrisa radiante, una de aquellas que en el pasado solía reservar a los momentos especiales, y respondió de inmediato que sí. «Pues tienes toda la razón», para ser exactos.

En esa hora, Marina ha tenido tiempo para pagar los dos cafés, llamar a Pedro el Portugués para que los llevara a la isla, acompañar a Lucas a su coche de alquiler para que cogiera la bolsa de viaje, hacer un trayecto de veinte minutos en la lancha sentada a menos de quince centímetros de Lucas y desembarcar en el puerto pesquero. La conversación ha tomado el cariz seguro de los lugares comunes: lo diferente que es el clima en marzo en Madrid y en Galicia, lo mal que sienta el *jet lag*, lo poco que ha cambiado la isla en los últimos años... Un oyente cualquiera podría decir que es conversación de ascensor, pero no engañarían a alguien que conociera su historia. No hay preguntas personales, nada sobre sus respectivos padres, nada sobre las familias que podrían haber formado. Ni una palabra que sobrepase las líneas rojas.

—Dios mío... Está exactamente igual que como la recordaba —le dice Lucas al divisar la casa al final de la calle.

—Martín no era muy amigo de las reformas. Me costó años conseguir que comprara un par de radiadores para la planta de arriba y creo que solo lo hizo por miedo a morir congelado un invierno.

Marina se adelanta por las escaleras, coge una llave de debajo del felpudo y la mete con manos temblorosas en la cerradura. Intenta ahuyentar el recuerdo de la última vez que entró con Lucas en esa casa, en una época en que la puerta nunca estaba cerrada pero ellos siempre lograban encontrar su parcela de intimidad, tal vez porque solían creer que estaban solos en el mundo.

—Voy a preparar café —logra decir Marina tras un carraspeo.

Abre una puerta del viejo aparador de formica, ese que lleva allí más años de los que tiene ella, y saca un cazo esmaltado de color granate, el tarro con el café molido y un embudo de manga. Está a punto de disculparse con Lucas, que nunca entendió esa tradición gallega del café *de pota*; lo consideraba aguado y prefería un expreso de máquina de bar. Pero no quiere delatarse recordando algo que debería haber olvidado. Como tantas cosas. Como a él. Al final, de nada le sirve fingir, porque el subconsciente la lleva a servirle dos

cucharadas de azúcar y una nube de leche.

—¿Eso que oigo es un maullido? —Si Lucas se da cuenta de que no ha olvidado cómo toma el café, decide ignorarlo.

—¡Mierda! —Marina abre un cajón del aparador, saca dos latas de atún y corre a la parte trasera de la casa. No tarda ni un minuto en regresar—. Hay dos gatos que, por lo que me han dicho los vecinos, prefieren comer aquí que en ningún otro lugar. Ayer aún tenían agua fresca…

—Marina…

Lucas se levanta para consolarla. Marina lo ve acercarse como a cámara lenta, se imagina un abrazo que quizá él no tenía planeado, pero no puede arriesgarse. Se da la vuelta de forma algo más brusca de lo que esperaba y enfila el pasillo que lleva a las escaleras.

—No creo que la casa pequeña esté en condiciones. Nadie… nadie entra allí desde hace años. —«Nadie entra allí desde que te fuiste», calla—. Si vas a quedarte esta noche, será mejor que lo hagas en una de las habitaciones del primer piso; son las que están mejor acondicionadas.

—Claro. —Lucas la sigue—. Lo que tú me digas.

—Entiendo que no querrás dormir en la habitación de Martín…

—No, no, claro. —Hace un gesto de rechazo con las manos.

—Yo sigo durmiendo en mi cuarto de siempre…

—¿En la habitación más pequeña de la casa?

—Es la mía. —Marina se encoge de hombros porque no sabe qué otra cosa decir. En ese dormitorio, con su cama de noventa y su colchón de espuma, pasaron tantas noches juntos que es imposible que a él no le haya invadido la mente algún recuerdo—. La de al lado suele usarla mi tía Fede cuando viene a la isla. La cama está preparada, así que…

—De acuerdo, sí. —Lucas abre la puerta y deja en el suelo la pequeña bolsa de viaje que lo ha acompañado desde su llegada.

—Te dejo descansar. Supongo que entre el *jet lag* y el viaje en coche necesitarás algo más que café. Yo prepararé algo para comer, aunque sea tarde. Duerme tranquilo.

—De acuerdo. Gracias, Marina. —Lucas mira al suelo—. Por todo.

Y ella se marcha, sin saber cuánto abarca ese «todo». Si se refiere al alojamiento en la casa, a la cortesía fingida, a los últimos dieciocho

años de silencio o a los anteriores veintiuno de amor incondicional.

7

La isla

La isla que se convirtió, quién sabe si por azar o por otra causa, en escenario de tantas historias tiene, según Wikipedia, una extensión de 12,42 kilómetros cuadrados. Su forma es la de una elipse casi perfecta y la longitud máxima que se puede recorrer en línea recta, en dirección este-oeste, es de 5,8 kilómetros. El último censo actualizado le asigna una población de ciento sesenta y cuatro habitantes, muy lejos de los casi mil quinientos que llegó a tener a mediados del siglo XX.

Pero a quién le importa, en realidad, lo que diga Wikipedia. Para conocer de verdad la isla hay que dejarse atrapar por su influjo, poner los pies sobre ella y cruzar los dedos para ser uno de los afortunados que se convertirá para siempre en su súbdito. La otra opción es preguntar a quienes la conocen bien.

Si hablamos con los antiguos pescadores que disfrutan de su jubilación sentados en los bancos de madera del puerto pesquero, nos contarán recuerdos de una isla que florecía. De los años gloriosos, en los que en el muelle se descargaban a diario cientos de kilos de pescado que luego se vendían en las lonjas de la zona o servían de materia prima para las tres fábricas de conservas que llegó a haber en el este, que era por entonces la parte industrial. En aquellos tiempos, la isla contaba con una iglesia parroquial y una pequeña ermita, un consultorio médico, lonja, escuela primaria, casino de sociedad (con biblioteca, café y salón de baile) y hasta fábrica de hielo. Discutirán, siempre lo hacen, sobre las razones del declive de la isla. Unos acusarán al auge del turismo, que alejó a los jóvenes del mar, y otros dirán que los chavales hicieron bien en buscar cualquier opción que no implicara jugarse la vida en cada jornada laboral. El debate podría durar horas; la sangría de población, que se llevó por delante la escuela y casi todos los servicios, es uno de los temas favoritos de los

isleños.

Si preguntáramos a los veraneantes de toda la vida, los que llevan desde los tiempos de Angie, Víctor y Damián pasando los meses de julio o agosto en la isla, los que han llevado allí a sus hijos, a sus nietos y algunos incluso a sus bisnietos, seguro que nos hablarían con nostalgia del pasado. De la época en que *paraban* —así se decía entonces— en casas de gente de la isla, se convertían casi en familia durante un mes, volvían cada año a reencontrarse y aprendían lo que era la amistad, el amor y la felicidad sobre la arena de la playa de Poniente. Criticarían la urbanización despiadada que se hizo de la otra parte de la isla, cómo se levantaron edificios en el *boom* turístico de los setenta que arrasó con los terrenos de las antiguas fábricas de conservas, limpió la playa de la zona oriental y pretendió convertir aquel rincón del Cantábrico en un Benidorm algo más nuboso. Claro que la mayoría de ellos acabaron sucumbiendo a la tentación de hacerse con una segunda vivienda en esa parte y ahora apenas pisan la zona antigua...

La opinión de los turistas que vienen y van cada día, durante la temporada de verano, en esos catamaranes que los cargan y descargan como décadas antes se hacía con la sardina, nos importa poco. La isla hay que respirarla durante algo más de doce horas para entenderla. Ellos solo ven un lugar sin coches, con poca cobertura de móvil, con restaurantes que les venden platos de pescado fresco a precios desorbitados —«pero qué importa, un día es un día»— y una playa de aguas turquesa que no necesita filtros de Instagram.

¿Y si les preguntáramos a los protagonistas de esta historia? Ninguno mencionaría oscilaciones de población, expansiones urbanísticas, ni siquiera ese microclima que saben que tiene la parte occidental. Ellos hablarían de que con las fachadas de colores de la zona antigua se podría inventar un nuevo arco iris. De que con el rugir de las olas contra los acantilados del faro alguien debería componer una sinfonía. De que muchos sueños se construyeron con las conchas que Angie recogía en la playa. Muchas ilusiones nacieron en las horas que pasó Damián jugando en el puerto con el viejo perro callejero que fue su compañero de la infancia. Y de que la felicidad tiene la forma de la cicatriz que Marina conserva en la rodilla desde aquel día en que chocó con su bici contra el árbol de delante de la iglesia. Dirían, en fin, que la isla ha albergado dramas difíciles de imaginar para quienes

no los vivieron, pero ha tenido siempre la capacidad infinita de hacer felices a quienes dejaron que sus raíces se hundieran bien profundo bajo su subsuelo.

8

Agosto de 1975

Angie, Damián y Víctor llevaban años temiendo el día en el que los veraneantes descubrieran su rincón secreto, así que sonrieron cuando llegaron y lo encontraron vacío, como siempre. Junto al faro, entre los acantilados más escarpados de la zona noroeste de la isla, un camino de tierra bajaba hacia el mar. Había que tener cuidado durante el trayecto, un resbalón absurdo en una piedra podía acabar en desgracia, pero el premio al final del camino era una cala que solo existía cuando la marea estaba baja. Esa circunstancia ponía una cuenta atrás sobre el tiempo que pasaban allí, aunque alguna vez desafiaron a la pleamar y acabaron volviendo a casa con la ropa empapada por tener que enfrentarse a la subida cuando las olas ya rompían demasiado cerca. Los padres de Angie le habían prohibido terminantemente volver a aquella cala, aunque ella no tenía muy claro si les daba más miedo que se despeñara por los acantilados o que luciera su escueto bikini nuevo sin supervisión. Por suerte o por desgracia, ellos parecían resignados a que hiciera siempre lo que le daba la gana.

La temporada de mareas vivas debía de estar ya cerca, porque la lengua de arena de aquella mañana era mayor de lo habitual y, según el calendario que siempre consultaba Damián, aún quedaba casi una hora para la bajamar. Eso, unido al sol, al tocadiscos que Víctor llevaba en la mochila y a unas cuantas revistas, les aseguraba una larga mañana de diversión y también de debate.

—¿Habéis visto al principito en Meirás? —bufó Angie. Hojeaba el periódico de la mañana tras sus gafas de sol felinas—. Y la gente seguirá pensando que, cuando muera el viejo, las cosas van a cambiar.

—En Portugal han cambiado —repuso Víctor, aunque fumaba distraído mientras manipulaba los controles del tocadiscos portátil.

—En Portugal los reaccionarios echan de menos a Salazar y hay

manifestaciones anticomunistas casi a diario. —Damián siempre era el más informado acerca de la actualidad y los otros lo escuchaban con atención—. Y aquí la prensa, al mandato del Pardo, mete cada vez más miedo al pueblo con lo que pueda pasar cuando muera Franco.

—Tú, que siempre estás más enterado que nosotros... ¿Hay algo pensado contra Arias? —le preguntó Víctor.

—¿Algo como qué? ¿Otro Carrero? —Damián se recostó en aquella roca plana que siempre elegían para tumbarse porque el sol la calentaba desde primera hora de la mañana—. No sé, no creo que una cosa así vuelva a pasar.

—Continuismo... —rezongó Angie—. Eso es lo que nos espera. Franco ya no me parece un problema, está más muerto que vivo, por más que el *ABC* nos cuente que sigue en plena forma. Pero ¿vosotros os creéis que las élites franquistas y el principito nos van a traer la democracia?

—¿Desde cuándo estás tú tan al tanto de la política? —le preguntó Damián, al que le brillaban los ojos al mirarla. Y no era solo por aquel bikini de color amarillo, ajustado a la cadera y fabricado con la mínima expresión de tela. Era porque le gustaba más la Angie rebelde que ninguna otra.

—En mi facultad no hay tanto movimiento como en Santiago o en Ferrol, pero la gente también está organizándose.

—Tú ten cuidado con no meterte en líos, ¿me oyes? —la advirtió Damián.

—¡¿Veis?! —gruñó Angie, con tal ímpetu que hasta Víctor, que buscaba en aquel momento en su archivador de discos de 45 revoluciones, se dio la vuelta sobresaltado—. Este paternalismo es lo que no sois capaces de entender cuando hablo de libertad. Víctor lleva años contándonos las asambleas en las que participa en Madrid y nunca le has dicho que no se metiera en problemas. Hasta le chocaste el puño, como un machote, cuando le pusieron la cara como un mapa. Pero yo soy la niña, ¿no? Yo tengo que quedarme en casa mientras vosotros lucháis por la libertad. ¡No veo yo que hayáis hecho demasiado para tumbar al régimen mientras nosotras nos quedamos en casa a plancharos los pantalones!

—Tú no has planchado unos pantalones en tu vida, María de los Ángeles —se burló Víctor, pero enseguida se disculpó, más por miedo a que ella le cruzara la cara que por convicción sincera—. Perdona,

perdona. Pero es que no te imagino empuñando un fusil para derrocar la dictadura.

—¿Lo vas a empuñar tú con tus polos Lacoste y la gomina en el pelo?

—Ninguno de los dos lo vais a hacer. —Damián soltó una carcajada seca, algo amarga quizá—. Probablemente nadie tenga que hacerlo, pero, si eso ocurriera, ya sé yo a qué parte de la sociedad le tocaría estar en primera línea.

—Y yo sé cuál se quedaría en su casa sin ningún poder de decisión que no pasara por su padre o su marido.

—¿Y eso es peor que tener que ir a la guerra?

—Damián, no me puedo creer que hables de libertad y luego pienses así… De verdad que no lo entiendo.

—Y yo no entiendo que no estéis más atentos a la música que a una mierda de discusión —intervino Víctor. Sonaba *Grândola, Vila Morena*, de Zeca Afonso, y el respeto que les imponía aquel tema zanjó el debate.

—¿Cómo lo has conseguido? —le preguntó Angie.

—El marido de mi hermana viaja a Lisboa por trabajo a menudo y se lo encargué. Como no tiene ni idea de música ni de revolución ni de nada, seguro que piensa que soy un tío raro al que le gustan los fados.

—Algo raro sí que eres. —La media sonrisa de Angie era de burla —. Te recuerdo que no hace mucho te gustaba el Dúo Dinámico.

—Y eso me lo dice la chica que llora todos los años cuando el último día de agosto tocan en la fiesta del casino *El final del verano*.

Se rieron y siguieron escuchando música mientras el sol quemaba la piel de Víctor, sacaba a relucir pecas en la de Angie y no le hacía ni cosquillas a la de Damián, más curtida. Cambiaron el disco por uno de Víctor Jara, el favorito de Angie, que tarareó en voz baja *Te recuerdo, Amanda*. Víctor repartió cigarrillos y el debate estuvo a punto de reiniciarse, porque había sido el padre de Angie el que había invitado a los chicos a tabaco aquella mañana, solo unas horas después de amenazarla a ella con darle una bofetada si la veía fumando. Odiaba que sus dos mejores amigos no lograran entender que su lucha era doble; que todos vivían en una dictadura política, pero las mujeres, además, sufrían la doméstica. Y ella podía ser una estudiante brillante, una mujer rebelde, quizá incluso adelantada a su tiempo en algunos

temas, pero en la isla seguía habiendo quien la miraba mal por ir con sus amigos a tomar unos vinos a aquellos bares en los que rara vez entraba una mujer. Podía sentirse muy mayor a los diecinueve años, pero aquella misma mañana su madre le había embutido una cucharada de aceite de hígado de bacalao porque la encontraba demasiado delgada.

Oyeron unas voces a lo lejos, pero respiraron tranquilos al ver que se perdían en la distancia. Les gustaba estar solos. Tenían amigos en la isla, sobre todo Damián, que vivía allí el año entero, pero ya desde que eran unos niños los habían convertido solo en actores secundarios de sus juegos en la plaza, sus baños en la playa o las escapadas prohibidas a los acantilados. Nadie se ofendía porque los veían como si fueran familia, tal vez por compartir casa. Damián dormía justo encima de la habitación de Angie, en la segunda planta de aquella casa enorme; la primera era la que habilitaba el señor Martín para recibir a los veraneantes, cada año los mismos: una familia de León en el mes de julio, la de Angie en el de agosto. Para «los madrileños», como conocían todos a Víctor, sus padres y los hermanos que, aún solteros, pasaron veranos anteriores en la isla, Martín y Dora habían acondicionado «la casa pequeña», como todos conocían aquella otra construcción anexa, más moderna por dentro y con mayor intimidad para la familia, aunque acababan compartiendo casi todas las comidas con los demás en la gran mesa de la cocina de la casa grande. La casa pequeña contaba solo con una cocina, también pequeña, un salón y un cuarto de baño en la planta baja, además de dos dormitorios en la superior y una azotea privada, pero a Damián y a Angie siempre les había parecido que aquello marcaba una diferencia de clase. Les había costado al principio integrar a aquel niño madrileño, de edad parecida a la de ellos, que hablaba con un acento que solo habían oído en televisión, pero desde que lo hicieron ya nada había podido separarlos.

—Hay rumores de que, si condenan a muerte a los del FRAP y a los de la ETA, el Vaticano se posicionará de nuevo contra Franco —dijo Damián, que aquel verano parecía incapaz de hablar de otra cosa que no fuese la situación que vivía el país. Angie lo había notado nervioso en los pocos días que habían compartido, pero no quiso preguntar.

—Mira de cuánto sirvió en el proceso de Burgos… —le replicó

Angie mientras se estiraba para alcanzar un cigarrillo de la mochila de Víctor, que seguía demasiado callado para ser él; los dos estaban raros y eso inquietaba a Angie, así que hizo una propuesta que sabía que no rechazarían—. ¿Un baño? Dejemos ya la política. Es verano, deberíamos darnos un respiro de tanta mierda.

Se lanzaron al agua desde la roca. Víctor nadó solo durante un rato y los otros dos fruncieron el ceño. Pero pronto se distrajeron, haciéndose aguadillas, persiguiéndose, jugando como niños aunque ya no lo eran, y los roces casuales, que a los ocho años habrían pasado inadvertidos, rondando los veinte erizaban las pieles más que las aguas frías del Cantábrico. Damián y Angie salieron juntos del mar, mirándose con ese brillo pícaro que se les dibujaba de vez en cuando en los ojos al estar solos. Víctor se les unió sin que lo esperaran, con una carrera sobre la arena plagada de conchas que los separaba del lugar donde habían dejado las toallas. Se cargó a Angie al hombro mientras ella le gritaba y pataleaba, y por un momento volvió a ser aquel Víctor despreocupado de los veranos anteriores.

—Adónde ibais tan solos, ¿eh? —se burló.

—Te estábamos dejando a tu aire con tus locuras —se defendió Angie, y no entendió por qué había sentido esa necesidad de justificarse.

De vuelta a su roca, Angie se tumbó con la cabeza sobre el estómago firme de Damián. Víctor lo hizo a su lado y acogió las piernas de ella en su regazo, mientras con un dedo repasaba el trazo de aquellas tres letras que cuatro veranos atrás habían grabado en la piedra: «V + A + D».

—¿Sabéis? —dijo Angie tras un rato, mientras el sol caía con la fuerza del mediodía, los bañadores ya casi secos—. El mundo debería ser un lugar con menos normas. Nos pasamos el día hablando de libertades, pero no tenemos ni idea de lo que son. A nosotros, por ejemplo, nos debería estar permitido enamorarnos. Así, los tres. Que fuera algo normal y bonito, y que nadie lo considerase raro. El día que se nos permitan las cosas que nos hacen felices sin tener que dar explicaciones se habrán acabado todas las dictaduras.

Angie habló sin pensar, porque para sentir aquello no le hacía falta usar el cerebro. No era una propuesta de nada, era su corazón convirtiéndose en palabras. Ella también llevaba toda su vida adulta medio enamorada de los dos. Del Víctor descarado, divertido y guapo

a rabiar; del Damián maduro, rebelde y con un atractivo algo oscuro. Todos sabían que había pasado agostos enamorada de uno y de otro, igual que ellos se habían enamorado de ella en diferentes momentos, pero nadie, ninguno de los tres, sabía determinar los tiempos exactos de cada cosa.

Damián y Víctor cruzaron una mirada después de aquella reflexión en voz alta de Angie. Una mirada que significaba muchas cosas: que lo que decía no sonaba mal; que ojalá fueran más intrépidos y se atrevieran a convertir la teoría en práctica, aunque solo fuera por unas horas; que había un pacto que decía que Angie no debía ser para ninguno, pero nunca se habían planteado que pudiera ser para los dos. Pero aquello solo fue una mirada, un silencio. Porque los dos hablaban mucho de libertad, pero en el fondo sabían que estaban a años luz de Angie en eso. Ella hablaba en serio, podría haberse desnudado allí mismo y hacerlos suyos, y ninguno habría opuesto resistencia. Pero ella no llegaría tan lejos porque, en el fondo, sabía que las mentes de sus dos mejores amigos estaban mucho más llenas de prejuicios y ataduras que la de ella. A Angie podría haber mil normas que le lastraran el día a día, pero no había nacido aún quien pudiera impedirle soñar.

—Quizá eso deberías habérnoslo propuesto a los quince o los dieciséis. Podríamos haber hecho grandes cosas. —Fue Damián quien habló, utilizando las palabras que sabía que habría dicho Víctor. Hacía falta ese punto de humor, de descaro que quitaba peso a los problemas, pero quien solía aportarlo estaba en baja forma.

Angie sonrió y siguió tomando el sol. Estaba algo triste, melancólica; de alguna manera, sentía que estaban viviendo el final de una era, que se les escapaban los días de inocencia entre los dedos sin que pudieran hacer nada por retenerlos. Ella quería aferrarse a los niños que habían sido, pero hacía ya tiempo que se habían hecho mayores.

—Tengo algo que contaros. —Casi como si hubiera adivinado el curso de los pensamientos de su amiga, Víctor se decidió al fin a hablar. Se tomó su tiempo para crear una ambientación que suavizara lo que tenía que decir. Puso en su *pick up* el disco rojo de los Beatles, que era su favorito, ofreció tabaco a sus amigos y se encendió él mismo un cigarrillo. Antes de hablar, expulsó el humo de la primera calada de forma sonora—. Me he... metido en un lío.

—¿Un lío? —preguntó Damián con el ceño fruncido.

—He... He estado saliendo de vez en cuando con una compañera de clase este último curso. Elvira, se llama. Y, bueno... Se ha quedado.

—¿Embarazada? —A Angie la voz le salió algo chillona.

—Sí... —titubeó Víctor. Era tan extraño verlo así, con toda su fachada derrumbada como un castillo de naipes, que sus amigos estaban más desolados que sorprendidos—. Supongo que el resto ya os lo imaginaréis. No ha querido ni oír hablar de ir a Londres a solucionarlo, así que... me caso. Nos casamos, claro.

—Pero... pero... ¿cuándo? —Era Angie la que hablaba. Damián no sabía qué decir.

—Ahora, en cuanto vuelva a Madrid. El 6 de septiembre. Está de muy poco y no se le notará aún. Luego diremos que el bebé nació sietemesino; bueno..., ya sabéis cómo va eso. Mis padres, después de todo el disgusto, de decirme que soy la vergüenza de la familia y de amenazar con desheredarme, se calmaron al conocer a los padres de Elvira, ver que es una... *niña bien*, y me han concedido estas dos semanas como unas últimas «vacaciones de soltero».

—Al menos te librarás de la mili —dijo Damián, porque no se le ocurrió otra cosa.

Él había pasado por aquella experiencia obligatoria hacía ya unos años, pero Víctor lo había ido posponiendo con prórrogas de estudios y, como padre de familia, ya no tendría que *cumplir* con la patria.

—¿La quieres? —preguntó Angie, con un hilo de voz.

—Pues claro que la quiero, ¿por quién me tomas? —Víctor no estaba ofendido, en realidad, pero había respondido así como por instinto—. Es una chica inteligente, muy guapa también, y supongo que tendremos una vida tranquila juntos.

—Eso no suena a una apasionada historia de amor —insistió ella; ni siquiera sabía por qué estaba siendo tan punzante en lugar de apoyar a su amigo de forma incondicional.

—Es que esto no es una película, ¿sabes, Angie? Es la vida real —le respondió él con una sonrisa—. Tengo veintiún años, me falta poco para acabar la carrera... La boda ha llegado por sorpresa y un poco antes de lo esperado, pero quiero una familia y quiero hijos, así que...

—¿Y por qué querrías todo eso con una mujer de la que no estés rotundamente enamorado?

—Dame una tregua, anda. —Víctor la acercó a su cuerpo y le dio

un beso apretado en la mejilla, antes de susurrarle al oído—: Resulta que la única mujer de la que he estado «rotundamente enamorado» no tiene ninguna pinta de querer acabar casada por la iglesia y con tres hijos, así que…

Dejó la frase a medias y se lanzó de nuevo al agua. Damián y Angie se miraron, confusos. La explicación de Víctor justificaba aquellas noches en que se había quedado leyendo en su cuarto mientras ellos dos bajaban a la plaza a tomar algo, los viajes un par de veces al día a la cabina del puerto —el señor Martín tardó décadas en rendirse a la necesidad de instalar un teléfono en la casa— y aquel humor callado y hosco con el que había llegado a la isla. Pero dejaba muchas incógnitas que aún no se atrevían a pronunciar en voz alta; la mayor de ellas… ¿volvería Víctor alguna vez a la isla después de ese agosto?

—¡Eh, tío! ¿Una carrera? —Damián no creía tener las habilidades necesarias para consolar a su amigo por aquel cambio de rumbo en su vida con el que no parecía precisamente entusiasmado. Pero intentaría distraerlo y, si Víctor no se había convertido de forma definitiva en una persona diferente, funcionaría proponerle el reto de ver quién tardaba menos en llegar hasta el farallón que se elevaba a unos trescientos metros de la cala y regresar.

Angie sonrió al verlos alejarse, braceando como si huyeran de uno de aquellos tiburones pequeños e inofensivos que se avistaban de vez en cuando desde la costa. Pero la sonrisa fue un gesto automático, sin una motivación real. Ni siquiera sabía cómo se sentía. Arrepentida de haberle hablado a Víctor de aquella manera cuando él más necesitaba un hombro amigo. Estremecida después de aquellas palabras susurradas en su oído, que confirmaban lo que ella ya sabía: que en el pasado los sentimientos habían sido más intensos de lo que ninguno de los dos se había atrevido a reconocer ni ante sí mismos. Extraña, porque un estremecimiento muy parecido se lo había provocado Damián solo unos minutos antes de que Víctor hiciera su confesión. Decepcionada, porque la explicación de Víctor a su decisión de casarse con esa chica demostraba algo que Damián le había reprochado algunas veces: que su rebeldía quedaría algún día aplastada bajo los esquemas pequeñoburgueses en que lo habían educado. Y celosa, pero no porque otra mujer fuera a convertirse en la compañera de vida de Víctor, sino porque los veranos a tres estaban a

punto de terminarse para siempre. Quedaba más de una semana para el final de agosto, pero a Angie, de repente, le pareció que el otoño acababa de instalarse en la isla.

9

Marzo de 2015

La casa está en silencio. Solo se oye el repiqueteo de las zapatillas deportivas de Marina sobre el suelo de baldosas antiguas de la cocina. Ha pasado un rato haciendo inventario de los alimentos perecederos que hay en la casa y ha aprovechado para preparar un arroz con unas ventrescas de bonito que estaban en el frigorífico descongelándose. El pinchazo de dolor que le produce pensar que ha cocinado la que el señor Martín había planeado como su siguiente comida, sin saber que no llegaría a probarla, se ha unido a todos los anteriores, los que le oprimen el pecho cuando el *shock* de la presencia de Lucas de vuelta en su vida, aunque sea de forma interina, deja espacio para otras emociones.

Oye sus pasos bajando las escaleras. Tap, tap, tap, tap, tap. Así hasta diecisiete veces, ella lo sabe bien. Los sonidos de la casa le hablan como a una vieja amiga.

—Hola… —saluda Lucas, con una timidez que ella no le conoció en otros tiempos. Esboza una mueca cuando ve la mesa puesta y el arroz reposando bajo un paño de tela—. Perdona la hora. No he programado la alarma y me temo que estaba más cansado de lo que pensaba.

—No te preocupes. No tenía hambre… Bueno, ahora ya sí. —Marina sonríe, o eso cree, aunque probablemente sea solo una mueca—. ¿Comemos?

Lucas asiente y ella sirve los platos en silencio. Rellena dos vasos de agua fresca, recién sacada del pozo, y Lucas lo observa todo con curiosidad. No hace falta que hable para que ella sepa leer lo que le ocupa la mente: los vasos de cristal verde, los platos desparejados de porcelana blanca y azul, el hule de cuadros sobre la mesa… El mundo ha dado miles de vueltas desde 1997, pero en aquella cocina el tiempo parece detenido.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Lucas? —se atreve Marina, después de unos minutos en que el silencio solo lo ha roto él para decirle que el arroz estaba muy rico.

—Claro. —Ve su sobresalto, esa petición de permiso para preguntar augura algo íntimo, pero no es todavía el momento de ahondar tanto.

—¿Vas a aceptar la herencia?

Lucas no responde. La mira, suelta los cubiertos, se limpia la boca con la servilleta de tela, la deja arrugada junto al plato... Y exhala un suspiro que significa muchas cosas que Marina aún no sabe.

—Voy a hacer lo que a ti te parezca más correcto. No voy a... —Carraspea—. No quiero hacer nada que a ti te pueda molestar o incomodar o...

—No soy yo quien escribió ese testamento, Lucas. —Marina se enfada; no sabe muy bien por qué, pero le ha molestado lo que identifica como condescendencia, aunque probablemente no lo sea—. El señor Martín quiso dejarte la casa pequeña, yo no soy nadie para...

—¿Cómo no vas a ser nadie? —Se le escapa una carcajada seca—. Esto es tuyo, Marina, me da igual lo que diga el testamento. Si para ti supone un problema compartir conmigo la propiedad de la casa...

—¿A ti te gustaría?

—A mí... —Lucas parece pensárselo, pero responde con la seguridad de quien lo tiene claro—. Sí, a mí me gustaría.

—Pues no hay más que hablar.

Marina se levanta de la mesa, recoge los platos, los enjuaga en el fregadero y se seca las manos en un paño. No hace falta ser un experto en lenguaje corporal para entender que el hecho de que Lucas acepte la herencia es sal y azúcar al mismo tiempo. Es su regreso, algo que anheló durante tantos años que ni siquiera recuerda cuándo dejó de ser una prioridad en su vida. Pero el Lucas que se fue no es el que ha vuelto, en su dedo anular hay un anillo y Marina no puede anticipar cuál será su reacción si la isla acaba por convertirse en el lugar donde compartirá tiempo con los recuerdos del Lucas del pasado y la nueva realidad de este hombre al que tiene sentado delante y que, aunque le duela solo pensarlo, no es mucho más que un desconocido.

—Voy a... Tengo que hacer la compra. ¿Hay algo en especial que quieras que te traiga del súper? ¿Tienes idea de cuántos días te quedarás? —Marina, no sabe aún cómo, ha empezado a asumir que

ella también pasará al menos esa noche en la isla.

—Dependerá de lo que tarde el abogado en llamarnos para firmar los papeles, pero supongo que unos días estaré. —Lucas parece intuir la incomodidad de Marina—. No quiero molestar. He estado mirando en Google y hay dos hoteles en la isla...

—Están cerrados en esta época del año —lo interrumpe—. No hay problema.

—Gracias de nuevo, entonces. Yo como de todo, así que compra lo que veas. Si quieres te acompaño...

—No, gracias. —Sonrisa falsa—. Voy a aprovechar para ir a correr antes y ya cojo las cosas a la vuelta.

—De acuerdo. Yo me quedaré dando un paseo por aquí.

Marina mete unos billetes en el brazalete para el móvil. Estira brevemente en las escaleras de la finca y echa a correr hacia la zona del puerto pesquero. Por el camino, llama a su tía Fede para comprobar cómo están las cosas en Coruña. Ella la tranquiliza, le dice que Angie está bien cuidada y que, aunque la razón que la ha llevado a la isla sea desgraciada, aproveche para descansar unos días fuera de la vorágine habitual. Marina no promete nada más que pensárselo.

La respiración empieza a acelerársele al mismo ritmo que sus pasos. Está en buena forma, siempre le ha gustado hacer deporte y, aunque prefiere nadar, en los últimos tiempos se ha acostumbrado a correr y dejar que con el golpeo de sus pies contra el asfalto se esfumen, aunque solo sea de forma temporal, las preocupaciones. En Coruña suele hacerlo por el Paseo Marítimo, pero en la isla no sigue un rumbo fijo. En ocasiones le gusta llegar hasta la parte oriental, que siempre está desierta fuera de la temporada de verano, aunque su ruta favorita es la que lleva hasta los acantilados, atraviesa el faro y se pierde entre castaños, robles y pinos. Añora el aroma de las hortensias, omnipresentes en verano en todas las casas de la zona antigua, que pintan la isla con una gama de colores que va desde el rosa al azul, perdiéndose en lilas, violetas y malvas.

Y empieza a sentirse en paz por primera vez en cuarenta y ocho horas. La fuerza con la que algo intangible la une a ese lugar siempre la intriga. Incluso el ruido que hacen las suelas de sus deportivas contra el asfalto le parece diferente a como sonaría en cualquier otro sitio del mundo. Como si sus raíces bajo el suelo la llamaran a cada paso que da.

Después de cinco kilómetros que la han hecho sudar más de lo que esperaba, se sienta un rato bajo los árboles de la plaza que hay junto al puerto pesquero. Quiere calmar un poco la respiración antes de entrar en el ultramarinos de doña Esther, porque sabe que le tocará responder las preguntas habituales —«¿cuándo has llegado?, ¿cuándo te marchas?»—, además de las que en esta ocasión le harán, sin duda, acerca del señor Martín. Al final se decide y se lleva unas cuantas verduras de la zona, fresquísimas, leche, yogures, unas galletas y poco más. Sabe que el señor Martín solía tener el arcón congelador bien avituallado y que no morirán de inanición aunque se olvide de algo esencial.

Cuando regresa a casa, la noche casi se ha adueñado del cielo. Aún quedan un par de semanas para que cambie la hora y las tardes se alarguen. Encuentra la luz de la cocina encendida y desde las mismas escaleras vislumbra a Lucas sentado a la mesa donde lo dejó un par de horas atrás.

—Espera, te ayudo.

Colocan la compra a cuatro manos, qué escena tan doméstica, cuánto soñó Marina con algo así durante años, décadas incluso; y qué poco se parece lo que siente ahora a lo que imaginaba que sentiría si algún día se daba la ocasión.

Lucas le dice que han comido tan tarde que duda que llegue a tener hambre para cenar, pero que se muere por un café. Marina saca el molinillo antiguo, de madera y hierro; el sonido y el aroma de los granos al convertirse en polvo son hogar, el que formó junto al señor Martín cuando a ambos los había abandonado el resto del mundo.

—Así que cumpliste tu sueño…

La voz de Lucas la sobresalta, sus palabras la aterran. No hace ni doce horas que se han encontrado, pero le parece que lleva ya toda una vida tratando de evitar momentos de intimidad con él.

—¿Qué?

—Te vi en televisión. —Marina frunce el ceño, pero enseguida se da cuenta de a qué se refiere Lucas—. Me alegra que consiguieras recorrer el mundo a bordo de un barco.

Hace unos años, seis o siete, Marina participó en un programa de televisión, un especial que grabaron con motivo del 8 de marzo, sobre mujeres con profesiones tradicionalmente reservadas a hombres. Aunque cuando le llegó la propuesta le dio un poco de pavor eso de

ponerse delante de las cámaras, luego comprendió que era una buena forma de entrar en las casas de muchas adolescentes que nunca se habrían planteado que una vida en el mar fuera posible para ellas. Había dado varias conferencias sobre el tema a lo largo de los años; ella misma, a pesar de haberse criado con un pie en tierra y otro en el mar, tardó años en plantearse que «marino mercante» era un concepto que también podía conjugarse en femenino. La habían grabado a bordo de un buque de carga en el Atlántico Norte, donde trabajaba en aquel momento. De aquella jornada ante las cámaras le quedan dos recuerdos vívidos: el frío terrible que hacía en cubierta y el pensamiento, que le atravesó la mente durante un segundo de la grabación, de que quizá Lucas la viera cuando se emitiera el programa. Hacía por entonces más de una década que no sabían nada el uno del otro y odió que él acudiera a su cerebro así, a traición, y le borrara la sonrisa en un día que debería haber sido divertido.

—Sí, bueno… —Marina sabe que no tiene ningún sentido ocultarle información que conoce media isla, que no ha sido nunca un secreto, así que se sirve una taza de café y trata de relajarse, de cumplir con ese papel fingido de mujer que habla con su viejo amigo —. Eso es pasado ya, me temo. Por motivos… familiares, he tenido que dejarlo.

—¿Sí? —Lucas esboza un gesto de preocupación—. ¿Angie está bien?

—No, Angie no está bien. —Las lágrimas invaden de inmediato los ojos de Marina; en los últimos años, cada vez que lo ha contado, y han sido muchas, su cuerpo ha reaccionado de forma instintiva con llanto—. Hace unos cuatro años, algo más, que le diagnosticaron alzhéimer. La enfermedad avanza rápido. En el último año y medio ha sufrido un bajón bastante repentino y desde hace ocho meses está ingresada en un centro especializado.

—Dios, Marina… —Lucas apoya los codos en la mesa y resopla con fuerza—. Lo siento muchísimo. ¿Cuántos años tiene ya…?

—Aún no ha cumplido los cincuenta y nueve. Ha sido muy precoz…, como en todo. —Marina esboza una sonrisa en la que, está segura, Lucas sabrá leer el amor infinito que siempre ha tenido por su madre—. Me vi obligada a dejar el mar, aunque no lo hice a tiempo.

—¿Por qué dices eso?

—Antes del diagnóstico hubo pistas. La notaba despistada, hacía

algunas cosas sin sentido, pero ya sabes cómo es... —Se da cuenta de que hace tantos años que Lucas no ve a Angie que puede que lo que acaba de decir no tenga lógica para él—. La recuerdas, ¿no?

—Cómo no la voy a recordar.

—Pues... eso. Que pensaba simplemente que se le iba la olla un poco más de lo habitual. Yo estaba pasando unas semanas en casa entre travesía y travesía, pero me tocaba embarcarme justo en ese momento y ni me lo pensé. Le pedí a mi tía Fede que le echara un vistazo de vez en cuando y nada más. Llevaba tres meses embarcada en un mercante portacontenedores por el Índico cuando Fede contactó conmigo de urgencia. Habían llamado del instituto en el que trabajaba Angie por entonces para avisar de que se había sacado el jersey en una clase de la ESO... y que no llevaba nada debajo. Nunca me perdonaré haberme perdido esos últimos meses «buenos».

—Joder...

—Después de eso, pruebas, la sospecha de que podía ser alzhéimer, más pruebas, el diagnóstico... Y ver la decadencia día a día. Llevaba años posponiendo hacer la tesis doctoral y ahora me dedico a eso. Doy algún curso de vez en cuando, escribo la tesis y cuido de mi madre, salvo en momentos escasísimos como estos días en que se hace cargo Fede a jornada completa. Esa es mi vida actual.

—No tenía ni idea, Marina. —«Cómo lo ibas a saber»—. Lo siento mucho.

—Bueno, es la vida. Nos da palos y nos levantamos, supongo que así funciona. —Marina rellena las tazas de café para salir del bucle de ese tema en el que tiene la sensación de que se ha abierto demasiado —. Y a ti, ¿qué? ¿Cómo te trata la vida?

—Bien, supongo.

—Veo un anillo. —Marina deglute bilis, un trago, dos, tres..., y esboza su sonrisa fingida.

—Sí. —Lucas lo mira casi como si le sorprendiera encontrarlo ahí, al final de su dedo anular—. Me casé hace ocho años. Se llama Teresa, la conocí en la boda de unos amigos comunes. Tenemos dos niñas. Gemelas, seis años. Inés y Mencía.

—Felicidades.

Marina no sabe qué más decir. Le provoca la misma sorpresa, o falta de ella, encontrarse a un Lucas casado y con hijas que si estuviera soltero, divorciado, viudo, con familia numerosa, célibe o

polígamo. Nunca ha querido saber. Sí al principio, muy al principio, en aquella fase de negación en la que no se podía creer que Lucas hubiera desaparecido para siempre. Pero era a finales de los noventa, ni siquiera tenían móviles y las redes sociales eran un concepto inexistente. Para cuando surgió Facebook y todos sus antiguos amigos empezaron a reaparecer en forma de solicitudes de amistad, estuvo tentada de localizar a Lucas; llegó a escribir su nombre en el buscador. Habían pasado más de diez años desde la última vez que había tenido noticias de él, pero no quiso engañarse: sabía que no lo había superado, que tal vez nunca lo haría. Necesitaba olvidar que existía para poder seguir respirando y no incumplió aquel juramento hecho a sí misma: no lo buscó jamás, ni en Facebook ni en ningún otro lugar.

—Yo… me voy a ir a acostar —dice Marina, en medio de un carraspeo. Las emociones la están devorando, los malditos recuerdos, las puertas sin cerrar—. ¿Necesitas algo?

—¿Sigue teniendo Martín libros en su habitación?

—Miles. ¿Quieres coger alguno?

—Sí. Con las prisas por venir, olvidé traer uno… y sigo sin poder conciliar el sueño si no leo algo antes.

—¿No tienes libros en el móvil? —le pregunta Marina mientras sube las escaleras, para evitar un silencio incómodo.

—Solo leo en papel.

—Qué anticuado —se burla—. La de travesías que me ha salvado a mí el libro electrónico…

—Pues seré un anticuado. —Lucas sonríe, entra en la habitación del señor Martín y elige un libro al azar; es una novela negra que Marina leyó hace cuatro o cinco veranos—. Pero me quedo con este.

—Está bien. Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana —le responde Lucas, mientras se estira un poco y la cinturilla de su pantalón deja al descubierto una mínima franja de piel.

Marina se va a la cama odiando no ser capaz de pensar en otra cosa que en los tres lunares en forma de triángulo que ella sabe que están solo unos milímetros más abajo y que un día fueron la constelación en la que deseaba perderse cada noche.

10

Marina

¿Se puede desgranar lo peor de una vida en cuatro frases cordiales? ¿Conseguir que las palabras fluyan sin verse afectadas apenas por un leve titubeo? Siempre había creído que no, que si el destino me pusiera en la tesitura de volver a encontrarme cara a cara con Lucas, me desangraría en una explicación que iría desde cómo la vida se me rompió el día que se marchó hasta el momento en que, cuando había logrado recomponerla, la memoria abandonó a Angie y me quedé flotando a la deriva. Pero no ha sido así. «Nos da palos y nos levantamos, supongo que así funciona». ¿De verdad lo he resumido de ese modo, como si tuviera asumido lo que sé que jamás asumiré?

Estoy segura, o casi lo estoy, de que Lucas estará sonriendo en su cama, sorprendido por el giro de los acontecimientos que lo ha hecho heredero de la casita que alberga los mejores recuerdos de su infancia y adolescencia y lo ha puesto de frente ante mí, que supongo que soy uno de esos recuerdos. Mientras tanto, yo lucho contra las sábanas de mi cama una batalla que sé que no voy a ganar; la incapacidad para dejar de revivir cada frase y cada silencio que ha habido entre nosotros desde que nos encontramos me boicotea el sueño. Hasta en las palabras más inocentes hay una bomba de relojería.

«El sueño de mi vida» llamó Lucas a aquella decisión de consagrar mi futuro al mar, que es sin duda la mejor que he tomado jamás, aunque lo hice en uno de mis peores momentos. Y lo que yo callé fue que hubo un tiempo, uno que él vivió conmigo, en que el sueño de mi vida era otro: aprobar las oposiciones para ser profesora en Madrid, donde estaba él; acortar al fin, después de tantos años de distancia, los kilómetros que nos separaban; casarnos, tener niños, envejecer juntos. Callé que, después de perder a Lucas, a mi padre y la felicidad en pocos meses, tomé la decisión más cuerda de mi vida, a pesar de que parecía la más desquiciada: dejé la carrera de Biología a

falta de dos cursos, me matriculé en Náutica y encontré en el mar el consuelo que la tierra me negaba.

Claro que Lucas también se ha convertido en las últimas horas en un experto en resumir la realidad en pocas palabras. «Gemelas, seis años. Inés y Mencía». Seis palabras para condensar la inmensidad de que una parte de él haya tomado forma hasta convertirse en otro ser humano, en dos seres humanos. Conseguí esbozar un «Felicidades» que debió de sonar sincero, aunque se me retorcían las entrañas al pensar en dos criaturas con los genes de Lucas pero sin los míos. Al pensar en él formando una familia junto a otra mujer. No. Ella no es *otra* mujer. La otredad no tiene sentido al mencionarla, si en realidad yo solo fui la chica a la que él quiso cuando no era más que un crío.

Y, sin embargo, pocas frases me han golpeado tan fuerte como su comentario distraído sobre que aún es incapaz de dormir si no lee un rato antes. Ese «aún», adverbio traidor que se nos cuela en la conversación y nos devuelve a un tiempo en el que nos conocíamos. Lo mencionó como si nada, seguro de que yo recordaría ese detalle sobre su forma de ser, como seguro que él recuerda otros míos. ¿Pensará él en mí todavía como la chica dormilona a la que siempre tenía que despertar para bajar a la playa? ¿Se sorprendería al saber que ahora el sueño me es esquivo? ¿Cuántas cosas no sabes ya de mí, Lucas? ¿Cuántas me he perdido yo de ti mientras te anclaba como una foto fija en mi memoria?

Qué fácil habría sido ahorrarme tanto insomnio. Habría sido suficiente con recomendarle uno de los hoteles del pueblo al salir del despacho del abogado. Quizá me pase el resto de mi vida preguntándome por qué le propuse que se viniera a la isla, a compartir noche con solo un tabique de por medio, o quizá tengo clara la respuesta desde el primer segundo: por retenerlo un momento más, por intentar comprender.

Han pasado dieciocho años desde que Lucas se esfumó. Nos dijimos adiós apenas unas horas después de haber hecho el amor como cada noche de aquellos veranos que nos convirtieron en uno solo y prometió llamarme en cuanto llegara a Madrid. Daba igual lo que ocurriera a nuestro alrededor, nosotros seguiríamos adelante con nuestros planes de futuro. Solo que nunca llamó. Ni volvió a responder al teléfono. Tardé meses, años, en realidad, en asumir que jamás regresaría. Me quedé varada en una despedida que no fue tal, en un

adiós nunca pronunciado.

Y dieciocho años, tres novios y miles de millas navegadas después, sigo considerándolo el gran amor de mi vida, suponiendo que ese concepto edulcorado exista. Luché contra ello durante años, fui a terapia, aburrí a mis amigas tratando de encontrarle explicación al hecho insólito de que un hombre que desapareció entre la niebla de una mañana de agosto nunca se evaporara de mi memoria…, hasta que lo asumí. Que no olvidaría a Lucas, pasaran dieciocho años, treinta y seis o setenta y dos. Sé cómo soy y cómo me gusta sentir: hasta las entrañas. Ya cuando era adolescente, no me enrollaba con otros chicos, ni siquiera en aquellos primeros años con Lucas en que vivíamos un amor de verano que no implicaba compromiso en los once meses que pasábamos separados. No me merecía la pena si no me gustaban lo suficiente, si no me ponían la piel de gallina ni me dibujaban una sonrisa solo con oír sus nombres, como sí me pasaba con él. Años después viví la versión adulta de eso mismo: me enamoré, sí, tuve relaciones serias, pero siempre reculé cuando tocaba dar un paso adelante porque no me hacían vibrar. Vi a mis amigas casarse, ser madres, construir una vida nueva junto a hombres con los que se sentían cómodas o que les daban estabilidad. Yo nunca quise eso, y está bien. Hace años que ya no doy explicaciones por no intentar enamorarme siquiera.

Hace tiempo, mi tía Fede me dijo que no me pegaba nada haberme quedado estancada en un amor del pasado. Que yo era rebelde, independiente, amante de mi libertad por encima de cualquier cosa. Y es cierto. Pero también lo es que resulta muy fácil crearse estereotipos mentales de las personas a las que conocemos. Tal vez yo tendría que haber sido una chica que no se enamorara como lo hice de Lucas, o que hiciera un borrón y cuenta nueva basado en el odio al descubrir que él jamás regresaría. Pero yo había visto en mi casa el amor más incondicional, uno en el que la devoción por el otro y la libertad individual no solo eran compatibles, sino el ingrediente principal de una relación con la que solo acabó la muerte de mi padre. Y nunca me conformé con menos de lo que ellos tuvieron. Nunca me conformé con menos que Lucas.

11

Marzo de 2015

Marina se sobresalta cuando abre los ojos y ve la hora en su móvil. Es casi mediodía. Enseguida le envía un mensaje a su tía para comprobar que Angie esté bien y respira tranquila cuando le llega una respuesta inmediata. Aunque no logró vencer al insomnio hasta que el cielo empezaba a clarear, no esperaba dormir tanto; solo en la isla lo consigue de vez en cuando.

El sol ha salido con ganas, así que se pone un caftán de manga larga y baja descalza las escaleras. Le parece una sensación irreal saber que encontrará a Lucas en la cocina; sería más realista haberlo soñado. Lucas lleva demasiado tiempo existiendo solo en el mundo onírico, pero su abrigo colgado junto a la puerta de entrada confirma que se ha hecho corpóreo.

—Buenos... ¿días? —la saluda, con un gesto de burla pintado en la cara—. He hecho café, pero... esta parece más la hora del vermut, ¿no?

—No sé qué me ha pasado. Demasiadas emociones, supongo. —Marina sonríe—. Me conformo con un café por el momento.

—Debe de estar frío.

—Es igual. —Marina se sirve una taza y se bebe su contenido en un par de tragos—. ¿Qué has estado haciendo?

—He ido a dar una vuelta por la isla. Una sensación un poco rara... Reconocía las calles, las fachadas de las casas..., y no me podía creer que hiciera casi veinte años que no las veía.

—Esto no ha cambiado mucho.

—No... Y bueno... —Lucas duda—. También me he encontrado con algo que no sé muy bien cómo interpretar.

—¿Qué? —Marina frunce el ceño.

—Ven conmigo. —Lucas sale de la casa, Marina lo sigue—. ¿Tú sabías que el señor Martín estaba en la barbacoa cuando...? Me lo

comentó el abogado cuando me llamó.

—Sí... ¡Ostras! Ni se me ha ocurrido ir a mirar si ha quedado comida allí a la intemperie.

—No... No era comida.

La barbacoa de obra está adosada a la pared lateral de la casa, por lo que no se ve desde ninguna de las habitaciones. La construyó el señor Martín diez o quince años atrás, después de que Marina le insistiera en que era muy poco práctico usar una carretilla con una parrilla encima cuando se les antojaba asar pescado, que era casi todos los días.

—¿Qué quieres decir?

—Mira.

Entre las cenizas frías y ennegrecidas sobresalen papeles a medio quemar. En el centro de la pira, pueden verse unas tapas de cartón negras, que Marina reconoce como uno de los cuadernos de bitácora que el señor Martín había escrito desde que era apenas un niño hecho a la mar.

—Esto asomaba entre las páginas del cuaderno. Se ha librado del fuego de milagro.

Marina coge la foto que Lucas le ofrece. Es antigua, en ese formato pequeño de las fotografías de la época, el blanco y negro casi convertido en sepia. En el centro de la imagen se ve a una chica preciosa, vestida con un bikini de colores claros; no se percibe muy bien, pero parece de cuadritos *vichy*. Lleva el pelo recogido en un moño alto y unas gafas de sol redondas, con cristal oscuro y marco blanco. Podría pasar por una actriz del Hollywood clásico, por una diva francesa en la Costa Azul, pero Marina no necesita que nadie le diga que es Angie. A cada lado, flanqueándola, dos chicos más o menos de su misma edad, ataviados con aquellos escuetos bañadores masculinos de los setenta. Uno rubio, otro moreno. Uno sonriente, otro más serio. Y los dos mirando a Angie como si fuera la Venus de Botticelli emergiendo de su concha. Al fondo se dibuja el faro; esa foto tuvo que ser tomada en la cala de los acantilados.

—Dale la vuelta —le pide Lucas.

—«Angie, Víctor y Damián, agosto de 1974» —lee Marina, en la inconfundible letra de su madre—. Mi madre, tu padre y el sobrino del señor Martín.

—¿La habías visto alguna vez?

—No. En nuestra casa de Coruña hay un álbum con otras fotos de esa época, pero esta no la había visto nunca. ¿Tú?

—Tampoco. ¿No te parece un poco extraño?

—¿El qué?

—Que el señor Martín, sabiendo que se moría, quisiera quemar una de las pocas fotos que hay de su sobrino.

—Quizá intentó hacer fuego para asar la cena y no sabía que estaba la foto en medio del cuaderno.

—No había carbón ni leña debajo de los papeles. Ni tengo yo muy claro que un diario de 1997 sea el papel que tenía más a mano.

—¿1997? —Marina se sobresalta. Es el año en que Lucas la abandonó, el que marcó un antes y un después en su vida; nunca le es indiferente oírlo.

—Sí.

—En fin... —Marina enfila el camino hacia la casa sin darle más importancia al hallazgo de Lucas—. Supongo que nunca lo sabremos. ¿Es una hora decente ya para tomarnos un vino?

—Es casi obligatorio. —Lucas abre el aparador de la cocina y encuentra las tazas de Ribeiro en el mismo lugar de siempre—. ¿Está en la nevera?

—Sí, yo lo cojo. —Marina sirve de la jarra escanciando un poco el líquido amarillo algo turbio. Le da un trago, siente su frescor en la lengua. Coge la foto que Lucas ha dejado sobre la mesa y la cuelga de la puerta de la nevera con un imán de publicidad que lleva ahí años. Mira a Lucas y se atreve con la pregunta—. ¿Qué tal le va a tu familia?

—Bueno... «Todas las familias felices se parecen unas a otras; pero cada familia infeliz tiene un motivo especial para sentirse desgraciada».

—*Ana Karenina* —dice Marina después de esbozar una sonrisa radiante, quizá la primera que no finge desde que se reencontraron. Cuando eran adolescentes, Lucas y Marina tenían un juego. Consistía en que uno de los dos recitaba el comienzo de un libro y el otro debía adivinar de cuál se trataba. Lucas había sido siempre un fanático de la lectura y Marina se aprendía citas célebres para no quedarse atrás. Eran los tiempos en los que él soñaba con ser profesor de Literatura, o editor, o cualquier otra profesión que le permitiera estar en contacto diario con los libros, pero llegado el momento no tuvo valor para

enfrentarse a su padre y elegir una carrera «sin salidas» y acabó siguiendo la tradición familiar de estudiar Derecho—. ¿Y cuál es el motivo de la tuya para sentirse desgraciada?

—Hay tantos... —Lucas bufa y da un trago largo con el que vacía su taza de vino—. Mis padres se divorciaron hace... hará siete años o así, pero en realidad llevaban odiándose tanto tiempo que casi fue un alivio que ocurriera al fin. Mi madre se quedó con el piso y la amargura; mi padre..., bueno, sobre él estarás informada, me imagino.

—Es difícil perderle la pista a Víctor Atienza si lees los periódicos. —Marina tuerce el gesto; se llevó bien con los padres de Lucas cuando era niña, pero nunca ha podido evitar preguntarse cuánto tuvieron ellos que ver en el final de su relación—. Sigue en el Parlamento, ¿no?

—Sí, hija, sí... —Lucas pone los ojos en blanco—. La mitad de los votantes lo odian, la otra mitad lo aman, pero su escaño lo tiene asegurado siempre.

—¿Y tu hermano?

—Lo de Borja... te lo cuento en otro momento. —Lucas deja la mirada perdida y luego la fija en la foto de la nevera—. ¿No te encantaría haberlos conocido entonces?

—No lo sé, Lucas. Acabó todo tan mal entre tu padre y mi madre, y nos afectó tanto que...

—Que no has querido ni pensar en ello en todos estos años —responde Lucas por ella; su conclusión se parece bastante a la realidad, pero Marina calla que sí ha pensado en aquello más veces de las que le habría gustado—. ¿Queda vino?

—¿Te has propuesto emborracharte? —Marina se levanta y él la sigue hasta la bodega—. Nunca te sentó demasiado bien el Ribeiro.

—Tengo garantizado el dolor de cabeza para el resto del día, pero es que entra tan bien así fresquito...

—Este estará un poco más templado. —Marina toca una de las botellas de la bodega para comprobar la temperatura y asiente—. Bueno, está bastante frío. ¿Vamos?

—Esto sigue aquí... —Lucas repara entonces en el marco de la puerta de la bodega. Marina lleva años sin querer ver las líneas que el señor Martín hacía allí cada verano, durante dos décadas, para comprobar cuánto habían crecido. A pesar de que Lucas es un par de meses mayor, Marina fue más alta hasta bien entrada la adolescencia,

cuando él llegó un 1 de agosto tras un gran estirón—. Madre mía, lo que tardé en crecer…

—¿Te apetece que saque un pulpo del arcón para comer mañana… si aún sigues aquí?

—Pues claro. Siempre quiero pulpo.

—¿Y hoy te parece bien si preparo un rollo de bonito?

—¿Vamos a comer bonito todos los días? —se burla Lucas.

—Esto es el Cantábrico, amigo. Eso… y que es lo único que hay descongelado. Además, el señor Martín me enseñó todas sus recetas y quiero lucirme un poco.

—¿Puedo ayudar? —le pregunta Lucas al llegar a la cocina.

—Solo sirviendo vino.

En los minutos siguientes, Marina se dedica a desmigar el bonito y a cortar cebolla, ajo, pimiento, unos tacos de jamón. Lo amasa todo con un huevo crudo y algo de harina, y empieza a formar una especie de albóndigas, algo más grandes de lo normal. Pone una olla al fuego con aceite, las cocina durante un rato y añade vino blanco y otros ingredientes para la salsa. Lo tapa todo y baja el fuego. A continuación, pela unas patatas, las corta en pedazos y las pone a hervir.

—Ahora solo queda esperar y cruzar los dedos para que no me haya saltado ningún paso.

—Si huele así ya ahora… ¿Más vino?

Marina asiente. Nota ya la cabeza algo ligera; no está acostumbrada a beber y le afecta rápido. Sale de la cocina y busca un paquete de tabaco de liar en el taquillón de la entrada. Se sienta en el fregadero, que es una gran pieza de mármol labrada en bruto, de más de un metro de ancho, tan antigua como la casa, bajo el ventanal desde el que se divisa la playa con el mar a sus pies, y empieza a liar un cigarrillo.

—No sabía que siguieras fumando —le dice Lucas, como si fuera extraño que desconociera algo sobre ella después de dos décadas sin contacto—. Yo lo dejé hace años.

—Casi nunca, solo aquí. No es muy buena idea ser adicta a nada cuando te pasas el año embarcada. Pero el señor Martín era una mala influencia y siempre me toca desengancharme un poco en septiembre.

—¿Has seguido pasando todos los meses de agosto aquí?

—Siempre. Algunos años incluso más, el verano entero si tengo la

posibilidad.

—¿Todo el día en bañador y recorriendo la isla en bicicleta? —Lucas sonríe; Marina tiene la sensación de que los recuerdos para él no guardan ese regusto de amargura que a ella siempre le deja que los años más bonitos de su vida acabaran tan mal.

—Algo así. Solo que ahora ya no me atrevo a bajar el camino de rocas del faro en la bici.

—¡Madre mía! —Lucas se carcajea; toma impulso y se sienta enfrente de Marina, sus pies junto a la cadera de ella, los de ella encogidos para evitar un contacto que desea y teme al mismo tiempo—. ¿Te acuerdas de aquel verano? El único agosto que recuerdo en el que hizo sol todos los días, y yo con una pierna rota.

—Batimos el récord del mundo de horas frente a la tele. —Marina sonríe—. ¿Cuántos años teníamos? ¿Trece?

—Doce.

—Vaya memoria.

—Uno no olvida fácilmente el peor verano de su vida.

—Es curioso... Yo lo recuerdo como el mejor de la mía.

Marina se da cuenta de que lleva todo ese rato con el cigarrillo liado entre los dedos. Lo enciende y abre un poco la ventana. Quiere huir de los recuerdos, pero ellos son más rápidos. Por eso agradece que Lucas cambie de tema.

—Me siento inútil sin aportar nada en la cocina. ¿Te apetece que esta noche prepare una barbacoa? No llegan a mucho más que eso mis habilidades. Puedo ir a comprar algo de carne al supermercado después de comer.

—Me parece que te vas a librar. No como carne salvo en contadísimas excepciones.

—¿Eres vegetariana?

—¿Te parece que una persona vegetariana basa su alimentación en bonito y pulpo? —Marina pone los ojos en blanco—. Nunca fui muy aficionada a la carne y, además, me cuesta cada vez más tolerar el sufrimiento animal. Por eso hace ya unos años que tampoco pesco. Me lo como, eso sí, porque nunca se me ha dado bien ser coherente todo el rato.

—¿Te importaría si esta tarde echo un vistazo a las cosas que conservaba el señor Martín en el desván?

—No. —Marina frunce el ceño ante el cambio de tema—. Pero

¿qué esperas encontrar?

—No tengo ni idea. Algo que me explique cosas sobre mis padres que no entiendo.

—¿Qué te pasa, Lucas? —susurra Marina, porque preguntarlo en voz alta le da miedo.

—No me van muy bien las cosas últimamente.

—¿Con tus padres? —Otro titubeo.

—Sí. Pero no solo con ellos. Yo qué sé… Conmigo mismo, supongo. —Lucas desvía la mirada a la inmensidad del océano—. Hacía dieciocho años que no jugaba a eso de adivinar el comienzo de una novela.

—Me temo que no te estoy entendiendo.

—Ni yo mismo lo hago la mayor parte del tiempo. Pero me recordó cuánto me gustaban los libros cuando era adolescente, lo claro que tenía que quería dedicarme a algo relacionado con ellos… Te acuerdas, ¿no?

—Claro. ¿Cómo era aquello que decías siempre? Que no era casualidad que «libre» y «libro» sean dos palabras tan parecidas.

—Me temo que esa frase nunca fue mía, pero sí… Muchas veces he pensado que haberme matriculado al final en Derecho fue la primera prueba de que siempre sería un cobarde. De que… entre la opción «fácil» y la que me implicara discutir con alguien, pelearlo…, elegiría la primera.

—Pero te va bien la vida, ¿no?

—Bueno… Trabajo en el bufete que fundó mi padre y gano dinero. Durante años ha sido suficiente, me dejé llevar y me creí que lo aparente era real.

Marina no sabe qué decir, así que se levanta y comprueba que la comida esté hecha. La sirve en silencio y rellena las tazas de vino; el efecto que pudieran haber provocado las anteriores se ha evaporado entre recuerdos compartidos y el miedo a crear otros nuevos.

—Esto está increíble. Hacía tantísimos años que no comía rollo de bonito…

—¿Qué te ha pasado para que ya no te creas que lo aparente es real? —Marina retoma el tema.

—Una crisis familiar hace unos meses. *Otra* crisis familiar. —Lucas se frota las sienes—. Poco antes de las últimas Navidades, mi hermano salió del armario.

—¿Tu hermano? ¡¿Borja?!

—Sí, Borja. ¿Tienes algún problema con eso? —La mirada azul de Lucas adquiere la tonalidad del acero.

—Para el carro, anda. De que tu hermano sea homosexual me sorprende mucho más la parte de «sexual» que la de «homo». ¿Es que te olvidas de que la última vez que lo vi tenía tres años?

—Vale, perdona. Estoy bastante susceptible con ese tema.

—¿Por qué?

—Bueno... Yo sabía que era gay, claro, lo sé desde hace años. Me lo contó cuando tenía quince o dieciséis y me pidió que no les dijera nada a nuestros padres, ni siquiera a mi mujer, por el momento. El problema es que ese «por el momento» se le fue alargando en el tiempo y acabó convirtiéndose en un secreto enquistado. Yo le insistía para que lo dijera de una vez. A estas alturas, ¿a quién coño podría molestarle?

—¿Y qué pasó?

—Que él tenía razón y yo me equivocaba. La noticia no cayó bien en casa.

—¿Estás de coña?

—No. —Lucas se ríe, pero maldita la gracia que le hace—. El caso es que él quería largarse un tiempo lejos, así que decidió aceptar una beca que le habían ofrecido en Melbourne y yo me quedé rumiando cosas que quizá no tenían tanto que ver con lo suyo como conmigo mismo. Me di cuenta de que, si yo hubiera estado en su lugar a su edad, probablemente habría acabado en un armario gigantesco solo por miedo a decepcionar a los demás.

—Y eso te ha hecho replantearte cosas...

—Me ha hecho, más que nada, envidiar a mi hermano por tener veintiún años y porque puede permitirse largarse al otro lado del mundo unos meses, o unos años, o lo que sea.

—Y la isla es tu Australia durante unos días.

Lucas alza la cabeza cuando se da cuenta de que ella lo ha comprendido sin necesidad de todos los datos que él ha omitido. Y eso lo hace sonreír de nuevo.

—Exacto.

Marina se levanta, recupera el paquete de tabaco de liar y se promete que no fumará más en esos días. Se lo cree solo a medias. Lucas pone el café al fuego y lo doméstico de toda la escena la

impacta. Se distrae de ese pensamiento liando el cigarrillo, con los ojos de Lucas clavados en sus manos, aunque finge no darse cuenta.

—¿Por qué no volviste, Lucas? —La pregunta parece que se le escapa a Marina. Tal vez es así. Recula un poco, matiza—. No digo a mí, no sé si quiero oír esa respuesta aún… Pero ¿por qué no volviste a la isla, a visitar a Martín? No sé…

—No he vuelto ni a Galicia, Marina. Mi mujer lleva años queriendo hacer el Camino de Santiago y le doy largas.

—Pero ¿por qué?

—Porque la única forma de olvidarlo era… borrarlo. No sé decirlo de una manera diferente. Me convertí en otra persona. Acabé la carrera, me fui a hacer un máster a Londres, me quedé allí trabajando tres años, regresé, conocí a Teresa, nos casamos, fuimos padres… Los veranos se me fueron en interraíles, más tarde en viajes a sitios exóticos, desde hace unos años nos hemos acostumbrado a pasarlos en el sur.

—¿Nunca lo echaste de menos? —Marina enciende el cigarrillo y acompaña la primera calada de un sorbo de café.

—Pues claro. —Lucas aparta la mirada—. Que fuera yo el que decidió no volver no significa que no me doliera como una herida abierta lo que me dejé aquí. ¿Puedo?

Lucas acerca dos dedos a Marina, que se ha quedado paralizada por las palabras de él y tarda en entender lo que le pregunta. Lo ve señalar con una mirada pícara el cigarrillo y se lo pasa.

—Pensaba que ya no fumabas.

—Y no lo hago. —Esboza una sonrisa burlona justo antes de dar una calada y contener un pequeño ataque de tos—. Pero hemos compartido demasiados pitillos en esta cocina como para que no me hayan entrado las ganas.

—¿Sabes? —Marina se levanta de golpe; se da cuenta en un segundo de que ese Lucas que la mira desde el otro lado de la mesa, ese Lucas que es exactamente igual a como ella imaginaba con veinte años que sería cuando rondara los cuarenta, tiene la capacidad para derribar barreras, comprimir décadas, avivar ascuas. Y ella no puede permitírselo—. Voy a salir a correr. Tengo que bajar comida, bebida y tabaco, así que… no te asustes si tardo.

—Yo, si te parece bien, pasaré un rato en el desván.

Marina asiente y se acerca a la parte baja de las escaleras, donde

dejó ventilando el día anterior las zapatillas deportivas. Se las calza mientras Lucas empieza a subir los peldaños, pero entonces él se detiene y habla.

—¿Sabes, Marina? Aquel verano, el de la pierna rota...

—¿Sí?

—Antes he dicho una tontería. Para mí... también aquel fue el mejor verano de mi vida.

Marina no puede dejar de sonreír mientras él se pierde escaleras arriba, decidido a desentrañar los secretos del señor Martín.

12

Martín

El señor Martín, a quien todo el mundo llamaba así desde tiempos inmemoriales, supo que se moría treinta y cuatro días antes de que su corazón dijera basta. En realidad ya lo venía intuyendo desde hacía meses, pero prefirió que un médico le confirmara que aquellos desajustes que sentía en su cuerpo se debían a algo más que a sus noventa y un años.

Lo asumió bien. Hacía ya mucho tiempo que tenía más miedo a la enfermedad, al dolor y a la dependencia que a desaparecer de este mundo. Lo había vivido todo, lo muy bueno y lo muy malo, y solo les pedía a los últimos días de su vida tener las fuerzas suficientes para dejar solucionados unos cuantos asuntos de los que debería haberse ocupado años atrás.

Lo primero fue hacer testamento. El abogado que se encargaba cada año de su declaración de la renta y otros trámites burocráticos no fue capaz de aguantar la risa cuando el viejo le dijo que había sido siempre un optimista impenitente, así que había llegado a los noventa y uno sin haberse planteado nunca la necesidad de legar sus bienes. Fue él quien le recomendó que escribiera una carta a sus herederos si quería darles alguna explicación de por qué había repartido su herencia de aquella manera. Menos de setenta y dos horas después de que el médico hubiera firmado su sentencia, Martín se sentó ante la mesa de la cocina y escribió del tirón aquella carta que se había convertido en la banda sonora del reencuentro entre Lucas y Marina.

A continuación repartió entre sus viejos compañeros de muelle algunos aparejos de pesca que sabía que Marina no utilizaría, se aseguró de que Otilia, su vecina de toda la vida, echara un vistazo de vez en cuando a los gatos a los que daba de comer y emprendió la dura tarea de revisar los diarios del desván.

Hay que remontarse casi un siglo para entender por qué el señor

Martín había registrado en sus diarios cada año de su vida. Martín era el hijo mediano de una familia de siete: tenía tres hermanos mayores y tres hermanas pequeñas. Sus padres no eran ricos, ni mucho menos, pero en su casa no sintieron nunca las dentelladas del hambre mientras él era pequeño. Cuando sus hermanos se cansaron de la escuela, más tarde o más temprano, empezaron a ir al mar. Así se decía entonces: ir al mar. Cuando Martín tenía nueve o diez años, su padre cumplió su sueño de poseer su propio barco, en el que se enrolaron de inmediato los hijos mayores. Martín era buen estudiante en la escuela, y su maestro, un cura joven que le había tomado mucho cariño, decía que podía llegar a hacer estudios superiores, algo que en aquella época estaba destinado solo a los hijos de los potentados de la isla. Pero a su padre aquello le sonaba bien y Martín estaba dispuesto a estudiar más que ningún otro niño para conseguirlo.

Y entonces llegó la guerra. Sus tres hermanos fueron llamados a filas y todo se torció. Dos no volvieron y el tercero, el más cercano a Martín en edad, lo hizo mutilado. Martín solo tenía catorce años, pero entendió enseguida el papel que la vida —o quizá la muerte— le había reservado: la escuela se acabó y el mar fue su único destino a partir de entonces, pero se juró a sí mismo que seguiría leyendo y escribiendo, quizá un diario de bitácora, porque tenía pánico a que se le olvidara hacerlo.

Como la muerte setenta y siete años más tarde, aquello también lo asumió bien. Había tres hermanas pequeñas a las que alimentar, una madre que jamás levantaría cabeza después de perder a dos hijos y un barco que desempeñar. Y si la guerra había sido un infierno, para la posguerra que llegó después habría que inventar una nueva palabra. Hambre, frío, enfermedad, pobreza. A una de sus hermanas se la llevó el tifus, el hermano que había llegado herido de la guerra encontró su destino saltando desde el acantilado en una noche de tormenta, y los padres no duraron mucho más. Martín apenas había cumplido los veinte años cuando se quedó solo a cargo de sus dos hermanas más pequeñas. Trabajó más que nadie, todas las horas que no pasaba en el mar, cultivando patata en el huerto de la casa, porque, si todo el país sabía lo que era el hambre, una isla a la que apenas llegaban provisiones no era precisamente un lugar idílico en el que pasar la época más oscura de la historia de España.

Pero la vida le dio tregua. Sus hermanas se marcharon a tierra, se

casaron y dejaron de depender de él. Martín quedó libre para enrolarse en los barcos que le ofrecían sustento a cambio de muchas jornadas lejos de casa. Trabajó en barcos de cabotaje, pero sobre todo pescó: anchoa, bonito, sardina y hasta ballenas. Hizo amigos en Ondarroa y Bermeo, en Lekeitio y Laredo, en todos los puertos del Cantábrico y más allá. Conoció las Azores, el Gran Sol y Terranova. En uno de sus regresos a la isla le pidió a Dora, que había vivido siempre en la casa indiana que estaba a tres calles de la suya, que le permitiera escribirle. En el siguiente, se casó con ella.

Muchos años después se sentiría culpable por todo el tiempo que Dora pasó sola, pero Martín fue feliz en aquellos años. El dinero llegaba a casa, nunca en abundancia, pero sí suficiente para mantenerlos a ambos y enviarles a sus hermanas algo de ayuda cuando la necesitaban. Solo un nubarrón descargaba lágrimas sobre ellos cada pocos meses: los hijos no llegaban. Dora se quedó embarazada varias veces, pero aquellas esperanzas se diluyeron entre dolor y sangre. Cuando el médico les dijo que su vida podía correr peligro si seguían intentándolo, Martín amenazó con no volver a dormir con ella jamás, para no arriesgarse, pero consiguieron llegar a un acuerdo que, para sorpresa de ambos, tuvo algo de resignación y mucho de alivio. Serían para siempre solo ellos dos, pero serían felices.

Los años pasaron, los turistas empezaron a llegar a la isla, Martín y Dora abrieron su casa a muchos de ellos, aunque solo algunos se quedaron y se convirtieron en una familia con la que no habían contado. A Martín lo cogió la gran galerna del 61 en algún punto entre Lastres y Ribadesella, y creyó que hasta allí había llegado su vida. El mar, él lo sabía bien después de llorar naufragios de otros y temer uno propio, da y quita vidas sin criterio fijo. Y también, como todo, reflejó en sus diarios aquel miedo, el terror de las olas sobrevolando el barco, la inseguridad de saberse a merced de una fuerza externa incontrolable, la pena que lo consumía al imaginar a Dora esperando un regreso que no se produciría, un cuerpo que acabaría en el fondo de ese mar que no siempre devolvía las ofrendas.

No eran esos diarios los que temía el señor Martín que encontrara Marina cuando entrara en el desván, quizá justo después de su muerte, tal vez muchos años más tarde, un día en que necesitara una manta vieja y se encontrara de frente con aquellos cuadernos. Marina, más

que si hubiera sido una nieta de sangre, se le parecía mucho. Para ella el mar era su tierra firme también y no se asustaría por aquellos incidentes que son inevitables cuando se consagra la vida a él. Incluso le gustaba que Marina, y quizá también Lucas, supieran lo que había sido su vida en los años del mar y en los muchos que llegaron después.

La época de trabajo más tranquila previa a la jubilación. La alegría de recibir a aquellas familias que llegaban a la isla cada verano. La muerte de Franco, que él sintió como una venganza personal y celebró con un trago de vino que le supo amargo. El descubrimiento de la huerta como una afición, cuando dejó de ver como dos mundos diferentes el azul del mar y el verde de la tierra, que siempre le había recordado demasiado las necesidades de los tiempos de posguerra. El fallecimiento de Dora, que lo rompió en dos pedazos de los que ella se llevó uno. El orgullo de vivir sus últimos años, después de haber recorrido medio mundo, en aquella isla que era su verdadero hogar. Los gatos, a los que nunca fue capaz de negar un plato con agua ni las sobras de su comida y que acabaron convirtiéndose en la compañía de un viejo menos tosco de lo que aparentaba. Aquellas lanchas de recreo que tuvo después, en las que enseñó a Marina su mejor secreto, aquellas marcas que conocía tan bien donde pescar los mejores calamares.

No era nada de eso lo que quería ocultarle. Ningún «mejor secreto»; en realidad, era el peor secreto de todos el que ella nunca debía descubrir. Había dudado mucho antes de escribir sobre lo que ocurrió aquel último verano de la dictadura en esos cuadernos de bitácora que nunca habían hablado solo de travesías. Pero lo hizo porque necesitaba sacárselo de dentro, exorcizarlo; tal vez también con la esperanza de que alguien lo supiera algún día, que desenmascarara aquel secreto que nunca tuvo claro si dolía más callar o gritar a los mil vientos.

Al final ganó el fuego. En los que él no sabía que serían los últimos días de aquella dulce agonía —o quizá sí— prendió la barbacoa para algo más que asar unas sardinas. Quemó las páginas que explicaban aquella historia que nunca habría querido vivir. Intentó asegurarse de que en ningún diario posterior quedara rastro de lo que había ocurrido. Y la muerte lo sorprendió una tarde, mientras sostenía en la mano la única foto que conservaba de aquellos tres chicos a los que alguien había bautizado un día como «los tres

mosqueteros» y decidía si el fuego debía lamer también las heridas de aquel recuerdo.

13

Marzo de 2015

Marina despierta presa de un sobresalto. La estructura de madera de la casa siempre ha pecado de indiscreta y cualquier movimiento de sus habitantes es percibido al instante por los demás. Marina conoce el sonido que hace el compresor de la nevera, los segundos exactos que tardan las cisternas en recargarse —cuarenta y nueve la de la primera planta, casi minuto y medio la más antigua de abajo—, el chirrido de la puerta que separa el primer piso del segundo y los peldaños que crujen cuando se pisan sin conocer el truco para evitarlo. Pero lo que la ha despertado es un estruendo, un ruido como de derrumbe, que la hace saltar de la cama y correr escaleras arriba, aterrada de que el suelo carcomido del desván haya cumplido su amenaza de venirse abajo.

—Ay, perdona, Marina. —Lucas le sale al encuentro en los últimos peldaños de la escalera que sube al desván—. Te he despertado, ¿no?

—¿Qué ha pasado? —pregunta ella, con el corazón aún desbocado, aunque todo a su alrededor parece en orden.

—Estaba mirando las cosas del señor Martín y se me ha caído una pila de cajas. Lo siento.

Marina le sonríe porque, dentro de todo el caos emocional que está suponiendo su presencia, le hace gracia esa pequeña obsesión de Lucas por desentrañar el pasado de sus padres. Lo entiende; es un mecanismo mental más viejo que el mundo. Sentirse perdido y buscar la válvula de escape de la realidad en un proyecto nuevo, algo ajeno a la rutina que nos atenaza. Ella lo sabe bien; en el momento más negro de su vida, esa distracción se la proporcionaron los estudios, y su expediente de Náutica es una buena prueba de que le funcionó.

Lucas había pasado la tarde anterior encerrado en el desván. Cuando Marina llegó de correr, él no le contó nada; solo que quería

dedicar unos días a echar un vistazo a aquellas cajas. Necesitaban distancia el uno del otro, después de una comida que había alcanzado una intensidad que se podría registrar en un sismógrafo, así que Marina estuvo el resto del día metida en su cuarto. Revisó las referencias del último capítulo que había escrito de la tesis, acabó un libro que su tutor llevaba semanas insistiéndole para que leyera y se pasó dos horas hablando con su tía Fede, en las cuales la puso al día sobre todas las novedades. Después bajó a cenar con Lucas y charlaron acerca de temas seguros, desde los cambios que había sufrido la isla en esos veinte años hasta la actualidad deportiva.

Marina da dos pasos adelante y entra en el desván. Ha estado allí pocas veces, como si la prohibición infantil de subir hubiera calado hondo. Tanto insistieron sus padres y el señor Martín en que allí había ratones que Marina, no muy amiga de los roedores, siempre ha tenido reparos para atravesar aquella puerta. La luz entra matizada a través de dos ventanucos con el cristal lleno de polvo. También hay polvo en las cajas, sobre un armario viejo arrinconado en una esquina y en el suelo. Lucas ha cogido una de las antiguas sillas de la cocina, una de las que subió al trastero el señor Martín cuando se hizo evidente que nunca volvería a haber diez o quince personas sentadas a la mesa; la ha limpiado con una sábana deshilachada y a su alrededor ha abierto cuatro o cinco cajas de tamaño mediano, rotuladas todas con la palabra DIARIOS.

—Al menos no te quejarás —dice Marina—. El señor Martín tenía esto más ordenado que el archivo de una biblioteca.

—Sí, me he dado cuenta. Entre ayer y hoy les he echado un vistazo a todos y el único que falta es el de 1997. Sí que hay hojas arrancadas en otros, pero es imposible saber qué había en ellas. Por lo que he hojeado, registraba en estos cuadernos toda su vida. Son interesantes los de la época en que aún navegaba, pero a partir de la década de los ochenta o los noventa apuntaba más que nada cuestiones prácticas: «Ha venido el fontanero, sustituir calentador» o «Salgo a navegar con Marina, buenos calamares». —Lucas sonríe—. Los he vuelto a dejar ordenados, por si algún día quieres leerlos.

—¿Qué pretendes encontrar, Lucas?

—No lo sé, pero no creo demasiado en las casualidades.

—¿A qué te refieres? —Marina frunce el ceño.

—Esta noche he estado dándole vueltas al testamento. Cuando el

abogado nos lo leyó..., no te voy a mentir, estaba un poco en *shock*. Acababa de verte por primera vez en casi veinte años, venía medio alelado por el *jet lag*...

—Sí, comprendo.

—Así que no presté a las palabras del abogado toda la atención que merecían, pero anoche estuve pensando en lo que dijo y... hoy he madrugado y le he mandado un mensaje para preguntarle si podría enviarme una copia escaneada de esa carta. Aquí la tengo. —Lucas le enseña su móvil un segundo y Marina empieza a sentirse intrigada—. Esta es la parte que no entendí en su momento, aunque haya tardado dos días en darme cuenta: «Espero, con estas palabras y con mis decisiones, paliar los errores cometidos en el pasado, que fueron muchos y muy graves». Y también esto: «... yo no te he olvidado, ni a ti ni las circunstancias por las cuales no has vuelto a la isla en casi veinte años. Fui injusto y no me lo he perdonado nunca, porque sé que causé mucho dolor a personas que no lo merecían». ¿Tú entiendes a qué se refiere?

—Supongo que Martín entendió, al final de su vida, que fue injusto al culparos a vosotros de lo que pasó en el verano del 97. Jamás quiso hablar conmigo sobre ello, pero no te voy a mentir: nunca entendí por qué odiaba tanto a tu padre y, sin embargo, a mi madre jamás le reprochó lo que había pasado. Tal como yo lo veo, las culpas fueron al cincuenta por ciento.

—No, Marina. Si fuera así, no remataría la carta vetándole a mi padre la entrada a la isla.

—Es verdad... Pues, entonces, entiendo que se refiere a que tu madre, tu hermano y tú, sobre todo tú, pagasteis las consecuencias de lo que ocurrió.

—Sí, eso entiendo yo también, pero ¿no te parece mucha casualidad que Martín reflexionara sobre eso y, más o menos al mismo tiempo, quemara el diario del verano en que pasó todo?

—No lo sé... —Marina se queda pensativa—. Al final, va a ser verdad aquella fantasía que teníamos de niños de que nos prohibían subir al desván porque ocultaba grandes secretos. ¿Bajamos a desayunar?

—Vale.

Lucas prepara café mientras Marina saca del aparador unas galletas y un poco de pan del día anterior para tostar en la sartén. El

día ha amanecido algo nublado, pero el sol se hace un hueco, entra con fuerza por el ventanal de la cocina y dibuja un cuadrado de luz en el suelo.

—¿Por qué tanto empeño en descubrir un misterio que ni siquiera sabes si existe, Lucas?

—No tengo nada mucho mejor que hacer aquí estos días, ¿no? —Lucas se encoge de hombros—. Y porque llevo meses con la sensación de que toda mi vida he confiado en personas que no lo merecen.

—¿Tan mal están las cosas en tu familia?

—No han estado bien desde aquel verano. —«Aquel verano», dos palabras que durante casi veinte años han remitido a un agosto en concreto, sin lugar a dudas en la cabeza de Marina... y aparentemente en la de Lucas—. Después de que nos marcháramos de la isla como lo hicimos, mis padres estuvieron semanas sin dirigirse la palabra más que para pelear como nunca lo habían hecho... Estuve meses convencido de que se iban a separar y lo pasé mal. Mi madre solo lloraba o gritaba, no hacía otra cosa; así que un día hablé con ella y me dejó muy claro que no tenía intención de divorciarse mientras su madre estuviera viva. Mi abuela era una mujer muy religiosa y no pensaba darle ese disgusto.

Marina intenta atender a lo que Lucas le cuenta, pero no puede evitar que su mente viaje a ese mismo tiempo del que él le habla. Después de que se marchara, Marina se preguntó de forma obsesiva qué estaría haciendo, qué habría ocurrido en su vida para que ni la llamara ni le respondiera al teléfono. Ni le vale como excusa ni llega a tiempo, pero al menos ahora ya sabe qué ayudó a alejarlo de ella en aquel otoño infernal de 1997.

—Después de meses temiendo que un día me sentaran para decirme que se iban a separar —sigue Lucas—, pasé al punto contrario. Estaba deseando que lo hicieran. Si hubiera podido presentar yo los papeles, lo habría hecho. Fue horrible vivir en una casa en la que solo se oía el silencio, excepto cuando lo rompían los gritos. Mi madre no tenía intención de perdonar a mi padre... y tampoco él demasiada de pedir perdón. Hasta Borja, que no había cumplido los cuatro años, se daba cuenta de que algo ocurría. Fue una auténtica mierda.

—Pero al final se divorciaron, ¿no?

—Al día siguiente de enterrar a mi abuela, mi madre le hizo la

maleta a mi padre y le presentó los papeles del divorcio. Yo ya ni siquiera vivía en casa; fue Borja el que tuvo que crecer en un ambiente de mierda.

—¿Se hablan ahora?

—No se ven nunca... o casi nunca. Mi mujer lleva años intentando que vengan a los cumpleaños de las niñas sin que la vajilla corra peligro, pero lo hemos conseguido pocas veces. A la nueva mujer de mi padre, mi madre la llama «la prostituta», para que te hagas una idea.

—¿Ella no ha vuelto a casarse?

—No. Viaja con sus amigas, está muy implicada en varias asociaciones culturales... Pero no ha vuelto a tener pareja, al menos que yo sepa. Lo cual me parece genial, vaya, si no fuera porque vive anclada en el rencor por algo que fue duro, estoy de acuerdo, pero pasó hace siglos, por Dios.

—Angie nunca ha querido hablarme de ello, de por qué se comportaron así aquella noche. Ya sabes cómo éramos mi madre y yo, que nos contábamos todo, pero lo relacionado con tu padre se convirtió en un tabú enorme.

—Mi madre siempre tuvo celos de la tuya. No desde que pasó aquello..., ya de antes. Lo entendí después de aquel verano.

—Yo sé que mi madre estuvo enamorada de tu padre en los setenta..., pero también lo estuvo de Damián, el sobrino del señor Martín. Supongo que en ambos casos fueron más amores de verano pasajeros que otra cosa.

—Los amores de verano no tienen por qué ser pasajeros. —Lucas la mira con tal intensidad mientras habla que Marina se siente desnuda, como tantas veces ante sus ojos.

—O quizá siempre lo son.

El silencio impregna la cocina como un gas tóxico. Pero es solo un silencio aparente; las miradas están hablando tanto que parece increíble que no se conviertan en palabras.

—Con respecto a Damián... —Lucas rompe la tensión al levantarse de la mesa y llevar las tazas al fregadero—. Ven conmigo.

Marina lo sigue hasta el desván y toma asiento en otra de las sillas allí abandonadas. Lucas echa un vistazo a su alrededor hasta que localiza una caja, más pequeña que las de los diarios, con la etiqueta DAMIÁN escrita en letra apretada y redonda sobre la tapa.

—Esta caja estaba atrás de todo. Apareció cuando se me cayeron todas las otras; si no, no la habría visto. Tenía más polvo que ninguna y la cinta adhesiva estaba cuarteada por el tiempo y el calor que debe de hacer aquí en verano. Apostaría a que nadie la ha abierto en cuarenta años.

—¿Qué hay dentro?

—Míralo tú.

Marina abre la caja y encuentra lo que le parece un paquete de folios en blanco. Coge el primero, le da la vuelta y ve un pasquín impreso de forma casera, con manchas de tinta repartidas por todo el espacio en blanco y tres frases en letras grandes de trazo grueso: «Amnistía y libertad» en la parte superior y «Los jóvenes seremos la tumba del fascismo» y «¡Luchad!» un poco más abajo.

—Propaganda ilegal… —susurra Marina—. No sé cómo habrá acabado aquí, pero me impresiona tener en la mano un papel por el que hace cuarenta años alguien podía acabar en la cárcel. A mi amiga Rosa le alucinaría, creo que voy a quedarme uno de los carteles para dárselo. Es historiadora y trabaja en proyectos de recuperación de la memoria histórica.

—¿Qué sabes de Damián?

—Poco. Lo mismo que tú, más o menos. El señor Martín jamás quiso hablar de él. Y mi madre solo me dijo una vez, una noche en la que habíamos tomado unas copas y se le soltó la lengua, que Damián era el hombre más íntegro que había conocido jamás y que su recuerdo era demasiado doloroso, por eso nunca hablaba de él.

—¿Sabes si murió o…?

—No. Nunca he sabido si falleció o simplemente decidió marcharse de la isla.

—Ahora estará muerto, claro, si no el señor Martín sí tendría herederos de sangre.

—Es verdad. ¿Te acuerdas de cuando éramos adolescentes y cotilleábamos las conversaciones de nuestros padres?

—¡Sí! Bien acurrucados en las escaleras para oír lo que hablaban en la cocina. Cada vez que se tomaban tres copas…

—… y eso pasaba muy menudo…

—… acababan rememorando anécdotas de cuando tu madre y mi padre eran adolescentes, y entonces sí mencionaban a Damián.

—Por lo que se ve, estaba metido en la lucha antifranquista —

dice Marina.

—Supongo que todos lo estaban en aquella época. Era ya el final de la dictadura.

—Tu padre habla mucho de eso cuando lo entrevistan; quizá él podría contarte algo más.

—Mi padre tiene cuatro anécdotas y, sobre esa base, ha construido una carrera política. No me digas que no te las sabes —la reta Lucas, con un brillo pícaro en los ojos que en realidad refleja el hartazgo que siente por su familia y la hipocresía que ha ido descubriendo en ellos con el paso de los años.

—Que la masacre de los laboralistas de Atocha lo pilló con Derecho recién acabado y aquel día se dio cuenta de que quería consagrar su carrera a defender a las clases más oprimidas... —empieza a enumerar Marina.

—... pero acabó montando un despacho en la calle Hermosilla en el que no ha puesto jamás un pie un obrero y lleva sin aparecer por él más que para comprobar las cuentas desde las elecciones del 79.

—La paliza que le dieron los guerrilleros de Cristo Rey...

—Nunca nadie le sacó tanto partido a un ojo morado.

—El amigo antifranquista al que asesinaron los grises...

—... que estoy convencido de que nunca existió, porque en casa jamás ha contado esa historia. La reserva para los mítines. —Lucas va rebatiéndole a Marina cada argumento de esos que media España ha leído en los últimos treinta y cinco años en diferentes entrevistas a Víctor Atienza—. Mi padre es un tío de izquierdas de los de jersey Ralph Lauren, vacaciones en Sotogrande y abono en Las Ventas para San Isidro.

—Bueno, ahora se ha pasado al lado liberal, ¿no?

—¡Yo qué sé! Ha cambiado de partido político cuatro veces y por épocas va de independiente. Ha sido comunista, socialista, socialdemócrata, democristiano... Lleva tantos años en política que todo el mundo le debe favores y, además, tiene ese encanto que enamora a los votantes. A los de izquierdas se los camela con anécdotas trasnochadas de la lucha antifranquista y los de derechas lo ven como un tío moderado; uno de los suyos, en cierto modo.

—Presiento que no lo has votado nunca...

—¡Qué va! Lo he votado siempre. ¿No te digo que he tardado años en abrir los ojos?

—¿Cómo reaccionó Víctor cuando tu hermano salió del armario?

—Como el político que es. Hasta dio un discurso, no me jodas. Que estaba orgulloso de él, que desde los disturbios de Stonewall muchas vidas se habían quedado en el camino para alcanzar la igualdad de derechos, blablablá. Mi padre ha perdido el norte, Marina, ya no distingue cuándo está hablando con sus electores y cuándo con sus hijos. Es un hipócrita. Mucho discursito, sí, pero no ha vuelto a llamar a Borja para ir con él al Bernabéu, por ejemplo; y el reloj de mi abuelo, que tenía guardado para regalárselo al primer nieto varón, me lo entregó a mí hace unas semanas, porque ya da por hecho que Borja no tendrá hijos. Ni siquiera se da cuenta, pero su actitud hacia mi hermano cambió por completo después de que le dijera que es gay.

—¿Y tu madre?

—Mi madre ha pasado de estar a favor de la democracia cuando era joven, aunque sin mojarse mucho, ya sabes..., barrio de Salamanca, alumna de las Damas Negras, misa de once los domingos..., a colar en las conversaciones con soltura palabras como *rojo*, *moro*, *feminazi* o *maricón*. Puedes imaginarte en qué espectro ideológico se mueve... Y todas esas palabras son difíciles de oír en boca de alguien a quien quieres, pero es que la última se la soltó a su hijo pequeño.

—Ostras, Lucas. Cuánto lo siento...

—En fin, así he acabado... Con la cabeza hecha un lío y buscando respuestas en los viejos papeles de un anciano al que hacía una eternidad que no veía. —Lucas cabecea, como para borrar de su pensamiento ese nubarrón plomizo que últimamente siempre lo acompaña, y repara en un bulto tapado por una sábana que está sobre una cómoda antigua—. ¿Bajamos esto?

Marina asiente y Lucas sonríe ilusionado, como el niño pequeño que quizá nunca dejó de ser. Lo que baja por las escaleras hacia la cocina —que en esa casa siempre fue el centro neurálgico; apenas recuerdan haber pasado tiempo en el salón— es una vieja tele de tubo de catorce pulgadas, marca Sanyo, que los padres de Lucas compraron hace décadas para amenizar sus veranos en la casa pequeña.

—¿De verdad el señor Martín nunca llegó a tener tele?

—No. Y me temo que eso lo he heredado de él, yo tampoco tengo. —Lucas la mira con una sonrisa burlona—. ¡Hablo en serio! No entiendo esas casas en las que la tele está encendida todo el día

aunque nadie le preste atención. ¡Hay tantas cosas a las que podríamos dedicar ese tiempo perdido…!

Marina sigue hablando; ella no sabe que, justo antes de salir hacia aquel viaje a Nueva York abruptamente interrumpido, Lucas acababa de desembolsar cuatro mil euros por un televisor Full HD de pantalla curva y ni siquiera recuerda la razón. Instalan la vieja tele encima de la nevera, pero no consiguen hacerla funcionar. El TDT y otros avances pasaron de largo por la casa del señor Martín.

—Me cuesta acostumbrarme a comer sin la tele de fondo, ¿sabes? —Mira a Marina con un halo de vergüenza—. Y no entiendo por qué. Durante años, ver las noticias en casa se convertía en un debate político. Mis padres utilizaban esa excusa para discutir cuando ya no se soportaban pero tampoco se decidían a divorciarse. Creo que empecé a despreciarlos en esa época, oyendo opiniones que me horrorizaban, aunque quizá no me he dado cuenta hasta ahora.

—Son tus padres, Lucas. Pertenecen a otra generación. «En mis años mozos y más vulnerables, mi padre me dio un consejo que, desde aquella época, no ha dejado de darme vueltas en la cabeza: "Cada vez que te sientas inclinado a criticar a alguien —me dijo—, recuerda que no todo el mundo ha tenido las oportunidades que tú tuviste"».

—*El gran Gatsby*. —Lucas esboza, ahora sí, una sonrisa sincera, una que parece haber borrado al menos algunas de sus preocupaciones.

—Pues eso… Que nosotros nacimos ya en democracia, o prácticamente. No podemos juzgar a la generación de nuestros padres con los mismos criterios. Al fin y al cabo, Franco se les murió en la cama, por mucho que ahora todos cuenten que lucharon. ¿Crees que mi madre luchó?

—No me compares, Marina.

—Mi madre se casó a los diecinueve con mi padre, se compraron un dúplex en una zona bien de Coruña y hemos vivido siempre como pijos progres, no me lo vayas a negar ahora. No lo critico, ojo, pero que Angie haya sido siempre alocada y rebelde no la convierte en el Che Guevara.

—¿Crees que tu madre te habría rechazado si fueras lesbiana, Marina?

—Pues claro que no. Pero tus padres venían de otro entorno, de familias afectas al régimen y…

—Y la cabra tira al monte, ¿no?

—En su caso... supongo que sí.

—Pero ojalá fueran solo ellos, Marina...

Ella frunce el ceño, pero enseguida comprende. Le deja unos segundos para que sea él quien se decida a hablar, pero esta ya no es la Marina que dos días antes apenas se atrevía a dirigirle la palabra. Es una Marina valiente, que se ha reencontrado con el hombre que la destrozó, pero curiosamente no le guarda rencor, ya no... Lo tiene delante y solo es para ella su mejor amigo, porque siempre fue eso, puede que incluso más que el amor de su vida. Ambos conceptos iban unidos de forma indisoluble en el pasado y tal vez sigan así.

—¿Tu mujer, Lucas...?

—A Teresa le parece muy *cool* tener amigos homosexuales. Tenemos mil, ya puedes imaginarte el perfil: pijos, con un pedazo de ático en Chueca y vientre de alquiler en Ucrania. Incluso no le molesta tener un cuñado gay, no te vayas a creer. Pero en estos meses hemos hablado mucho del tema y...

—¿Qué?

—Un día soltó que, en cierto modo, entendía el *shock* de mi madre; que ella se «moriría si Inés o Mencía nos salieran lesbianas». Pensé que estaba de broma, pero... no. Quise ahondar en el tema y no me gustó lo que vi. No ayudó precisamente a que se me pasara la «crisis existencial».

Marina calla. Calla porque no tiene ni idea de cómo la hace sentir oír a Lucas hablar así de su mujer. No le gusta que él lo esté pasando mal, no le gusta tampoco que critique a la persona con la que comparte su proyecto vital. Pero Marina es humana. Y la chica de veintiún años que vio su mundo derrumbarse cuando Lucas se marchó sonríe al saber que aún confía en ella. Y por eso se atreve a ir un paso más allá.

—¿Estás bien con tu mujer, Lucas?

Él la mira. No contesta, sino que clava sus ojos en los de ella y permanece con el rictus impertérrito.

—¿No me vas a responder?

—No, Marina. No puedo hablar contigo de mi matrimonio. No... no quiero.

—¿Por qué?

—Lo hemos hecho muy bien estos días fingiendo que somos dos

viejos amigos, pero... tú y yo sabemos que somos otra cosa.

14

Agosto de 1975

Habían pasado cuatro días desde que Víctor les confesara a sus amigos sus planes nupciales, pero no parecía que esa conversación le hubiera mejorado demasiado el ánimo. Damián y Angie lo habían visto poco, al menos en comparación con lo que solían ser los veranos anteriores; eso hizo que ellos dos pasaran más tiempo juntos, y solos, que nunca. Y si ya sus pieles, sus mentes y sus corazones tenían tendencia a imantarse aunque hubiera testigos, tantas horas a solas despertaron algo que llevaba varios veranos dormido, latente.

El penúltimo sábado de agosto, como cada año, se celebraron las fiestas del pueblo. Por más que administrativamente la segunda perteneciera al primero, el pueblo y la isla eran dos entes independientes, pero eso era trescientos sesenta y cuatro días al año. En el día grande de las fiestas, todos los habitantes de la isla llenaban las lanchas disponibles para acudir a la verbena que se celebraba en tierra hasta bien entrada la madrugada.

Después de un arduo trabajo de convicción por parte de la madre de Angie, el señor Martín, su mujer Dora, Damián y, por supuesto, la propia Angie, su padre le dio por fin el permiso para cruzar el canal, como llamaban todos a la distancia que separaba la isla del pueblo. Tendría que volver como muy tarde a las once y hacerlo en la lancha del señor Martín, que pilotaría Damián aquella noche. Víctor había decidido quedarse en la isla porque estaba un poco resfriado; según él, había pasado «demasiado tiempo con el bañador mojado». La mirada que intercambiaron Angie y Damián al oírlo fue de pura incredulidad, pero decidieron no insistir, porque en el fondo entendían que Víctor estuviera amargado con lo que le esperaba a la vuelta del verano.

Era media tarde cuando la lancha de madera de color rojo del señor Martín salió del puerto de la isla, flanqueada por muchas otras. Angie estrenaba un vestido negro que resaltaba el bronceado que

tantas horas de sol le había costado; tenía estampadas grandes flores de colores vivos en el bajo y le llegaba un palmo por encima de la rodilla. Damián intentaba mantener la vista fija en la corta travesía, pero se le escapaba constantemente a las piernas infinitas de Angie. El mar estaba como un plato y no tardaron en llegar a su destino, sin que nada más que las respiraciones de ambos se alteraran.

Pasearon por el pueblo; tomaron unos vinos en la plaza central, que estaba abarrotada; cenaron temprano unas sardinas que pidieron en la *sardiñada* popular que se organizaba todos los años; y Angie celebró con saltitos, como una niña pequeña, el tiro certero de Damián que le supuso recibir un perro de peluche como trofeo. El perro era bastante feo y ella hacía años que no dormía con peluches, pero abrazó a Damián como si acabaran de ganar un millón de pesetas. Y se quedó allí, abrazada a él, un ratito más de lo protocolario...

Con la caída de la noche, empezaron a sonar los acordes de la orquesta. Damián y Angie se hicieron con un puesto en la barra de madera y con unos cuantos botellines de cerveza. Aborrecían la música que sonaba, les pasaba lo mismo año tras año, en los que las canciones con olor a naftalina parecían repetirse, pero les gustaba ver el ambiente, con las bombillas de colores cruzando la plaza de lado a lado rodeadas por banderitas.

—¿Tú te has creído lo del resfriado de Víctor? —le preguntó Angie; llevaba toda la tarde intentando evitar el tema, pero no se había podido resistir más.

—Pues no me sorprendería que un señorito de ciudad se acatarre por llevar el bañador mojado, pero pensaba que lo habíamos hecho un hombre en estos años. —Damián se rio—. No, no me lo he creído.

—Está amargado por lo de su boda. Pero, bueno..., peor lo estará pasando la chica y no creo que dé tanta guerra.

—Estás enfadada con él, ¿no?

—Estoy rara con todo ese tema, no tengo ningún derecho a estar enfadada —confesó ella.

—Pero... ¿aún sigues sintiendo algo por él? —Angie lo miró, ruborizada, porque nunca había hablado con ninguno sobre sus sentimientos por el otro; no lo había hablado con nadie, en realidad—. Vamos, Angie... Siempre ha habido algo ahí, ¿no? No erais muy buenos disimulándolo.

—Creo que mi manera de entender el amor no tiene nada que ver

con lo que se espera de una chica como yo —respondió ella, encogiéndose de hombros, como si estuviera acostumbrada a que nadie comprendiera su forma de ver el mundo.

—¿Y qué clase de chica eres tú?

—Soy una *mujer* —Damián fue consciente de que ella había cambiado con énfasis la palabra— a la que le ha tocado nacer y crecer en una dictadura, en un país que no parece darse cuenta de que siempre toma la decisión equivocada.

Damián sonrió; le había gustado aquella respuesta. La orquesta cambió el ritmo; del *Te estoy amando locamente*, de Las Grecas, pasaron a los primeros acordes de *Soy rebelde*, de Jeanette, que era una de las canciones favoritas de Angie y que parecía una banda sonora ideal para aquella conversación.

—¿Bailamos?

Angie respondió solo con un asentimiento y se dejó conducir de la mano de Damián hasta un espacio libre entre parejas que se mecían al son de la música con más o menos pudor.

—Háblame de esa forma de entender el amor —insistió Damián. Sentía la cabeza ligera y estaba seguro de que era más por efecto de los dedos de Angie sobre su hombro que por las cervezas y los vinos anteriores.

—Yo solo quiero ser libre, Damián. —Angie se mordió el labio mientras hablaba, como si estuviera haciendo un esfuerzo para encontrar las palabras adecuadas con las que expresar lo que sentía—. Saber que nadie me posee, que nadie me podrá decir nunca que me quede en casa a hacer las tareas que me corresponden por haber nacido mujer. Que respete que tenga hijos cuando me dé la gana y solo si me da la gana, que quiera trabajar... Pero, sobre todo, que me haga volar cada día. Que sepa que estoy loca y le guste por eso. Que no quiera una mujercita sumisa que guarde silencio cuando vengan sus amigos a casa y que intercambie recetas con sus mujeres. Que nunca seamos una pareja que se aburra, que se mire sin saber qué decirse. No sé... Todo eso.

—Angie... —La voz de Damián se había convertido en un susurro, en un gemido casi. Supo que había llegado el momento de echarle valor, de jugarse un órdago del que podía salir escaldado, pero no se habría perdonado nunca callar las palabras que le ardían en la punta de la lengua—. ¿Y si yo pudiera darte todo eso?

Angie se quedó parada. La música siguió sonando. Damián incluso dio un pequeño traspié al perder ella el ritmo. Se detuvo ante Angie y la miró. Y a Damián le pareció que la Tierra había tenido tiempo de dar dos vueltas sobre su propio eje antes de que ella esbozara una sonrisa. Una sonrisa que era, en realidad, una respuesta.

Se besaron. Se besaron con idénticas ganas que cuatro años atrás, pero con mucho más conocimiento del mundo y de sí mismos. El beso de la adolescencia había sido puro presente, el ansia irrefrenable convertida en segundos robados a la realidad. El beso de aquella noche sabía a futuro, a uno que no sonaba nada mal construir juntos.

Se quedaron más de una hora bailando. Por primera vez, les dio igual hasta la banda sonora. Las manos ardían en las cinturas; los pasos giraban sobre sí mismos, pero parecían conducir a algún lugar más bonito. Hay quien aún hoy cuenta que se les vio bailar muy juntos incluso cuando en la plaza resonó aquella frase que Angie odiaba tanto sobre un hombre al que no le gustaba que su mujer llevara minifalda a los toros. Pero aquel día no protestó. Ni siquiera la oyó.

—¿Vamos a la playa?

En tiempos en los que escasea la libertad, los lenguajes encriptados siempre son necesarios. En aquellos veranos en que la vida de una chica podía quedar truncada por una mala reputación, y en aquella zona en que todo brotaba a la orilla del mar, «ir a la playa» significaba algo muy concreto. Angie dudó un segundo, pero eran aquellos prejuicios aprendidos los que la retenían porque ella se moría de ganas por sentir su piel pegada a la de Damián sin que tanta tela se interpusiera entre ellos, así que acabó asintiendo.

Ya sobre la arena, hubo unos segundos de timidez por parte de ambos. Damián tenía experiencia, pero le temblaron los dedos cuando desabrochó la cremallera del vestido de Angie. Ella no había pasado de algunos tocamientos inocentes con un par de compañeros de clase. Estaba nerviosa pero muy segura de que era aquello lo que quería. De que era a él a quien quería.

—Pensaba que... que ya lo habrías hecho. —Damián se arrepintió de haber hablado antes siquiera de que las palabras acabaran de abandonar su boca—. Dios, perdona. Quiero decir que...

—No he sido tan rápida en liberarme. —Angie le sonrió—. No te olvides de que sigo siendo una chica que estudió en las monjas.

Damián le pidió entonces permiso con la mirada y ella sonrió, cruzando los dedos para que él entendiera que lo estaba autorizando a entrar mucho más lejos de lo que nadie lo había hecho jamás en ella.

Mientras Damián y Angie vivían la antesala de su particular delirio de amor, Víctor se torturaba encerrado en su cuarto. Había salido de Madrid muy convencido de que esas dos semanas en la isla eran justo lo que necesitaba para olvidarse del caos en que se había convertido su vida en solo un mes, pero por desgracia el cerebro humano no tiene un interruptor para desconectarlo. Aquella noche se había medio inventado un resfriado porque estar con Angie y Damián era dolor y alivio a la vez; eran momentos felices que actuaban como recordatorio de una juventud que se le había roto a la mitad. Sí que había cogido un poco de frío después del baño en la playa aquella mañana, pero en otros tiempos ni eso ni mil gripes podrían haber impedido a Víctor ir a una fiesta.

Eran más de las ocho de la tarde cuando se dio cuenta de que no tenía sentido lamentarse por las cosas que no volverían y perderse, al mismo tiempo, las que aún estaban al alcance de su mano. Así que se dio una ducha rápida, se puso sus vaqueros negros, una camiseta que encontró recién planchada y la cazadora de cuero, y salió hacia el muelle rogando que aún quedara alguna lancha rezagada que pudiera acercarlo al pueblo.

Cuando llegó… los vio. Había ido hasta allí solo para eso, para verlos, pero, cuando sus pupilas chocaron con la imagen de Angie y Damián bailando muy pegados, intercalando caricias y besos, deseó haberse quedado en la cama. Torció el gesto, decidió no interrumpir y se acodó en la barra con un cubalibre en la mano, que ya eran dos cuando los vio tomar el camino hacia la playa y cuatro cuando regresaron. Sonaba *Un beso y una flor* en la voz de un cantante de orquesta que fracasaba en su misión de imitar a Nino Bravo cuando las miradas de los tres se encontraron.

—¡Víctor! —Angie corrió hacia él y le estampó un beso en la mejilla—. Ya sabía yo que tú no podías perderte las fiestas.

Se la veía feliz, eufórica. Les anunció que iba un momento a un pequeño puesto de chucherías a comprarse un algodón de azúcar. Víctor y Damián la vieron perderse en la distancia y, a continuación,

se miraron; ambos sabían que aquello que acababa de pasar en la playa no era ya un secreto. A Damián se lo veía algo avergonzado pero también seguro de defender, ante Víctor o el mundo entero, que podía hacer feliz a Angie y que nadie tenía derecho a opinar sobre ello. Víctor estaba enfadado, pero no era tan imbécil como para no darse cuenta de que no podía justificar esa ira que le ardía en las venas.

—Supongo que con esto podemos dar por roto el pacto —habló al fin.

—Supongo que el pacto dejó de tener sentido en el momento en que tus padres nos entregaron las invitaciones a tu boda.

Víctor asintió porque sabía que era verdad. Damián torció la mirada porque sintió que algo se estaba rompiendo y no quería ser testigo de ello. Solo la voz de Angie, empapada en azúcar, los devolvió a la realidad.

—¿Queréis? —Les ofreció algodón, pero ellos lo rechazaron con un gesto.

—Si no nos vamos ya, tu padre nos mata, Angie —le recordó Víctor.

—Pero ¡si acabas de llegar!

—Ya, pero no me he dado cuenta de que tú tendrías que volver enseguida. —Fingió una sonrisa; ni siquiera recordaba cuándo había esbozado la última sincera—. No pasa nada. Podemos robar un par de botellas de vino de la bodega y escaparnos a la azotea.

Regresaron a la lancha en silencio. Una llovizna fina, de esas que mojan sin avisar, los acompañó en el trayecto. Las voces y el rumor de la música se oían aún desde el mar, pero cuando llegaron a la isla la encontraron tranquila y silenciosa.

Angie besó a sus padres al llegar y fingió irse a la cama. Odiaba que los chicos pudieran salir por la puerta sin dar explicaciones y que ella tuviera que saltar por la ventana hacia la azotea que había sobre la casa pequeña, pero ya había aprendido que hay batallas perdidas de antemano y siempre le había funcionado mejor mentir que enfrentarse. Cuando apareció de un salto, Damián y Víctor bebían a morro de una botella de Ribeiro y sus caras mostraban un rictus casi luctuoso.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Díselo —apremió Damián a Víctor.

—Que… estoy pensando que me voy a volver a Madrid. Si cojo

una lancha mañana a primera hora, puedo llegar a Lugo a mediodía y que me dé tiempo de tomar el tren.

—Pero... ¿por qué?

—No está siendo un buen verano para mí. Pensaba que aquí me olvidaría de todo, pero... me está pasando justo lo contrario. Si no fuera por Elvira...

El silencio se adueñó de la azotea. Ni Angie ni Damián se atrevían a pedirle que acabara aquella frase, así que aguardaron hasta que estuvo preparado para decir lo que llevaba callando cinco semanas.

—Si no fuera porque eso le destrozaría la vida, cancelaría la boda. Aunque me costara la relación con mis padres, aunque me desheredaran, aunque todo mi entorno me considerara un hijo de puta...

—No sería todo tu entorno —se apresuró a aclarar Angie—. Nosotros te apoyaremos decidas lo que decidas.

—Ya lo sé. —Víctor esbozó una sonrisa de agradecimiento—. Pero ni siquiera es una opción. Ya están las invitaciones enviadas, la mudanza medio hecha y Elvira incluso parece ilusionada.

—Pero tú dudas —afirmó, que no preguntó, Damián.

—Sí. Me siento raro. Tengo veintiún años y me he divertido, he estudiado, he hecho todo lo que tenía que hacer y no debería pasar nada si ahora toca casarme, pero...

—Pero te gustaría tener veinte años para siempre —le dijo Angie con una sonrisa triste. Aquella había sido una noche demasiado llena de emociones.

—Supongo... —Víctor dio un último trago a la botella de vino y se levantó—. Voy a hacer el equipaje, tengo que despertarme dentro de unas horas si quiero llegar a Madrid.

Angie y Damián se quedaron sin nada que decir. Él se agachó delante de ella y secó una lágrima traidora que se le había escapado a Angie por el rabillo del ojo.

—Voy a ir a hablar con él —dijo Damián, y Angie solo asintió.

Damián se coló con sigilo en la casa pequeña. Los padres de Víctor solían acostarse temprano y solo un tabique separaba las dos habitaciones. Víctor había dejado la puerta de su cuarto abierta y, antes de que advirtiera su presencia, Damián lo vio frente al armario, con los brazos cruzados por encima de la cabeza y la mirada perdida

en el suelo.

—¿Puedo pasar? —Víctor se sobresaltó un poco, pero asintió al ver a su amigo allí, al rescate.

—Claro.

—No te vayas. En el fondo no quieres irte. Queda una semana de verano, puede que del último que vayamos a pasar los tres juntos. No te arriesgues a lamentar el resto de tu vida no haberla disfrutado. Porque, si te vas, yo sí lo lamentaré; y sé que Angie también.

—No estoy yo muy seguro de eso. —Víctor se sentó en la cama y se dejó caer contra el cabecero con un resoplido de frustración.

—¿Qué quieres decir?

—Vosotros ahora sois pareja, ¿no? —Damián hizo un gesto parecido al asentimiento—. Querréis... intimidad.

—¿Intimidad? —Damián soltó una carcajada sorda—. Parece que no conozcas a Angie. Ella querrá seguir lanzándose desde los acantilados, tomando más vino de la cuenta y peleándose con su padre por que algún día la deje volver a casa a medianoche. ¿De verdad crees que por estar conmigo va a cambiar?

—¿Y tú? ¿A ti no te molestaría que estuviera siempre por medio?

—Yo la quiero, Víctor, y no te voy a preguntar si tú también. Más que nada, porque a veces temo tener demasiado clara la respuesta. —Víctor levantó la mirada, Damián no apartó la suya y un silencio pareció consumir todo el oxígeno de la habitación—. Pero estás loco si crees que puedo atarla a mí. O que quiero hacerlo. Y también si piensas que Angie prefiere pasar el verano en pareja que los tres juntos, como hemos hecho siempre.

—¿Te has acostado con ella?

—No —mintió Damián. Debería haberle dicho a su amigo que no era asunto suyo, pero esa respuesta siempre parecía equivalente a una afirmación—. Aún no.

Víctor asintió, porque ni sabía por qué había hecho esa pregunta ni tampoco si creía la negación de Damián, y mucho menos entendía por qué le importaba tanto la respuesta.

—¿De veras no molesto si me quedo?

—Vamos a acabarnos ese vino, anda. —Damián se acercó a él y lo atrapó bajo su brazo—. Si Angie no ha venido a meter las narices por aquí es que debe de haberse quedado dormida.

Cuando salieron a la azotea, encontraron a Angie medio

adormilada, sentada en una de las sillas y con la cabeza apoyada contra la pintura algo desportillada de la medianera entre las dos casas.

—Se queda —le anunció Damián con una sonrisa que no necesitó más palabras. En el fondo, por alguna de esas razones que no tienen explicación lógica, ella ya sabía que sería así. Y sonrió aún más fuerte de lo que lo hicieron los chicos.

La noche se les fue entre conversaciones bajo unas estrellas que Angie se empeñaba en reconocer como fugaces; agosto estaba ya más cerca del final que del principio y las perseidas habían sobrevolado la isla cuando Angie solo tenía un deseo que pedirles: que Víctor y Damián llegaran pronto. Jamás habría podido imaginar todo lo que iba a ocurrir a partir de ese momento.

Víctor parecía volver a ser el de siempre, pero Damián estuvo algo taciturno. Le daba vueltas en la cabeza a aquella pregunta de su amigo y llegó a dudar si Víctor habría decidido quedarse solo porque creía que el pacto no estaba roto del todo, porque tal vez aquella mentira que le había contado le dejaba alguna puerta abierta.

—¿Robamos otra botella? —preguntó Angie, con la voz algo etílica, mientras volvía boca abajo la segunda y solo veía caer una gota.

—Creo que ya hemos bebido bastante por hoy. —Un hipido confirmó las palabras de Víctor—. Me voy a dormir. ¿Bajamos a la playa mañana a las once?

—Diez, mejor —lo corrigió Damián—. Va a amanecer soleado, y ya sabéis que cuando eso pasa se nubla pronto.

—Está bien, a las diez. —Víctor los miró y supo que debía retirarse primero para dejarles algo de intimidad—. Buenas noches.

—Hasta mañana.

Damián y Angie regresaron a la casa grande saltando a través de la ventana del cuarto de ella. Sabían que se podía desatar la Tercera Guerra Mundial si alguien los descubría juntos allí dentro, de modo que se despidieron rápido, con un beso que Angie quiso alargar más de lo que Damián le permitió. Fuera, la llovizna se había convertido en un chubasco fuerte, casi como si las nubes los hubieran respetado hasta que decidieron irse a dormir.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Angie en un susurro.

Lo notaba triste y quería saber por qué. Quizá así entendería la

razón por la que a ella también se la estaba comiendo la melancolía en la que, en realidad, había sido la mejor noche de su vida.

—No lo sé… —Él se pasó una mano por la cara—. Que tengo miedo, supongo.

—¿A qué?

—A que los amores de verano pierdan toda la magia en cuanto empieza a llover.

15

Marzo de 2015

Lucas y Marina recogen los restos del desayuno en silencio. Es la mañana del tercer día que pasan juntos y la herida se ha ido abriendo poco a poco, en frases que remiten a tiempos añorados, en gestos que deberían haber olvidado pero siguen ahí y, ahora, con la confesión de Lucas sobre la crisis en su matrimonio, su negativa a comentarla con ella y ese desgarro final de reconocer que ellos no son solo amigos. Marina espera que la piel se rompa para sacar de dentro lo enquistado, no para acabar con ambos desangrándose.

Lucas friega las tazas y los platos con la mirada perdida en ese mar que en la isla es horizonte. Marina sigue sentada en su silla; sabe que debería moverse, salir a correr, encerrarse a escribir la tesis, llamar a alguna amiga, lo que sea, huir en dirección contraria a él, a ese escalpelo que disecciona un pasado que aún duele tanto.

—¿Te apetece dar un paseo? Quería acercarme a la zona de los acantilados y..., no sé, me gustaría que vinieras conmigo.

Marina lo mira. Lo mira, su parte racional rechaza la propuesta, tiene miedo de volver a sufrir, de salir de la anestesia que el tiempo supo imponer, pero su corazón envía otra orden a los músculos de su cuello y asiente. Asiente con fuerza y le pide a Lucas un momento para darse una ducha y vestirse.

Veinte minutos después inician la caminata. Los acantilados cubren casi por completo la parte norte de la isla; no hay mucha distancia desde la casa del señor Martín, y todo el camino se hace callejeando por la zona antigua, entre casas pintadas de colores. Cuando dejan atrás las últimas viviendas, un pequeño claro se abre a las vistas de ese mar agreste, tan diferente en actitud al de la parte sur, donde está la casa. Las olas rompen con furia, continúa cada una con el trabajo de la anterior, de todas las que han llegado antes que ellas durante miles de años, hasta dibujar las formas intrincadas de los

acantilados.

—¿Bajamos a la gruta? —le propone Lucas—. ¿Te atreves?

—Nunca se me ha conocido por ser una cobarde —le responde Marina con un brillo pícaro, sin pensar en realidad en sus palabras, en cuán cobarde se siente cuando se habla de temas personales.

No hace ni un año que Marina ha estado en las grutas que se abren más o menos a la mitad del acantilado más alto. Lucas lo ha dicho en singular porque ellos siempre tuvieron *su* gruta, a la que les gustaba escaparse cuando querían intimidad, pero toda la zona está repleta de huecos entre la roca. El camino es complicado, más peligroso de lo que parece a primera vista, pero lo salvan sin mayor dificultad y Lucas le ofrece a Marina una mano para ayudarla en el último salto. Ella no lo necesita, pero acepta sin querer responderse a sí misma a la pregunta de por qué desea tanto el contacto con su piel.

Los minutos pasan sin que ninguno de los dos hable; se han acostumbrado ya a que sea algo habitual entre ellos, aunque aún no es cómodo del todo, como solía ser en el pasado. Lucas rompe el silencio con un disparo al corazón.

—¿Puedo preguntarte algo muy personal, Marina? —Ella asiente, aunque el gesto bien podría ser fruto del temblor que le sube por la columna vertebral—. ¿Has sido feliz?

Marina le agradece la elección del tiempo verbal, que no le pregunte si lo *es*, porque Lucas sabe que no puede serlo con su madre ingresada en una clínica y su memoria perdida. El tiempo compuesto dice más de lo que parece; delimita la época entre que él se marchó y el momento del diagnóstico de Angie.

—Sí que lo he sido. —Marina lo mira y sonríe—. Estoy un poco cansada de dar rodeos para evitar temas escabrosos. ¿Puedo hablar libremente?

—Por favor.

—Fue horrible cuando te fuiste, Lucas. Horrible. La manera en que te marchaste, los días esperando delante del teléfono del señor Martín, las llamadas sin respuesta, como si te hubieras evaporado del mundo. A final de aquel verano volví a Coruña y seguí esperando. Ni siquiera iba a clase cuando empezó el curso porque me daba terror alejarme más de dos metros del teléfono. Tuvo que ser mi madre, cuando habían pasado ya dos meses o dos meses y medio, la que me abriera los ojos a la posibilidad de que nunca volvieras a llamar. Yo ni

me lo había planteado, me parecía... imposible.

»Y, bueno..., estuve en un pozo muy hondo unos meses. Después, murió mi padre y fue tal el *shock* que había días en que ya no sabía si lloraba por ti, por él o porque el mundo parecía haber conspirado para que toda mi vida se derrumbara. Mi madre estaba destrozada, así que teníamos que sacar fuerzas de donde no las había para sostenernos la una a la otra. Y en medio de esa desolación, cuando menos parecía que pudiera pensar con claridad, tomé la mejor decisión de mi vida. Ya tenía prácticamente perdido el curso en Biología, así que lo dejé, me matriculé en Náutica y retomé el que había sido el sueño de mi vida. Había perdido mucho, pero ya no había nada que me impidiera pasarme meses y meses embarcada, así que disfruté de la carrera y, después, de los trabajos que me fueron ofreciendo.

»Así que sí, Lucas... Lo pasé muy mal cuando te fuiste y lo estoy pasando fatal ahora, desde que diagnosticaron a mi madre, pero los años intermedios, más de una década..., fui muy feliz.

—Háblame de esos años —le pide Lucas, casi una súplica, la necesidad de recuperar en su mente la imagen de una Marina feliz, como la que él conoció, antes de que la vida la embistiera con fuerza —, de tu trabajo en el mar.

—Bueno, ha habido de todo. Empecé en ferris, como casi todos mis compañeros. Estuve en Baleares, luego en Canarias y unos meses también en Córcega. Después, conseguí trabajo en un crucero en el Caribe.

—Qué guay, ¿no?

—No te creas. Con los años aprendes que es mucho más relajado transportar contenedores que a turistas con barra libre. Me pasaba el día entero encerrada en el puente de mando o en mi camarote; cada vez que me daba una vuelta por el barco, alguien me pedía una copa, una foto o un baile. Y cuando en la cena «del capitán» se acercaban a saludarme, me preguntaban dónde estaba *el capitán*.

—¿Y no acabaste nunca detenida por degollar a alguien? —Lucas esboza una sonrisa de medio lado al preguntar.

—Ganas no me faltaron. Ha habido puertos en los que era mi segundo al mando a quien hablaban los responsables. He estado en muchos lugares donde, por desgracia, es inimaginable que una mujer sea capitana de la marina mercante. Pero también aquí, ¿sabes? He dado conferencias en universidades muy serias, muy progresistas, y

siempre hay alguien que me pregunta si no echo de menos haber formado una familia, cosa que jamás nadie les ha preguntado a mis compañeros hombres.

—Entiendo —responde Lucas, aunque en realidad solo entiende a medias y no sabe muy bien qué aportar a la conversación. Está seguro de que la mayoría de las personas de su entorno le harían esa pregunta a Marina si llegaran a conocerla.

—Me cabrea mucho, pero, bueno..., he aprendido a vivir con ello; si no, me volvería loca. Salvo ese tema, la experiencia en general ha sido maravillosa. No sé explicarte por qué, no puedo decir que sea apasionante llevar un barco frigorífico del Atlántico Sur hasta Hamburgo, pero a mí... a mí sí me apasiona. Es el mar, ¿sabes?

—Sigues queriéndolo más que a nada.

—Sí. Y lo temo también. Y lo respeto. Creo que todos los que pasamos más tiempo en el mar que en tierra tenemos una especie de relación de amor-odio con él. Pero siempre acaba ganando el amor. Ahora mismo, lo echo mucho de menos, aunque al mismo tiempo sé que solo podré volver cuando Angie...

—Ya.

—Es algo en lo que prefiero no pensar. Ahora mismo no puedo navegar y ya está. Me lo tomo como si fuera futbolista y me hubiera roto una pierna. No puede ser, hay momentos en que lo añoro, pero no sirve de nada llorar.

Lucas asiente; Marina cree detectar un brillo de orgullo en sus ojos. Nadie, ni siquiera sus padres, dedicó tantas horas a escuchar cómo Marina soñaba a viva voz con un futuro en alta mar. Después la vida, él, su relación... estuvieron a punto de llevarla por otro camino, pero que Marina lograra cumplir su sueño tiene que significar algo para Lucas.

—¿Paseamos? —le propone Marina, que siempre ha necesitado moverse. Lucas puede pasarse horas leyendo, viendo una serie o simplemente descansando, pero ella nunca ha sido así.

Vuelven a subir el camino escarpado y eligen senderos más llanos para el paseo. No lo hablan, pero Marina sabe que los dos están pensando lo mismo: que hace dieciocho años que no dan un paseo juntos por ese lugar. Ni por ningún otro, en realidad.

—¿Va a venir tu mujer, Lucas? —Marina no sabe de dónde sale la pregunta, tan repentina, tan brusca; tal vez solo del miedo, de la

realidad aplastante de que, si él es propietario de la casa pequeña, algún día esa mujer que ahora no es más que una imagen mental se convertirá en realidad. Se convertirá en su vecina.

—¿Teresa? —Él frunce el ceño—. No. ¿Cuándo?

—La Semana Santa está cerca y pensé que quizá...

—El plan en Semana Santa es bajar a Marbella, supongo... —Lucas hace una mueca al decirlo.

—No suenas entusiasmado, precisamente.

—Sigues diciendo siempre lo que piensas, ¿no? —le pregunta él con una sonrisa.

—Perdona...

—No, no, no te disculpes. Siempre fue lo que más me gustó de ti.

A Marina un estremecimiento la recorre de arriba abajo al oír esas palabras. Hubo un tiempo en que su autoestima estaba tan tocada por el abandono de Lucas que llegó a pensar que la había dejado porque no le gustaba nada de ella. Que su relación, lo que vivieron, había sido más una ilusión de su cabeza que algo real.

No se ha dado cuenta de que lo estaban haciendo, pero han llegado a los pies del faro y están cerca. Están muy cerca. Demasiado.

—No, Marina, no sueno entusiasmado con la idea de irme a Marbella. Ni a cualquier otro lugar fuera de esta isla. —La voz de Lucas se ha convertido en un susurro; Marina ni siquiera sabe si sus palabras responden a la necesidad de estar lejos de su realidad durante un tiempo o si hay algo más; si ella es ese «algo más»—. Ya te he dicho antes que mi matrimonio funciona regular ahora mismo. Y también que no es un tema que quiera hablar contigo.

—Lucas, somos adultos... Han pasado muchos años y ya te he contado que, aunque al principio fue muy jodido, luego he sido feliz. Está todo superado.

—¿Lo está? —le pregunta Lucas, que ha captado la media verdad al vuelo. Se acerca un poco más, sus pies casi podrían tocarse, sus alientos se entremezclan, las miradas no son capaces de desanudarse —. Porque llevo tres días aquí y tengo la sensación, todo el tiempo, de que no han pasado estos dieciocho años.

—Lucas... —Es un susurro, pero también una súplica. Y Marina ni siquiera sabe si le ruega que se aparte o que rompa de una maldita vez esa distancia que los separa.

—No me creo que a ti no te pase. Que no sientas que aquí...

queda algo.

Solo hay unos milímetros entre ellos. Sería muy fácil para cualquiera de los dos liarse la manta a la cabeza y acabar esa conversación con un beso, uno que sería más una despedida que llega casi dos décadas tarde que el comienzo de nada. Marina tiene la certeza de que Lucas no la rechazaría si fuera ella la que diera el paso; y tampoco alberga ninguna duda de que ella lo acogería si ocurriera al contrario.

Pero se impone la cordura. La impone ella. Se aparta, se recoge el pelo, revuelto por el viento fuerte que sopla junto al faro, y la magia desaparece. Le duelen los labios, le arden. Deseaba ese beso; pues claro que lo deseaba. A Lucas lo quiso mucho, aún lo quiere en cierto modo, pero también lo deseó. Aún recuerda cómo se le erizaba la piel cuando él la miraba con las ganas brillándole en las pupilas; cómo ella temblaba al desnudarse ante él sabiendo que los instintos tomarían el mando, que se abandonarían al placer. Marina ha conocido otras camas en los años sin Lucas; él... obviamente también. Y le provoca una curiosidad casi insana pensar en cuánto habrán aprendido en otros cuerpos, pero algo sabe Marina a estas alturas sobre inteligencia emocional. Y no es un beso lo que necesita; es una respuesta.

—Lucas, yo... Tengo que entender lo que nos pasó. Tengo que saber por qué los años más bonitos de mi vida se acabaron sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

16

Los años más bonitos

Los años más bonitos de la vida de Marina y Lucas huelen a salitre, a bronceador de coco y al azúcar quemado de las almendras garrapiñadas de las verbenas.

Los años más bonitos son el primer beso a los doce años de un chico escayolado y una chica que renunciaba a la playa para quedarse con él. Son partidas de futbolín en el casino, cómics de Tintín leídos a medias, ampollas en los pies después de horas en cangrejeras. Pintarse la piel con aquella planta a la que llamaban platanitos y que tardaron años en descubrir que era en realidad una especie invasora. Horas con el bañador mojado. Reposiciones de *Verano azul* en un televisor de tubo. Son una infancia que se pareció más a la de sus padres de lo que se parecería a la de los hijos que nunca tuvieron. Misa de ocho, jugar a la goma, una Virgen del Carmen en la cocina con mariposas de aceite.

Los años más bonitos fueron dos cuerpos encontrándose por primera vez en una noche de perseidas, pieles sudando mientras el cielo lloraba estrellas.

Los años más bonitos eran maratones de *El equipo A* en tardes lluviosas. Lucas cantando en gallego la canción de *Dragon Ball*. Bocadillo de Nocilla para merendar. La inauguración de unas Olimpiadas en Barcelona entre color y fuego. Escapadas al bar de Luis para comprar helados. Descubrir que el café sabía a Copa Brasil, y no al contrario. Una Game Boy a la que se le acababan las pilas cuando salía el palo largo. Eran casetes rebobinados con un boli. Mecano, Alaska, Hombres G, un «corazón de tiza en la pared» y la promesa de que «cuando brille el sol te recordaré si no estás aquí».

Los años más bonitos eran veranos que se estiraban. Agostos que empezaban a finales de junio y acababan dos días antes de que comenzara el curso. La melancolía anticipada al atravesar el ecuador

de agosto. El dolor cuando las maletas se bajaban de los altillos y las circulares con listas de libros de texto se recuperaban del olvido. Las despedidas entre lágrimas, el final del verano como estado de ánimo, el otoño como enemigo.

Los años más bonitos también eran inviernos de cartas en el buzón, llamadas perdidas a un teléfono fijo, calendarios con fechas de reencuentro marcadas en rojo, un Alsa nocturno entre Madrid y Coruña, la locura de coger un coche con el carnet recién sacado solo para ver el perfil de la isla desde lejos, Madrid en Navidad, porras en un quiosco de la Castellana, Cortylandia, las luces de la Gran Vía, el Retiro cubierto de nieve. Sentir que también la ciudad era isla.

Los años más bonitos fueron planes de futuro. Querer tanto a alguien que tenerlo cerca bien vale el sacrificio de no ver el mar a diario. Prometerse que llevarán cada verano a sus hijos a la isla; que no dejarán que crezcan sin aprender a nadar antes que a andar, sin recibir un beso furtivo a la brisa del anochecer, sin bañarse desnudos una noche de copas y risas, sin conducir un ciclomotor sin carnet ni permiso, sin meterse en la cama cada noche con el pelo ensalitrado y la sensación de que nunca nadie ha sido más feliz.

Los años más bonitos eran un reencuentro. Un beso. Una mirada que decía «ya estamos aquí». Otra vez. Juntos. Los dos.

Los años más bonitos deberían haber durado para siempre.

17

Marzo de 2015

Lucas y Marina regresan del faro en silencio. Los dos saben que las cartas de lo que pasó entre ellos no están aún sobre la mesa, pero han empezado a barajarlas después de tres días de silencios, tabús y desvíos para evitar el tema.

—Tienes todo el derecho del mundo a que yo te dé las explicaciones necesarias para que entiendas por qué desaparecí. Como si tenemos que estar meses hablando de ello, Marina...

—Espero que no sea necesario —le replica ella con una sonrisa que pretende apaciguar parte de la tensión; no sería buena idea tener esa conversación con el alto voltaje de nervios que acumulan.

—No creo que lo sea, pero te lo habrías ganado. Solo siento que las explicaciones lleguen tantos años tarde.

—¿Y bien...? —lo anima a hablar Marina después de un silencio interminable, la casa ya a la vista al fondo de la calle.

—No, ahora no. Necesito un rato para organizarme la cabeza. No quiero decir nada que no refleje exactamente lo que fue aquello; te haré daño, y lo siento, pero al menos que sea con verdades crudas, no por no saber explicarme. Durante estos meses...

—¿Qué?

—He pensado más en aquello en los últimos tres o cuatro meses de lo que lo había hecho en diez años. Por eso sé que tengo muy claras las cosas, solo necesito media hora para ordenarlo un poco en mi cabeza.

—Está bien —concede Marina mientras suben las escaleras de la entrada. Ve que Lucas se queda atrás y frunce el ceño—. ¿Qué ocurre?

—¿Te importa si...? Me gustaría pasar este rato en la casa pequeña.

Marina a veces olvida que está ahí. Esa casa se cerró el nefasto día de agosto en que Lucas y su familia abandonaron para siempre la

isla y ella nunca ha vuelto a verla abierta. El señor Martín decidió, después de aquel verano, no alquilarla de nuevo, y Marina jamás tuvo interés en abrir la puerta a un lugar que contenía los recuerdos más dulces de su vida.

—Toma. —Marina saca una llave pequeña de su llavero—. Sabes que puede haber ratones, ¿no?

—Dudo que me coman.

—¿Vengo dentro de media hora?

—Sí. Y trae vino. O tabaco. Un poco de todo.

Marina aprovecha el tiempo de espera para llamar a su tía Fede. Hablan de Angie, con la que Fede ha pasado toda la mañana y, aunque no la ha reconocido, se ha mostrado de buen humor y muy animada, dentro de ese mundo propio que se ha creado y que Marina mataría por explorar. No le cuenta a su tía nada más sobre Lucas; ella la conoce bien, tal vez mejor que nadie en este momento, y no quiere compartir aún todas las emociones que le bullen dentro.

El tiempo pasa más deprisa de lo que esperaba, así que se apresura a la bodega, coge una botella de crema de orujo, recupera del mueble de la entrada el tabaco y el papel de liar, y se pasa por la cocina a por unas galletas. El pulpo que ha descongelado tendrá que esperar hasta la cena, porque la hora de comer se les ha pasado y ninguno tiene pinta de preferir ponerse a cocinar que mantener al fin esa conversación.

La puerta es de metal y emite un pequeño chirrido cuando Marina la abre. A la izquierda queda la cocina, pero Lucas la saluda desde el pequeño salón que hay a continuación; al contrario de lo que ocurría en la casa grande, en esa la vida siempre se desarrolló en aquella estancia.

—«Acabo de regresar de visitar a mi casero y ya se me figura que ese solitario vecino va a inquietarme por más de una causa». —Marina decide que es buena idea romper el hielo con una broma.

—*Cumbres borrascosas.* —Lucas esboza una sonrisa.

Marina se acerca a él y echa un vistazo a su alrededor. El salón, como es lógico, está igual que lo recordaba. Un mueble anticuado, de madera y cristales tallados con un motivo floral, cubierto de polvo, al fondo. Lucas ha abierto un poco la ventana para que el ambiente se descargue de olor a cerrado y a recuerdos. Está sentado en el sofá grande, lo cual deja a Marina en la disyuntiva de sentarse junto a él o

quedarse en el sillón individual, al otro lado de la mesita de centro. Al final elige el sillón; es más prudente.

—Vale, antes de nada… ¿Puedo hacerte una pregunta, Marina?

—Claro.

—Antes de lo que ocurrió aquel verano…, ¿tú nunca tuviste dudas?

—¿Sobre nosotros?

—Sí.

—Pues… no. —Marina sonríe; ha decidido que esa pose fingida que adoptó tres días atrás ya no tiene sentido. Sería una falta de respeto a lo que fueron, a ese amor que ha llegado a mitificar con los años, guardarse algo dentro—. A lo mejor soy una persona muy simple, Lucas, pero yo te quería desde que era una niña. Creo que estuve enamorada de ti incluso antes de saber lo que era estar enamorada. Mi madre siempre lo contaba… El día que te veía aparecer por el camino hacia la casa, ya desde muy pequeña, me ponía a saltar de alegría. Luego crecimos, nos atraíamos, empezamos a salir… Bueno, no tengo que contártelo, tú estabas allí.

—¿Y nunca dudaste?

—No. Veía clarísimo nuestro futuro juntos. Nunca me apeteció conocer a otra persona, no tenía tentaciones de enrollarme con otros en los meses que pasábamos separados… Y, cuando todo ocurrió, me faltaban dos años para acabar la carrera y me moría de ilusión por irme a Madrid y que empezáramos juntos una vida *de adultos*.

—Ya.

—¿Qué intentas decirme, Lucas? ¿Que tú sí tenías dudas?

—Sí. —La afirmación, rotunda y firme, golpea a Marina. Tal vez sea solo el primer impacto de una conversación que amenaza con dejarla magullada. Y es un impacto porque esa opción, en dieciocho años de hipótesis variadas, nunca se la planteó. Hasta aquella noche terrible, hasta algunos días después, de hecho, jamás percibió en Lucas la menor fisura; había sido el novio perfecto… o así lo había visto ella —. Yo te quería. Dios mío, ¡te quería muchísimo…! Eso mismo que cuentas de cuando eras pequeña me pasaba a mí también. Para mí, venir a la isla no eran ni unas vacaciones ni un veraneo… Ni siquiera yo quería a la isla como lo hacías tú. Para mí era venir *a Marina*. Desde niño y durante muchísimos años.

—¿Y cuándo se torció? —se obliga a preguntar Marina. Su

instinto le pide que se acurruque para lamerse las heridas, que no meta el dedo en una llaga que sabe que necesita poco para sangrar.

—No se torció, Marina. Fueron… momentos. Dudas puntuales. La primera, cuando decidiste que no estudiarías Náutica porque eso nos pondría muy difícil un futuro juntos. Ese era el sueño de tu vida y me pesó sobre los hombros que renunciaras a él por mí.

—No fue por ti, fue por los dos. Porque, después de años con una relación a distancia, más los que nos quedaban de carrera, no quería tener un trabajo que implicara pasar ocho o nueve meses lejos de ti. Fue una decisión que tomé después de pensarlo mucho, no una idiotez de adolescente enamorada, Lucas.

—Ya lo sé. Pero me pesó. Quizá porque yo dudé hasta el final si matricularme en Filología y acabé optando por algo más práctico. Puede que proyectara en ti mi propia frustración en ese sentido. Pero el caso es que dudé de si no estaríamos yendo demasiado rápido para lo jóvenes que éramos.

—¿Y después?

—Después también eran momentos puntuales. Los meses separados eran muy largos.

—Vamos…, que ibas con tus amigos a una fiesta universitaria y no te gustaba ser el único que no podía follarse a la primera que se mostrara interesada.

—No, no es eso… —Lucas se calla y resopla—. Vale, en algún momento quizá fuera eso. Dudas de si no estaríamos atándonos demasiado. Y luego hubo algo… Marina, odiabas venir a verme a Madrid.

—Pero ¡¿qué dices?! —Marina está a punto de levantarse del asiento—. Me pasaba horas, ¿me oyes?, horas planeando aquellos viajes. Tenía en la agenda una cuenta atrás y tachaba un día cada noche al acostarme. Los esperaba con ansia porque suponía verte después de semanas, o meses, separados.

—Sí, ya lo sé. Claro que querías verme y no dudes ni por un momento que yo me moría por verte a ti. Pero había un abismo de distancia entre la Marina que venía a Madrid cuando te tocaba y la Marina que me recibía en Coruña cuando era yo el que viajaba.

—¿Lo dices porque no me gustaban tus amigos?

—Ojalá. Lo que sospecho es que no te gustaba yo cuando estaba en Madrid.

—No me negarás que te movías en un entorno un poco... ¿pijo? No sé si me quedo corta con la palabra.

—Era mi ambiente, Marina. El que siguió siéndolo después. El que habría sido el tuyo si te hubieras mudado, como teníamos planeado.

—No me creo que una razón tan superficial...

—No es eso. Es que tú respiras mar, no hace falta que yo te lo diga. Y me dolía pensar que, por mí, porque yo tenía trabajo asegurado en el despacho de mi padre en cuanto acabara la carrera, estuvieras dispuesta a irte a vivir a cientos de kilómetros del mar, a seis horas de la isla, en un ambiente en el que era obvio que no estarías cómoda, lejos de tus padres, de tus amigas...

—Y me robaste el derecho a elegir. Tú, que siempre habías respetado tanto mi libertad... —A Marina se le escapa una carcajada amarga; no esperaba enfadarse tanto, pensaba que la melancolía, la tristeza y el dolor ocuparían todo el espacio—. Tú solito decidiste que lo mejor para mí era que el jodido amor de mi vida se evaporara de un día para otro y que la explicación tardara casi veinte años en llegar. Genial...

—¿Qué hay en esa bolsa? —Lucas señala con la cabeza los víveres que Marina ha dejado olvidados junto a su sillón.

—Galletas, tabaco y una botella de crema de orujo casera.

—¿Puedo? —Lucas se acerca sin esperar respuesta y abre la botella. Le da un buen trago y hace una mueca—. Dios, qué dulce está. Y qué rico.

—Recuerdas que estábamos hablando, ¿no? —Marina arquea una ceja, tan enfadada que decide esconder el temblor de sus manos liando un cigarrillo.

—Lo que intento decirte, Marina, es que todas esas dudas no habrían tenido ninguna importancia si no hubiera pasado lo que ocurrió aquella noche. Me parece maravilloso que tú nunca tuvieras dudas sobre nosotros... ¡Joder! Me parece un honor, ¿sabes? No creo que mereciera esa fe incondicional. Supongo que tener dudas es lo normal en muchas parejas y, si no hay un detonante que provoque la ruptura, esas dudas ni se recuerdan. Quiero dejar muy muy claro que yo no desaparecí por ninguna de esas razones. Pero... ayudaron. Cuando las cosas se pusieron feas y luchar por salvar lo nuestro se convirtió en la opción difícil, me agarré a ellas para que doliera un

poco menos.

—¿Y lo conseguiste?

—¿Que doliera menos? No. Dolió como el puto infierno, Marina.

A Marina se le escapa una lágrima y no se esconde. Lucas apoya los codos en las rodillas y hunde la cabeza entre las manos. Durante unos minutos, el único sonido que rompe el aire es el chasquido del mechero de Marina y el chirrido de los muelles del sillón cuando se echa hacia delante para recuperar un viejo cenicero de cristal, horroroso, que lleva sobre la mesa desde los tiempos de fumador del padre de Lucas.

—Nos separaron, Marina. —La voz de Lucas está rota; tan rota que ella aparta la mirada porque, si lo ve llorar, los pocos cimientos que le quedan en pie se derrumbarán—. He empezado hablándote de las dudas porque ni por un momento quiero exculparme. Para que entiendas algunas de las razones por las que no volví, pero... no son las razones por las que me fui. Me fui porque me arrancaron de tu lado y no supe reaccionar.

—Aquella noche...

—Sí. De aquel momento no pienso culparme ni, por descontado, culparte a ti. Estalló un tornado a nuestro alrededor y bastante hicimos sobreviviendo a él. Yo volví a Madrid seguro, convencidísimo, de llamarte. Fue un viaje horrible; ni mis padres ni yo habíamos dormido en toda la noche y nunca Castilla me pareció tan eterna. No dejaron de gritarse ni un segundo en más de quinientos kilómetros, Borja lloraba sin parar porque no entendía nada, yo intentaba poner paz sin ningún éxito... Pensaba llamarte en cuanto llegara a Madrid, pero mi hermano estaba fatal y me metí con él en la cama. Me quedé dormido, supongo que del puro agotamiento mental, y, cuando desperté, ya no eran horas para llamar a casa del señor Martín. Pensaba hacerlo a la mañana siguiente, pero... —Lucas se queda callado y da otro trago a la botella—. Casi veinte años después, todo esto te estará sonando a excusas de mierda, ¿no?

—No, no. —Marina niega con la cabeza—. Llevo dieciocho años preguntándome cómo viviste tú aquellas horas. Yo tengo muy presente cómo fueron para mí y siempre me ha intrigado saber qué estabas haciendo tú en esos momentos. Así que... continúa.

—Al día siguiente me desperté tarde. Había pasado la noche dándole vueltas a cómo sería nuestro futuro con nuestros padres

enemistados a muerte, pensé que iba a volverme loco, pero… en el fondo sabía que, cuando te llamara, tú encontrarías la manera. Juntos la encontraríamos.

—Sí… —Marina sonríe, pero es un gesto triste—. Yo también pensé mucho en eso aquella noche. Mis padres se tomaron mejor que los tuyos lo que ocurrió, ya sabes que en el fondo mi padre era un hippy… Pero me preocupaba que los tuyos nos pusieran palos en las ruedas en el futuro.

—Mi madre vino a hablar conmigo cuando desperté. Yo no quería ni escucharla, porque me moría de impaciencia por coger el maldito teléfono y llamarte, pero me dio pena. Estaba destrozada por la traición de mi padre y se merecía un poco de apoyo. Ojalá no la hubiera escuchado… ¿Puedo hacerte una pregunta absurda y luego te explico por qué quiero saberlo? —Marina asiente—. ¿Cuál es tu grupo sanguíneo?

—Cero positivo. ¿Por qué? —Marina frunce el ceño.

—Vale, eso imaginaba… —Lucas niega con la cabeza—. De entre todas las locuras que me dijo mi madre aquella mañana, la más fuerte fue que tú y yo podíamos ser hermanos.

—¿Cómo? —Marina abre tanto los ojos que podrían caérsele de las cuencas.

—Me contó cosas que yo no sabía; supongo que son una verdad pasada por el tamiz de mi madre, de la ira que sentía en aquel momento concreto y de los prejuicios que ha tenido siempre.

—¿Qué cosas?

—Me explicó que mi padre y tu madre habían sido novios en la adolescencia. Novios o… Bueno, que habían estado juntos, según ella. ¿Puedo…?

—Venga ya, Lucas. —Marina suelta un bufido—. Me importa una mierda lo que tu madre pueda pensar de mí o de mi madre. Dilo tal cual, no me voy a ofender.

—Me dijo que tu madre era un poco… «zorra». No son palabras mías, ¿vale? Recuérdalo todo el rato porque me horroriza contarte esto. Bueno… Eso, que había jugado como le había dado la gana con mi padre y también con el sobrino del señor Martín.

—No me extrañaría. —La respuesta de Marina sorprende a Lucas —. Solo que yo no lo llamaría «jugar» ni tampoco ser «una zorra». Mi madre… Mis padres, los dos, en realidad, siempre tuvieron una idea

muy libre del amor y no pienso juzgarlos por ello, mucho menos cuando ninguno puede defenderse ya.

—Por supuesto. Pero mi madre me dio datos. Cosas que supongo que dedujo o de las que hablaría con mi padre al principio de su matrimonio. Me habló del verano del 75.

—Su último verano de solteros…

—Sí. Mi madre estaba embarazada ya en aquel momento. —Marina lo mira intrigada—. Sí, hija, sí. Lo de que nací sietemesino, con casi cuatro kilos, además, fue una excusa que no sé cuánta gente se creyó, pero yo me la tragué como un imbécil durante años. No me lo confesó mi madre hasta esa mañana.

—Vaya chorrada. Ni que fuera un drama haberse casado embarazada.

—Para ti no. Y en estos tiempos, tampoco. Pero para una chica del entorno de mi madre, en 1975, fue una putada y siguió el camino habitual. Boda exprés, excusa de embarazo durante la luna de miel y bebé supuestamente prematuro. El caso es que… mi padre pasó dos semanas en la isla aquel verano. Y tu madre llegó al año siguiente con un bebé, tú, solo dos meses más joven que yo. Insistió en que no te parecías nada a Angie ni tampoco a tu padre.

—Mis padres se conocieron justo al acabar aquel verano. Me lo contaron mil veces: fue un flechazo, se casaron enseguida, mi madre se quedó embarazada… ¡Y tampoco me parezco en nada a Víctor, no fastidies!

—Ya lo sé, Marina. Si me hubiera creído del todo aquella sospecha, habría sido tan sencillo como hacerte la pregunta que te he hecho hace cinco minutos. El grupo sanguíneo de mi padre es AB, como mi hermano y yo. No puede tener hijos con grupo cero. Fin del tema.

—¿Desde cuándo sabes eso?

—Ojalá lo hubiera sabido aquella mañana, pero estaba tan en *shock* que mi madre encontró terreno abonado para sembrar su mierda. Ni siquiera sé si lo hizo a propósito, para asegurarse de que ni tú ni tu madre volvierais a formar parte de nuestra vida, o porque lo creía en realidad.

—Si lo hubiera creído, nos habría separado antes, ¿no?

—Supongo que mi madre creería a pies juntillas en la fidelidad de mi padre hasta aquella noche, no sé si con razón o sin ella. En ese

momento se le debió de caer la venda de los ojos y tal vez de verdad pensó que podíamos ser los dos hijos de Víctor, pero... qué más da ya. El caso es que a mí me dejó desquiciado.

—¿Qué hiciste?

—Necesité huir de todo. Como ahora, supongo... A lo mejor no he madurado tanto como pienso. —Lucas le pide a Marina con una mirada que líe otro cigarrillo; no tiene la voluntad precisamente de guardia—. Sabía que mi amigo Óscar estaba solo en el apartamento de su familia en Denia y les dije a mis padres que me iba para allá y que, de camino, dejaría a Borja en casa de mis tíos en Gandía. A mi madre le pareció una gran idea, imagino que porque así le dejábamos vía libre para gritarle a mi padre cuanto quisiera. Y también porque debía de temer que, si me largaba de Madrid, fuera para venirme a la isla, no al otro lado de España.

—¿Y tú no te lo planteaste?

—Mira, Marina... —Lucas le agradece con una mirada el cigarrillo que ella le pasa, lo enciende y le da una calada—. Lo que te he contado hasta ahora es lo que considero culpa de otras personas. De tu madre y de mi padre por hacer lo que hicieron; de mi madre por usarme como chivo expiatorio de toda aquella ira que entiendo que tuviera... A partir de ahí, todo fue culpa de mi inmadurez y mi cobardía.

—Y de las dudas...

—Sí, supongo que de las dudas también. Llegué a Denia, le conté a Óscar lo que había pasado y me dio la misma solución que me habría dado cualquier tío de veintiún años que en su puñetera vida había tenido un problema más grave que suspender una asignatura: que nos emborracháramos y se me pasaría. Me tiré una semana en la playa, borracho, repitiéndome cada noche que a la mañana siguiente te llamaría, aunque solo fuera para pedirte un tiempo. Cuando volví a Madrid, habían pasado tantos días que me daba ya vergüenza coger el teléfono. Mi madre me dijo que tú no habías llamado tampoco, lo cual supongo que era mentira, ¿no? —Marina asiente y Lucas cierra los ojos del puro bochorno—. Sonará a excusa muy floja, pero fue pasando el tiempo...

—Y todo lo cura, ¿no?

—Lo amortigua, al menos. Curarme... te aseguro que tardé años en hacerlo, si es que he llegado a conseguirlo.

—¿Lloraste? —Marina no podría justificar ante nadie aquella pregunta, ni tampoco responder de forma sincera a qué respuesta espera; supone que será el deseo primario de que él lo pasara mal también, quizá no tanto como ella, pero al menos un poco—. ¿Lloraste por mí?

—¿En serio lo dudas?

—Sí, Lucas. No es que importe ya a estas alturas, pero después de escuchar tus explicaciones tengo serias dudas de que te importara todo una mierda.

—No pretendo disculparme, te lo aseguro. Se me cae la cara de vergüenza porque tienes razón: mis explicaciones son basura. Ojalá pudiera decirte que mi madre me demostró aquella noche que tú y yo éramos hermanos con pruebas irrefutables, y que consideré que la única salida era alejarme para siempre. O que me abdujeron los extraterrestres, que me secuestró una mafia rusa o, qué coño, que en Denia me enamoré de una tía fantástica y no me apeteció volver contigo. Y, aun así, en ninguno de esos casos tendría excusa para no haber llamado, aunque solo fuera para despedirme. Pero no hubo nada de eso. Solo un chico de veintiún años acojonado, triste y al que se le habían caído en una noche un montón de pilares de su vida. Un cobarde, Marina, con demasiado miedo a cómo sería nuestro futuro con nuestros padres enemistados, sin poder volver a la isla porque el señor Martín nos había desterrado... Yo qué sé.

»No pretendo que nada de esto sea una excusa. Solo puedo pedirte perdón y, si eso es lo que quieres oír, asegurarte que sí lloré. Mucho, durante meses, cada noche. Te echaba tanto de menos que me dolía, me sentía culpable por el daño que sabía que te habría hecho y avergonzado por no tener siquiera el valor para levantar el teléfono. ¿Qué puedo decirte dieciocho años después? Solo que lo siento muchísimo y que me alegra cada momento de felicidad que hayas tenido o que te espere en el futuro, Marina. Te lo digo con el corazón en la mano.

Marina decide que si hay un momento idóneo para darse a la bebida es ese, así que coge la botella de licor y le da un buen trago. Se queda acurrucada en el sillón individual, casi en posición fetal, intentando comprender, asimilar eso que fue la gran incógnita de su vida durante años y que tiene una explicación que le sabe a poco, aunque cree a Lucas y asume que no hay mucho más que decir. Es

consciente de que centrifugarlo en su cabeza podría volverla loca, así que elige pensar en voz alta.

—¿Sabes? Ojalá hubiera sido lo de la abducción extraterrestre. —Lucas la mira con una sonrisa esbozándose en sus labios, pero se le corta en seco al ver que ella no bromea—. Me pasé meses desquiciada intentando comprender qué podía haber ocurrido. Y durante todos estos años, aunque he vivido, he vuelto a enamorarme y he sido feliz, de vez en cuando me volvía esa pregunta a la cabeza. Estoy casi segura de que, si escribiera mi autobiografía, tendría que titularla *¿Qué le pasó a Lucas?*, porque no hay una pregunta a la que haya dedicado más tiempo en mi vida que a esa. Y creo que habría sido un consuelo que la explicación fuera rocambolesca. Aquel primer día, cuando pasaban las horas y no tenía noticias, llegué a pensar que os habría ocurrido algo con el coche. Quería llamar a todos los hospitales entre Galicia y Madrid para comprobarlo, pero mi madre me pidió que te diera más tiempo. Cuando al fin me decidí a marcar el número de tu casa de Madrid y tu madre me respondió que no volviera a llamar, entendí que tendrías que luchar por mí ante tu familia.

—Y pensabas que lo haría.

—Claro que lo pensaba.

—Siempre tuviste un concepto de mí que mejoraba con mucho la realidad. —Lucas se acerca un poco a ella, pero Marina ha adoptado una postura tan defensiva que se queda a medio camino—. Lo que pasó fue que no supe hacer las cosas en un primer momento; luego me avergoncé de haber dejado pasar tantos días; y al final acabé agarrándome a las dudas que alguna vez había tenido, a cualquier cosa mala relacionada con nosotros, y créeme que me costó encontrarnos defectos como pareja, porque eso era lo único que me permitiría seguir con mi vida sin echarte de menos a diario. Lo triste es reconocer que, con el paso de los meses, esa estrategia funcionó.

—Es un buen resumen. Pero yo tengo uno mucho mejor... y más breve. Se acabó porque, en realidad, tú nunca me quisiste tanto como yo te quería a ti.

—No, Marina. Me niego a que pienses eso. Yo te quería... con toda mi alma. Te quería todo lo que se puede querer a otra persona.

—No, eso no es verdad. Esto no es una batalla para ver quién de los dos es mejor, ni siquiera importa ya a estas alturas, pero no dormiría tranquila esta noche si no te dijera que, si yo hubiera estado

en tu lugar, me habrían importado una mierda mis padres, tus padres o el papa de Roma. Habría buscado la manera de que nos encontráramos, aunque hubiera tenido que deshacer el camino entre Madrid y la isla con las putas uñas.

—¿Sabes lo más difícil de asumir, Marina? —Ella lo mira con las lágrimas cayendo en cascada de sus ojos—. Que eso ya lo sé. Lo sé ahora y lo sabía en aquel momento. Eso solo me convierte en una mierda mayor de la que ya era.

—No se puede obligar a nadie a querer a otro —dice Marina con desdén—. No te reprocho eso, pero sí que no me dieras una explicación, porque me costó mucho, muchísimo más de lo que puedas imaginarte, reiniciar mi vida después de aquello. Ya tenía el dolor, no necesitaba también la incógnita.

—Lo sé. Y te vuelvo a pedir perdón. Pero quiero dejarte clara una cosa. No te quise menos de lo que tú me quisiste a mí. No tiene sentido discutirlo, ya lo sé, y aunque lo tuviera… no hay una manera de demostrarlo. Pero creo que, simplemente, somos personas diferentes. Quizá no te quise menos, Marina, solo te quise distinto. Tú siempre has sido…

—Intensa. —Marina suelta una carcajada amarga—. Hace años que ya no me lo tomo como un menosprecio. Me ha costado muchas lágrimas vivir las cosas con la intensidad con que lo hago, pero, aunque pudiera cambiar, no querría. Tengo pocas dudas de que gracias a eso también he sido más feliz que nadie cuando las cosas me han ido bien.

—Yo tampoco dudo eso. Ni creo que ser intensa sea algo malo. Solo que… yo no lo he sido nunca. Tú eras euforia, impulsividad, un montón de sueños y la voluntad firme de cumplirlos todos. Yo era…

—Un mar en calma. —Marina se ríe—. Perdona, no dejo de acabar tus frases. Pero sí, éramos el Sol y la Luna, y no supimos ver la manera de encontrarnos a medio camino. En Saturno o lo que sea.

—No sé si astronómicamente eso tiene algún sentido —bromea Lucas, porque la tensión ha ido descendiendo un poco y lo agradece—, pero sí.

—Sobrevivimos a esa diferencia desde los doce años a los veintiuno, pero, cuando llegó el momento de decidir, tú te agarraste a ella, mientras yo me quedaba anclada en lo que habíamos sido: en la indiscutible belleza de habernos encontrado y habernos querido como

niños, como adolescentes y como adultos.

—No solo hiciste más bonita mi vida; es que haces bonita hasta la explicación.

La puerta de la entrada chirría un segundo y los dos se sobresaltan. Cuando Marina está a punto de levantarse a ver qué pasa, uno de los dos gatos que merodean a todas horas por la casa aparece en el salón, encantado de descubrir nuevos rincones por explorar.

—Ven aquí, chico. ¡Sube! —Marina lo llama entre lágrimas, las que la desbordan por una conversación que la tiene en carne viva. Abraza al animal, que parece más acostumbrado de lo que debería un gato callejero a los mimos, y mira a Lucas—. Me había jurado no llorar delante de ti, joder.

—¿Y te lo habías creído? —Lucas la observa con tanto cariño en la mirada que ella tiene que apartar la suya—. No lo digo como algo malo. Ojalá yo pudiera llorar en vez de tener este nudo en la garganta que parece que me voy a ahogar.

—¿Puedo confesarte algo?

—Claro.

—Durante un tiempo, una vez pasado lo peor, ya no era pena lo que más sentía. Era decepción.

—Normal, yo...

—No, no, Lucas. No es eso. Era decepción conmigo misma. Siempre me había tenido por una tía fuerte; intensa, sí, pero también con las ideas claras. Le habría pegado un bofetón a cualquier amiga que me viniera llorando por un tío después de años separados.

—Marina, nadie tiene derecho a juzgar los sentimientos de los demás. Ni siquiera uno mismo. Siempre que no se convierta en algo patológico, entiéndeme... No hay un manual que diga cuánto tiempo se tarda en superar una ruptura.

—No dejaba de pensar en que mi madre había perdido a su marido, que yo misma había perdido a mi padre... Que mi abuelo perdió a cuatro hermanos en la guerra, mi bisabuela a cuatro hijos... Y yo no tenía fuerzas para levantarme de la cama porque mi novio de la adolescencia había desaparecido sin dejar rastro. Me sentía una fracasada por no ser más fuerte.

—Ven aquí, por favor —suplica Lucas.

Marina deja libre al gato, que empezaba a hartarse ya de tanto contacto humano, y le hace caso. Se sienta junto a él en el sofá y, por

fin, después de tres días, después de dieciocho años, rompen la barrera del contacto físico. Se cobijan cada uno en el abrazo del otro y se quedan así un tiempo eterno y efímero a la vez.

Ahora ya pueden volver a ser solo dos viejos amigos sin ninguna cuenta pendiente. O tal vez dos desconocidos que solo comparten un pasado común. Y también puede que, a partir de este momento, Lucas y Marina sean dos folios en blanco.

18

Lucas

Ahora que la tengo aquí, desmadejada entre mis brazos, que ni siquiera sé cómo tienen la fuerza para sostenerla, la realidad me golpea como un tsunami. Y es que durante casi dos décadas, cada vez que pensaba en Marina, me comía la culpabilidad por el daño que mis acciones le habrían provocado y la vergüenza por no haber sabido, o no haber querido, o no haber podido hacerlo mejor.

He necesitado tres días para darme cuenta de que yo también fui víctima de mí mismo. Para recordar que, cuando ella está cerca, el jodido mundo se detiene y solo quedamos nosotros dos. Para odiarme por haber renunciado voluntariamente a una persona que fue el amor de mi vida y el mejor sinónimo que conozco de la palabra *hogar*.

Casi todo el mundo puede decir cuándo vio por primera vez a alguien a quien quiere, o a quien quiso. Yo mismo sé que a Teresa la conocí una noche cálida de otoño, en la boda de unos amigos en una finca de las afueras; me la presentaron, me pareció preciosa, el alcohol nos echó una mano, pasamos la noche juntos y ya nunca nos separamos. Recuerdo que llevaba un vestido negro muy escotado en la espalda, que acabó hecho un gurruño en el suelo de mi habitación de hotel, y la melena recogida en un moño cuya caída en una cascada de rizos pelirrojos, cuando se lo soltó, me pareció incluso más sexi que la del vestido.

De Marina no tengo ese primer recuerdo. Crecimos juntos, aunque solo fuera un mes al año. Siempre estuvo ahí, como una presencia infantil que convertía los veranos en una sucesión infinita de juegos en la playa, travesuras inocentes, conversaciones con lengua de trapo y abrazos de despedida que empezaron siendo una imitación de los que les veíamos a nuestros padres, pero pronto nos salieron de dentro. Marina, siempre algo más alta que yo, con el pelo castaño cortado en una media melena difícil de domar y esos dientes grandes

y un poco serrados que le daban un aire infantil incluso cuando dejó de ser una niña. Marina, que nadaba como un delfín, navegaba como un conquistador y eructaba como un pirata. Marina, que era intensa, y yo, tan imbécil como para llegar a odiar que lo fuera.

Tres días han hecho falta para que volviera a mi mente lo que fuimos. Desde el momento en que el abogado me llamó para que acudiera a la isla, imaginé que me la encontraría. Pero la eliminación del factor sorpresa no disminuyó la intensidad del impacto. Había hecho muy bien mi trabajo durante dieciocho años para fingir que Marina no había sido más que un amor de verano de los tiempos ingenuos en los que solo se vive el presente. Como si no hubiéramos dedicado noches de agosto a dibujar en sueños unos planes de futuro que, cada año que pasaba, se hacían más reales. Como si no hubiera cumplido los veintiún años sin haber conocido a otra mujer y sin pensar que podría llegar el momento en que deslizaría una alianza en otro dedo anular.

No voy a decir que esté enamorado de ella porque no es verdad. Ya no lo estoy. *Aún* no lo estoy. Tampoco de mi mujer, aunque ese dato me he guardado mucho de dárselo a Marina, ni siquiera sé por qué; hace ya un par de años que nada funciona en mi matrimonio, pero hasta hace pocos meses continuar juntos, por las niñas, por rutina, por inacción, me parecía una idea estupenda. Si de algo he dado sobradas pruebas es de que no soy un tío que haga el menor esfuerzo por llevar las riendas de su vida.

Pero miro a Marina y me apetece empezar a decidir por mí mismo, aunque solo sea por parecerme en algo a la imagen mental que ella tenía de mí, que era mucho mejor que la realidad. Quizá el subidón emocional en el que estoy desde hace tres días se justifique con que, en un momento en que me siento perdido, he ido a encontrar a la única persona que siempre tuvo fe en mí. Marina siempre me atribuyó cualidades que solo estaban dentro de su cabeza, de su corazón o lo que sea. Me veía seguro de mí mismo, cuando yo solo era un chaval guapo lleno de dudas; me veía inteligente, cuando en realidad dedicaba un montón de horas a estudiar unos temas legales que tardé años en dejar de odiar; me veía digno de lo que ella me daba, cuando siempre recibí más de lo que di y, aunque la amaba con toda mi alma, muchas veces pensé que debía hacerlo más.

La vida me ha tratado bien, no puedo quejarme. Me ha tratado,

sin duda, mejor de lo que merezco. La añoranza de Marina me acompañó un tiempo, pero supe tapar su recuerdo poniendo lo que no me gustaba de ella por encima de todo lo que me había hecho amarla. Quizá ese fue el mayor error de los que he cometido: manchar algo tan bonito con cuatro supuestos defectos que, en el colmo de la paradoja, veinte años después me parecen virtudes.

Ya le he pedido perdón, pero querría seguir haciéndolo. Confesarle que la odié la primera vez que vino a verme a Madrid y acabó discutiendo a gritos con mi amigo Raúl, que era algo así como el líder de mi grupo y a quien nadie le rechistaba; al cuarto comentario racista y machista que soltó en un botellón, una Marina de dieciséis años le dijo que para tener la cabeza tan grande no parecía que hubiera un cerebro allí dentro. Reconocer que me puso un poco nervioso presentarla a mis amigos, porque sabía que ella quedaba a años luz del prototipo físico que nos gustaba, que *les* gustaba; porque Marina era demasiado alta, demasiado grande, no se maquillaba, se mordía las uñas, vestía a su aire y tenía un acento que a mí me volvía loco, pero del que sabía que ellos se reirían cuando yo no estuviera delante… o quizá incluso conmigo allí. Asumir que fue más fácil agarrarme a todo eso, a que vivía lejos, a que no sería feliz en Madrid, a que nunca habíamos pasado juntos un invierno, para que fuera más sencillo olvidarla. ¿Cómo pude hacerlo? ¿Cómo pude no amarla como merecía? ¿Cuánta ceguera hay en la inmadurez?

Y, sin embargo, solo han hecho falta tres días para que ponga mi mundo patas arriba. Para que cada mañana tema esa llamada del abogado que me dejará sin excusas. Para que vuelva a sentirme yo justo en el momento de mi vida en el que menos idea tengo de quién soy.

Es un misterio por qué hay personas que se meten en nuestra sangre de una manera que jamás conseguirán otras; por qué nuestras sinapsis estallan, nuestras hormonas hierven, los latidos del corazón se acompasan. No es una cuestión de atracción física, aunque al mirarla no entienda cómo pude no verla siempre excepcionalmente hermosa. Es algo más profundo, más primario. Es la sensación de que Marina ha estado y estará para siempre ligada a mí. Aunque durante años no me haya permitido pensar en ella, aunque solo haya caído en tentaciones inocentes como buscarla en las redes sociales o poner su nombre en Google muy de vez en cuando. Marina está dentro de mí; se metió

cuando era niña y no ha salido nunca; y estoy casi seguro de que yo también estoy dentro de ella.

Por eso, al tenerla ahora entre mis brazos, después de exorcizarnos el dolor, o al menos parte de él, me siento igual que cuando volví a probar esos platos típicos de la isla que hacía veinte años que no comía. Reconocer el aroma, el sabor. Recordar que era mi favorito. Sentirlo mío. Y, sobre todo, preguntarme cómo he podido pasar casi veinte años sin dejar que formara parte de mí.

19

Marzo de 2015

—También hacía años que no comía esto. —Lucas sonríe. Ante él, en la mesa, una fuente de pulpo a la vinagreta, una especialidad que siempre ha sido la favorita de Marina y que aprendió hace ya años a preparar por pura supervivencia—. Está impresionante.

Ella esboza una sonrisa tímida en respuesta. Después de su conversación, tan intensa, regresaron a la casa grande en silencio, sintiendo aún en la piel aquel abrazo que duró tanto que acabó haciéndoseles corto. Marina propuso cocinar el pulpo que había descongelado el día anterior y Lucas aceptó. Cualquier cosa con tal de lograr un poco de normalidad, la normalidad que se puede crear en tres días y que en ellos tiene un tinte de cotidianeidad que les hace perder por momentos esa referencia temporal.

—Alguien tenía que aprender a cocinar estas cosas para que no se pierdan cuando la generación del señor Martín... —un suspiro— ya no esté.

—Sí... El otro día, cuando fui a dar un paseo por la zona del puerto, me pareció que todo estaba igual, pero, al mismo tiempo, algo se me hacía diferente y no era capaz de identificar qué era.

—¿Y llegaste a alguna conclusión?

—Sí. Visualmente nada había cambiado, pero me fallaban los sonidos. ¿Recuerdas cuando éramos críos? Siempre había marineros en los bares, cantando, mientras tomaban los vinos, aquellas canciones que no he vuelto a escuchar.

—Es que ya no quedan marineros. Ya has visto el muelle; ahora hay tres o cuatro barcos y en casi ninguno trabaja nadie menor de cincuenta años.

—Me aterra pensar que algún día la isla quedará abandonada —reconoce Lucas—. O que se convertirá solo en un punto turístico al que venga la gente en verano y que la zona vieja quede relegada a ser

algo costumbrista pero sin vida.

—Lo mejor de la isla es a la vez su condena. —Lucas frunce el ceño y Marina se explica—. Que sea un lugar remoto, quiero decir. A mí me encanta, es una de las cosas que más me gusta de este sitio, que ni siquiera salga en los mapas. Pero para la vida diaria... Nadie puede culpar a la gente que se fue a tierra buscando mejores oportunidades.

—¿Cómo es esto en invierno? —pregunta Lucas, porque para él la isla siempre significó verano; esta es la primera vez que la ha visitado fuera de los meses estivales.

—Como lo ves estos días. Tranquilo, silencioso... Aburrido, supongo. Aunque yo no me he aburrido nunca aquí.

—¿Nunca has tenido la tentación de pasar el verano en otro lugar?

—Mira... Hace tres años me llamaron para hablar en unas charlas que organizan en verano en el local cultural del casino. Un poco sobre mi experiencia profesional en alta mar en el mundo de hoy y un poco sobre mis vivencias en la isla que fue y en la que es ahora. Y hablé justamente de eso...

—Cuéntamelo. —Lucas da por finalizada una cena que sabe que le pesará más tarde y se acomoda en la silla, con la mirada fija en Marina, atento a sus palabras.

—Pues vine a decir que por culpa de la isla me he perdido muchas de las experiencias que sí vivieron mis amigas, mucha gente de mi generación, de mi entorno. Nunca hice un interraíl ni he ido a festivales ni a un campamento de verano ni tampoco a intercambios a otros países para aprender inglés... Conocí Ibiza cuando trabajé allí en un ferri y no he estado en mi vida en Marbella ni en Benidorm..., ¡ni siquiera en Sanxenxo, que lo tengo a tiro de piedra! Y, sin embargo, no siento que me haya perdido nada. Al contrario. De cría, habría pataleado si mis padres hubieran propuesto que fuéramos a otro lugar un verano, aunque sabía que eso era imposible; y, de adulta, ni te imaginas los equilibrios que he tenido que hacer para librar en agosto año tras año.

—Lo sabía. —Lucas echa un vistazo por debajo de la mesa y se incorpora con una sonrisa burlona—. Tienes los dedos de los pies encogidos. Como siempre que te emocionas con algo.

—Debería dejar de ir descalza. Al parecer, mis pies me delatan. —Marina le tira la servilleta a la cara, por poner el toque de humor. Y

por no pensar en el modo en que Lucas ha hablado, como si aún la conociera más que nadie.

—Mejor eso que mi apatía, ¿no? —Con el final de la cena, los dos ven la breve tregua desquebrajarse; es Lucas el que lo hace oficial—. ¿Cómo estás?

—Estoy… —No es capaz de terminar la frase. Siente como si las ventosas del pulpo que acaba de comer se hubieran agarrado al nudo de su garganta y le impidieran articular palabra. Se levanta a preparar café para darse tiempo a componer una respuesta sincera—. Recordarlo todo ha sido muy duro, pero a la vez ha sido… sanador. Duele, pero cura.

—¿Me has perdonado? —Lucas no se atreve a mirarla—. ¿O cabe la posibilidad de que lo hagas algún día?

Marina guarda silencio hasta que la cafetera emite un borboteo; sirve dos tazas antes de volver a sentarse.

—Durante estos años, como te imaginarás, he pasado por muchas fases. Hubo un tiempo en que juré que no te perdonaría nunca, pero esa era justo la época en la que me habría tirado a tus pies si hubieras vuelto. Luego, con los años… No quiero que pienses que he vivido anclada en el rencor. Para nada. Entre otras cosas, porque creo, quizá más que en ninguna otra cosa, en que todos tenemos el derecho de buscar la felicidad, aunque sea de forma egoísta, aunque haga sufrir a otro. Nunca he sido capaz de odiar a las exparejas de mis amigos por algo tan simple como haberlos abandonado. Solo faltaría que las personas no tuviéramos derecho a eso.

—Es una forma de pensar que te pega mucho —reconoce Lucas.

—Sí, pero las formas de pensar y de sentir no siempre coinciden. Esa mentalidad me ayudó a salir adelante, pero fue duro. Fue durísimo, joder… Con el tiempo me he dado cuenta de que lo que de verdad me destrozó no fue tanto que te marcharas como la falta de explicaciones, la intriga, la incertidumbre… Aquello me cambió la vida, me la volvió del revés. Tuve que empezar de cero con veintidós años, después de uno hundida en una depresión que no quise tratarme, que ni siquiera me di cuenta de que lo era hasta mucho después…

—Es imperdonable —se sentencia Lucas, con la cara desencajada —. No creas que no lo sé.

—Hace muchos años que perdoné, Lucas. Es la única manera de

vivir en paz. Me habría gustado entender antes lo que te ocurrió, no haber tenido que esperar dieciocho años, pero… ¿qué vida habría tenido si hubiera pasado tantos años odiándote?

—No lo sé, ¿qué vida has tenido?

—Pues una muy buena, ya te lo he dicho. ¿Qué pensabas? —No hay acritud en la pregunta, aunque sí una cierta reivindicación de sí misma que Marina considera necesaria—. ¿Que me habías dejado traumatizada y no habría vuelto a estar con un tío? ¿Que me habías quitado la capacidad para enamorarme?

—¡No! —Lucas la mira con los ojos como platos—. ¿De verdad doy esa sensación? Porque entonces lo estoy haciendo fatal.

—No preguntaste si estaba casada cuando nos encontramos. Ni te lo podías plantear, Lucas, para ti yo siempre fui tu chica y no veías opción de que fuera la de nadie más.

—Marina, cuando nos encontramos estaba demasiado concentrado en no cagarme encima. —Marina no puede evitarlo y se ríe; recuerda los nervios de aquella mañana que ahora le parece tan lejana.

—Entonces, ¿qué imaginabas que habría sido de mi vida? Si alguna vez has pensado en mí…, ¿cómo me visualizabas?

—Por supuesto que he pensado en ti en este tiempo; hasta me ofende que lo dudes. —Lucas se acaba su café con un sorbo largo—. No sé si te imaginaba soltera o casada, ni siquiera creo que eso tenga una gran importancia, Marina. Pero sí te imaginaba feliz. Después de un tiempo…, sinceramente, me sentía tan mierda por cómo me había comportado contigo que estaba seguro de que habrías salido ganando con el cambio de vida después de que yo me marchara.

—No me negarás que eso es muy oportuno para alejar culpabilidades.

—No, no te lo niego, quizá eso estaba de fondo. Pero lo pensaba en serio. Recordaba la cantidad de veces que tú me proponías cosas que a mí me parecían locuras, lo apasionada que eras en todo… No podía adivinar qué había sido de tu vida después de separarnos, pero habría apostado a que, si tenías pareja, sería porque habías encontrado a un buen tío, a uno capaz de seguirte el ritmo, de quedarse despierto toda una madrugada solo porque a ti te apetece ver el amanecer.

—Pues no pasó. Me he enamorado, no me malinterpretes. Pero

veo que aún te cuesta entender que yo siempre preferí aburrirme contigo que divertirme con otros.

—Esa frase me la dijiste hace muchos años. —Un recuerdo fugaz, de una de aquellas discusiones tontas que se zanjaban con poco más que una caricia, les atraviesa la mente—. Justo después de gritarme que no me quedaría despierto más allá de las dos de la mañana ni aunque me lo pidiera Mick Jagger.

Se les escapan dos carcajadas y Lucas aprovecha para recoger los restos de la cena. La hora de irse a dormir está próxima y Marina sabe que puede que sea la última vez, o una de las últimas. Ese limbo de suspensión de la realidad en el que llevan viviendo tres días no va a poder prolongarse mucho más; los dos tienen obligaciones en sus respectivas ciudades y algún día deberán decirse adiós de nuevo, de modo que es mejor que no quede nada en el tintero.

—Sí que hay algo que creo que no podré perdonarte nunca, Lucas. —Él parece sobresaltado por esas palabras; deja lo que tiene entre manos y vuelve a la mesa junto a ella—. No te guardo rencor por marcharte, ya no; ni siquiera por no dar explicaciones. Creo que lo hiciste fatal, pero ha pasado tanto tiempo que, aunque quisiera, no me sale odiarte por ello. Lo que no sé si algún día te perdonaré es que no me llamaras cuando murió mi padre.

—Felipe… —La palabra se le escapa a Lucas en un susurro.

—¿Sabes? Durante mucho tiempo albergué la esperanza de que no te hubieras enterado. De que no lo supieras aún hoy. En aquel momento estaba tan en *shock* que no supe interpretarlo, pero cuando hablamos el primer día y solo me preguntaste por mi madre… me di cuenta de que si no habías estado a mi lado en aquel momento no fue porque no lo supieras. Y yo creía conocerte muy bien, Lucas; incluso ahora, aunque solo hayamos pasado juntos tres días, estoy segura de que te conozco mejor que mucha gente que ha vivido a tu lado los últimos veinte años. Pero eso me hace dudar. El Lucas que yo conocí jamás me habría dejado pasar sola por aquello.

—¿Puedo explicártelo sin que suene a que me excuso? Porque te aseguro que, de todas las cosas que hice mal en aquel momento, esa es la que sé que nunca me perdonaré. Si te lo cuento es por si te alivia a ti…

—Dime.

—Me enteré tarde. Muy muy tarde. Quizá unos… cinco o seis

años después de que pasara. No sé si alguien avisó a mis padres, creo que no, pero ellos sí lo supieron y me lo ocultaron. Cuando empecé a trabajar en el despacho de mi padre… Él siempre ha sido muy puntilloso, muy organizado; lleva desde hace años una agenda en la que apunta cada cosa relacionada con su labor política y también con el día a día del despacho. Una de mis primeras tareas fue ayudarlo a digitalizarla; hasta entonces eran agendas en papel, casi como los cuadernos de bitácora del señor Martín. Cogí una al azar para ver qué solía apuntar, porque tenía que crear varias secciones en el Excel… Bueno, es igual. El caso es que cogí la agenda del año 98 y allí, unida con un clip a un día de enero, estaba la esquela de tu padre.

—22 de enero.

—Sí. No he olvidado la fecha. Me enfrenté a mi padre y él me dijo que mi madre y él no consideraron oportuno decírmelo, que las cosas en la isla habían acabado tan mal que ir al entierro no era una opción. Y que veían que yo empezaba a salir adelante después de unos meses pasándolo muy mal por nuestra separación y no querían reabrirme la herida. Es una de las muchas cosas por las que les guardo rencor.

—Pero aun así no llamaste…

—¿Seis años después? No, no llamé. Se me caía la cara de vergüenza, Marina. Te conocía bien e imaginaba cuánto habrías sufrido y cuánto habrías esperado que yo hubiera estado junto a ti, a pesar de todo lo que nos había pasado.

—¿Sabes, Lucas? —Marina llora; la herida es profunda y sangra, como lo hará siempre el recuerdo de su padre—. Me odié en el entierro de mi padre. Estaba aún en *shock*. Hacía dos días se había sentado en la cama a mi lado y me había dicho que salía de viaje de trabajo, pero que a su vuelta íbamos a tener una conversación muy seria sobre mi negativa a ir a terapia. Me despedí de él con un gruñido y, menos de cuarenta y ocho horas después, estaba en un cementerio viendo cómo lo enterraban. Y me odié, te lo juro, porque durante esos dos días horribles de tanatorio, entierro y demás… no dejaba de mirar hacia la puerta esperando que aparecieras. Estaba desolada, pero sabía, de alguna manera dentro de mí sabía…, que, si tú estuvieras allí, dolería menos.

—Lo siento. —Las lágrimas también han aparecido en los ojos de Lucas; sorbe con fuerza por la nariz y la mira, a pesar de que se le cae

la cara de vergüenza ante ella—. Siento no haber estado allí. Lo siento por ti, por supuesto, la primera; y por tu madre, que no me puedo ni imaginar lo mal que lo tuvo que pasar. Pero también lo siento por mí. Tú sabes cuánto quería a tu padre, cuánto lo admiraba… Creo que siempre vi en él las virtudes de las que carecía el mío, incluso cuando yo no tenía una imagen de mi padre tan negativa como la que tengo ahora. Hablábamos mucho, ¿te acuerdas? —Marina solo asiente porque las palabras no son capaces de sortear el nudo que tiene en la garganta—. Sentí muchísimo su muerte porque ya no volvería a hablar con él, porque sabía que Angie y tú estaríais destrozadas… No sé si te consolará que diga esto o si es meter el dedo en la llaga, pero también sentí su muerte porque estoy convencido de que un mundo sin Felipe es un lugar peor.

20

Felipe

El 22 de enero de 1998, un camión Pegaso 1436 Troner cargado de sacos de pienso chocó contra un Volkswagen Passat gris plata en una carretera nacional de la provincia de Pontevedra. El conductor del turismo se llamaba Felipe y, en los diecisiete segundos que transcurrieron entre el momento del impacto y su muerte, solo un pensamiento invadió su mente. No fue el dolor por los múltiples traumatismos sufridos ni el miedo ante la desoladora perspectiva de no salir vivo de allí. Ni siquiera fue la imagen de su mujer, el amor de su vida. Fue la pena de no volver a ver a su hija. A Marina. Si es verdad que la existencia entera pasa ante los ojos de una persona cuando es consciente de que va a morir, no hay prueba mayor de que Marina lo era todo para su padre.

Felipe Zárate Arruabarrena había nacido en Santiago de Chile a finales de los años cuarenta en una familia de la clase alta chilena. Descendientes de colonos vascos, tanto sus ancestros paternos como los maternos habían hecho fortuna en el sector inmobiliario y de las exportaciones. Era el mayor de cuatro hermanos, el único varón, y, después de cursar sus estudios secundarios en un colegio elitista de la capital, se matriculó en la Facultad de Medicina de la Universidad Católica. Y allí… todo cambió; sobre todo, cambiaron su pensamiento y su visión del mundo.

Eran aquellos tiempos convulsos en Chile. Felipe tenía veinticuatro años y estaba a punto de empezar a ejercer la medicina aquella tarde en la que Salvador Allende no salió con vida del bombardeo al Palacio de la Moneda. La dictadura de Pinochet acababa de comenzar. Al principio, y aunque aquel pensamiento contradijera en muchos sentidos su ideología, pensó que su simple apellido y las relaciones de su familia con la nueva élite gobernante de Chile serían un salvavidas. Y lo fueron durante un tiempo, pero nadie que hubiera

expuesto de manera tan pública como Felipe su ideología de izquierdas estaba a salvo en aquel Chile. Habían torturado a Víctor Jara y a muchos otros en el Estadio Chile e, incluso para los que odiaban a Pinochet y su dictadura militar, resultaba difícil creer que los rumores sobre algunas atrocidades pudieran ser ciertos.

A finales del 73, el padre de Felipe recibió el aviso de que su hijo tendría difícil sobrevivir si se quedaba en Santiago. Huyó a Valparaíso, donde la familia poseía una villa de veraneo, pero la sombra de la dictadura lo alcanzó. Lo detuvieron en su cama cuando dormía, lo arrancaron de las sábanas y, durante tres días, fue torturado en el infame buque escuela Esmeralda de la Armada chilena. De allí lo sacó su padre, maltrecho pero aún entero. Vivo, que era casi un milagro teniendo en cuenta lo que ocurría sobre aquel infierno flotante. No habría oportunidad de salvar una tercera bola de partido, así que Felipe solo tenía una opción: el exilio.

No le dolió demasiado marcharse de un Chile que ya no conocía, que lo había decepcionado tanto que ni siquiera lo consideraba su país. Sus padres apenas le dirigían la palabra —Felipe tenía pocas dudas de que solo le habían salvado la vida para proteger el honor del apellido—, la mayoría de sus camaradas habían caído y dos de sus hermanas estaban casadas con prebostes de la dictadura, así que en sus mesas tampoco era recibido de buen grado. De su huida del país solo le dolía despedirse de su hermana pequeña, Federica, a la que le llevaba diez años y con quien siempre había tenido una conexión especial.

Lloró el día que dejó Chile atrás, mientras el avión en el que le había conseguido plaza uno de sus cuñados sobrevolaba la cordillera andina. Lloró porque se le contagiaron en el aeropuerto las lágrimas de Fede, quizá porque ella intuía, como él, que cabía la posibilidad de que no volvieran a verse nunca. Y lloró porque le habían robado el sueño de vivir en libertad cuando aún era demasiado joven para haber podido disfrutarla.

Tampoco le hacía gracia su destino. Su idea original había sido volar a Londres e iniciar una vida allí. Pero la falta de libertad que había sufrido en los últimos meses se había extendido a lo doméstico y tuvo que adaptarse a lo que su familia pudo conseguir para él: aquel billete de avión a Madrid y un puesto de trabajo como visitador médico en una compañía con la que su otro cuñado tenía relaciones

comerciales. Era afortunado, lo sabía; pero no se podía creer que estuviera saliendo de una dictadura para meterse en otra, por más que la de su tierra natal se encontrara en plena efervescencia y la de la *madre patria* tuviera pinta de estar dando sus últimos coletazos.

El puesto de trabajo cubría la zona noroeste de España, así que decidió instalarse en La Coruña. Sabía poco de aquella ciudad costera, algo gris y lluviosa, aparte de que estaba a escasos kilómetros del lugar de nacimiento del dictador. Alquiló un piso modesto en el barrio de Los Castros, con la idea de ahorrar la mayor parte de su sueldo durante unos años y atreverse a dar el salto a aquella aventura londinense que se le había resistido a la primera oportunidad.

Llevaba casi dos años en la ciudad cuando se olvidó del sueño de marcharse a Londres. Se olvidó también de las añoranzas, de la melancolía y de ese sentimiento de traición que a veces lo acompañaba cuando pensaba en tantos compañeros detenidos, torturados y asesinados. Se olvidó hasta de su nombre una noche de final de verano en la que su camino se cruzó con el de una belleza de pelo castaño y piel llena de pecas que se hacía llamar Angie.

Quiso la casualidad que fuera un 11 de septiembre. Justo dos años después de que el sueño democrático saltara por los aires en Chile, él acudió a una cena con dos compañeros de trabajo. Uno de ellos llevó a su hermana, que a su vez trajo una amiga. Esa amiga era Angie.

Felipe no era un gran bebedor, pero toda la vida le daría las gracias al alcohol por soltar las lenguas aquella noche. En un bar de la zona de la Marina al que fueron a tomar un *gin-tonic* después de cenar, Angie acabó sentada a su lado en un sofá de terciopelo verde. Él le confesó que le había costado animarse a salir porque hacía dos años del golpe de Estado de Pinochet; le habló de sus convicciones, de cómo había tenido que huir, de cuánto echaba de menos a su hermana pequeña, a la que estaba seguro de que sus padres no hacían llegar sus cartas. Y con la segunda copa soltó la frase que podría haberla espantado para siempre:

—Eres la chica más bonita que he visto en mi vida, aunque también la que tiene los ojos más tristes.

Pero Angie se quedó. Se le escapó una lágrima al oír aquellas palabras, porque hacía días que sus ojos eran la pura imagen de la desolación. Felipe se ofreció a acompañarla fuera, les pusieron a los

demás la excusa de un calor que no era para tanto y ya nunca volvieron a entrar.

Angie se pasó la noche hablándole a Felipe de Damián y de Víctor; no parecía lo más adecuado para una primera cita que en realidad no era exactamente eso, pero necesitaba sacarse de dentro aquella historia que había convertido el verano de 1975 en el más intenso de su vida. Los sorprendió la madrugada paseando por el Parrote mientras las luces de las farolas titilaban reflejadas en las galerías de los edificios de la Marina. Angie llegó tan tarde a su casa aquel día que, en otros tiempos, se habría ido a dormir con cinco dedos marcados en la cara; pero sus padres estaban tan contentos por verla al fin salir de aquel túnel en que la había metido el final del verano que no protestaron demasiado.

Felipe consiguió el teléfono de Angie a través de los amigos comunes y la invitó a salir. Fueron a ver *El exorcista* al cine Goya, y Felipe quiso hacerse el valiente, pero acabó aterrorizado mientras Angie solo reía. Él no lo sabía, pero eran sus primeras carcajadas en semanas. Tampoco sabía que a ella cada vez le gustaba más aquel acento que hasta entonces solo había oído en los discos de Víctor Jara o Quilapayún. Ni que estaba segura de no haber visto nunca unos ojos tan transparentes que era imposible distinguir si tendían más al azul o al gris. Ni que se había pasado la sesión de cine deseando hundir los dedos en aquellos rizos negros que a él siempre se le alborotaban con la humedad.

Aquel día llegó el beso. Fue cálido, suave. Fue el comienzo de algo.

El tiempo se dilató aquel septiembre. Felipe nunca quiso saber si Angie se enamoró de él tan rápido porque aquella historia le traía ecos de otras personas a las que había querido. No se lo preguntó demasiado porque, cuando se quiso dar cuenta, él ya había caído rendido a sus pies.

Juntos y desnudos lloraron los fusilamientos del 27 de septiembre, vieron cómo los días iban perdiendo horas de sol y, cuando Angie empezó las clases en la universidad a principios de octubre, él ya había decidido pedirle matrimonio. Lo habían enamorado sus contradicciones, que más que afearle el carácter la hacían más atractiva: empatizaba con la clase obrera mientras se le iban los ojos a los bolsos de marca de los escaparates de San Andrés;

soñaba con ser una mujer trabajadora, pero su padre seguía dándole la paga y su madre le hacía la cama; se llenaba la boca hablando de amor libre, pero Felipe intuía que se había enamorado de él. Eran las mismas contradicciones de las que se contagiaría en breve una España que cambiaba, que se tambaleaba entre el ruido de sables, las soflamas de los púlpitos y las calles que bramaban por la libertad.

Hacía cuatro días que no se veían cuando Felipe consiguió que Angie aceptara quedar con él, aunque solo fuera un momento, para dar un paseo por la ciudad. Era un precioso día de otoño y él no quería pensar en lo ausente que la había notado por teléfono. Tenía un plan en la cabeza y no paró hasta lograr que ella aceptara acompañarlo a caminar por la Ciudad Vieja. Cuando llegaron a la plaza de las Bárbaras, que Felipe consideraba el rincón más hermoso de aquella ciudad que se le había ido metiendo dentro poco a poco, le pidió a Angie que se sentara. El suelo de piedra estaba alfombrado por las hojas amarillas y ocres de las acacias. Ella le hizo caso, pero se mostraba tan silenciosa y ausente que a Felipe le titubeó la voz al hablar y las piernas al hincar la rodilla en tierra. En su mano, el mejor anillo que había podido permitirse sin renunciar a los ahorros con los que esperaba empezar una nueva vida junto a ella.

La respuesta de Angie no fue la que él esperaba. Angie lloró. Solo lloró. Y no eran lágrimas de emoción, sino, como supo Felipe más tarde, de pena, vergüenza, dolor y miedo.

—Pero ¿qué es lo que pasa?

—Estoy embarazada, Felipe. Estoy… —el sollozo salió en un borbotón, entremezclado con las palabras— embarazada.

—Mi amor… —Aunque no había nadie cerca, él se sintió ridículo, allí arrodillado, mientras la mujer de la que estaba enamorado se deshacía en lágrimas—. Yo… No sé qué decir. No pasa nada. Tendremos que casarnos rápido, para no dar que hablar, pero yo ya quería pedírtelo antes de saberlo…

—No, Felipe… Es que no lo entiendes.

—Angie, escúchame. —Felipe posó sus manos en los hombros de ella y la obligó a mantenerle la mirada. Sabía que allí, en aquel momento y en aquella conversación, estaba en juego el resto de su vida—. Escúchame bien porque tienes que entender lo que estoy a punto de decirte.

—¿Qué…?

—¿Recuerdas que te hablé de los días en que estuve detenido en Valparaíso, justo antes de venirme a España?

—Sí, pero... —Angie frunció el ceño. Felipe pensó que incluso así, congestionada y con los ojos anegados de lágrimas, era lo más hermoso que jamás tendría delante.

—No te di detalles. No quiero ni recordarlo, pero... hay algo que tal vez debería haberte dicho antes de plantearme pedirte matrimonio.

—Felipe, no te estoy entendiendo. No sé qué tiene que ver...

—Me torturaron. —Felipe tuvo que cerrar los ojos ante el recuerdo fugaz de aquellos días oscuros—. Mucho y de una manera que alguien que no lo haya vivido no podría concebir. Tuve mucha suerte de salir con vida y sin lesiones críticas, pero... algunas fueron irreversibles.

Angie se había fijado en que él tenía dos dedos algo torcidos. No le había dado mayor importancia ni se había atrevido a preguntarle; no parecían afectar a su movilidad, pero cuando él mencionó las torturas volvió a reparar en ellos. No pudo evitar que sus ojos recayeran en la mano de él, que aún sostenía aquel anillo de oro dorado tan bonito, tan esperanzador. Lloró de nuevo.

—No fueron solo los dedos. Angie, lo que intento decirte es que yo... —Felipe resopló—. No puedo tener hijos. Nunca podré.

—No lo sabía. —Angie sollozaba y era difícil entender lo que decía—. Pero si he llorado cuando me has pedido que me casara contigo es porque sé que este hijo no es tuyo. Ya había tenido una falta el mes pasado, pero pensaba que era por los nervios... Lo siento. Lo siento mucho, Felipe, porque he llegado a quererte en tan poco tiempo de una forma que no creía posible. Me habría casado contigo sin dudarlo, pero ahora no puede ser.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —Angie lo miró como si le hubieran salido dos cabezas—. ¿Crees que voy a hacerte cargar con un hijo que no es tuyo?

—Y luego quieres ser tan moderna... —Felipe sonrió por primera vez en demasiado rato—. Un hijo es alguien a quien crías, educas y quieres. Concebirlo es una simple anécdota.

—Pero...

—Vamos a empezar esta tarde desde cero, ¿te parece? —Angie asintió, aunque no entendía muy bien a qué se refería—. Angie,

¿quieres casarte conmigo y que, juntos, criemos a nuestro hijo?

Angie volvió a llorar, pero en esa ocasión fue de gratitud porque la vida había puesto en su camino a un hombre bueno, al que llegaría a amar más de lo que podía imaginar cuando lo conoció con el corazón tan maltrecho.

Fijaron la boda para el sábado 21 de noviembre. Los padres de Angie sospecharon de un enlace tan precipitado y ella, incapaz de confesarles la verdad completa, acabó por decirles que se casaba «de penalti». Felipe les presentó sus respetos unos días después de la petición de matrimonio y ellos lo aceptaron con reservas; necesitaron unos cuantos años de adoración por su hija y la nieta que había de venir para fiarse por completo de aquel extranjero de pelo largo que les había arrebatado a Angie a los diecinueve años.

También decidió comunicarles a sus padres que se casaba y que iba a tener un hijo, a pesar de que hacía meses que no sabía nada de ellos. Localizó a su padre en el despacho —en casa jamás le respondían al teléfono— y no consiguió una felicitación, pero sí que le concediera a Federica, la pequeña de la familia, el permiso para asistir a la ceremonia.

Quiso la vida, el destino o la justicia poética que Franco muriera unas horas antes de la boda. El país estaba de luto y no parecía apropiada una gran celebración, que podía despertar ampollas entre muchos. El cura, amigo del padre de Angie, aceptó seguir adelante, siempre y cuando la ceremonia fuera discreta. Si se escandalizó al ver aparecer a Angie con un vestido de marcado estilo hippy, escote profundo, mangas murciélago y corona de flores incluida, calló; tal vez porque ni el voto de castidad podía impedir que, como todos los que la vieron aquel día, se enamorara un poco de ella. Felipe, al menos, estuvo a punto de desmayarse.

La comida fue discreta, sí, pero más porque las circunstancias en las que llegaba la novia a la boda pedían ese protocolo que por el luto. Cuando Angie, Felipe y algunos invitados cercanos hicieron chocar sus copas de champán después de cortar la tarta, celebraban el amor de la pareja, pero también hacían público aquel brindis que en muchas casas había sido privado.

Marina nació el 19 de junio de 1976, casi un mes después de que Angie saliera de cuentas, lo que facilitó que jamás hubiera sospecha alguna sobre cuándo se había quedado embarazada. Y allí mismo, en

la habitación de la Maternidad Belén en la que el bebé hacía sus primeros gorgoritos mientras buscaba el pecho de Angie, Felipe le hizo una petición que llevaba meses sin atreverse a pronunciar en voz alta.

—Prométeme que nunca se lo diremos. —Angie estaba agotada después de dar a luz aquellos cuatro kilos y medio de bebé rechoncho, y no entendió a la primera—. Me aterra que, si algún día sabe que no soy su papá biológico, me mire diferente.

—Pero...

—Te lo ruego. No te pediré nada más en la vida si me concedes eso.

Y Angie se lo concedió, cómo no iba a hacerlo, si él había aceptado aquel bebé como suyo incluso sabiendo que no lo era.

Siete meses antes de aquel momento, Felipe había sido incapaz de meter a su hermana en el avión de regreso a Chile. Literalmente. Debía viajar a Madrid en autobús para tomar en Barajas el avión de LAN que la devolvería a casa. Tres horas después de dejarla, de nuevo entre lágrimas, en la estación de autobuses, ella llamó a su puerta; se había bajado en la primera parada y había tomado un taxi de vuelta. Después de muchas horas de conferencias internacionales que se llevaron la mitad del sueldo de Felipe aquel mes, consiguieron convencer al padre para que le permitiera cursar un año de bachillerato en España; los hermanos se entendían desde niños con una mirada y sabían que apelar al prestigio de un año de estudios en Europa podría funcionar. La única condición era que, en cuanto naciera el bebé de Felipe y Angie, ella regresaría a Chile. Solo que... eso nunca ocurrió. Le quedaban aún más de tres años para cumplir la mayoría de edad, pero sus padres entendieron que solo tenían dos opciones: permitirle quedarse en España y conservar la relación con ella o ir a buscarla, hacerla volver a Chile obligada y, en cuanto fuera mayor de edad, perderla para siempre.

La tía Fede se convirtió en la persona favorita de Marina desde que tuvo uso de razón. Para Angie, sin la presencia de aquella cuñada adolescente en casa, habría sido imposible acabar la carrera y preparar las oposiciones para dar clase de Ciencias Naturales en un instituto. No tendría vida suficiente para agradecerle todo lo que los había ayudado y aquel amor inmenso que tenía por su sobrina.

Lo que llegó tras el nacimiento de Marina es una historia de vino y rosas. La de dos personas que nunca dejaron de hacerse reír el uno

al otro y que criaron a su hija con los dos ingredientes con los que ellos sabían que superarían cualquier obstáculo: amor y libertad. La de algunos tímidos ascensos laborales, la locura de comprarse un piso con las hipotecas al interés más alto de la historia de España y los veranos en una isla a la que Felipe sintió desde el primer día que lo unía algún tipo de hilo invisible; seguro que no tardó demasiado en darse cuenta de que esos hilos se llamaban Angie y Marina.

No todo fue perfecto aquellos años, porque lo auténtico no siempre lo es. Angie tuvo que tragarse muchas de sus convicciones sobre el papel de la mujer en la sociedad porque, con un marido que viajaba por trabajo muchas semanas al año, ella debía ejercer de mamá casi a jornada completa. Felipe tuvo que asumir que aquella chica alocada y llena de contradicciones cometería errores precisamente por ser así; no pensaba echarle en cara justo aquello que lo había enamorado de ella. Por eso le perdonó el error que provocó el desastre de una noche de agosto de 1997. Le perdonó la parte por la que él se había sentido ofendido en apenas horas, pero le costó meses hacerlo por el hecho de que aquella irresponsabilidad hubiera roto el corazón de Marina, aunque fuera de forma indirecta.

Y justo cuando lo hizo, cuando perdonó del todo aquello y se juró que obligaría a Marina a ir a terapia para superar un desamor cuyas consecuencias duraban demasiado, un camión Pegaso 1436 Troner cargado de sacos de pienso chocó contra un Volkswagen Passat gris plata en una carretera nacional de la provincia de Pontevedra. Y ya no hubo tiempo para nada más. Solo para pensar en Marina y cruzar los dedos mentalmente para que la vida le devolviera a su hija la felicidad que aquella noche de agosto le había robado. Y para irse de este mundo convencido de que, aunque su vida hubiera sido demasiado corta, para él era la inmensidad absoluta si había pasado la mitad de ella enamorado de Angie.

21

Agosto de 1975

Fue el verano más corto de sus vidas, pero, aunque hubiera sido el más largo, todos habrían tenido la sensación de que les faltaban días.

Damián, porque tenía que pellizcarse cada mañana para recordarse que no era un sueño que Angie se hubiera enamorado de él.

Víctor, porque quería arrancarle horas al tiempo, a la realidad que lo esperaba cuando volviera a Madrid.

Angie, porque los tenía a los dos allí, con ella, en su isla. Y nunca había necesitado nada más que eso para ser feliz.

—¿Me imagináis el año que viene paseando por aquí con un bebé? —Víctor lo dijo con un suspiro resignado, pero había aprendido en los últimos días que hablar de ello con sus amigos hacía que pesara menos.

—¡No! —Angie soltó una carcajada—. Te imagino dejándolo con su madre y viniéndote con nosotros de vinos.

—Me has quitado las palabras de la boca. —Damián se sacudió un poco el pelo tras el baño y se sentó detrás de Angie, que lo recibió con un beso que hizo a Víctor apartar la mirada—. No te veo cambiando pañales.

—Yo no sé por qué no os mando a la mierda. —A pesar de sus palabras, Víctor sonrió.

—¿Sabéis lo que sería increíble? —Angie se levantó y dio un par de palmadas de emoción—. Que, dentro de veinte o treinta años, yo qué sé cuándo, nuestros hijos acabaran siendo tan amigos como nosotros.

—O que acabaran liados. —Víctor soltó una carcajada—. Podríamos convertirnos en familia.

—Eso ya lo somos, imbécil —le recordó Damián.

—Enamorados. —Angie saboreó la palabra. En su cabeza, no

tardó en dibujarse la escena y, aunque ni pensaba aún en tener hijos con Damián, de repente le pareció verosímil. E ilusionante—. Lo realmente bonito sería que algún día nuestros hijos se enamoraran.

22

Marzo de 2015

Marina no puede dormir. Ha sido un día tan largo que le cuesta recordar cómo empezó y, desde que se ha metido en la cama, no ha dejado de repasar cada momento, cada mirada, cada línea de diálogo de esa conversación en la que al fin se ha desvelado el misterio de por qué Lucas no volvió. Conoce bien los mecanismos del insomnio, así que se niega a mantener una guerra perdida de antemano contra las sábanas y baja al jardín.

—¿Tú tampoco duermes?

La voz de Lucas en medio de la quietud debería sobresaltarla, teniendo en cuenta que estaba tan absorta en sus pensamientos que no lo ha oído bajar. Pero, de alguna manera irracional, lo esperaba. Han compartido todo el día, parece incongruente no hacer lo mismo con la noche.

—Debería ser pecado dormir si se puede disfrutar de esto.

Marina está sentada en el césped, que sigue tan cuidado como ha estado siempre; por un instante, se pregunta de cuántas tareas que no esperaba tendrá que encargarse a partir de ahora, pero no es el momento para eso, no quiere pensar en nada práctico esta noche. Lucas duda un segundo antes de acompañarla, Marina sonríe; lo conoce bien, o cree hacerlo aún, y sabe que sentarse en la hierba húmeda de rocío vestido solo con el pijama no es algo que él haría en circunstancias normales.

—En Madrid no se ven así las estrellas —le dice cuando ya está a su lado.

—En Coruña tampoco.

Marzo les ha regalado una noche despejada poco habitual. Durante un rato no hablan; solo dejan las miradas perdidas en el cielo, aunque a Marina la suya se le escapa de vez en cuando hacia él. Si todo el día ha sido como un *déjà vu* de otros tiempos, tenerlo ahora a

su lado, bajo las estrellas, en pijama y con gafas, la inunda con una sensación de familiaridad, de intimidad, que casi duele.

—¿Tú no ibas a dedicar tu primer sueldo a operarte la vista? —le pregunta con una broma que, como tantas, conecta con una conversación mantenida mucho tiempo atrás.

—Lo he ido dejando pasar —responde Lucas entre risas.

—¿Veinte años?

—Creía que ya había quedado claro que no soy un tío que tome decisiones fácilmente. O no *buenas* decisiones, al menos.

Siguen un rato en silencio, empapándose del olor a mar, del rugido de las olas al romper contra la arena.

—¿Sabes en qué estaba pensando cuando has bajado?

—Dime.

—En que aquí suelo dormir mucho mejor que en Coruña. Hoy no es un buen ejemplo —Marina se ríe—, aunque es por otros motivos. Pero en casa tengo tanto insomnio que cuando llego aquí siempre me sorprende dormir sin que me cueste tres horas conciliar el sueño y sin despertarme sobresaltada en mitad de la noche. Y es curioso que me pase eso justo en un lugar donde no existe el silencio.

—¿Aquí? Pero si aquí todo es silencio...

—¿Ves? Tú tampoco lo notas. —Marina sonríe con algo parecido al orgullo en su mirada—. Las olas hacen un ruido inmenso. Rompen con toda la fuerza a pocos metros de donde estamos durmiendo. Y, por si eso no fuera suficiente, las gaviotas se desgañitan llamándose unas a otras. Te aseguro que, medido en decibelios, esto es mucho más ruidoso que mi piso de Coruña, que es un octavo con ventanas modernas y en una calle bastante tranquila. Y, sin embargo, allí oigo cualquier ruido y aquí no.

—¿Y a qué conclusión has llegado?

—Supongo que pertenezco a este lugar. ¿Sabes lo que le pasaba al señor Martín cuando iba a tierra?

—Siempre me encantó que llamara «ir a tierra» a salir de la isla. Como si aquí fuéramos una parte más del mar... —recuerda Lucas, y una vez más lo atenaza la pena de no haber podido despedirse en condiciones.

—Decía que siempre le daba dolor de cabeza, que si se quedaba *en tierra* mucho tiempo enloquecería. Llegaba a la isla y ni le hacía falta una aspirina; solo con estar aquí se le pasaba.

—Pero para él era su único hogar; tú has nacido, crecido y hecho tu vida en la ciudad.

—Y, sin embargo, mi hogar es este. No te equivoques, Coruña me encanta. Es mi ciudad, guardo miles de recuerdos asociados a ella, tengo cerca a la mayoría de las personas a las que quiero y me gusta vivir allí. Pero no la llevo bajo la piel.

—Aún recuerdo cómo te cabreabas conmigo porque, según tú, no valoraba lo suficiente todo esto.

—Te daban asco las algas, Lucas.

—¡Tú te rebozabas en ellas! —Lucas ríe y es un alivio después de un día tan intenso.

—Y eso es sanísimo. Ahora hay balnearios en los que te cobran una pasta por hacerlo.

—Me parece genial. No me verás a mí en uno.

—Llamabas «tierra» a la arena. Y espantabas a las gaviotas.

—Ni siquiera tú puedes negar que las gaviotas son asquerosas.

—Pero ¡si son preciosas! Con esas patitas amarillas, tan blanquitas a pesar de estar todo el rato entre la mierda...

—Sigues estando muy loca. Siendo tan diferentes, no sé cómo pudimos querernos tanto.

Es evidente que a Lucas se le ha escapado el comentario; casi se arrepiente de haber dicho algo tan intenso, tan real también, en medio de la primera conversación relajada que han mantenido en horas. Marina lo mira seria, con una convicción en la mente, aunque la exprese como si fuera una duda.

—Pero lo hicimos, ¿verdad? ¿Nos quisimos tanto?

Están muy cerca. Marina no entiende qué les pasa a sus cuerpos; se imantan cuando hablan y siempre acaban haciéndolo a una distancia que no es la protocolaria entre dos personas que llevan casi veinte años sin verse, que tienen otros compromisos, otras vidas. Un mechón de pelo se ha escapado del moño improvisado de Marina y Lucas se lo coloca detrás de la oreja. Deja que la yema de su pulgar se distraiga un segundo sobre el lóbulo y ella se estremece.

—Claro que lo hicimos. Claro que nos quisimos.

Marina se asusta. Sabe que está cerca de complicarse muchísimo la vida. Y también sabe que lo desea, así que no encuentra otra opción que huir. Se levanta del suelo y se acerca al columpio que el señor Martín instaló junto al pozo cuando ellos eran niños. Aún le parece

sentir en la piel la ilusión que ellos tradujeron en gritos emocionados y peleas por los turnos cuando, a los seis o siete años, llegaron un mes de agosto y lo encontraron allí.

—¿Crees que aún podrá contigo? —Lucas también debe de haber percibido la tensión del momento anterior y contribuye a disolverla.

—Peso exactamente lo mismo desde los diecisiete años. Malo será...

—No lo decía por eso, idiota. —Lucas se levanta también y se sienta en un travesaño del soporte del columpio—. Pero las cadenas están tan oxidadas que, si te las clavas, morirás antes de llegar a tierra.

—Eres un dechado de optimismo, Lucas. —Marina se ríe y empieza a balancearse. Sin que se dé cuenta siquiera, se le dibuja una sonrisa casi infantil.

—Eres afortunada, Marina —dice Lucas de repente, y ella lo mira extrañada.

—¿Ah, sí?

—Sí. Todos buscamos la felicidad, creo que es algo inherente al ser humano. La buscamos en viajes, en objetos materiales, en la realización profesional, incluso en la familiar... Tú solo tienes que venir aquí para encontrarla.

Marina va a rebatirle ese argumento, a decirle que no siempre es feliz en la isla, que las preocupaciones la persiguen, que también ese lugar está asociado a recuerdos muy dolorosos. Pero calla porque sabe que él tiene razón. Incluso en los peores momentos de su vida, una especie de felicidad primaria, esa que se asocia a la calma y la paz de espíritu, la invadía cada vez que llegaba a la isla. Y sigue ocurriéndole. Quizá Angie le transmitió ese amor por la isla en el ADN. La misma Angie que le decía que «las banderas son trapos de colores, y los himnos, canciones tan inútiles que a nadie le apetece bailarlas»; la Angie que la hizo inmune al patriotismo, al chovinismo y a cualquier forma de amor por algo tan inanimado como una patria; la que, como ella, adora ese pedazo de tierra anclado en el Cantábrico más que a la mayoría de las personas que han pasado por su vida. A Marina siempre le ha encantado esa frase que se atribuye a Rilke: «Mi patria es mi infancia». Y su infancia, como la de su madre, se escribió con «i» de isla. Quizá esa es la explicación a todo lo que le ocurre allí.

Marina ha seguido meciéndose al son del columpio, perdida en

sus reflexiones, sin reparar en que Lucas está muy callado, quieto, mirándola con una profundidad que le da hasta miedo. Casi está a punto de pedirle que no hable.

—Me cuesta estar aquí y no recordar aquella noche. Y me muero de pena, Marina.

Ella cierra los ojos. Sigue doliendo. Siempre lo hará. Pocas personas pueden datar el día que marcó un antes y un después en la historia de sus vidas. Lucas y ella, en cambio, lo tienen muy claro. 26 de agosto de 1997.

23

La noche que lo rompió todo

Lucas y Marina empezaron el 25 de agosto de 1997 con una promesa que, recordada horas, días o años después, podría haber sonado cómica si no hubiera acabado en tragedia. «No dejemos que nada nos amargue lo que queda de verano». No les funcionó precisamente, no.

La razón de aquella promesa fue que el final del verano empezaba a pesarles. Las conversaciones se les escapaban en los últimos días hacia planes para verse en otoño, tal vez una escapada en septiembre, antes de empezar la facultad, quizá en el puente del Pilar...

Habían llegado a aquel verano del 97 ansiosos por crecer, por que el mundo les dejara hacerlo. Eran novios desde tiempos inmemoriales, desde que no tenían edad para que nadie más que ellos se tomara en serio ese calificativo. Habían atravesado los años dulces del colegio viéndose solo en el mes de agosto e intercambiando algunas cartas en los once meses restantes. Cuando pasaron al instituto, a los catorce, la frecuencia de las cartas se multiplicó y, según iban cumpliendo años, consiguieron nuevos hitos: añadir el mes de julio a los veranos eternos de la isla, alguna visita con sus padres a la ciudad del otro... Aún no habían cumplido la mayoría de edad cuando empezaron los viajes entre Madrid y Coruña. Y así habían llegado a los veintiuno, con esos desplazamientos para verse cada vez más frecuentes pero insuficientes para saciarse del otro.

Hacía ya tres años que habían hecho planes de futuro. Se aguantarían las ganas hasta acabar la carrera; dado que Lucas tenía trabajo asegurado en el despacho de su padre en cuanto se licenciara, sería Marina la que se trasladaría a Madrid; prepararía las oposiciones de secundaria, como había hecho su madre veinte años antes, y les tocaría vivir con un solo sueldo unos años, pero ella siempre había sido buena estudiante y esperaba conseguir su plaza en pocas

convocatorias. No habían hablado de matrimonio; para Marina no era importante, le parecía una cosa un poco anticuada. Pero conocía a Lucas y sí lo imaginaba poniéndole un anillo en el dedo y… no iba ella a negarle aquel capricho. ¿Niños? Quizá, unos años después. El futuro era un folio en blanco en el que todo tenía cabida; todo, menos que sus nombres no estuvieran escritos juntos en el membrete.

Aquel día de finales de agosto no se diferenció mucho de todos los demás. Les gustaban las rutinas de la isla, que no habían cambiado demasiado desde que eran niños, y pocas veces se salían de ellas: playa por la mañana, comida en familia, tarde en el mar, cenar fuera, quedarse despiertos hasta bien entrada la madrugada. Pudo ser un día como tantos otros, pero los acontecimientos posteriores grabaron a fuego cada pequeño detalle en la memoria de Lucas y Marina: que el sol brillaba con una fuerza inusitada aquella mañana; que comieron un arroz con calamares y mejillones que había preparado Angie; que salieron a navegar por la tarde en la vieja lancha del señor Martín, que desde hacía un par de veranos podía manejar ya Marina, lo cual les regalaba unas horas de intimidad que disfrutaban siempre; que al regresar llevaron a Borja a dar un paseo por el puerto, compraron unos churros, se tomaron unas cervezas mientras él jugaba en los columpios…

Aquella noche no tenían planes para cenar. Al mediodía siempre comían en familia, con el señor Martín, en la vieja cocina de la casa grande. Desde hacía muchos años, nunca faltaba nadie a aquellas comidas que a veces iban seguidas de una sobremesa eterna: Víctor y Elvira, Angie y Felipe, Marina, Lucas, Borja y el señor Martín. Pero para las cenas los planes variaban según el día. La familia de Lucas prefería en ocasiones cenar en la intimidad de la casa pequeña; otras veces salían los dos matrimonios a tomar unas raciones en los bares del puerto; y Lucas y Marina se unían a alguno de esos planes o buscaban la intimidad rascándose el bolsillo para ir a cenar a uno de los restaurantes de la zona turística o llevándose unos bocadillos para hacer un pícnic en los acantilados.

—¿Qué hacemos? —le preguntó Marina después de una ducha que se llevó salitre, algas y parte del cansancio del día—. ¿Nos quedamos aquí con Martín?

—¿Nuestros padres qué planes tienen?

—Cenan en la azotea de la casa pequeña. Noche de parejitas —se

burló Marina.

—Pues vámonos con los guiris. Le he cogido el gusto a la sidrería esa del otro día.

—¿Bici o andando?

—Vamos dando un paseo, ¿te parece?

Fue una conversación cotidiana, una de las mil que tenían cada verano. Ojalá alguien los hubiera avisado de que sería de las últimas.

Fueron andando por el paseo de madera que el ayuntamiento había arreglado un par de veranos antes. Un camino de listones de teca de algo más de cuatro kilómetros que era una de las principales atracciones turísticas de la isla; desde él se divisaba la costa, tan cercana y lejana a la vez. A Marina le gustaba salir a correr por allí los días en que el calor no apretaba, Lucas la seguía en bici por el camino paralelo de tierra y muchas veces acababan la tarde con un baño en el puerto deportivo que marcaba el límite entre la parte antigua y la más turística.

Llegar al este de la isla les daba siempre la impresión de entrar en otro mundo. El ambiente era diferente, se oían acentos de mil procedencias distintas, los bares y restaurantes estaban decorados de forma moderna y hasta se veían menús escritos en inglés en algún caballete. Ellos mismos se vestían de otra manera cuando se acercaban por allí; Marina incluso se había pintado los ojos aquella noche. Unas horas después se arrepentiría de ello.

Cenaron una ración de *raxo* y otra de pulpo, como casi siempre, porque Lucas decía que quería llevarse una buena reserva de comida gallega para superar el invierno en Madrid. Bebieron sidra y, como hacía una temperatura buenísima, se tomaron una copa en la terraza que tenía el local sobre el mar.

Volvieron paseando, un poco achispados por el alcohol y felices por haber sido capaces de cumplir esa promesa de que el miedo al final del verano no les robara la felicidad de los últimos días. Marina se empeñó en mojarse los pies en las escaleras del puerto deportivo, como hacían siempre a pesar de que estaba prohibido, y Lucas, aunque no veía la hora de llegar a casa y colarse en el dormitorio de Marina, aceptó porque la cara de felicidad que siempre se le dibujaba a ella cuando tenía los pies metidos en el agua era un espectáculo al que no pensaba renunciar. La marea estaba subiendo, así que se sentaron en el último escalón seco, se descalzaron y dejaron que el

agua fría les pusiera la piel de gallina.

—Me podría quedar aquí horas... Días, incluso —susurró Marina, porque el silencio de la noche en aquella parte de la isla era tan intenso que no quería romperlo más que con un siseo.

—Para que eso me parezca buena idea, tendrías que quitarte algo más que los zapatos.

Lucas la atrapó por la espalda. Se sentó con las piernas muy abiertas y dejó que ella se acomodara en medio. Cuando sus dientes se clavaron en un punto indeterminado entre el cuello y el hombro de Marina, ella también quiso teletransportarse con él a su habitación.

Tardaron mucho menos en volver de lo que les había llevado ir. Las ganas aceleraron los pasos y, cuando llegaron a su destino, apenas repararon en los sonidos que procedían de la azotea de la casa pequeña. Sonaba música, risas y voces que seguro que tenían que ver con algún debate sobre política que habrían repetido mil veces.

Todo el mundo allí sabía que Lucas pasaba más noches en la cama de Marina que en la suya propia, pero ellos seguían subiendo las escaleras con aire furtivo, en silencio y evitando los peldaños que crujían. Por suerte, el señor Martín no salió de su cuarto en ningún momento, porque el vestido de Marina había volado ya antes de que cerraran la puerta.

Hicieron el amor con el rugido de las olas como sonido de fondo, con el sabor a sal que ni mil duchas podía llevarse de sus pieles, con unas ganas irrefrenables al principio, después con la calma que da viajar a través de un cuerpo cuyo mapa conoces desde hace años. Se quedaron dormidos de puro agotamiento, tan juntos que no echaron en falta ni un centímetro más de los noventa que tenía de ancho la cama de Marina.

Tampoco entonces supieron que sería la última vez.

Podrían haber empezado a sospecharlo cuando unos gritos los despertaron poco antes de las dos de la madrugada. Imaginaron que sería alguien a quien se le había ido la mano con el vino y que había decidido celebrar su fiesta particular por aquella parte de la isla habitualmente tan silenciosa.

Pero no era eso. Reconocieron enseguida voces familiares. Eran sus padres, que hablaban a gritos, pero ya no porque se les hubiera ido de las manos una discusión sobre el Gobierno de Aznar, las políticas de Clinton o el terrorismo de ETA. Oyeron portazos, un chasquido de

cristales rotos y pasos apresurados por las escaleras.

—¿Qué coño está pasando? —preguntó Lucas, con la lengua aún algo pastosa, pero con la mente espabilada por el susto.

—¿Bajamos?

Mientras recuperaban su ropa del suelo, oyeron movimiento en las escaleras y una tos sorda que sabían que pertenecía al señor Martín.

Lucas mantuvo aferrada la mano de Marina durante muchas de las siguientes horas, mientras intentaban comprender de dónde había salido la primera ola de aquel tsunami que amenazaba con barrer la estabilidad de dos familias. Lo que se encontraron al llegar a la casa pequeña no los tranquilizó: Angie había huido del lugar de los hechos; Felipe la había seguido; Elvira y Víctor discutían a gritos mientras ella sacaba ropa de los armarios; Borja lloraba asustado, y solo su hermano y Marina parecían darse cuenta.

Fue una madrugada larga, pero Lucas y Marina pasarían años sintiendo que se les hizo demasiado corta. En algún momento, Borja se quedó dormido en el regazo de su hermano y Lucas soltó por primera vez en horas la mano de Marina para subir a acostarlo… y de paso para intentar entender qué era lo que había ocurrido. Ella esperó sentada en el banco de madera de la entrada, fumando un cigarrillo tras otro y aniquilando cualquier resto de sus uñas.

—Martín, ¿puede echarle un vistazo a Borja si mis padres…? —Lucas se sintió ridículo teniendo que pedirle a un hombre de aquella edad que hiciera de niñero, no de su hermano de tres años, sino de un matrimonio que ya hacía un tiempo que había cumplido los cuarenta.

—Claro. Vete con Marina, anda —lo animó el señor Martín, que se encontraba tan desconcertado como ellos; no deseaba entrometerse, pero se sentía responsable de cualquier cosa que les ocurriera en su casa a personas a las que quería desde hacía tantos años.

Lucas se llevó a Marina a la playa. Desde allí se atisbaban las luces encendidas de la casa pequeña y podrían ver si los padres de Marina regresaban, pero tenían la intimidad que sentían necesaria para aquella conversación. Lucas encendió un pitillo antes de atreverse a hablar.

—Me estoy asustando, Lucas…

—No sé ni cómo contártelo. —La mirada de él se perdía en las olas, que rompían suaves a pocos centímetros de sus pies—. Bueno, la

cosa es la siguiente… Nuestros padres han cenado juntos y supongo que han bebido un poco de más. En algún momento de la noche, tu padre se quedó dormido en una silla y mi madre entró a acostar a Borja. Tardó en salir y, cuando lo hizo, se encontró a tu madre y mi padre besándose.

—¿Angie y Víctor? —A Marina se le escapó una especie de carcajada; en aquel momento, su cerebro aún no podía asimilar lo que acababa de oír y le parecía una broma de mal gusto con demasiada parafernalia—. Pero ¿qué estás diciendo?

—Te juro que me encantaría estar inventándomelo. No creas que ha sido fácil deducirlo entre los gritos de mi madre y las excusas de mi padre. Pero eso es lo que hay. Tu madre ha salido corriendo en cuanto la mía ha visto todo el pastel y, cuando Felipe se ha espabilado, ha ido tras ella. No creo que tarden en volver…

—No estoy preocupada por eso. Angie es así. Conoce la isla como la palma de su mano, le apetecerá estar sola un rato. Ya volverán.

—¿Estás… bien?

—Estoy flipando, Lucas. —Marina se levantó y empezó a caminar por la orilla—. Pero ¿son gilipollas o qué les pasa? ¡Que tienen cuarenta tacos! ¿Tú ves normal que jueguen al amor libre o lo que coño sea que hacen?

—No veo yo a mi madre muy dispuesta a jugar al amor libre.

—Yo qué sé, me da igual. Son adultos, deberían probar a comportarse como tal.

—Vale, estás cabreada… Normal.

—¿Y tú no? ¿No te hierve la sangre con que hayan hecho semejante gilipollez?

—No. Bueno…, sí. —Lucas resopló, se acercó a ella y consiguió que se sentara junto a él—. Pero estoy más preocupado que enfadado.

—¿Por ellos?

—En parte. Por tu padre y mi madre, sobre todo, que son los que peor lo estarán pasando.

—Mi padre es un hippy, Lucas. A estas alturas, ya habrá perdonado a mi madre.

—Vale, pues mi madre no es una hippy. Pero no me refería a ellos con lo de estar preocupado. Llámame egoísta si quieres, pero me angustia cómo esta mierda pueda salpicarnos a nosotros.

—Ya…

Se quedaron en la playa algo más de una hora, cuerpo contra cuerpo, las manos enlazadas. Le dieron mil vueltas a lo sucedido; a ratos pensaban que era una chorrada, un beso de nada, un error que se olvidaría durante el invierno y el siguiente agosto la vida continuaría; en otros momentos se planteaban cómo serían sus vidas en el futuro si sus padres nunca volvían a hablarse.

Lo único que tenían claro era que, pasara lo que pasara, ellos juntos podrían vencer cualquier adversidad.

Se equivocaban.

El cielo empezaba a clarear cuando Felipe apareció por la casa. Marina y Lucas ya habían regresado por entonces y esperaban noticias sentados en el banco de madera, con sendos cafés entre sus manos. La noche había refrescado, pero ni se les había ocurrido echarse unas chaquetas sobre la ropa con la que habían salido a cenar en lo que parecía una vida anterior, así que con el café tendría que valer.

—¿Dónde está Angie? —Marina se levantó de un impulso cuando vio aparecer a su padre por el camino.

—Marina… —Felipe torció la mirada, avergonzado por el espectáculo, supuso ella, aunque su comportamiento hubiera sido intachable—. ¿Te has enterado…?

—Como para no hacerlo… —Marina resopló—. ¿No la has encontrado?

—No. —Felipe, ruborizado de nuevo, advirtió la presencia de Martín y lo saludó con la cabeza—. He mirado en los acantilados, en el faro, en la playa, la plaza, el puerto… Salvo que se haya ido a la zona nueva, creo que no me queda ni un metro de toda la isla por comprobar. Venía a coger una bicicleta para ir más rápido y acercarme también al otro lado.

—No. Yo iré. —El señor Martín habló y nadie se atrevió a contradecirlo—. Creo que tengo una idea de dónde puede estar. Me llevo la moto.

La moto era una Lambretta que tenía más años que Marina y Lucas —puede que tuviera más años que Marina y Lucas *juntos*—, pero que para el señor Martín era el único vehículo necesario para moverse por la isla.

—Nos vamos, Lucas. Recoge tus cosas.

No había tregua. Apenas se había aplacado un poco la preocupación por la ausencia de Angie cuando Elvira apareció con dos

maletas llenas hasta los topes y un marido de gesto impertérrito a una prudencial distancia.

—Mamá, ¿no crees que…?

—¡No creo que *nada*! Nos vamos de la isla en el primer barco disponible. Haz tu maleta.

Lucas no sabía cómo decirle a su madre que sentía mucho lo que le había pasado, pero que él tenía veintiún años, que el amor de su vida estaba allí con él y que no pensaba renunciar a los últimos días de verano junto a ella por mucho que el matrimonio de sus padres se estuviera resquebrajando. No tuvo tiempo porque lo desoló mucho más fijarse en la mirada de odio que su madre le dedicó al ver sus dedos entrelazados con los de Marina.

Lucas no obedeció, pero tampoco discutió. Quedaban unas horas para que el primer barco de línea regular saliera del moderno puerto deportivo y, además, no podían marcharse sin ver al señor Martín, al que tenían que pagarle el alquiler y —¡qué menos!— decirle adiós.

Pasaban unos minutos de las diez cuando el señor Martín regresó… y Angie lo hizo a su espalda. Pero casi nadie se fijó en ella, ni siquiera Marina, porque fue la aparición del señor Martín la que marcó el devenir de los acontecimientos. Si alguna vez la ira tomó forma humana, fue aquella noche de agosto en el cuerpo de un hombre de setenta y tres años a quien todos los presentes apreciaban como a un abuelo.

—¡¡Fuera!!

Su gritó atronó en las primeras horas de la mañana. Incluso dos gaviotas despistadas graznaron asustadas, como el día de la Virgen del Carmen cuando se lanzaban bombas de palenque desde los barcos.

Con una agilidad insólita en él, subió las escaleras que conducían a la casa con zancadas seguras, agarró el asa de las dos maletas de Víctor y Elvira y las lanzó a la calle desde aquella altura. Solo Felipe fue capaz de reaccionar y trató de ir tras él e intentar calmarlo, pero no llegó a tiempo.

—En el fondo, siempre supe que eras un hijo de puta. —El señor Martín acercó tanto su cara a la de Víctor que parecía un toro de lidia a punto de embestir. Víctor desvió la mirada cuando lo tuvo delante; primero, durante un segundo hacia Angie; a continuación, al suelo. Pero eso no impidió que el señor Martín tomara impulso y clavara su puño derecho en la cara de aquel hombre al que había visto crecer—.

¡Largo! No quiero volver a verte en esta isla jamás, ni a ti ni a nadie de tu familia. ¡Escoria!

Las últimas palabras resultaron difíciles de oír en medio del tumulto que había provocado el puñetazo, pero a Lucas se le clavaron en el alma. Tardó unos segundos en ser consciente de que su padre sangraba por la nariz, su madre gritaba, Angie se acurrucaba en una esquina del jardín, Felipe trataba de consolarla y el señor Martín no había dicho dónde había encontrado a Angie; no llegaría a contarlo nunca. Lucas no reaccionó hasta que Borja, probablemente alertado por el ruido, bajó las escaleras y empezó a llorar. Marina ni siquiera entonces consiguió recobrarse de la impresión.

No tuvieron apenas tiempo de despedirse y ese detalle fue algo que les pesó durante años. Lucas se hizo cargo de su hermano mientras Marina trataba de que Angie arrojara algo de luz sobre lo que estaba ocurriendo, porque no parecía que un solo beso etílico fuera razón suficiente para toda la guerra que había estallado. Cuando se quisieron dar cuenta, Víctor tenía dos algodones metidos en la nariz y Elvira las maletas a sus pies.

—Nos marchamos, hijo.

En esa ocasión, Lucas no pudo hacer otra cosa que asentir. Marina se levantó y se acercó a él. Los dos habían oído con claridad las palabras del señor Martín, de modo que poca solución tenía el asunto, al menos en caliente. En aquel momento, aún pensaban que todo quedaría en un malentendido que se había descontrolado; que el verano acabaría demasiado pronto, pero en septiembre se resarcirían con alguna escapada; que al señor Martín se le pasaría, pediría disculpas, tal vez también las recibiría, y que el siguiente verano sería como todos los anteriores.

También se equivocaban, claro.

—Me voy, Marina. No sé... —Lucas se pasaba la mano por la cara, agotado por la noche sin dormir, frustrado por que un día que había empezado tan bien acabara tan mal, desesperado porque no era capaz de calmar el berrinche de su hermano—. Te llamo en cuanto llegue a Madrid. O si paramos por el camino, busco una cabina y hablamos. Ahora mismo...

—Ya lo sé, Lucas. —Marina se echó a llorar; no había derramado ni una lágrima durante todo el caos anterior, pero la despedida de Lucas al final de agosto la había hecho llorar desde que tenía tres años

y aquella no iba a ser una excepción—. Encontraremos una solución para nosotros. Solo para nosotros…

—Te quiero. —Lucas la besó.

—Yo también te quiero —susurró Marina contra sus labios—. Hablamos pronto.

Aquella fue la despedida, la única que tuvieron. Mucho más escueta que la de cualquier otro verano, más abrupta. Nadie sabrá jamás cómo se habrían despedido si hubieran sabido en ese momento que tardarían dieciocho años en volver a verse, en volver a saber el uno del otro.

Marina lo vio alejarse y las lágrimas emborronaron aquella imagen. No dejaba de preguntarse cómo tantas cosas podían hacer ruido al romperse —la nariz de Víctor, la jarra de sangría que Elvira había tirado al suelo, las maletas rebotando contra el asfalto— y que, sin embargo, un corazón lo hiciera en silencio.

La brisa del Cantábrico guardó para siempre los besos que ya no se darían, las caricias que les hormiguearían en la piel como un miembro fantasma, las promesas que morirían en el limbo de los sueños incumplidos. Se los quedó aquella isla y Marina siguió encontrándolos todos los veranos que volvió mientras aprendía a asumir, cada agosto con un poco más de convicción, que otros regresos eran improbables.

24

Víctor

La primera vez que besé a Angie, yo tenía dieciséis años, y ella, catorce.

La última vez que besé a Angie, yo tenía cuarenta y tres; ella, cuarenta y uno.

La primera vez que besé a Angie, yo soñaba con que mi padre me regalara un carnet de socio del Real Madrid, que los Beatles se pensaran dos veces aquello de separarse y que el beso no acabara nunca.

La última vez que besé a Angie, me conformaba con ver crecer felices a mis hijos, con que mi carrera política siguiera su línea ascendente y con que el beso no acabara nunca.

La primera vez que besé a Angie, hacía un calor húmedo en la gruta entre los acantilados en la que nos habíamos refugiado de miradas indiscretas.

La última vez que besé a Angie, la brisa del Cantábrico enfriaba la madrugada, pero no mi piel. Ni mis ganas.

La primera vez que besé a Angie, llevaba tres semanas deseando que ocurriera, desde el primer minuto de aquel agosto en que la había visto por primera vez más como la mujer que sería que como la niña junto a la que había crecido de verano en verano.

La última vez que besé a Angie, llevaba veintisiete años anhelando repetir aquello que había ocurrido en nuestros acantilados, y no me importó que su marido estuviera a menos de dos metros ni

que mi mujer pudiera aparecer en cualquier momento.

La primera vez que besé a Angie, teníamos todo el futuro por delante. Podríamos haber sido otros o los que fuimos. Juntos o separados. La vida era un folio en blanco.

La última vez que besé a Angie, el pasado pesaba, por más que lleváramos veintidós años escondiéndolo bajo la alfombra. Solo supimos regresar a la isla después de aquel último verano de la dictadura convirtiéndonos en otras personas. En Víctor, el político con una carrera de éxito, un matrimonio de toda la vida y dos hijos maravillosos, que jamás se había enamorado de su mejor amiga. En Angie, la mujer de Felipe, la madre de Marina, la chica alocada que no se permitía casi nunca recordar que un día había estado enamorada de sus dos mejores amigos. El folio en blanco se nos había llenado de garabatos.

La primera vez que besé a Angie, ella estaba enamorada de mí y yo no tengo muy claro si lo estaba de ella; el deseo lo ocupaba todo, en mi caso, y no me permitía sentir nada más.

La última vez que besé a Angie, ella no estaba enamorada de mí, creo que tal vez ya ni siquiera me quería, más que como un bonito recuerdo que era tangible como podría haberlo sido una fotografía en blanco y negro. Y yo tenía que repetirme, cuando la veía bailar descalza bajo un chaparrón de verano, que no estaba enamorado de ella, que no podía estarlo, que no, que no…

La primera vez que besé a Angie, Damián se había quedado en casa por culpa de una amigdalitis. Y yo sentí que lo traicionaba porque, aunque jamás lo habíamos hablado, no aún, Angie era un poco nuestra, de los dos, y yo acababa de poner una pica en ese Flandes que él aún tardaría en conquistar.

La última vez que besé a Angie, Damián estaba olvidado, tenía que estarlo para que pudiéramos respirar, pero nos sobrevolaba de vez en cuando. A veces, algo nos recordaba a él y cruzábamos una mirada con la que Angie decía mucho y yo callaba demasiado. Aquella

madrugada, tras aquel beso clandestino que había llegado por culpa del alcohol y se había prolongado porque siempre nos tuvimos ganas, quise llamarlo, hablar con él, contárselo. Pero no podía, así que no encontré otra opción que susurrarle a ella al oído mientras mis brazos delimitaban un espacio que habíamos hecho nuestro.

Y ese susurro hizo estallar nuestro mundo.

25

Marzo de 2015

El cuarto día que Marina y Lucas pasan juntos amanece nublado. El clima de la isla es todo un desafío para los meteorólogos; Marina hace tiempo que dejó de consultar la *app* de su móvil, que nunca acierta. Baja a la cocina y le sorprende no encontrar a Lucas ya despierto; solo han compartido tres noches en la casa, pero esa parecía haberse convertido en parte de su rutina.

A Marina le ha dado tiempo a tomarse dos cafés, imprescindibles para sobrevivir después de una noche demasiado corta, cuando Lucas aparece en la planta baja.

—Se me han pegado las sábanas —la saluda con un bostezo—. Necesito café con urgencia.

—No son ni las nueve. Tampoco es que llegues tarde a trabajar ni nada —se burla ella.

—Hoy debería responder unos cuantos *mails* pendientes, hablando de eso. Pero... antes quiero echarles un último vistazo a los diarios.

—Vas a acabar enloqueciendo. —Marina se ríe—. Pero subo contigo. Ya he hablado con mi tía, mi madre sigue igual y estoy a la espera de que mi tutor de la tesis lea una cosa y me dé el OK para seguir, así que... yo sí que no tengo nada mejor que hacer.

Acaban de desayunar entre risas, sin querer recordar la cirugía a corazón abierto del día anterior, y suben al desván con otras dos tazas de café en las manos y sin sacarse siquiera el pijama.

—¿Por dónde quieres empezar? —Marina extiende los brazos para mostrarle a Lucas que la cantidad de información recogida en esas cajas es inabarcable—. Los primeros son... de los años cuarenta.

—«El pasado es un país extranjero. Hacen las cosas de diferente manera allí».

—Mierda. —Marina tarda un segundo en darse cuenta de que él

vuelve a estar jugando—. Me suena, pero no lo ubico.

—*El mensajero*, de L. P. Hartley. Novelón, deberías leerlo.

—Tomo nota.

—Y, como el pasado es un país extranjero…, vamos a empezar por aquí. —Lucas coge el diario que parece más nuevo; es una agenda negra, parecida a las demás, con el logo de un periódico en la esquina inferior derecha de la portada; un objeto práctico, probablemente un obsequio, una prueba más de que al señor Martín lo que de verdad le importaba de esos diarios era su contenido—. No entiendo por qué la agenda de este año está en el desván. Aún debía de estar utilizándola, ¿no?

—Supongo… —Marina suspira y el corazón le da un pinchazo de añoranza; se pregunta hasta cuándo la muerte de Martín la lacerará como lo hace—. O tal vez, al saber que le quedaba poco tiempo de vida, quiso dejar todo recogido. ¿De cuándo es la última anotación?

—Pocos días antes de morir. —Lucas ojea las notas por encima y se queda pensando unos instantes—. Creo que, si fue en esas semanas cuando decidió en cierto modo poner en orden su vida, es más probable que encontremos algo en ellas que en las de los años anteriores.

—¿Encontrar qué, Lucas? Sigo sin saber qué estás buscando. —Marina se sienta en el suelo y da un sorbo a su café.

—Pues yo cada vez estoy más seguro de que hay algo que se nos escapa. Y, Marina…, si hay algo que no sepamos que pueda explicar por qué tuvimos que irnos de la isla, quiero saberlo. Después de lo que hablamos ayer… No sé a ti, pero yo siento como si la herida volviera a supurar.

—Ya… —Marina nunca ha sido tímida, pero ante esas declaraciones de él tan rotundas siente un pudor que la obliga siempre a mirar al suelo, quizá porque sus ojos hablan demasiado claro—. Tienes razón.

—Mira. Aquí hay algo. —Lucas se recoloca las gafas, como si eso fuera a ayudarlo a leer mejor lo que acaba de encontrar—. Un par de días antes de redactar el testamento, hace justo un mes. Atenta. «¿Dejar casa pequeña a Lucas?», así, entre interrogantes. Y mira —Marina se acerca a él y el corazón le da un vuelco al ver la página, no sabe si por la impresión de ver la letra del señor Martín, por el mensaje o por la cercanía de Lucas—, una flecha hacia abajo y

«¿Reencuentro con Marina?».

—Joder… —Marina se pasa la mano por la cara, intentando comprender—. Pero ¿por qué no lo habló conmigo? ¿Me estás diciendo que él quería que nos reencontráramos?

—O quizá temía que lo hiciéramos. No lo sé, lo que ha escrito en los días anteriores y siguientes es puramente práctico: regalar algunas pertenencias, reunirse con el abogado, llamar al médico…

—Pues no sé… ¿Tú qué piensas?

—A mí me mosquea esto del *reencuentro*, unido a las palabras de la carta sobre compensar errores del pasado. ¿Tú…?

—¿Qué?

—¿Alguna vez hablaste con él de mí después de… aquello?

—Claro. —Marina esboza una sonrisa triste—. Poco, porque él decía que no me hacía ningún bien seguir recordando el pasado, pero de vez en cuando sí salías en la conversación.

—¿Te conoció algún otro novio? —Lucas se muerde la lengua al acabar de hacer la pregunta—. Perdona. No sé por qué me ha venido eso a la cabeza.

—No pasa nada. —Marina se carcajea, aunque la curiosidad de Lucas la ha puesto un poco nerviosa—. Nunca traje a ninguno a la isla.

—¿No? ¿Por qué?

—Me aterraba que no les gustara, para empezar. Lo cual no sería algo criticable, entiéndeme, no todo el mundo tiene por qué disfrutar de un veraneo tan diferente al que ofrecen otros lugares. Siempre que he estado en pareja, nos las arreglamos para pasar agosto por separado.

—¿Hubo alguien especial? —Los diarios quedan por un momento en segundo plano; ninguno de los dos tiene muy claro cómo ha llegado la conversación hasta ahí.

—Todos fueron especiales mientras duró, pero… duraron poco. Salí con un compañero de carrera los dos últimos años de Náutica. Muy buen tío, lo pasamos genial juntos. Pero los dos teníamos clarísimo que nuestra carrera estaba por encima de la relación y que acabaríamos cada uno en una punta del mundo. Nos hemos reencontrado alguna vez y nos tenemos mucho cariño.

—¿Y después?

—Después ha sido todo más difícil por el trabajo, pero… salí con Roberto, el hermano de una amiga, unos tres años, aunque nos

veíamos poco. Nos dimos cuenta casi al mismo tiempo de que no nos echábamos de menos lo suficiente como para justificar seguir juntos. Y cuando tuve que quedarme en tierra después del diagnóstico de Angie empecé a salir con Alberto, un compañero de trabajo de mi tía Fede, pero no tenía yo la cabeza en aquel momento para poner demasiado de mi parte y no duramos ni un año.

—Vaya…

—No, Lucas, no hagas eso. No lo veas como un fracaso. Para mí un fracaso es quedarse en una relación que no te llena, no romperla cuando te das cuenta de que es así. —Marina cierra los ojos y, cuando los abre, clava la mirada en él—. Perdona, joder. Te juro que no lo decía por…

—Ya, ya lo sé. Entonces…, ¿hablabais de mí?

—A veces, sí.

—¿Y él… me odiaba? —pregunta Lucas, con tanta prudencia en la voz que más bien habría que llamarla miedo.

—Para nada. Es algo en lo que no me había parado a pensar hasta ahora, pero… es curioso que, después de todo lo que ocurrió, él siempre hablara de ti con cariño. Siempre lo hizo, Lucas, te lo aseguro.

—A ver, lo mal que me porté después justificaría que me odiara, pero también es cierto que, cuando nos echó de aquí…, yo no había hecho nada.

—Supongo que a eso se refería en la carta con compensar sus errores del pasado. Entiendo que él no podía perdonarle a tu padre lo que hizo y, en el fragor del primer momento, os metió a tu madre, a tu hermano y a ti en el mismo saco. Y después… imagino que no se atrevió a volver a llamarte, también por lo que implicaría conmigo y demás.

—No seré yo quien juzgue a alguien por no atreverse a llamar… —Lucas esboza una sonrisa triste—. Pero hay algo que no había pensado nunca y que ahora no consigo que se me vaya de la cabeza.

—¿Qué?

—Si el señor Martín se puso como se puso aquella mañana… Si estuvo a punto de romperle la nariz a mi padre y nos desterró de la isla, ¿por qué no reaccionó igual con tu madre…?

—… si el beso se lo dieron los dos, ¿no?

—Entiéndeme, Marina… Aquello fue una locura y mi desaparición posterior tampoco ayudó a que mi familia estuviera

demasiado bien vista por aquí, todo eso lo asumo. Pero... ¿no te parece que el señor Martín sobreactuó un poco? ¿Partirle la cara a mi padre y echarnos de la isla solo porque tu madre y él se habían dado un morreo? Y, sobre todo, ¿por qué con ella no actuó igual?

—Pues me temo, Lucas..., que eso tendrás que preguntárselo a los protagonistas de la historia. Por desgracia, ninguno de los de mi lado puede ya contarme nada. —Marina tiene que espantar una lágrima furtiva; a veces se le olvida lo sola que está en el mundo y recordarlo siempre duele—. Tú aún puedes hablar con tus padres.

Lucas se queda un rato en silencio, da vueltas a las palabras de Marina y, a continuación, deja los diarios en su lugar y baja las escaleras sin previo aviso.

—¿Adónde vas? —le pregunta Marina, desconcertada.

—Tienes toda la razón. Me voy a dar una ducha y después llamo a mi padre.

Veinte minutos más tarde, se reencuentran en la cocina. Lucas se ha puesto unos vaqueros gastados y una sudadera gris; Marina, otro de esos vestidos flojos con los que siempre anda por casa y una chaqueta fina de lana. Lucas ha vuelto a poner la cafetera al fuego —si no les provocan un infarto las emociones, lo hará la cafeína— y mira fijamente su móvil, sin decidirse a hacer la llamada.

—¿Te importa que ponga el manos libres?

—Yo... No sé, Lucas.

—Si lo tuviera a mano, iría a hablar con él y querría que vinieras conmigo. Esto es lo mismo, pero por teléfono.

—Está bien.

Lucas asiente y elige un número de la marcación directa. En la cocina resuenan dos tonos de llamada fuertes y Marina oye a continuación la voz de Víctor. Después de aquella despedida horrible, no hubo tiempo para añorar a nadie más que a Lucas, pero Marina se da cuenta en ese momento de que, al mismo tiempo, perdió toda relación con aquel hombre que había sido siempre amable con ella, como un tío al que solo veía en verano; y con su mujer, y con Borja, que era poco más que un bebé... Daños colaterales eclipsados por la bomba atómica de la marcha de Lucas.

—¡Lucas, hijo! Me pillas entre dos reuniones. ¿Cómo va todo?

—Bien, papá. Quería hablar contigo un momento...

—Claro, dime. ¿Dónde andas? ¿Aún en Nueva York?

—No. Esto te va a sorprender... Estoy en la isla.

—¿En qué isla?

—En la isla, papá. —Lucas resopla—. El señor Martín ha muerto y he venido al entierro y a... a arreglar unos papeles.

—¿Papeles? —A Marina no le pasa desapercibido que Víctor no hace ninguna referencia a la muerte de Martín, y eso le duele—. ¿Qué ocurre?

—Resulta que me ha nombrado heredero de la casa pequeña. La casa donde veraneábamos, ¿sabes? Y estoy esperando aquí unos días para dejar todo firmado antes de volver a Madrid.

—Hijo, me dejas alucinado. De todos modos, la casa ahora mismo no vale nada por culpa de la ley esa que impide construir en la isla. Pero, bueno, el mantenimiento no te va a costar una mierda y quién sabe si algún día la cosa cambia. Voy a hacer un par de llamadas para ver si...

—Papá, papá, frena... Me importa una mierda eso. No vendería aunque pudiera, así que no vayas por ahí.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Me he encontrado aquí con Marina, ¿sabes? Y, bueno..., hemos estado pensando en lo que ocurrió aquel verano, cuando tuvimos que irnos de aquí. —Lucas y Marina oyen una especie de gruñido al otro lado de la línea, pero Víctor no dice nada—. Y hay algo que no entendemos. ¿Por qué el señor Martín reaccionó así contra ti y, en cambio, no rechazó a Angie?

—Mira, Lucas... —Víctor habla tras unos segundos eternos, y su voz está tan cubierta de hielo que a Marina hasta le da un escalofrío—. No sé qué coño te pasa últimamente, pero no te entiendo. El pasado está muy bien donde está. No remuevas cosas que ya no le interesan a nadie, por Dios, que tienes una mujer y dos hijas. Fóllate a Marina si te lo permite, vuelve a Madrid y deja de hacer el imbécil.

—Papá, voy a colgar. —Lucas mira a Marina, que está desencajada tras esa última *sugerencia* de Víctor—. Estoy flipando, de verdad.

—Espera un segundo. —Víctor carraspea—. ¿Sabes algo de tu hermano?

—Sí. Que tiene un teléfono, y tú, diez dedos para marcar. Hasta luego.

Lucas cuelga la llamada con tal ímpetu que a Marina le sorprende

que la pantalla táctil no se haya rajado.

—Vaya idea de mierda haber puesto el manos libres. —Lucas se levanta, casi tira la silla, se sirve una taza de café y la bebe apoyado en el fregadero—. Siento muchísimo lo que ha dicho mi padre. Esa es la persona en la que se ha convertido en los últimos años. O quizá siempre ha sido así y yo no me he enterado hasta ahora.

—No te disculpes por las faltas de otros. No es necesario.

—Toda nuestra vida es una condena por las faltas de otros. De ellos…

—Pues me temo que ahora solo te queda una opción…

—Olvidarme de todo, ¿no?

—Vale, tienes dos. —Marina sonríe—. Puedes olvidarte de todo, que probablemente sería lo más inteligente. O puedes… llamar a tu madre.

Lucas la mira durante unos segundos, coge el teléfono y sale fuera. No cometerá dos veces el error del manos libres.

26

Elvira

¿Que si recuerdo aquella noche? Pues claro que la recuerdo. No es fácil olvidar el momento en el que tu matrimonio se rompe, por mucho que después quieras aferrarte a lo que ya no existe y tardes más de diez años en firmar el divorcio.

Hacía fresco, de eso también me acuerdo. Siempre he sido friolera, como mi hijo Lucas, y pocas veces he soportado una noche de verano en el norte sin la ayuda de una rebeca. Agosto se estaba terminando y aprovechamos que el señor Martín nos había regalado una buena bandeja de calamares recién pescados para hacer una cena en la azotea de la casa pequeña. Lucas y Marina se marcharon temprano; dijeron que iban a cenar al otro lado de la isla, y todos sabíamos que acabarían por colarse en el dormitorio de ella para pasar la noche. Angie y Felipe eran muy tolerantes con eso; también Víctor, aunque dudo que hubiera tenido la misma actitud si hubiese sido el padre de la chica. A mí no me gustaba... No me educaron así, para tolerar que dos jóvenes duerman juntos bajo el mismo techo que sus padres sin que a nadie se le haga extraño. Bueno..., es igual.

Poco después de medianoche, Borja, que tendría tres o cuatro años en aquel momento, empezó a dar cabezadas en la silla. En verano éramos laxos con los horarios y el niño siempre quería quedarse con nosotros hasta tarde, pero cuando se durmió me lo llevé adentro para acostarlo. Como solía ocurrir, en el momento en que lo dejé sobre el colchón, abrió los ojos como platos y tuve que tumbarme un rato a su lado para que cogiera el sueño. Y yo también me quedé dormida.

Cuando regresé, habría pasado algo más de una hora. Me sorprendió no oír barullo en la terraza, porque siempre que cenábamos juntos los cuatro las voces se elevaban en discusiones sobre política que a mí no me interesaban nada. En aquel momento, a finales de los noventa, Víctor todavía defendía un socialismo

moderado, pero ni eso era suficiente para evitar que Felipe siempre le saltara con sus ideas trasnochadas sobre supuestos privilegios, estructuras de poder y otros conceptos que nunca he acabado de entender del todo. Ellos también vivían en un buen piso en La Coruña, ¿no? Nunca entendí por qué pretendía hacernos pasar a Víctor y a mí por empresarios explotadores mientras él disfrutaba de *privilegios* parecidos, aunque siguiera vistiendo chaquetas de pana, llevara el pelo algo largo y fumara cigarrillos de marihuana.

Pero aquella noche no discutían, y esa debería haber sido la primera señal de alarma. Me acerqué a la puerta de cristal y vi a Felipe dormido en su silla, con la cabeza apoyada contra la pared encalada que separaba las dos casas. Se me dibujó una sonrisa al comprobar que aún sostenía entre los dedos una colilla. Pero fue una sonrisa breve; se me borró de la cara casi al mismo tiempo en que giraba la cabeza buscando a mi marido. Y allí estaba. En una esquina de la terraza, con los brazos apoyados en la baranda de piedra que la circundaba... y Angie metida en el exiguo espacio que quedaba entre ellos.

Se besaban. Se besaban como solo pueden hacerlo dos personas que llevan demasiado tiempo guardando dentro ese beso. Se besaban con tal pasión que ni les importaba que el marido de ella estuviera más o menos presente en la escena ni que yo me hubiera ido dentro a acostar a nuestro hijo pequeño.

Yo sabía que había habido algo entre Víctor y Angie muchos años atrás, cuando eran aún más jóvenes de lo que en aquel momento lo eran nuestros hijos. Él no me lo había contado, porque siempre ha sido demasiado caballero para algunas cosas —y nada para otras, todo hay que decirlo—. Pero lo intuí y, durante una de esas cenas que acababan con demasiadas copas de más, se lo sonsaqué a Angie. Ella, con ese aire despreocupado que siempre la acompañaba, me confesó que Víctor había sido el primer hombre al que había besado. Si de mí hubiera dependido, también habría sido el último.

No sé cuánto tiempo me quedé observando aquella escena. Notaba un zumbido metálico en los oídos y durante unos segundos pensé que quizá era el radiocasete que había subido Felipe, que emitía alguna distorsión extraña, pero no... Aquel silencio ensordecedor estaba dentro de mi cabeza, atronaba con fuerza mientras observaba cómo mi marido me era infiel en mi maldita cara. Eso fue lo peor. Que

lo hicieran en mi cara. A las mujeres de mi generación se nos había educado para aguantar; al menos ese fue el sermón que me soltó mi madre la noche antes de mi boda. «Ya que has querido hacer las cosas con prisas, ahora al menos no des más escándalos». No sabía si Víctor habría echado alguna cana al aire, como se decía en esos tiempos. Nunca, hasta aquella madrugada de agosto de 1997, tuve el menor interés por saber qué hacía él en sus viajes de negocios ni en sus reuniones que acababan en cenas tardías. Pero una cosa era eso y otra muy diferente soportar que besara —y abrazara, y tocara, y acariciara — a escasos centímetros de mí a quien supuestamente había sido una buena amiga mía.

Lo que ocurrió a continuación es historia conocida. Yo perdí los papeles, lancé una jarra de sangría al suelo, Felipe se despertó y no necesitó más que un segundo para hacerse una composición de lugar de lo que había ocurrido, Víctor imploró el perdón, Angie salió corriendo y estuvo perdida hasta la mañana siguiente, Martín regresó con ella, le pegó un puñetazo a Víctor y nos echó de la casa —yo tampoco pensaba quedarme más que el tiempo necesario para hacer las maletas—, Borja no dejaba de llorar, Lucas y Marina no entendían nada.

Nos desterraron de la isla. A mí me importó poco; después de aquel verano, pasé todos los siguientes de mi vida en Marbella, donde no necesito una rebeca para salir a cenar al aire libre. Víctor y yo nos instalamos en dormitorios separados y me negué a concederle un divorcio tranquilo. Mantuvimos las apariencias hasta que falleció mi madre; Lucas ya era adulto y Borja lo suficientemente mayor como para entender que sus padres no querían seguir juntos. Nunca permití que volviera a tocarme. Nunca he vuelto a hablar con él desde el día que se marchó de casa.

Fue una noche horrible, sí. Una en la que no me permito pensar a menudo porque, si lo hiciera..., habría demasiadas incógnitas que no me apetece despejar. No entendí en su momento, y sigo sin entenderlo hoy, por qué Martín nos desterró si yo no había hecho nada y Víctor... había hecho lo mismo que Angie. Yo estaba allí, detrás de la puerta de cristal, y sé que los dos fueron culpables por igual de aquel beso y aquellas caricias. Sin embargo, Angie continuó siendo la protegida de Martín, su familia no tuvo que enfrentarse a la humillación de salir de la isla como delincuentes fugados y, por lo que tengo entendido,

siguió veraneando en aquella casa el resto de su vida. En una ocasión se lo pregunté a Víctor y no supo responderme. No... En realidad, no *quiso* responderme, porque en la forma en que esquivó el tema supe leer que él sí comprendía las causas.

No es eso lo único que me intriga de lo que ocurrió. La huida de Angie fue sonada; ella nunca tuvo el menor interés en pasar desapercibida y a la mañana siguiente estaba en boca de todos que había desaparecido. El relato oficial de los hechos es que, cuando yo irrumpí en la terraza y los pillé *in fraganti*, echó a correr escaleras abajo, ignorando a Víctor y a Felipe, que la llamaban a gritos. Puede que Felipe así lo creyera, aunque él ya no está aquí para confirmarlo. Pero yo sé lo que vi. El grito de Angie y su huida ocurrieron unos segundos antes de que yo entrara en la terraza. Fue todo muy rápido, pero aquella noche marcó tanto mi vida que no he conseguido olvidarlo. Víctor estaba abrazado a ella, le susurraba algo al oído y ella esbozó una mueca de espanto, gritó y salió corriendo; creo que ni siquiera se dio cuenta de que yo acababa de descubrirlos. Fue ese chillido de Angie y no la jarra que yo estrellé contra el suelo de terracota lo que despertó a Felipe. Fue lo que Víctor le dijo al oído lo que la trastornó tanto como para desaparecer durante unas ocho horas y que Martín tuviera que salir a buscarla.

¿Qué le dijo? Nunca lo he sabido. Solo hay una persona que pueda responder a esa pregunta. Se llama Víctor y es un mentiroso compulsivo, así que... le deseo buena suerte a quien tenga intención de averiguarlo.

27

Agosto de 1975

Faltaban cuatro días para que agosto terminara y Angie se sentía flotar sobre una nube. Si alguien le hubiera preguntado unas semanas antes qué podría pasar para que aquellos veranos en compañía de sus dos amigos fueran aún mejores, no habría sabido qué responder, porque para ella ya eran perfectos. Pero en aquellos últimos días se había dado cuenta de que estar enamorada de uno de ellos, que él la correspondiera y culminar las tardes de playa con besos con sabor a sal y las noches con escapadas para sentirse la piel... era incluso mejor.

Víctor parecía más animado, tal vez ya había asumido su futura boda o estaba en proceso de hacerlo. Habían compartido mañanas de playa, baños al atardecer y muchas conversaciones en las que volvían a ser ellos mismos. La música volvía a sonar, aquella tarde en concreto era el disco de Serrat en homenaje a Machado.

—¿Qué le pasa a Damián? —le preguntó Víctor a Angie. Damián se había querido quedar en el agua después de que ellos subieran de nuevo a la roca a secarse al sol y llevaba más de veinte minutos nadando sin parar.

—Nada, ¿no? ¿Por qué lo dices?

—Está nervioso. Se parece a mí hace unos días. —Víctor decidió burlarse un poco de su amiga—. ¿Es que estás tan enamorada que has perdido la intuición?

—¡Déjame! —Angie le dio un manotazo y él la inmovilizó con sus brazos fuertes. Cuando consiguió soltarse, se quedó un segundo pensando—. Puede que tengas razón, no sé. Luego le preguntaré.

—Será que no le apetece irse a Asturias a ver a su madre justo ahora que a ti te quedan pocos días aquí.

—Sí...

Angie hizo una mueca porque aquella noticia había sido una

sorpresa desagradable esa misma mañana. Damián había bajado a la cabina a llamar a su madre, como hacía cada pocos días, y había vuelto preocupado. La mujer se encontraba mal y no quería ir al médico, así que él había decidido hacerle una visita. Les había asegurado a Angie y a Víctor que estaría de regreso antes de que ellos tuvieran que marcharse a sus respectivas ciudades, apenas cuatro días después.

«Todo pasa y todo queda, pero lo nuestro es pasar», tarareaba Víctor cuando Damián salió al fin del agua. Le dio un beso salado a Angie y luego le robó un cigarrillo a su mejor amigo. Mientras fumaba con la mirada perdida, Angie se dio cuenta de que Víctor había dado en el clavo; parecía que los chicos hubieran intercambiado sus papeles. Damián estaba preocupado y ella se encargaría de saber por qué.

—Voy a ir subiendo hacia casa —les anunció Víctor, que había aprendido en un tiempo récord a dejarles momentos de intimidad sin que resultara incómodo para ninguno de los tres—. Ya sabemos lo que ocurre cuando me quedo demasiado rato con el bañador mojado.

Angie y Damián se rieron y, en cuanto se vieron solos, se perdieron en una sesión de besos y caricias que solo pudo interrumpir la prudencia de él, el miedo a que alguien los descubriera. No habían querido contarle a nadie más que a Víctor que estaban juntos, porque eso implicaría nuevas normas sobre quedarse a solas con los chicos que Angie no estaba dispuesta a aceptar.

—A ti te pasa algo —le dijo Angie; la sospecha de Víctor había sido el detonante para que ella se fijara en cada gesto, en cada palabra de Damián, y ahora ya nadie podía sacarle de la cabeza que algo se le escapaba.

—No, Angie, no es nada. Solo que no me apetece tener que marcharme a Asturias y perderme estos días contigo.

Sonaba convincente, pero Angie no se lo creyó. Se quedaron en aquella roca plana un buen rato más, hasta que se les secaron los bañadores, y entonces decidieron dar un paseo. Damián no era el hombre más locuaz del mundo, pero Angie nunca se había sentido inmersa con él en un silencio tan cargado de cosas por decir. Cuando llegaron a las inmediaciones del faro, no pudo resistirlo más.

—Cuéntamelo, por favor —le suplicó.

—No puedo, Angie… —La voz de él fue un susurro que a ella la

estremeció—. Tengo que coger la última lancha de esta noche, solo quiero pasar lo que queda del día contigo.

Se besaron con ansia, con ganas. También con una languidez que pareció confirmar que aquello era más que un beso. Damián notó el sabor salado de las lágrimas de Angie mezcladas con su saliva y tuvo que cerrar los ojos para que no se le escaparan a él también.

—Dime lo que pasa, Damián. Me estoy asustando.

—Escúchame. —Con los pulgares, limpió las lágrimas que aún mojaban el rostro de Angie—. Hay algo que necesito que sepas. Y es que... Te quiero, Angie. No quería marcharme sin decírtelo.

—Yo también te quiero. —Angie se abrazó a él, apoyó la cabeza en su pecho y no supo si los latidos que retumbaban en sus oídos eran del corazón de Damián o del suyo propio—. Pero ¿por qué esta despedida suena demasiado seria para un viaje de dos o tres días?

—No pienses en ello. Solo... no olvides que te quiero. No lo olvides nunca, por favor.

Angie no permitió que Damián siguiera acariciándole la melena. No soportaba que la trataran como a una niña, que la protegieran; no había nada peor que pedirle que no pensara. Se separó de él y lo miró a los ojos con una furia que los hacía brillar más que las lágrimas.

—Claro que no voy a olvidar que me quieres, pero sí que voy a pensar en ello. Y me voy a imaginar opciones horribles, porque ya lo estoy haciendo. ¿Qué le pasa a tu madre, Damián?

—Nada.

—¡Deja de mentirme! Dime qué es lo que ocurre.

—No te estoy mintiendo. A mi madre... no le pasa nada.

La mirada de Damián, siempre oscura, era en aquel momento transparente como el mar que los rodeaba. No mentía. Era algo mucho peor que una enfermedad repentina de su madre.

—Entonces, ¿a qué vas a Asturias?

—No voy a Asturias —susurró Damián.

Hasta allí había llegado su fortaleza. Había sido capaz de callar delante de Víctor, podría haber seguido haciéndolo si Angie no hubiera sido tan insistente, pero él también necesitaba desahogarse, y nadar hasta quedarse sin aliento no había sido suficiente.

—Entonces, ¿adónde?

—Angie, te lo voy a contar. —Ella sonrió, feliz durante un momento por haber logrado su objetivo, pero la cara de él hizo que

esa sonrisa durase poco más de un segundo—. Pero me tienes que jurar que no se lo dirás a nadie. Ni a tus padres, ni al señor Martín… Ni siquiera a Víctor.

—Prometido.

—Es serio, Angie. Es algo que no puedo contar, pero… supongo que en el fondo yo también necesito que lo sepas.

—Damián, habla ya, por favor.

—Ven. —La condujo de la mano hasta el escalón de hormigón sobre el que se elevaba el faro—. Necesito sentarme, estoy muy nervioso.

—¿Adónde te vas esta noche?

—A Coruña. —Angie frunció el ceño; durante un instante, uno muy breve, llegó a pensar que aquella visita a su ciudad natal tenía algo que ver con ella, pero se equivocaba—. Nunca he querido involucrar a nadie de mi entorno en mis luchas porque puede ser peligroso saber demasiado. Por eso te ruego que, si algo sale mal, olvides lo que te estoy contando.

—¿En qué estás metido?

—No voy a decirte siglas ni contactos ni nada. Puedo traicionarme a mí mismo, pero no me pidas que hable de otros… La gente con la que me relaciono se ha puesto en contacto conmigo esta mañana. Han llamado al bar de Luis preguntando por mí, fingiendo ser unos vecinos de mi madre, y les he devuelto la llamada. Las últimas veces que nos habíamos reunido se habló de ciertos planes… Pensaba que tardarían en llegar, quizá hasta el otoño, pero ha surgido una oportunidad que no quieren… que no *queremos* desaprovechar.

—Lo siento, pero me temo que no estoy entendiendo nada.

—Vamos a atentar contra Franco.

A Angie se le escapó una carcajada breve. Creyó que era broma, que Damián estaba tomándole el pelo, quizá con la complicidad de Víctor. Ella había nacido en plena dictadura, no había conocido otra cosa que a Franco como Generalísimo y, por muy claras que tuviera sus ideas políticas, era inevitable que lo viera, en cierto modo, como a un ser intocable, una especie de semidiós. La idea de que alguien pudiera atentar contra él le parecía tan surrealista que le provocó aquella carcajada; pero el terror la invadió cuando entendió que iba en serio, y que la persona elegida para esa misión suicida era su mejor amigo, el hombre del que estaba enamorada. No hubo más risas.

—Pero ¡¿es que te has vuelto loco?! —Angie le gritó, lo empujó, lo golpeó en el pecho con sus puños, que ya ni tenían fuerza—. Dime que no es verdad; dime, por favor, que estás mintiendo.

—Angie, no me lo pongas más difícil... Está todo muy bien planeado y pasaremos dos días estudiando el lugar y diseñando la estrategia *in situ*. No voy a decirte que no será peligroso, pero si alguna vez tenemos posibilidades de éxito es ahora.

—Pues cuéntamelo... —La furia de Angie se había convertido en lágrimas y Damián consiguió de milagro entender su petición entre los sollozos—. Cuéntame ese plan tan bien elaborado para que me quede tranquila.

—No debería... —Damián sacudió la cabeza; una parte de él se arrepentía de haberle desvelado sus planes, pero también pensaba que nadie podía pretender que un hombre se jugara la vida sin tener al menos un desahogo previo. Decidió contarle una versión resumida de lo que sabía—. El sábado por la mañana Franco acompañará a la Collares a rapiñar lo que puedan en las joyerías de la calle Real.

—¿Cómo sabéis eso?

—Sabemos muchas cosas. No todo el mundo es tan leal como el régimen pretende demostrar.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Pegarle un tiro allí mismo?

—Pues... más o menos. —A Damián se le escapó una risa nerviosa —. Habrá una maniobra para distraer a la escolta y esperamos tener la oportunidad. En caso de que no la haya, no lo intentaremos. No somos unos suicidas.

—No sé si te has dado cuenta al contarlo en voz alta, pero... eso es justo lo que parecéis. —Angie se percató de que estaba cerrando los puños con tal fuerza que las uñas le iban a dejar marca en las palmas —. ¡Estás loco! Te van a matar o a meter en la cárcel, ¡¿es que no lo sabes?!

—Cuando no tienes nada, tampoco tienes miedo.

—¿Cómo puedes decir eso? —Angie se levantó y se puso delante de Damián; él miraba al suelo, con los codos en las rodillas y la cabeza baja—. ¿Yo no soy nada? No hace ni una semana que somos novios y ahora...

Angie no pudo seguir hablando. Estaba enfadada con él, sí, pero, por encima de todo, se la comía la pena. Y el miedo. Y el dolor. Odiaba no ser capaz de reaccionar de otra manera que llorando, pero

conocía a Damián, sabía que no podría convencerlo de que renunciara a aquella misión, y no encontraba otra salida que deshacerse en lágrimas.

—No tendría que habértelo contado —se lamentó Damián.

—¿Y por qué lo has hecho?

—Porque me aterra que me pase algo y no haberme despedido de ti.

—Pues hazlo. Pero no con una conversación que me haga llorar más. Si quieres despedirte, hazlo bien, Damián.

—¿Aquí? —Damián la había entendido sin necesidad de que ella fuera más específica.

—Aquí.

No hicieron falta más palabras. El faro de la isla fue el único testigo de su despedida. Hicieron el amor sin que les importara nada más que ellos mismos; no tuvieron miedo de que alguien los descubriera porque un terror mucho mayor los sobrevolaba. Se convirtieron en un solo cuerpo, en una estatua de sal formada por las lágrimas que no lograron reprimir, el sudor en el que se fundieron y las olas del mar que los salpicaban mientras les pedían a los dioses de la isla que aquello no fuera en realidad una despedida.

28

Damián

Damián no olvidaría nunca el día en que llegó a la isla con sus escasas pertenencias metidas en una bolsa de lona que no sabía de dónde había sacado su madre. Tenía quince años y, hasta entonces, aquel lugar solo había significado para él mañanas de playa compartidas con Víctor y Geles, tardes de pesca con su tío Martín, comidas caseras de Dora y el agradecimiento eterno a su madre por enviarlo allí cada verano, lejos del frío de la mina, de la oscuridad de una casa en la que las paredes estaban pintadas de color luto.

Cuando su madre le había propuesto que se fuera a vivir con sus tíos, había sentido una mezcla de ira y alivio. No era un niño ya, o no se sentía así, al menos, y no le gustaba que su madre hubiera estado conspirando con el tío Martín para alejarlo de lo que ellos consideraban «problemas». Pero no podía negar que dentro de él había también un cierto alivio; solo tenía quince años y, por momentos, sentía que se estaba metiendo en un mundo que le venía grande.

Bajo la cremallera de su bolsa de viaje latía la única foto de su padre que se había atrevido a sacar del escaso álbum familiar, con el uniforme de la mina y el gesto enjuto. Por él era todo. Por él, el compromiso. Por él, el alivio. Solo tenía nueve años cuando lo vio encabezar la *huelgona* pancarta en mano y, aunque no entendía muy bien qué era aquello, sí supo que el corazón estaba a punto de reventarle de orgullo. Y cuando murió, sin que Damián hubiera cumplido aún los once, ese corazón se apagó un poco; se cubrió de dolor y miedo.

Se equivocaban su madre y su tío al pensar que llevarlo a la isla lo alejaría de unos problemas que no tardaron en encontrarlo. Seguía en contacto con amigos asturianos implicados en la oposición al régimen y, aunque a distancia, él también fue metiéndose más en ese ambiente según cumplía años. Lo hizo con el alma dividida entre el

compromiso y el miedo. Unos días se levantaba convencido de que no titubearía a la hora de jugarse la vida, como tantos opositores, por el sueño de conseguir un mundo mejor, más justo. Otros, pensaba que quizá lo más inteligente sería esperar a que la naturaleza hiciera su trabajo con Franco y guardar las fuerzas para que lo que viniera a continuación fuera una democracia.

La mañana de diciembre en que Carrero Blanco voló sobre la calle Claudio Coello de Madrid, quiso ser el etarra que había activado la carga explosiva. La tarde de marzo en que se supo que Salvador Puig Antich había sido ejecutado, celebró no haberse implicado más de lo que ya estaba.

Compromiso y miedo. Esa era su eterna dicotomía.

Quién les iba a decir a su madre o al tío Martín que llevarse a Damián a la isla acabaría por convertirse, de forma indirecta, en la causa de que fuera «el elegido». Allí no había cuartel de la Guardia Civil, Martín lo sabía bien cuando le propuso a su hermana acogerlo, así que no despertaba sospechas. Cuando viajaba a Asturias a visitar a su madre, le encomendaban misiones que podía llevar a cabo en solitario, desde la isla o en alguno de los pueblos cercanos de la costa. Pero las fuerzas del orden nunca le habían echado el guante. No estaba fichado ni conocía la espantosa experiencia de que lo encerrasen en calabozos por cuyos muros se filtraban gritos de tortura. Ese era uno de los requisitos que pedían en su organización para elegir quién sería el encargado de ejecutar el operativo. El otro era saber manejar tanto armas como explosivos; habiéndose criado en la mina, lo segundo era pan comido para Damián. En cuanto a las pistolas, un par de escapadas al País Vasco con su grupo habitual de compañeros asturianos le había dado algo de entrenamiento. Con eso tendría que valer.

Para Damián estaba claro que toda su vida había tenido un pie en el compromiso y otro en el miedo, pero nunca lo notó tan dentro como cuando recibió aquella llamada en el bar de Luis que convertía los planes en realidad. Su relación con Angie había hecho que sintiera todo con mayor intensidad. El miedo, porque la idea de no volver a verla hacía que un estremecimiento le recorriera todo el cuerpo. Pero también el compromiso, porque quería ser el mejor hombre posible para ella y, en opinión de Damián, en 1975 nadie podría siquiera considerarse tal cosa sin luchar contra aquella opresión que iba

camino de durar cuatro décadas.

Dijo que sí. No habría podido volver a mirarse al espejo si se hubiera negado a dar un paso adelante. Solo traicionó sus ideales contándole todo a Angie, a pesar de que eso supondría que quizá la organización lo pusiera en el punto de mira. Pero no eran ellos los que estaban aterrorizados ni tampoco sabían de la capacidad que tenía ella, con solo una mirada, con solo un beso, para hacer que Damián recuperara la fe en que todo iría bien.

Antes de marcharse de la isla, echó un último vistazo a su cuarto. Fijó la mirada en las dos fotos que había sobre su mesilla. La de su padre, en un marco plateado; la otra, de Víctor, Angie y él mismo, el verano anterior en la playa, apoyada en precario equilibrio en la base de la lamparita de lectura. Asintió en su dirección, como si aquellas imágenes estáticas pudieran verlo. Cuando se subió a la lancha que lo llevaría a tierra, aún no sabía si estaba diciéndoles que dispararía por ellos o despidiéndose. Aún no sabía si era más fuerte el compromiso o el miedo.

29

Marzo de 2015

Cuando Lucas regresa de hablar con su madre, encuentra a Marina tras los fogones, con una sartén al fuego y las manos embadurnadas en harina. Tararea una canción irreconocible mientras cocina y Lucas se la queda mirando antes de que ella advierta su presencia. Quiere pensar que lo que siente es alivio por que a ella no le haya afectado demasiado la insolencia anterior de Víctor, pero sabe que esa presión en el pecho no es precisamente un síntoma de alivio.

—¿Qué haces? —la asusta al preguntar, y a punto está la sartén de caer al suelo y provocar una catástrofe.

—¡Mierda! Qué susto. —Marina le sonríe, con ese gesto burlón que les dedica a las investigaciones que Lucas se toma tan en serio—. ¿Has conseguido hablar con tu madre?

—¿Estás... friendo filetes? —Lucas se acerca y señala un pedazo de carne enharinado y sumergido en huevo batido—. ¿Tú no eras la que no comía carne?

—Salvo en contadas excepciones.

—¿Y hoy es una excepción porque...?

—Porque nos vamos a navegar. Llevo cinco días en la isla y ni he arrancado la lancha. Y, salvo que tu madre te haya desvelado la fórmula secreta de la Coca-Cola, no vas a ir a ninguna parte releyendo diarios viejos. ¿Hay trato?

—Hay trato. —Lucas esboza una sonrisa radiante, la misma que se le pinta en la cara cuando los temas escabrosos quedan apartados y Marina vuelve a ser la chica que él recuerda—. ¿Puedo ayudar en algo?

—Vigila que las patatas no se pasen. Y vete cortando un par de pimientos en tiras, por favor.

—Veo que tenemos todo un despliegue.

—La infancia me sabe a filete empanado con patatas y pimientos.

—Marina suspira, como siempre que suelta una de esas frases suyas que significan algo más profundo que las palabras que las componen—. Cuéntame lo que has hablado con tu madre mientras acabamos.

—Pues… además de hablar con un enorme cariño de mi padre, estoy siendo irónico, por si no te habías dado cuenta… —Lucas resopla—, ha introducido un nuevo misterio en el asunto de aquella noche.

—¿Ah, sí? Cuenta, cuenta.

—Mi madre está segura de que la tuya no se escapó después de que ella los pillara besándose. Que ya había chillado y echado a correr justo un momento antes…

—Pero eso no tiene mucho sentido, ¿no? —Marina decide tomárselo con humor—. Salvo que tu padre bese terriblemente mal.

—Le dijo algo al oído.

—¿Qué?

—Mi padre, según recuerda mi madre, le estaba diciendo algo al oído a Angie justo en el momento en el que ella apareció. Tu madre puso cara de horror, gritó y salió corriendo. Parece que fue eso que mi padre le dijo lo que la trastornó tanto como para desaparecer toda la noche.

—Mi madre nunca me ha hablado de eso. Siempre se aferró a la versión de que aquella noche habían bebido mucho, Víctor se acercó, ella se dejó llevar y acabaron besándose.

—¿Nunca te contó dónde estuvo todas aquellas horas en que tu padre no fue capaz de encontrarla?

—No. Ni tampoco de qué habló con el señor Martín después de que él sí lo hiciera, lo que, entiendo, provocó la reacción tan agresiva de él contra tu padre.

—Ya… Pues me temo que ahí está la solución al misterio.

—Sí, salvo que… no hay solución. Tu madre no lo sabe, la mía no recuerda, mi padre y el señor Martín ya no están, y tu padre no parece muy dispuesto a remover el pasado. Así que lo mejor que podemos hacer es…

—… irnos a navegar.

—Esto ya está. —Marina apaga los dos fuegos de gas y le señala a Lucas dos *tuppers*—. ¿Puedes guardar eso mientras me pongo algo más cómodo?

—Claro.

Marina baja diez minutos después, vestida con un pantalón corto

azul marino y un polo blanco, el pelo recogido en una coleta, unas deportivas cómodas en los pies. Lucas la observa, le gusta verla en lo que para ella es el traje de faena, por más que hoy vaya a manejar una lancha de apenas seis metros de eslora y no un carguero de contenedores.

—Y aún no te he contado lo mejor —le dice ella, mientras se dirige a la puerta trasera, la que da a la cochera de la casa—. Vamos a bajar al puerto en la Lambretta.

—¿Estás loca? —Lucas se cuelga a la espalda la mochila con los *tuppers* de comida—. Sería un milagro que arrancase.

—Con la de años que lleva funcionando —Marina pone cara de esfuerzo mientras pisa con fuerza el pedal de arranque una, dos, tres veces—, lo extraño sería que no lo hiciera.

Casi como si la moto hubiera querido colaborar en el efecto dramático, en cuanto Marina acaba su frase, el motor se estabiliza, emite un ligero carraspeo y permanece encendido.

—¿Ves? —Marina pasa la pierna al otro lado y le señala con el mentón el exiguo espacio que queda tras ella—. Sube, anda.

—¿Sin casco?

—Por Dios, Lucas... —Marina pone los ojos en blanco—. No vamos a ir más rápido que en bici y en esta isla no hay ni policía local. ¿Es que recuerdas haber montado en ella con casco alguna vez?

—Eran otros tiempos.

—Las posibilidades de que pasara algo eran las mismas. O más, que había mucha más gente por la calle que un día cualquiera de marzo.

Él asiente y le hace caso. No sabe por qué le ha replicado, porque desde el primer momento había asumido que iba a subir con Marina a esa moto que tantas veces cogieron a escondidas en su adolescencia, aunque siempre acabaron pillándolos.

A Lucas se le eriza la piel al posar sus manos en la cintura de Marina y podría jurar que ella da una vuelta innecesaria antes de llegar al puerto pesquero. No le importa, en realidad; le apetece dar un paseo en barco, porque el sol ha salido de repente con fuerza, pero podría quedarse en esa moto toda la tarde y nadie lo oiría quejarse.

—¿Has navegado algo en estos años? —le pregunta Marina mientras saltan al viejo pantalán de madera donde se arraciman las lanchas pequeñas, la mayoría de ellas de antiguos pescadores que,

como el señor Martín, encontraron en ellas el placebo para desengancharse de una vida en el mar.

—Bueno… En Marbella siempre hay algún día en el que alquilamos un velero con amigos. Pero poco más. —Marina compone una mueca y Lucas se ríe porque la conoce bien, aún lo hace—. ¿Qué pasa? ¿Los veleros no son para los auténticos marineros?

—En el siglo XVIII, supongo que sí… —Marina finge una sonrisa de desprecio mientras acaba de soltar los cabos—. No, en serio, está bien eso de navegar en silencio, dejándote llevar por el viento y tal, pero… yo prefiero esto.

El motor se enciende entonces con un ronroneo y una bocanada de olor a gasoil se alza entre ellos. Lucas sabe que no puede aportar mucho a la maniobra de desatraque, así que ni siquiera lo intenta. Se sienta en un pequeño banco acolchado que hay en la popa y abre un tambucho para guardar la mochila con la comida.

—Esto ha mejorado bastante desde la lancha de madera de antes, ¿no?

—Bueno, aquella tenía más encanto… —Marina sonríe al recordar la vieja lancha de madera azul en la que tantos momentos pasaron cuando eran adolescentes—. Pero era necesario cambiarla; esta la compramos hace ya diez años o así. Casco de fibra, seis metros de eslora, motor de gasoil de ciento veinticinco caballos, transmisión en eje… No estás entendiendo nada, ¿no?

—Que te gusta mucho. —Lucas señala las letras pintadas en el casco con el nombre del barco, junto a la matrícula: MARINA. Eso lo hace sonreír.

—Fue idea del señor Martín. Podría decir que no me hizo ilusión, pero estaría mintiendo. —Marina gira la cabeza para sonreírle, pero enseguida vuelve a prestar atención a las maniobras; salen del puerto y acelera. Toma rumbo hacia el sur, por el canal de agua que separa la isla de tierra.

Lucas siente que su cuerpo se relaja cuando la brisa empieza a golpearlo en la cara. No hablan apenas mientras la lancha se desliza sobre las olas, se eleva y vuelve a caer con un golpe algo tosco. Lucas solo la observa, la ve en su salsa. Lleva días comprobando como a Marina se le iluminan los ojos al hablar sobre el mar, pero vivir en directo cuánto disfruta es diferente, es mejor.

Ella, al timón, se felicita en silencio por haber tenido la idea de

que salieran a navegar. Los nervios que siente al estar junto a Lucas ya no tienen nada que ver con los del primer día, pero los que puedan quedar, en el mar, se evaporan. Lo ha llevado a su terreno; quizá sin intención, pero lo ha hecho.

—¿Te acuerdas? —Lucas se ha levantado y se sienta junto a Marina. El asiento del timón es amplio para una persona, pero no para dos, y los obliga a estar muy pegados.

—¿De qué? —A estribor se divisan los pueblos costeros flanqueados por montañas de las que la bruma esconde las cumbres.

—De cuánto disfrutábamos de esto hace años. De los tiempos en que la felicidad era comernos un bocadillo de sardinas mientras esperábamos a que picaran los calamares.

—Era precioso..., sobre todo el momento en el que tú acababas vomitando por la borda si el mar estaba movido.

—Eres única quitándoles encanto a los recuerdos. —Lucas le da un empujón con el hombro y los dos se ríen—. En mi defensa diré que eso solo pasó una vez y porque tú habías estado buceando para desenredar el fango de la hélice y apestabas.

—Eso sí que es encantador. Pensaba que tendrías recuerdos un poco más... divertidos —se burla ella, con un brillo pícaro en los ojos que a Lucas le parece una invitación a romper una barrera más.

—Hombre... Si a los diecisiete hubiéramos tenido ese camarote de ahí dentro, puede que no hubiéramos hecho otra cosa que follar.

Marina se carcajea y se sonroja a la vez. No tiene ni idea de cómo han llegado a ese nivel de confianza cuando el primer día apenas tenían capacidad para saludarse.

—No se nos dio mal sin camarote tampoco —lo reta ella, aunque la memoria le da un pellizco cuando recuerda la última vez que se tuvieron desnudos en aquella vieja lancha, una noche, apenas unos días antes de aquella otra que los separó, en que no había luna y el mar estaba tan en calma que las únicas olas las provocaron ellos con el vaivén de sus cuerpos sobre la cubierta de madera.

—Nada mal.

Han dado ya más de media vuelta a la isla, atravesando la costa abandonada en invierno de la parte oriental, y navegan por la zona de los acantilados del norte. Marina comprueba en el sónar la profundidad de las aguas y se interna a poca velocidad en una pequeña ensenada.

—¿Te parece bien que fondeemos aquí?

—Donde hay patrón no manda marinero. ¿Te ayudo con el ancla?

—Ancla automática. —Marina sonríe mientras pulsa un botón y un estruendo de cadenas rompe la quietud de la tarde. La lancha enseguida se aproa y Marina abandona entonces el timón.

—Esto es… Qué maravilla esta calma —dice Lucas, casi como si se le escapara—. Empiezo a entender que te guste más navegar que estar en tierra.

—No siempre es todo un paseo de placer, como imaginarás, pero… sí, el silencio del mar es un silencio diferente, sobre todo en esta época, cuando no hay turistas cerca. Si algún día lees en el periódico que una desequilibrada mental ha disparado a una moto de agua en los alrededores de la isla, ven a traerme tabaco a la cárcel. Son mis archienemigas.

Se quedan un rato así, disfrutando de la quietud, de los recuerdos compartidos, del ligero golpeo de las olas contra el casco blanco de la pequeña embarcación.

—¿Eso que oigo es un rugido de tus tripas? —se burla Marina.

—Me muero de hambre. No quería moverme porque estoy en plan zen, pero o me como esos filetes o te como a ti.

Es solo una broma, los dos lo saben, una frase dicha sin pensar, pero no son capaces de retomar la conversación sin un carraspeo previo.

—La mochila está en el cofre de la izquierda.

—Babor, Lucas. —Marina resopla—. Babor y estribor, por Dios, que te has criado en una isla.

Él le enseña la lengua mientras saca la mochila. Marina instala la mesa, que es en realidad uno de los bancos para sentarse dado la vuelta y fijado con un tubo telescópico a la bañera de popa. Sacan los filetes, dos latas de Coca-Cola y unas servilletas.

—¿Pongo música? —pregunta Marina, con su móvil en la mano.

—Claro. Lo que te apetezca.

Marina selecciona la *playlist* «Melancólicas» en su perfil de Spotify. De perdidos, al río, parece pensar, porque esa lista es un cajón de sastre de temas que le recuerdan a tiempos mejores, a veces también a tiempos peores, pero sobre todo a sus padres. Nunca la avergonzó, ni siquiera de adolescente, escuchar la música que les gustaba a ellos, desde la canción protesta de los setenta a temas

trasnochados que otros considerarían horteras, pero a ella siempre le encantaron.

—Dios mío, hacía siglos que no escuchaba esta canción. —Suena *Alfonsina y el mar*, de Mercedes Sosa—. Le gustaba mucho a tu padre, ¿no?

—Su favorita. —Marina sonríe, con esa tristeza impregnada en el gesto que no sabe evitar cuando Felipe vuelve a su memoria—. Hay de todo en la lista, no te creas. Es una mezcla de canciones que me traen recuerdos bonitos, simplemente.

—Me gusta.

Comen los filetes con las manos, manchándose los dedos y limpiándoselos como pueden. Se les escapan sonrisas por las canciones que suenan: *Ne me quitte pas*, de Jacques Brel; *La Llorona* en la voz de Chavela Vargas; la *Milonga del marinero y el capitán*, de Los Rodríguez; o *Vine del norte*, de Ismael Serrano, quizá la canción del mundo que a Marina más le recuerda a su padre.

—Vas a pensar que estoy loca...

—Ya lo pienso, quédate tranquila —se burla Lucas—. ¿Qué te ronda la cabeza?

—Me están entrando unas ganas tremendas de bañarme. —El sol brilla con fuerza, aunque no calienta demasiado; es marzo en el norte, un concepto bastante alejado de la primavera.

—Tiene pinta de estar fresquita. —Lucas la mira como si hubiera perdido la cabeza—. Pero ¿lo dices en serio?

—Catorce grados —dice Marina tras comprobar el dato en la pantalla del sónar—. Allá voy.

Marina se descalza y deja caer los pantalones cortos y el polo. No cogió un bikini al salir de casa, pero se ha bañado tantas veces en ropa interior, o desnuda, con Lucas como testigo, que ni siquiera se plantea pedirle que se dé la vuelta; le parecería ridículo.

—Te das cuenta de que, si mueres, van a tener que venir a rescatarme, ¿no? —bromea Lucas mientras ella despliega la escalerilla. Al primer contacto de su pie con el agua helada del Cantábrico, a Marina se le escapa un silbido.

—Está buenísima —miente.

Baja la escalerilla poco a poco, se agacha a mojarse los brazos y finalmente se tira. No lo reconocerá, pero se le corta el aliento y tarda unos segundos en recuperar la respiración.

—¡Marina! —la llama él a gritos cuando ella se sumerge en el agua—. Te odio, ¿sabes?

—¿Por qué? —le pregunta ella entre risas.

—Porque me has dado envidia.

Lucas se deshace de su ropa en un segundo y se lanza al agua de cabeza desde el espejo de popa, vestido solo con unos bóxeres oscuros.

—Lo sabía. —Marina nada hacia él, que no la oye porque todo su cuerpo está concentrado en no morir congelado.

Lucas lanza un grito que resuena entre los acantilados y viene devuelto por el eco.

—¡¡Dios!! Está más fría de lo que pensaba. —Coge una bocanada de aire y se acerca más a Marina. Los dos mueven las piernas con fuerza para espantar el frío a patadas.

Y, de repente, están frente a frente. Solos. En silencio. Casi en un mundo creado a medida para ellos con mar, recuerdos y canciones de otros tiempos. Sonríen. Se miran. Lo saben antes de que pase. En el móvil, abandonado sobre la mesa, suena de repente *El amor de mi vida has sido tú*, de Camilo Sesto. Y si eso no es una señal, ¿qué podría serlo?

—Marina...

—¿Qué?

—Voy a besarte.

No saben cuál de los dos se lanza primero, quizá es tan simultáneo como lo fueron mil besos en el pasado. Los brazos se entrelazan, las lenguas se encuentran, los labios saben a sal y a añoranza. La frecuencia cardíaca ya no tiene nada que ver con el frío del agua. De hecho, puede que en algún centro de control marítimo acaben de registrar una subida repentina de temperatura en el Cantábrico.

—Podría quedarme aquí toda la tarde, pero...

—... pero encontrarían nuestros cadáveres en plan Rose y Jack —bromea Marina, porque tomarse en serio lo que acaba de pasar le da pavor.

Regresan al barco tiritando y se envuelven en unas toallas que sacan del camarote. Marina no tiene que preguntar antes de arrancar y poner rumbo a puerto, con el motor a toda máquina. El castañeteo de los dientes le dura hasta que Lucas se acerca por detrás, abre su toalla y abarca con ella el cuerpo de los dos. Se quedan todo el trayecto así,

piel contra piel, cada segundo un poco más seca y caliente, el mentón de Lucas sobre el hombro de Marina, las caras pegadas.

Después de atracar, recuperan la moto del lugar donde la han aparcado. Lucas le pregunta a Marina si le deja llevarla, porque hace años que no conduce una moto y le apetece, pero sobre todo porque le puede la impaciencia. Los dos saben que la tarde no ha acabado ahí, que ellos no han dicho aún la última palabra, que ojalá sea en realidad la penúltima. Se sienten la piel durante el trayecto, anticipando lo que saben que va a ocurrir en cuanto estén a cubierto. Casi es un milagro que no haya pasado antes.

No llegan ni al dormitorio. Entran en la cocina sin preguntar, sin hablar, entre risas nerviosas que suenan muy parecidas a aquellas de unas décadas atrás, cuando aprovechaban que nadie miraba para colarse en la casa juntos. Marina se adelanta y se sienta en la encimera baja que sustituyó hace años a la cocina económica; es de mármol, y el frío le estremece la piel. Aunque quizá no sea el mármol el que lo hace.

Lucas se planta frente a ella. Se agacha para besarla y apoya las manos a ambos lados de las caderas de Marina. Se miran durante un segundo eterno que habla de aceptación y de ganas. Lucas le desabrocha la cremallera de los pantalones cortos y los baja en una caricia. Sus dedos sobre la piel de Marina son como la cabeza de una cerilla contra el rascador de su caja. Y prende.

—¿Estás seguro de… esto? —le pregunta ella, aunque las palabras son en realidad el reflejo de su propia duda. No quiere que Lucas se aleje, pero sabe cuánto puede complicarles la vida a ambos que siga acercándose—. Creo que es una idea horrible…

—Debe de serlo. —Lucas finge seriedad, pero a ella no la engaña —. Las buenas decisiones nunca saben tan bien.

Marina se ríe. Y se rinde. Relega la razón a un segundo plano y deja que sean los instintos quienes los guíen. Lucas acerca su mano a la nuca de ella y la besa con tantas ganas que los dientes se ensañan con su labio inferior.

—Marina…

Y su nombre es un susurro dulce que lo precipita todo. Que se convierte en lo último suave que se dicen. La ropa vuela, queda desperdigada por el suelo de la cocina, y ellos se entregan enteros. Es fuerte, rápido. Los jadeos lo inundan todo, se convierten en gritos; las

pieles se erizan, los movimientos son bruscos, las ganas, la necesidad… Les cuesta recuperar el aliento cuando acaban. Y se quedan ahí, abrazados sobre la encimera, desnudos. Cualquiera que suba las escaleras de la casa podría verlos a través de la ventana, pero a ellos les da igual. Se sienten demasiado plenos como para que nada les afecte. Se sienten tan en casa que prolongar ese abrazo de piel suena normal.

30

Lucas

Con Marina dormida entre mis brazos, antes de abandonarme yo mismo al sueño, planeo mentalmente qué haré mañana. Estos días de descanso en la isla deberían acabarse ya; a los dos nos esperan nuestras obligaciones. Tendremos que volver a Coruña; la cobertura de internet no pone fácil el teletrabajo y hay muchos asuntos de la editorial que se me han quedado pendientes estos días. Los últimos años no están siendo fáciles. Desde el diagnóstico de Angie, mi suegra, Marina ha tenido que quedarse en tierra y tiramos de ahorros para poder vivir con un solo sueldo. Pero los tiempos duros se sobrellevan mejor cuando el recuerdo del pasado es consuelo: la niñez de amistad inocente, la pubertad descubriendo una atracción que ya nunca se iría, la adolescencia de sueños que acabaron cumpliéndose, sobrevivir al caos cuando nuestras familias se rompieron, mi traslado a Coruña para trabajar en una pequeña editorial, sobrevivir con la ayuda de la tía Fede mientras Marina no encontró trabajo, su decisión de embarcarse aunque las despedidas dolieran, aquel año en que mi única tarea era leer manuscritos y pude permitirme hacer con ella una travesía de ocho meses, el regreso a casa de Marina cuando las noticias sobre Angie fueron las peores que podíamos imaginar…

Suena bien, ¿verdad? A mí también. Es jodido cuando la realidad alternativa que te montas en la cabeza antes de caer dormido te parece mucho más atractiva que la vida que de verdad tienes. Y es ingrato cuando se trata de una vida en la que no me ha faltado la salud, tengo un trabajo mejor del que merecía desde el mismo día que acabé la carrera y crío a dos hijas perfectas y sanas.

Solo hizo falta un beso para que dieciocho años de ausencia se evaporaran. Lo que vino después fue placer, tal vez el más intenso que he sentido nunca, pero el chispazo fue el beso. Había pensado en ello en los días anteriores. Lo había pensado mucho. Casi desde el

momento en que volvimos a encontrarnos y empezamos a convivir en esta casa de la que aún conozco todos los secretos. La primera vez que fui al cuarto de baño recordé sin necesidad de que nadie me lo dijera que los grifos del lavabo están instalados a la inversa, y que el agua caliente sale por el de la derecha y la fría por el de la izquierda; algo así me ocurrió con ella, por muy mal que suene la comparación. Marina ha cambiado, la vida la ha endurecido, pero sigue siendo la chica de uñas mordisqueadas que, aunque intente contenerse, acaba desbordándose de emociones cuando algo la remueve. Sigue siendo la mujer que mira como si sus ojos escondieran toda la sabiduría de este mundo, como si supiera cosas que yo no logro entender; quizá siempre haya sido así. Sigue siendo la chica descalza que viste en la isla vestidos playeros y túnicas hippies bajo las que yo sé mejor que nadie que no se molesta en ponerse ropa interior; lo sé porque hace muchos años, en una vida anterior, me encantaba colar las manos por entre los pliegues de esos vestidos y encontrar solo piel, encontrar un refugio, encontrarla a ella.

Nunca he creído que alguien pueda enamorarse en cinco días. Y mucho menos que nadie… yo, que siempre he sido frío, contenido. Tampoco tengo muy claro que me hubiera parecido verosímil revivir unos sentimientos que durante años he tapado con una vida de supuesto éxito y con el olvido. Así que prefiero no poner nombre a lo que me pasa. Prefiero evitar palabras como *amor*, *segunda oportunidad*, *enamoramiento* o *atracción* porque ninguna define al cien por cien lo que siento. Solo una palabra lo hace: *Marina*.

Mañana, o en algún momento del futuro próximo, tendré que afrontar que la isla no es un limbo sin normas. Que tengo una mujer en Madrid y le he sido infiel. Nunca lo había hecho: ni con ella ni con Marina en el pasado ni con las dos mujeres con las que tuve una breve relación en los años intermedios. Y, sin embargo, no siento que lo haya sido. No es que pretenda justificarme ni librarme de responsabilidades; asumo lo que he hecho y asumo también que, si se repitiera la situación, actuaría de la misma manera. Y no es porque sienta desde hace tiempo que mi matrimonio no tiene más sentido que la rutina, que Teresa y yo nos importamos tan poco que ni siquiera nos divorciamos porque eso implicaría dar algún paso al frente y ese no es nuestro estilo.

Si siento que no he traicionado nada es porque Marina está

dentro de mí, lo ha estado siempre. Es parte de mi cuerpo, plaquetas en mi sangre, alveolos en los pulmones, la aurícula derecha, el ventrículo izquierdo. Ella me pegaría con una sartén en la cabeza si escuchara un argumento tan anticuado por mi parte, me diría —casi me parece estar oyéndola— que las personas no somos posesiones, pero lo que yo siento es que si alguien tiene derechos adquiridos sobre mí es ella. Sí, tiene razón Marina, y cualquier persona con dos dedos de frente: suena horrible. Pero hay un hecho que no puedo negar: hace ocho años me casé con Teresa ante ciento ochenta invitados, he dormido a su lado casi cada noche desde hace una década y hemos tenido dos hijas; y, sin embargo, si vuelvo a su lado cuando este limbo de la isla se acabe, sí sentiré que estoy traicionando a Marina, aunque no haya ningún compromiso entre nosotros más que el que hemos firmado esta noche con nuestros cuerpos. Con nuestras almas.

31

Marzo de 2015

Marina no está en la cama cuando Lucas despierta. No se sorprende. La noche se les ha ido perdidos en sus cuerpos, dejando el mando a los instintos, sin pensar en lo que estaban haciendo. Con la mañana ha llegado la conciencia y no necesita ver a Marina para saber que tienen que hablar.

Al bajar las escaleras, la encuentra desayunando, seria, con la mirada perdida en una taza de café que ya es poco más que posos. Responde con un sonido gutural al «buenos días» de Lucas y no es hasta que él se ha sentado con su café entre las manos cuando se decide a hablar.

—Me marcho, Lucas. —Marina resopla—. Llevo seis días lejos de casa y no puedo estar más tiempo sin ver a Angie.

Lucas asiente. En cierto modo, lo esperaba, al menos desde que la ha visto ya vestida cuando ha bajado a desayunar. Ante su silencio, Marina sigue hablando.

—Quédate tanto como necesites. Yo vendré dentro de un par de semanas un día a dejar la casa cerrada hasta que pueda regresar.

Pero que lo esperara no significa que Lucas no vaya a luchar por evitar lo que sabe que sería un adiós para siempre. Marina se levanta, deja su taza en el fregadero y sale al pasillo.

—Tú no te vas por eso —dice Lucas a su espalda, pero aclara sus palabras al ver el brillo de furia en los ojos de Marina—. Claro que quieres ver a tu madre, pero si ayer no hubiera pasado nada no te irías como una fugitiva a primera hora de la mañana.

—¿Importa algo por qué me voy? El caso es que voy a hacerlo. *Tengo* que hacerlo.

—Quédate aunque solo sea un día, una mañana —suplica Lucas —. No te pido más que eso. Pero no te vayas sin contarme lo que te pasa, por favor.

—¿Qué quieres que te diga, Lucas? ¿Que soy gilipollas? Me parece que de eso ya te diste cuenta tú solo anoche. —Marina se apoya en la pared y se desinfla—. Dieciocho años intentando superar lo que pasó… y en cinco días consigues bajarme las bragas. ¿Sabes lo que es la dignidad? Porque, al parecer, yo no.

—Creo recordar que nunca has necesitado que nadie te baje las bragas —le replica Lucas, con sus ojos azules de hielo—. Ni tampoco pienso que nadie sea gilipollas por hacer lo que le da la gana. Entiendo que te sientas rara hoy, que le des vueltas a lo que hicimos, pero la Marina que yo conozco…

—¡Tú no me conoces, Lucas! Ya no…

—La Marina que yo conozco no se creyó nunca que disfrutar fuera sinónimo de perder la dignidad, de entregarse ni de ninguno de esos conceptos de mierda que os meten en la cabeza a las mujeres. Querías follar, yo también… Hay mucho más que eso, no creas que no lo sé, pero hacerlo no te convierte en una persona menos digna que el primer día, cuando me hablabas como si fuera un desconocido.

—Te veo muy tranquilo y con las ideas muy claras para ser un tío casado que acaba de follar con otra… —ataca Marina, mientras juega con un bote de cristal lleno de conchas que lleva en el mueble del recibidor desde que él recuerda. Hay muchas más ahora; a Marina siempre le gustó recoger conchas bonitas en la playa y meterlas ahí. Lucas no tiene ni idea de por qué en ese momento su cabeza solo es capaz de registrar el movimiento de las conchas mientras Marina se las pasa de una mano a la otra.

—Tener las ideas claras es justo lo que pretendo conseguir, ya lo sabes.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Lucas asiente—. ¿También me engañabas a mí cuando estábamos juntos? ¿Para ti hacer eso es… normal?

—No. Podíamos ser muy jóvenes, estar equivocados en muchas cosas y, como te dije el otro día, pude tener dudas en momentos muy concretos. Pero mientras estuve contigo jamás hubo espacio para nadie más. Para nada más.

—¿Vas a contárselo a tu mujer?

—No lo sé, Marina. —Lucas se queda un segundo en silencio—. Mi mujer lleva tres años follándose a nuestro asesor fiscal.

—¿Qué?

—Llevaba tiempo sospechándolo, pero tuve la confirmación hace un par de meses. Ella se equivocó al mandar un mensaje… erótico, por decirlo de forma suave. Me lo envió a mí, pero decía su nombre. Lo borró cuando se dio cuenta, pero ella sabe que lo vi. Nunca hemos hablado de ello.

—¿Por qué me cuentas esto ahora?

—No quería hacerlo precisamente porque no tiene nada que ver con nosotros. Y porque no quiero justificar con su infidelidad lo que llevaba cuatro días deseando hacer contigo. Si quieres que sea sincero, Marina, aunque Teresa no se estuviera acostando con otro, yo habría deseado de todos modos lo que pasó ayer.

—Pero…

—Marina, deja de hablar de mi matrimonio. Los dos sabemos que no es por Teresa por lo que te marchas.

—Me voy porque tengo miedo, Lucas. Porque no sé lo que siento ni lo que quiero ni… nada. ¿Estás contento ya? —pregunta, pero no deja que Lucas responda. Se le desbordan las palabras a borbotones y siente que no será capaz de guardarse nada dentro—. Durante años, pensé que algún día podríamos retomar lo nuestro donde lo dejamos. ¿Te lo puedes creer? Me imaginaba que nos reencontrábamos, aunque fuera con setenta años, aunque hubiéramos sido felices junto a otras personas, y volvíamos a ser nosotros. Una de mis psicólogas lo achacaba a que las relaciones de la adolescencia se mitifican, porque es esa época despreocupada y feliz la que añoramos, y no a la persona junto a la que la pasamos; otra, quizá con más acierto, decía que yo me había quedado anclada en eso porque nunca tuvimos una despedida, solo intercambiamos un «te llamo más tarde» lleno de miedo y esperanza, y jamás volvimos a vernos.

—¿Y si fuera posible, Marina? ¿Y si pudiéramos… no te digo retomar lo que tuvimos, pero crear algo nuevo?

—Ni siquiera sé si me caes bien, Lucas —le dice ella, con un bufido que a él se le clava en el alma—. Te decía antes que no me conoces, y es así. Pero yo sí te conozco a ti, te he conocido siempre. Sigues siendo el tío al que yo le mandaba una carta de siete páginas explicándole cuánto, cómo y por qué lo quería tantísimo, y que me contestaba con medio folio y un «TQ», no fuera a ser que te agotaras escribiendo ocho letras.

—No estás siendo justa, Marina.

—No me hables de justicia. No me hables de justicia cuando yo siempre di más, siempre te quise más. Porque han pasado veinte años y no me he olvidado de que tu canción favorita era *Creep*, de Radiohead, que llevaste *brackets* desde los once años y medio hasta los catorce, que cuando tenías ocho años murió tu perro Goofy y lloraste tanto que no quisiste volver a tener un animal en casa, y que siempre fuiste más de Blur que de Oasis, más de Butragueño que de Hugo Sánchez y más de Tarantino que de Almodóvar. ¿Recuerdas tú algo sobre mí, Lucas? ¿Llegaste a saberlo?

—Por supuesto que…

—No he acabado. Perderte fue muy duro, pero ¿sabes qué lo fue más? Perder los recuerdos, tener que enterrarlos porque dolían. No volver a mirar las fotos de los mejores veranos del mundo. Están ahí. —Marina señala hacia un altillo en el que el señor Martín guardaba algunos útiles de limpieza—. En una caja de zapatos. Borraste los años más bonitos y no estuviste a mi lado en los más feos. Y ahora vuelves, pones mi vida patas arriba y, mientras yo enloquezco y me abro en canal, tú estás ahí…, encantado con que tu mujer se esté follando a otro para poder hacer tú lo mismo conmigo sin remordimientos.

—Eso no es así, Marina. Tienes razón en muchas cosas, pero en otras no.

—¿Y qué más da ya, Lucas? —Marina se dirige a la puerta y Lucas trata de detenerla cogiéndola con suavidad por el codo.

—No te vayas, por favor.

—Tengo que hacerlo. —A Marina se le escapan las lágrimas sin que pueda hacer nada por evitarlo—. Tengo que irme porque podría volver a quererte, Lucas. Vaya si podría. Y no me lo puedo permitir.

Lucas la suelta, la deja ir. Marina baja las escaleras precipitadamente, está a punto de tropezar, pero se repone y corre en dirección al puerto pesquero. Él se queda ahí, viéndola desaparecer, como ella hizo con él un día. No es capaz de volver a entrar en la casa hasta que la estela de Marina hace mucho rato que se ha perdido.

Una hora después, Marina está sentada en su refugio favorito, la parte posterior del faro de la isla. Allí, protegidos de las miradas ajenas, pasó muchas horas con Lucas en los días de vino y rosas, y muchas más en los años siguientes a su marcha, dejando que el horizonte fuera

el único testigo de sus lágrimas. El sol está tímido esa mañana, pero dibuja colores entre la bruma que convierten el cielo en un lienzo que a Marina, aunque lo haya visto miles de veces, sigue sorprendiéndola cada vez.

—¿Has conseguido encontrar algo más bonito que esto? —Su irrupción no la asusta. De alguna manera, estaba segura de que iría a buscarla y sabría dónde encontrarla.

—No. —Marina se sorbe las últimas lágrimas que espera derramar por él y le muestra una sonrisa triste; la ira se ha aplacado y hasta se siente un poco avergonzada por su estallido anterior—. He estado en los cinco continentes... ¿O ahora son seis?

—No tengo ni idea. —Lucas se ríe.

—Da igual. En ninguno he encontrado algo así. Hace seis o siete años, aproveché unos días libres en una travesía a Canadá para visitar el país. Era pleno invierno y pasé una noche en un hotel rural en una zona que se llama Mil Islas, cerca de la frontera con Estados Unidos. El color del cielo allí era... Por un momento, pensé que lo había logrado, pero no. Este me sigue pareciendo el lugar del mundo con mayor capacidad para quitarme el aliento.

—Ya lo sé. —Lucas se sienta a su lado, pero no se miran; los dos sienten que el lugar más seguro al que dirigir la vista es el horizonte —. Y también sé que tu color favorito es el azul. Que siempre dijiste que tu serie favorita era *Expediente X*, pero solo porque te daba vergüenza reconocer que en realidad era *Médico de familia*. Y que la canción que más te puede hacer llorar es *Mi amigo Félix*, aunque eso también se lo ocultabas a todo el mundo menos a mí.

—Lucas, por favor... —Marina quiere suplicarle al mismo tiempo que calle y que siga.

—Recuerdo incluso que el último libro que leímos juntos en la isla fue *Tokio Blues*. No volví a reparar en él hasta más de diez años después, porque me lo pidió mi hermano. Cuando lo cogí de la estantería, lo abrí para echarle un vistazo y de entre las páginas cayó un puñado de arena. Llevaba más de un año casado y Teresa estaba embarazada, pero tuve que encerrarme en el cuarto de baño a llorar porque, por mucho que hubiera intentado olvidar lo que fuimos, cuando algo me lo recordaba, así, por sorpresa..., la añoranza me destrozaba. —Lucas se había prometido mantener las manos alejadas de ella, pero no puede evitar alargar un dedo para secar las lágrimas

que mojan las mejillas de Marina—. Puedo ser más frío que tú, Marina... Lo soy, de hecho, ya lo sé. Pero yo también recuerdo todo sobre ti, todo lo que fuimos. Y he dudado de muchas cosas a lo largo de mi vida, aún dudo sobre casi todo hoy en día, pero jamás he dejado de tener la certeza de que te quise todo lo que soy capaz de querer a alguien.

—Lucas...

—Y he tardado una hora en venir a buscarte no porque no supiera dónde estabas; he tenido claro desde el primer momento que no habías salido de la isla. He tardado porque estaba haciendo esto.

Lucas se saca un papel doblado en cuatro del bolsillo trasero de sus pantalones; lo despliega y se lo entrega a Marina, que frunce el ceño al ver dos rectángulos con diferentes sombreados, como en una gráfica de barras.

—No se me ha ocurrido otra forma de expresarlo. Esta barra —Lucas señala el rectángulo más grande— es tu capacidad de amar, al menos como yo la recuerdo. Es enorme. Aquí cabía yo —repasa con el dedo el sombreado mayor—, pero también tus padres, tus amigas, el señor Martín, el mar... El mar ocupa mucho espacio, igual me he quedado corto y lo querías más que a mí. La música, los libros, las películas que te apasionaban y hasta el Dépor. Mi barra es más pequeña, ya la ves. Pero es toda tuya. —El sombreado del otro rectángulo ocupa todo el espacio y hay una palabra escrita en medio; esa palabra, claro, es *Marina*—. Quizá te quise menos que tú a mí, no lo sé. No hay un método efectivo para medirlo, así que podríamos estar discutiendo durante años sin llegar a ninguna conclusión. Lo que sí tengo clarísimo es que yo te quise todo lo que podía querer. Si no te quise más es porque no sabía o no podía. Tú eres infinita, Marina, ojalá yo tuviera tu capacidad para amar a los demás, pero no la tuve nunca.

—Lo entiendo. —Marina se queda un momento observando ese dibujo y se le llena el pecho de ternura al imaginar a Lucas buscando una manera de poner por escrito algo tan etéreo—. No sé si es justo o no, pero... entiendo lo que quieres decirme.

—Y también he tardado porque quería traerte esto.

Lucas deja ante Marina dos fotos, de esas que llevan décadas guardadas en el altillo del señor Martín. En la primera, aparecen ellos dos en la playa de Poniente; Lucas está sentado en la arena, muy

concentrado en golpear un cubo azul con un rastrillo verde para hacer un castillo perfecto; Marina, de pie a su lado, sostiene una pala amarilla en la mano y su cara muestra una enorme sonrisa mellada. Aquellos juguetes fueron compañeros de veranos eternos en la playa, con olor a salitre y Nivea de lata azul. La otra foto convierte las lágrimas de Marina en una carcajada. Es de una noche de verano de finales de los años ochenta.

—Es increíble lo feos que éramos —dice Lucas riendo, y Marina asiente.

Marina tiene la cara llena de granos, Lucas lleva unas gafas que parecen de señora mayor y aparato en los dientes, y ambos visten una ropa que solo tenía sentido en los ochenta. Pero hasta el observador más ingenuo podría encontrar una chispa de amor en la mirada que se dedican.

—No sé lo que va a pasar con nosotros ahora, Marina, pero estos recuerdos son demasiado bonitos como para que los hayamos tenido casi dos décadas encerrados en una caja.

—Tienes razón.

—Y me alegro de que te hayas desahogado. —Marina arquea una ceja, pero Lucas asiente—. Lo digo en serio. Creo que, si queremos ser algo más que dos personas que fueron novios en la adolescencia, tenías que sacarte eso de dentro. Prefiero que me odies y me lo digas a ver cómo te lo guardas.

—No te odio —susurra Marina—. Lo hice durante un tiempo, pero un día Angie me dijo que solo me estaba haciendo daño a mí misma. El odio, sobre todo cuando es a distancia, al destinatario ni lo toca. Hay una frase que dice que odiar a alguien es como tomarse un veneno y esperar que se muera el otro…, y no se me ocurre una forma mejor de expresarlo.

—Me alegro. Por ti y por mí.

—¿Me acompañas al puerto? —Marina se pone en pie y bordea el faro, de regreso a una realidad en la que hay algo más que mar y horizonte.

—¿Te marchas?

—Sí, Lucas. —Marina sonríe con tristeza—. No soy ya la chica de veinte años que se quedaría sin dudarlo si tú me lo pidieras.

—No pretendo eso.

—Tú estás aquí como… apartado de tu realidad. Pero el mundo

sigue girando ahí fuera. A ratos a mí también se me ha olvidado, pero… es así. Tengo que irme a Coruña.

Van caminando en silencio hacia el puerto. Lucas está a punto de callarse, pero recuerda entonces que siempre pecó más por omisión que por exceso, así que decide arriesgarse.

—Pero ¿volverás?

—Ya veremos.

—¿Me das al menos tu teléfono? Prometo ser más comunicativo, si me escribes, de lo que era hace veinte años.

Han llegado al puerto y, mientras Marina trata de localizar a algún marinero que pueda acercarla al pueblo, intercambian teléfonos, suenan llamadas perdidas, sonríen con timidez. Cuando, desde una lancha pequeña le hacen una señal para que embarque, se gira para despedirse de Lucas, aunque no tiene muy claro cómo hacerlo.

Es él quien toma el mando. Sin importarle quién pueda verlos, la coge por la nuca, la acerca a él y le da un beso rápido pero tan intenso que, minutos después, mientras Marina cruza el canal, aún puede sentir el hormigueo sobre los labios.

32

Lucas

Cuando necesitas un gráfico de barras para convencer al amor de tu vida de que de verdad la has querido, es que algo no va bien. Es que tú no vas bien, Lucas. Lo sabes; llevas años sospechándolo; podrías hacer un inventario de todas las veces que has tenido que cerrar los ojos para no mantener una conversación con esa pequeña parte de ti mismo que se atreve a mirar a la realidad a la cara.

Esa porción de ti que se convirtió en lágrimas cuando a un libro desgastado se le escaparon unos granos de arena de entre sus páginas.

Esa parte oculta de ti mismo que te acompañó a Londres a cursar el máster, convencido de que aquel verano maldito estaba superado, hasta que acabaste pasando una mañana entera sentado en las escaleras de entrada del Museo Británico porque te habías cruzado con un grupo de erasmus españoles y uno de ellos había llamado Marina a otra de las chicas. Te costó más de tres horas reponerte, ¿recuerdas?

Y el día de tu boda... Sí, ese que quisiste convencerte de que era el más feliz de tu vida, pero en el que te preguntaste durante un momento qué pasaría si, al llegar al altar, te equivocaras de nombre, como ocurría en aquella serie que tanto os hacía reír en las tardes eternas de verano.

Como la primera vez que sostuviste en brazos a tus hijas y entendiste que allí flotaba una clase de amor diferente, más primario e instintivo que nada que hubieras sentido antes. Y tu primer impulso fue llamar a Marina para contarle lo que estabas viviendo, aunque hiciera más de una década que no sabías nada de ella.

Como aquellas mañanas tontas en el trabajo en las que los tiempos muertos te llevaban alguna vez a teclear su nombre en Google. Como aquella en concreto en la que encontraste un programa de televisión en el que la viste subida a un carguero con la sonrisa satisfecha de quien ha cumplido un sueño y tú te sentiste tan orgulloso

de ella que tuviste que parpadear para espantar las lágrimas.

Como aquella discusión absurda y a la vez llena de sentido con Teresa la primera vez que te propuso pasar unos días de vacaciones en Galicia y tú acabaste diciéndole que ese lugar te traía los peores recuerdos de tu vida, porque eso era mucho más fácil que reconocer que en realidad eran los mejores.

Tantas veces, Lucas... Tantas veces te has querido convencer de que un amor adolescente no podía dejar ese poso... Tanto taparte los oídos para no escuchar esa voz que te repetía que no solo no querías lo suficiente a Teresa, sino que tampoco habías querido bien a Marina... Cuántas veces les repetiste, a una y a otra, en momentos tan diferentes, que simplemente eres un tío frío, cuando tú sabes —y ellas seguramente sospechen— que en realidad eres un cobarde. Un cobarde que no se atreve a reconocerse cuánto quiso a Marina, cuánto la quiere aún, porque las emociones, cuando despiertan, tienen el poder de prender fuego a todo. Y a ti siempre te ha dado demasiado miedo quemarte.

33

Agosto de 1975

Angie no logró conciliar el sueño la noche posterior a la marcha de Damián. En cada vuelta que daba en la cama recordaba la despedida, sus ojos oscuros mirándola con un brillo que no supo comprender si era de ilusión por hacer historia, de amor hacia ella o de miedo por si aquello era el adiós definitivo. Solo el faro de la isla y algunas gaviotas indiscretas habían sido testigos de aquellos últimos momentos que daban vueltas en la cabeza de Angie mientras el sueño le era esquivo y las sábanas se le pegaban a la espalda en una noche inusualmente calurosa. La sorprendió la mañana echando de menos a Damián de una manera irracional, más intensa de lo que había sido nunca durante los largos inviernos en que no se veían. Quería pensar que se debía a todo lo que habían vivido en esa semana escasa que habían pasado juntos, a todo lo que había cambiado entre ellos, y no al presentimiento de que podría no volver a verlo.

Consiguió esquivar las preguntas de sus padres y de Víctor aduciendo molestias femeninas de esas de las que no se hablaba en voz alta en 1975. Funcionó un día, dos…, pero poco más. Cuando aún no hacía ni cuarenta y ocho horas de la marcha de Damián, tras una comida que a Angie se le hizo eterna porque era incapaz de apartar la mirada de una de las sillas vacías que había en torno a la mesa, Víctor se le acercó en el pasillo.

—¿Vamos a la playa? —le preguntó, con una media sonrisa que pretendía fingir que no se había dado cuenta de nada. Ni de que Angie llevaba día y medio inventándose una dolencia imaginaria ni de que durante las fiestas del pueblo había pasado algo más de lo que confesaban.

—No… No me encuentro muy bien. —Angie carraspeó y Víctor hasta se asustó un poco al verla tan nerviosa—. Creo que me quedaré en mi habitación…

—¿Fingiendo que tienes la regla, como ayer?

—Víctor… —Angie se ruborizó, aunque ella mejor que nadie debería haber recordado que su amigo nunca había tenido pelos en la lengua.

—Porque no recuerdo que eso haya sido nunca impedimento para que bajaras a la playa.

—Es que… —Angie no supo terminar su excusa, así que empezó a subir las escaleras de camino a su cuarto.

—Sé lo que te pasa, Angie… —Víctor pensó que mostrarse comprensivo podría servir para acercarse a ella, para romper esa distancia que ni sabía cuándo había empezado a separarlos—. Damián volverá dentro de unos días y tú te arrepentirás de haberte pasado lo mejor del verano encerrada en tu cuarto echándolo de menos.

—No tienes ni idea, Víctor. —Los ojos de Angie empezaron a brillar, a inundarse, y supo que, si continuaba allí un segundo más, estallaría en lágrimas por culpa de todo el miedo que se la comía por dentro desde que Damián le había contado sus planes—. Déjame, por favor.

—No. —Víctor la agarró con suavidad por el brazo y su cara quedó a solo unos centímetros de la de ella—. No vas a pasarte la tarde llorando en tu habitación mientras yo voy a la playa. Te vienes conmigo y, si lo necesitas, lloras también conmigo.

—Es que prometí… No puedo contarte lo que me pasa.

—¿Desde cuándo tenemos secretos, Angie…? —le susurró Víctor, y ella se sobresaltó porque no los habían tenido en años, pero en los últimos días se habían acumulado demasiados—. Vamos a dar un paseo por la playa. Hay unas nubes horrorosas, así que no creo que haya mucha gente.

Angie dudó, pero al final ganó la partida el miedo a pasar otra tarde tirada en la cama llorando.

—Espérame solo un minuto.

A ella no le dio tiempo a verla, porque ya se había metido en su dormitorio para cambiarse de ropa, pero la sonrisa de Víctor consiguió abrirse paso entre las nubes grises que aquella tarde emborronaban el cielo de la isla.

Pasearon en silencio hasta la playa y, al llegar a ella, sin necesidad de hablarlo, empezaron a caminar por la orilla, dejando que las olas, que llegaban templadas, como siempre en los días de

tormenta, les mojaran los pies y les aliviaran los nervios. Víctor no estaba acostumbrado a los silencios con Angie; Damián y él solían ser los que callaban mientras ella hablaba, reía o les proponía alguna locura. Aquella no era la Angie de siempre y él necesitaba recuperarla, aunque tuviera que delatarse más de lo que le habría gustado para conseguirlo.

—Sé lo que te pasa —le dijo en voz baja.

—¿Qué? —Angie lo miró con el ceño fruncido.

—Os vi… volver de la playa. —El gesto de Víctor parecía esculpido en piedra, pero Angie lo conocía tan bien que, si no hubiera estado conmocionada, habría sabido leer el pinchazo de los celos en aquellas palabras—. Sé que os habéis acostado y también sé por qué me lo habéis ocultado. Bueno…, al menos por qué lo ha hecho él.

—Víctor, nosotros…

—No pasa nada. Me caso dentro de dos semanas, Angie. Ya no somos unos niños. Así que no seas infantil y deja de llorar por él. —Se acercó un poco más a ella y le dio un empujón cariñoso con el hombro —. Sabes que Damián no aguantará mucho fuera de la isla. Visitará a su madre y, antes de que acabes de secarte las lágrimas, lo tendrás aquí contigo de nuevo.

—Damián no está en Asturias, Víctor.

Angie habló en voz tan baja que él podría no haberla oído. En todo el espacio que les alcanzaba la mirada solo se veía a dos pescadores apostados con sus cañas en uno de los acantilados bajos, a más de un kilómetro de donde se encontraban ellos, pero no se atrevió a alzar más la voz. Se sentía fatal por estar a punto de traicionar el secreto de Damián, pero también liberada, como si compartir la pena fuera a hacer que doliera menos. Habían llegado al final de la playa, a aquella zona en que las rocas se convertían en grutas y que había sido testigo de sus juegos infantiles, de aquellos tiempos en los que la vida pesaba menos.

—¿Y dónde está?

—No puedo contártelo.

—¿Vais en serio?

No era esa la pregunta que Angie esperaba oír, tampoco la que Víctor había planeado hacer, pero las consecuencias de la respuesta los sobrevolaron como una capa pegajosa de la que no podrían escapar. Los dos lo sabían, así que no fue necesario que Angie

respondiera más que con un asentimiento tímido y una lágrima que le corrió por la mejilla.

—Ven aquí.

Se sentaron sobre una roca algo incómoda, Víctor alargó su brazo y ella se acercó. Cuando dejó caer la cabeza sobre su pecho, se sintió mejor. Aquel era su amigo del alma, el chico del que había creído estar enamorada cuando era una cría, al que le había regalado su primer beso y al que siempre querría de una forma especial. Si Víctor le decía que todo iba a salir bien, ella lo creería, y esa fue la razón que la impulsó a hablar.

—Está en Coruña.

—¿Damián? —Víctor frunció el ceño—. ¿Por qué?

—Si te lo cuento… —Angie se incorporó para poder mirarlo a los ojos—. Si te lo cuento, Víctor, tienes que jurarme que jamás saldrá de aquí. Ni le dirás a Damián que lo sabes si él no te lo cuenta y, si algo sale mal, entonces…

—Déjate de rodeos, Angie, que me estás poniendo nervioso. —Víctor echó mano al bolsillo trasero de sus Levi's y sacó un cigarrillo. Lo encendió y se lo ofreció a ella a continuación. Llevaban un millón de veranos compartiendo cigarrillos y confidencias—. ¿Qué está haciendo Damián en La Coruña?

—Van a intentar matar a Franco.

Su voz fue apenas un susurro, un suspiro que rasgó el silencio de aquella tarde extraña y gris. Pero Víctor lo oyó. Lo escuchó, lo repitió en su cabeza y trató de encontrarles sentido a aquellas palabras, pero su cerebro parecía haberse embotado de repente.

—¿Que van a…?

—No ha querido contarme los detalles. Ni siquiera si pertenece al FRAP o a la ETA o…

—Pero ¡¿se ha vuelto loco?! —Víctor no pudo evitar levantarse de un salto ni tampoco el grito que acudió a su garganta.

—¡Shh! Baja la voz.

Angie logró calmarlo y le explicó lo poco que sabía, lo que Damián le había confiado antes de su marcha. Que era una acción bien planificada, coordinada entre varios comandos, que aprovecharían una de las visitas del dictador a la ciudad desde Meirás para acompañar a su esposa a las joyerías de la calle Real.

—¿Y después? —preguntó Víctor con los ojos turbios. Como a la

isla, a ellos también parecía haber llegado el otoño.

—¿Qué quieres decir?

—Si a alguien se le ha ocurrido pensar qué coño pasará después. —Víctor encendió otro cigarrillo y empezó a caminar en círculos—. ¿Qué es lo que piensan? ¿Que le van a pegar un tiro a Franco y el pueblo saldrá a la calle para sacarlos a hombros? Incluso en el caso de que el plan salga bien, cosa que dudo mucho, ¿han pensado en lo que pasará a continuación?

—Damián me ha dicho que el sábado por la tarde estará aquí de regreso y…

—¿El asesino de Franco se va a esconder en una isla llena de veraneantes y en la que todo el mundo lo conoce? ¿Tú te estás oyendo, Angie?

Ella respondió con un titubeo antes de echarse a llorar de nuevo. Pero Víctor ya no tuvo fuerzas para consolarla porque solo podía imaginar a Damián, el que había sido su mejor amigo a pesar de todas las diferencias, muerto en un charco de sangre en una calle cualquiera de La Coruña. O atrapado por los grises, torturado en alguna celda, condenado a muerte por el propio Franco. Incluso aunque consiguieran su objetivo, dudaba que a Arias o al mismísimo príncipe les temblara el pulso para firmar una condena a garrote vil.

—Eres una niña —le espetó. Hablaba la furia, pero también la pena, los celos, el amor, la amistad… Era tal la amalgama de sentimientos que habría sido imposible diseccionarlos—. Llevas toda tu vida queriendo ser muy mayor y, al final, no eres más que una cría que sueña con que el hombre al que quiere volverá convertido en un héroe y que viviréis felices para siempre.

—¿Y eso es tan malo? —Angie también se levantó y quedaron casi a la misma altura—. ¿Qué sueñas tú, Víctor? ¿Seguir dando discursitos progres en tu facultad mientras preparas una boda en los Jerónimos con una chica a la que ni quieres ni respetas? Al menos Damián hace algo, ¡se va a jugar el cuello para que su vida, y la tuya, y la mía sean mejores! ¿Has hecho tú algo parecido?

Todo estaba saliendo mal. Fatal. Víctor y Angie deberían haber sido compañía y consuelo el uno para el otro ante la incertidumbre de qué ocurriría con Damián, pero los nervios habían sido más fuertes que ellos y estaban exorcizando el miedo en forma de reproches. Sabían que, apenas un rato después, se arrepentirían, pero ya no

podían parar.

—Al menos yo soy realista. Por supuesto que creo en una España mejor que la que tenemos, pero disculpa si me parece ridículo matar a Franco cuando todo el mundo sabe que ya está más muerto que vivo. No soy tan iluso como vosotros. Al final… todos pertenecemos a la clase social en la que hemos nacido.

—No me puedo creer que estés diciendo eso. ¡Llevo años escuchándote lo contrario!

—Porque en eso era en lo que creía. Pero me he despertado de golpe este año, Angie. ¿Piensas que cuando Elvira se quedó embarazada tuvimos alguna posibilidad de irnos a Londres y acabar con el problema? Antes de que quisiéramos darnos cuenta, teníamos una boda organizada, un piso a nuestro nombre en el barrio de Salamanca y la garantía de que un médico dirá dentro de ocho meses que el niño nació prematuro pero muy sano.

—No parece precisamente una condena, ¿sabes? Mucha gente mataría por tener todo eso.

—Pero ¡¡yo no!! —La frustración que Víctor llevaba semanas acumulando estalló contra la persona que menos merecía pagar por ella—. Yo estoy metido en esa mierda hasta el cuello porque no pienso dejar a Elvira en la estacada, embarazada de un tío que se desentiende del asunto. Pero te aseguro que mis sueños no se parecían en nada a lo que va a ser mi realidad.

—¿Y por eso te niegas a creer que Damián y yo sí podamos cumplir los nuestros?

—Es que no vais a poder, Angie. —Le sonrió con un gesto condescendiente que a ella le hizo odiarlo—. ¿Crees que tus padres aceptarán que os caséis, cuando tú prácticamente acabas de empezar la universidad y él es un pescador sin futuro en una isla perdida? Es más, ¿crees que a ti te apetecerá coger un autobús cada viernes al salir de clase para venir a visitarlo y pasarte el fin de semana escuchando cómo han ido las últimas mareas mientras tú tienes que estudiar para los exámenes? ¿Cuánto tiempo calculas que aguantaréis?

—¿Cuándo te has vuelto tan cínico, Víctor? —En la voz de Angie ya no había enfado, solo pena; solo la sensación de que algo que había sido muy bonito estaba roto sin remedio.

—Cuando me enteré de cómo funcionaba el mundo real. Damián y tú… sois una idea preciosa en verano, en este universo particular

que es la isla, pero no en la vida real.

—¿Sabes qué, Víctor? Ha sido una mala idea contártelo. No solo he traicionado la confianza de Damián, sino que encima no ha servido de nada. Estoy aún más triste que antes de salir de casa, que ya es decir. Él se está jugando la vida por tu libertad y por la mía, y tú cada día me pareces más gilipollas.

—¡Vete, sí! —le gritó él en cuanto Angie se levantó y echó a andar de vuelta hacia la casa—. Vete a esconder la cabeza debajo de la almohada y a creerte que vas a querer a Damián para siempre como hace unos veranos creías que me querrías a mí.

Angie se dio la vuelta. Aquellas palabras la dejaron con los pies anclados a tierra y la furia bullendo en sus venas con una fuerza que no habría creído posible unas horas antes, cuando sentía débil cada músculo de su cuerpo. Ni Víctor ni ella habían hablado nunca del pasado; simplemente, lo habían vivido. Nunca se habían confesado amores ni pasiones; lo que habían tenido que decirse lo habían hablado sus cuerpos. Y lo mismo ocurrió aquella tarde, cuando Angie se dio la vuelta, se plantó ante Víctor y, sin decir una palabra, le cruzó la cara de una bofetada que pareció resonar en toda la isla.

Angie se encerró a llorar en su habitación en cuanto regresó a casa. Oyó volver a Víctor unas horas después. Y aunque esa noche, como todas, compartieron mesa a la hora de la cena, no intercambiaron ni una sola mirada sobre el mantel de cuadros verdes y amarillos. Todo había cambiado, se había roto.

Ambos pasaron sin pegar ojo esa penúltima madrugada de agosto. Otros años, aquella era la velada reservada a la fiesta de fin de verano en el casino, pero ninguno de los dos se planteó ir esa noche. Nunca hablarían para saberlo, pero era el mismo pensamiento el que los mantenía en vela, en dos camas que estaban a apenas unos metros de distancia, pero entre las que parecía haberse extendido un océano. Pensaban que ojalá pudieran volver los tres cinco años atrás en el tiempo, a aquellos veranos en los que la máxima preocupación de todos era esquivar la prohibición de bañarse antes de haber hecho la digestión.

34

Víctor

En aquellos veranos de mi adolescencia y mi primera juventud había sentido muchas cosas. Un amor ingenuo hacia Angie, una sensación de camaradería irrompible con Damián, las ansias de crecer, de vivir, el orgullo de formar parte de una generación dispuesta a cambiar las cosas, en la que las clases sociales ya no importaban y solo el objetivo de ser libres nos unía a todos. Y la amistad. La amistad entre tres personas muy diferentes que tuvieron la suerte de encontrarse en una pequeña isla casi desconocida del mar Cantábrico y que se convirtió en el pilar de mis veranos y en añoranza durante el resto del año.

Lo que nunca había sentido hasta aquella tarde era odio. Un odio pegajoso y visceral, insensato e irracional, que se coló en mis vasos sanguíneos mientras Angie me contaba la verdad sobre Damián y que, pocos segundos después, estaba ya extendido por todo mi cuerpo.

Lo odié a él por no habérmelo contado. Porque yo creía que era su mejor amigo, que siempre confiaríamos con los ojos cerrados el uno en el otro; porque yo habría puesto mi vida en sus manos sin dudarlo y él ni había tenido la deferencia de despedirse de mí. Intenté recordar las últimas palabras que habíamos intercambiado y solo me vino a la cabeza una conversación sobre las horas de calor y aburrimiento que lo esperaban en el coche de línea que lo llevaría a Asturias. Vamos..., una mentira de mierda. No se había roto solo un pacto entre hombres firmado cuando ni siquiera lo éramos. Se había roto todo.

La odié a ella por quererlo tanto. Por quererlo más que a mí. Porque yo sabía que había sido el primer amor de Angie y no lograba ubicar en el tiempo el momento en que Damián me había adelantado. Y sí, yo iba a casarme y eso hacía imposible que tuviéramos un futuro juntos, pero soy un hombre y no me avergüenza decir que esperaba al menos haber visto un chispazo de celos en sus ojos cuando le conté que al cabo de pocos meses sería marido y padre.

Lo odié a él por ser mejor que yo. Más valiente, más comprometido. Lo odié por convertir en realidad, aunque fuera una realidad temeraria y destinada al fracaso, aquel discurso que yo repetía en las reuniones clandestinas de la facultad, entre tragos de cerveza y humo de cigarrillos.

La odié a ella por estar tan triste.

Lo odié a él por haberla hecho llorar, porque ver a Angie apagada era como ver extinguirse una estrella.

Los odié a ambos por convertirme en la arista que sobraba de un triángulo que había sido equilátero durante una década.

El odio no es buen consejero. Sobre todo cuando llega de forma inesperada. Sinceramente, yo aquella tarde bajé a la playa convencido de que tendría que consolar a una chica criada en el nacionalcatolicismo por haber perdido la virginidad con las bragas en los tobillos en una playa cercana a la fiesta. Y creía que si después de esa conversación acababa odiando algo sería solo el haber perdido la oportunidad de persuadirla para que hubiera sido conmigo.

No esperaba lo que oí, y mucho menos esperaba que me dejara tan aturdido como la bofetada con la que ella, supongo que con razón, me había cruzado la cara. No esperaba tener que caminar durante horas para calmarme por aquellos acantilados entre los que habíamos sido unos chiquillos inocentes que se creían muy mayores por fumar a escondidas el tabaco que Damián le robaba a su tío. Pero, sobre todo, no esperaba que, en lugar de la lógica preocupación que debería haber sentido por mi mejor amigo, lo que me invadiera fuera la furia.

Hubo un momento en que llegué a pensar que Damián buscaba convertirse en un mártir, uno más de aquella causa perdida que fue durante décadas la lucha contra la dictadura. Lo imaginaba convertido en un Puig Antich, del que quienes nunca nos habíamos manchado las manos de sangre hablaríamos con respeto reverencial en los corrillos universitarios. Y hasta con esa imagen en la cabeza lo envidié. Porque él había conseguido hacer llorar a Angie y yo lo único que había logrado arrancarle en mi vida eran risas y algún gemido tonto cuando las manos se me escapaban durante aquel beso que compartimos y los muchos roces de los veranos siguientes.

Ni siquiera hoy entiendo por qué pensé que era mejor hacer llorar a alguien que hacerlo reír.

El odio no es buen consejero, no. Eso lo aprendí la tarde del 29

de agosto de 1975, sentado en un acantilado frente a unas olas que rompían con tanta furia que acabaron mojándome la ropa. Era de noche cuando logré levantarme. Ya había tomado la decisión que me convertiría en el hombre que soy hoy. Aún estaba a tiempo de arrepentirme, llamar a la puerta de Angie y confiar en que acabaría perdonándome por haberme comportado como un imbécil, porque ella siempre fue mejor que yo y no sabía odiar.

Pero no lo hice.

Han pasado casi cuarenta años desde aquel día y, aunque sé que mucha gente me detesta, e incluso que mis dos hijos tienen un lamentable concepto que de mí..., si algo puedo jurar con la mano sobre el corazón es que ni un solo día he dejado de lamentar la decisión que tomé.

35

Marzo de 2015

Lucas no lleva ni ocho horas solo en la isla y ya no sabe qué hacer. El abogado Manuel Dávila lo llamó poco después de que se marchara Marina para informarlo de que los papeles que tenía que firmar ya estaban listos, así que hizo un viaje relámpago al pueblo y todo quedó zanjado, lo cual lo dejó sin excusa para volver a la isla. Tal vez en ese momento tendría que haber cogido su coche de alquiler para regresar a Madrid, pero... ni se le pasó por la cabeza.

Ha estado más de una hora al teléfono con Inés y Mencía, que siente que en estos momentos son lo único que lo une con Madrid. Ha hablado con ellas todos los días, pero hoy ha podido explayarse sin esa sensación de nervios algo irracional que siempre le provocaba que Marina estuviera cerca cuando llamaba a casa. Les ha hablado a las niñas de una isla preciosa que puede que ellas hayan creído que era ficticia, como parte de un cuento. Con Teresa apenas ha cruzado cuatro palabras, lo justo para que ella le diga, con razón, que no le parece lógica esa ausencia tan prolongada sin explicación, y él le responda que necesita unos días más para pensar y centrarse. Ni siquiera eso ha conseguido dejarle mal sabor de boca tras el FaceTime con sus hijas que la cobertura de la isla ha permitido de manera milagrosa.

Después ha hecho la colada, porque empieza a acabársele la ropa que llevó a Nueva York. Hace solo nueve días que salió de su casa de camino a esa reunión de trabajo en Manhattan, pero tiene tan alterada la percepción del tiempo que le parecen siglos. Y, cuando finalmente se ha visto sin nada que hacer, el pensamiento le ha volado a Marina; en realidad, ella no se ha llegado a ir de allí, pero Lucas había logrado distraer su presencia constante. Ahora le cuesta más.

Después de darles su ración diaria a los gatos que merodean por la casa, decide cenar temprano una taza de ColaCao con galletas

Príncipe, un placer culpable que se permite algunas veces; en la casa no hay microondas y, cuando va a poner un cazo con leche al fuego, descubre que no quedan cerillas en la caja que han usado los últimos días. Abre un par de cajones en busca de un mechero y se le pasa por la cabeza llamar a Marina, aunque él mismo se da cuenta de que sonaría demasiado a excusa para hablar.

No tiene suerte en la cocina y prueba en el mueble del salón. Ha visto una vela antimosquitos en el alféizar de la ventana y se le ha ocurrido que quizá allí pueda haber cerillas. Abre un par de cajones que guardan unas mantelerías que tienen aspecto de no haber sido usadas en los últimos treinta años y, en el último, encuentra solo una vieja guía de teléfonos.

No sabe por qué la coge. Quizá porque se ha convertido en un objeto tan *vintage* que le hace gracia. O tal vez porque en la portada indica que es la guía correspondiente a 1997 y ese año siempre provoca que le piquen las cicatrices. El caso es que la toma entre sus manos y, al hacerlo, de entre las numerosas páginas se escapan tres papeles, que vuelan por la estancia empujados por la suave brisa que se cuela por la ventana entreabierta.

Cuando los recupera, Lucas tarda unos segundos en volver a respirar. Siente que, de alguna manera, el pasado le está enviando un mensaje. El primer documento es el certificado de defunción de Damián Rodríguez Castro, el sobrino del señor Martín. La fecha indica que murió en La Coruña el 30 de agosto de 1975.

Lo siguiente que encuentra es un recorte de periódico. Está amarillento, aunque los casi veinte años que Lucas adivina que lleva entre las páginas de la guía telefónica lo han mantenido en bastante buen estado. La noticia habla de un intento de atraco en la zona del Obelisco de La Coruña, en el que la policía abatió a uno de los delincuentes, de nombre Damián Rodríguez Castro. Lucas se sienta en el sofá para intentar poner en orden lo que significan esos dos papeles unidos.

El tercero es un pequeño cartón blanco, con solo dos palabras escritas en él. «Berrocal Núñez». Lucas frunce el ceño un rato, pero acaba deduciendo que el señor Martín debió de utilizarlo como marcapáginas en la guía. Con gestos algo frenéticos, busca la página correspondiente a esos apellidos en el listín. Cuando lo encuentra, ve una línea marcada bajo el teléfono, apenas perceptible, como si el

señor Martín, u otra persona, hubiera pasado la uña por debajo de ese número, el único correspondiente a un titular con esos apellidos.

Lucas coge su móvil y toma nota. «Berrocal Núñez, B.», acompañado por una dirección de la ciudad de Lugo y un número de teléfono fijo. No sabe lo que significan esos datos. Puede que el señor Berrocal Núñez sea solo un viejo amigo de Martín, sin ninguna relación con ese pasado que Lucas investiga sin saber en busca de qué. Pero no cree demasiado en las casualidades, y en toda la guía telefónica solo ha encontrado referencias a esa muerte de Damián que, sin saber por qué razón, lo sorprende e impacta.

Comprueba la hora y ve que no es tarde para hacer una llamada. El teléfono es un fijo de hace dieciocho años, así que mientras suenan los tonos cruza los dedos para que el número siga perteneciendo al mismo abonado.

—Diga...

—Buenas tardes, ¿podría hablar con el señor Berrocal Núñez?

—Sí, soy yo. ¿Quién es? —La voz parece pertenecer a un hombre mayor y Lucas carraspea un poco antes de explicarle algo que ni él mismo acaba de entender.

—Me llamo Lucas y soy un... un viejo amigo del señor Martín Castro, no sé si sabe de quién le hablo.

—Sé de quién me habla.

—Martín ha fallecido hace pocos días y he encontrado su teléfono mientras examinaba sus documentos, junto a otros papeles que... —Otro carraspeo—. Que quizá usted pueda explicarme qué significan.

—Vaya... Siento de corazón la muerte de su amigo, aunque hace años que no sabía nada de él. Dada su edad..., lo cierto es que pensaba que habría fallecido muchos años antes. —El interlocutor se toma unos segundos de silencio que hacen a Lucas temerse lo peor, pero al fin habla—. ¿Qué es exactamente lo que quiere?

—¿Cree que podríamos vernos? Me gustaría hacerle algunas preguntas sobre algo que ocurrió...

—... en 1975, ¿verdad?

—Sí.

—Mañana mis hijos me llevan a su finca a pasar un par de días, pero el martes estaré de vuelta en Lugo. ¿Conoce la ciudad?

—No mucho, pero podré arreglármelas.

—¿Le parece bien quedar el martes a las diez de la mañana en el

Café del Centro, en la plaza de España?

—De acuerdo. Si surge cualquier problema, llámeme al siguiente número: 658…

—Me sale en la pantalla del teléfono, no se preocupe, tomo nota. —Parece que está a punto de colgar, pero al final añade una puntilla que deja a Lucas más convencido que nunca de que ha abierto una puerta que conduce a algún lugar—. La verdad es que llevo muchos años deseando decir algo y no pensaba ya que fuera a tener oportunidad de hacerlo. Nos vemos el martes.

Lucas ni siquiera se asegura de haber colgado la llamada antes de marcar el número de Marina. La leche y el ColaCao han quedado olvidados en la cocina.

Marina lleva todo el día sin parar cuando al fin se sienta a la mesa frente a su tía Fede. Ha pasado casi toda la tarde en el centro donde está internada Angie, intentando consolarse con que se encuentra bien, aunque cada vez que la visita, casi a diario, no puede evitar que su mente intente desentrañar los secretos de ese lugar al que se ha ido la memoria de su madre.

Se ha quedado en la clínica hasta el final del horario de visita; lo estiró un poco, incluso. Desde hace cuatro años, nunca había pasado tantos días sin verla. Ha trabajado en la tesis en la habitación de su madre, mientras ella descansaba, y ha recibido además la llamada del abogado del señor Martín; ya está todo el papeleo arreglado y solo tiene que pasarse a firmar la próxima vez que vaya al pueblo. No se le ha escapado que eso deja a Lucas sin ninguna excusa para quedarse en la isla.

La tía Fede acaba de servir unos canelones de verduras que son su especialidad. Hace ya años que viven juntas; en realidad, casi toda la vida lo han hecho. Fede alquiló un piso a las afueras de la ciudad cuando Marina era adolescente, pero regresó tras la muerte de su hermano y, desde entonces, siempre fueron tres. Ahora dos.

—Bueno… ¿Y no me vas a contar algo más sobre ese reencuentro con Lucas? —Fede lo sabe todo de ella; ha sido, junto a Angie, su mejor amiga desde que era muy joven, y Marina nunca se ha arrepentido de esa elección de afectos que a algunas personas les ha hecho fruncir el ceño cuando se lo ha explicado—. Porque has estado

tan críptica en las llamadas desde la isla que solo se me ocurren dos opciones.

—A ver… —Marina pone los ojos en blanco, pero sabe que no le va a esconder nada a Fede, así que deja que se divierta un poco a su costa.

—O me has estado ocultando información, lo cual ya dice mucho…, o lo has tenido a él pegado todo el rato mientras hablabas conmigo, lo cual lo dice todo.

—Digamos que… hemos dejado cerrado el pasado.

—¿Y habéis abierto el presente? —A Marina le da la risa y cabecea divertida—. ¿O tal vez el futuro?

Justo cuando Marina está a punto de responder, su teléfono suena con un estruendo. Una de las consecuencias de la enfermedad de Angie es que el teléfono nunca se deja en silencio y que cada llamada provoca un estremecimiento en Marina, y también en Fede. Respira aliviada, que no tranquila, cuando ve el nombre de Lucas en la pantalla.

—Hola —lo saluda, con una timidez tan poco propia de ella que le dan ganas de abofetearse. Tal vez es solo el impacto de oír su voz a través del teléfono por primera vez en años, pero sabe que esa excusa le caducará en algún momento.

—Marina… ¿Qué tal?

—Bien, bueno, ya sabes…

—¿Cómo has encontrado a Angie?

—Pues… igual. Lo cual es una buena noticia, aunque no lo parezca.

—Me alegro, entonces. —Después de una pausa tensa, Lucas vuelve a hablar—. Yo te llamaba porque… ha habido bastantes novedades por aquí.

—¿Novedades? ¿Qué ha pasado?

—Me he topado con unos documentos perdidos en un cajón del salón. Te juro que no estaba registrando la casa, solo buscaba unas cerillas, que no he encontrado, por cierto.

—En el mueble de la entrada hay. Pero ¿qué has encontrado?

—El certificado de defunción de Damián, el sobrino del señor Martín. Y un recorte de periódico sobre su muerte. Lo mató la policía en Coruña, en el transcurso de un atraco, a finales del verano del 75.

—Pero… —Marina se queda pensativa; ha oído a sus padres, y

también en el pasado a los de Lucas, hablar sobre aquellos últimos meses del franquismo; sus propios padres se casaron al día siguiente de la muerte de Franco—. Eso es imposible. Si Damián hubiera muerto ese año, y en verano, además, ¡en Coruña!, ¿cómo no iban nuestros padres a hablar de ello?

—Pues es lo que he encontrado, Marina. Eso y... el teléfono de un hombre que conocía de algo, no sé de qué, al señor Martín. Lo he llamado y hemos quedado el martes para que me dé una información que dice que lleva décadas callando.

—Joder, Lucas...

Marina empieza a pensar que puede que Lucas tenga razón, que haya algún misterio oculto en el pasado que ha ido desencadenando los acontecimientos posteriores. Ella se ha tomado casi a broma esa «investigación» durante los últimos días, convencida de que era solo una huida hacia delante de Lucas para no pensar en su crisis personal, pero empieza a haber demasiadas piezas que no encajan en el rompecabezas.

Cuando se gira para decirle a su tía que se va a su cuarto un momento a seguir con la conversación, la nota desencajada. Disimula, y no lo hace mal del todo, pero Marina la conoce bien.

—¿Me acompañarás, Marina? He quedado el martes a las diez en Lugo. Podemos vernos allí o te puedo recoger en Coruña, si prefieres...

—Déjame que me organice antes, ¿vale? Cuenta conmigo, eso seguro, pero te confirmo mañana cómo lo hacemos.

—Vale.

—Bueno, Lucas, tengo que dejarte. Me has pillado cenando y...

—Te he echado de menos hoy —le dice él, así, de sopetón, como si hubiera tenido que soltarlo rápido antes de que la cobardía lo acallara—. Hasta mañana, Marina.

Cuando se quiere dar cuenta, él ha colgado. Marina vuelve a la mesa y Fede está seria. No es habitual; si algo caracteriza a esa mujer pequeña y amable es la sonrisa que siempre cuelga de sus labios.

—¿Qué pasa, Fede?

—Era Lucas, ¿no?

—Sí. Ha encontrado algunas cosas en la casa del señor Martín que quiere investigar un poco más a fondo. Te juro que pensé que se había vuelto loco, pero ahora empiezo a estar intrigada yo también.

—Marina, no hagáis nada. —Fede se acerca a ella y le agarra una

mano—. Dejad el pasado en su sitio y no hurguéis en él.

—Fede…

—Sabes que te quiero, Marina, que te quiero más que a nadie. Y que nunca te he pedido nada. Ahora te pido que olvides el pasado y luches por ser feliz en el futuro. Sé que la vida no te lo ha puesto fácil, pero…

—¿Sabes? Eres la segunda persona esta semana que nos dice eso a Lucas y a mí. La primera fue Víctor, el padre de Lucas.

A Fede la recorre un estremecimiento; Marina puede verlo, percibirlo.

—¿Qué es lo que pasa?

—¿No ves lo que ocurre con querer desentrañar secretos del pasado? Solo hay dos opciones: que no encuentres nada y te pases la vida persiguiendo fantasmas, o que averigües algo que luego te darás cuenta de que no querías descubrir.

—Tú sabes algo, Fede. Llevo días sin querer hacerle caso a Lucas cuando veía fantasmas, como tú dices. Y ahora me estás contando… ¿Me estás contando que voy a descubrir algo que no quiero saber, pero que tú sí sabes?

36

Fede

Pues claro que lo sé, Marina. Pues claro que lo sé. Lo sé todo.

La vida ha sido extremadamente generosa conmigo. Nací en una familia acomodada, tuve todos los caprichos que me apetecieron y, hasta los catorce años, no recuerdo haber sufrido un solo disgusto más allá de berrinches infantiles. Tenía esa edad cuando mi hermano huyó de Chile para salvar la vida. Felipe y yo nunca habíamos tenido secretos, a pesar de la diferencia de edad, así que sabía en qué estaba metido antes de que toda la familia se enterara y se viera obligada a mover sus hilos para mandarlo a España. Desde el día en que lo despedí arrasada en lágrimas en el aeropuerto de Pudahuel, supe que en cuanto tuviera ocasión lo seguiría.

La ocasión me la brindó una boda por sorpresa, un curso académico en un colegio de monjas y tu nacimiento. La primera vez que te vi, Marina, supe que no podría volver a Chile, que haría cualquier cosa para no tener que enfrentarme a otra despedida como la que me había roto el corazón tres años antes. Me quedé. Y la vida continuó siendo generosa conmigo, esta vez de la mano de Felipe y Angie.

Ellos siempre repetían que tenían mucho que agradecerme porque los ayudé a criarte sin que Angie tuviera que dejar sus estudios ni Felipe renunciar a su trabajo. Lo que nunca entendieron es que para mí esos años fueron el mejor regalo que me ha hecho la vida. Años en los que iba a la escuela o a la facultad por las mañanas, cuidaba de ti el resto del día y vivía mimada por mi hermano y mi cuñada. Felipe estaba mucho tiempo fuera y yo me convertí en la confidente de Angie durante madrugadas eternas que pasábamos fumando cigarrillos en el balcón del piso, porque las dos hemos sido siempre como búhos.

Solo tuve que pagar un precio por esa vida soñada que Felipe y Angie me regalaron: convertirme en la única custodia de sus secretos.

Fue un honor saber que confiaban tanto en mí como para contarme lo que nadie más sabía, ni siquiera tú. Sobre todo, tú.

Pero ha dejado de ser un honor para convertirse en una responsabilidad demasiado pesada. Porque Angie ha sido mi mejor amiga durante casi cuarenta años, pero hace ya mucho tiempo que comparte ese título contigo. Nunca estuve de acuerdo con que te ocultaran aspectos fundamentales de tu propia vida, pero respeté su decisión. Ahora que has decidido remover el pasado por ti misma, sé que tengo que hablar. Porque hay secretos que van a destrozarte el alma y para mí aún eres a veces la niña a la que conocí un par de horas después de que naciera. Y, aunque me vaya a desangrar y tal vez nunca me saque de dentro la culpabilidad por haber traicionado lo que les prometí a Angie y Felipe hace ya muchos años, prefiero hacerte yo el desgarro, y estar ahí para cosértelo, que permitir que descubras por azar una realidad muy diferente de lo que llevas treinta y nueve años creyendo.

37

Marzo de 2015

—Marina... A mí no me corresponde contarte esto. —Fede resopla. Se han sentado en el sofá, con un café en la mano—. Ojalá nunca hubiera muerto el señor Martín, nunca te hubieras reencontrado con Lucas en la isla y nunca se os hubiera ocurrido meter las narices donde nadie os ha llamado.

—Fede, me estoy asustando. Bueno... En realidad llevo mucho rato asustada, pero ahora estoy hasta tiritando. Y la calefacción está a tope.

—Tú sabes que tus padres te querían muchísimo, ¿verdad? Quiero decir, que Angie aún...

—No te preocupes, Fede. —Marina esboza una sonrisa triste—. A mí también se me escapa muchas veces hablar de ella en pasado.

—Pues eso... Lo sabes, ¿no? Que eras el amor de la vida de mi hermano y el mayor orgullo de Angie.

—Creo que el amor de la vida de ambos era el otro, pero... me parece bien. Por supuesto que sé que me querían muchísimo. Mira que he dudado de cosas a veces en la vida, pero de eso... jamás.

—¿Y entiendes que a veces decidimos ocultarles cosas a las personas que queremos? Por razones acertadas o equivocadas, pero convencidos de que hacemos lo mejor...

—Te ruego que vayas al grano, tía. Me estoy mareando de los nervios.

—Tú no sabes mucho de lo que vivió tu padre en Chile, en los meses que pasaron entre el golpe de Estado de Pinochet y su huida. A él no le gustaba hablar de ello; prefirió olvidar que quedarse anclado en el rencor.

—Era un tío bastante listo. —Se miran con complicidad al recordarlo—. Pero ¿qué tiene eso que ver conmigo?

—Ay, cariño... Aún no has entendido que todo está relacionado,

¿eh? Ojalá esta fuera una historia sencilla de explicar y no tuviera que remontarme tanto.

—Está bien. Sigue.

—A tu padre lo torturaron en un barco de la Armada chilena en Valparaíso. Una cosa infame de la que muy pocos salieron enteros. Él sufrió algunas secuelas, nada importante para lo que podría haber sido, pero… una de las consecuencias de aquellas torturas fue que lo dejaron estéril. Lo castraron, Marina, como a un perro.

Las lágrimas de Fede son de rabia por lo que le hicieron a su hermano, pero también por su país al completo. Lleva casi diez años, desde la muerte de Pinochet, posponiendo un regreso que nunca quiso que fuera en vida del dictador; no se despidió de sus padres cuando murieron… y todo apunta a que jamás regresará al país que la vio nacer, pero que también traicionó tanto a Felipe.

—Pero… —Marina mira a su alrededor, confusa, perdida—. Eso no puede ser. Papá salió de Chile en el 73 y yo nací…

—En junio del 76, sí.

—Fede, por Dios… Fede, ¿me estás diciendo que mi padre no… que no era mi padre en realidad?

—Pues claro que era tu padre. El mejor padre del mundo. Pero… biológicamente… No, no lo era.

—Necesito… Creo que necesito un segundo.

Fede llora mientras oye los ruidos que proceden de la habitación de su sobrina, en la planta alta de ese dúplex que es casi el único hogar en el que ambas han vivido. La conoce tan bien que sabe que está rebuscando entre las mesillas y la cómoda un paquete de tabaco para salir a la terraza a rumiar su angustia con la única compañía de las estrellas; está a punto de ofrecerle uno de sus cigarrillos, pero sabe que Marina necesita soledad.

Cuando vuelve a bajar, Fede se ha repuesto de la impresión de haberle confesado el secreto que le pesaba dentro desde hacía más de treinta y cinco años, pero sabe que lo peor está por llegar. Ojalá todo fuera tan sencillo como lidiar con la fase inicial de un impacto, cuando el dolor y la sensación de pérdida aún no se han extendido como el veneno de una picadura por nuestro pensamiento. Ojalá solo doliera el picotazo.

—¿Desde cuándo lo sabes? —Ira. Puede que Marina haya pasado demasiado deprisa por la negación, pero Fede no tiene ninguna duda

de que ha llegado ya a la ira.

—Desde siempre.

—¿Cuánta gente lo sabe? ¿Es el típico secreto familiar que conoce todo el mundo menos la persona que tiene derecho a saberlo?

—No, por supuesto que no. Lo sabían tus padres y lo sé yo. Punto. Nadie más, te lo juro.

—¿Por qué?

«Por qué». Esa es siempre la pregunta más difícil de responder. El cómo, el cuándo, el dónde... Eso son accesorios para el espectador, circunstancias, lugares seguros; el porqué ahonda en la llaga, mete el dedo y lo saca envuelto en pus y miedo.

—Ni sirve de nada que te diga esto ahora ni me siento bien haciéndolo, pero me sale una úlcera si me lo callo. Yo nunca estuve de acuerdo. Por eso me va a costar mucho que comprendas los porqués, no creas que no lo sé. Porque no son los míos, son los de tu padre.

—¿No contármelo fue idea de mi padre?

—Sí. Angie lo aceptó a regañadientes. Marina, tienes que entender que... eran otros tiempos.

—¡Ja! —Marina asusta a su tía con una carcajada llena de amargura—. Esa siempre es una excusa perfecta, ¿no?

—No. Pero es que sí que lo eran. Tu padre fue un rebelde, un revolucionario. Fue un hombre que estuvo a punto de morir por sus ideales y créeme que no mucha gente puede decir eso y que sea verdad. Pero nació en el año 49 en Chile, en una familia como la nuestra, desfasada, clasista, ultracatólica... No sigo, ¿verdad? Él tenía pánico, auténtico pavor, a que tú supieras algún día que no era tu padre biológico y lo rechazaras.

—Pero, Fede..., ¿cómo iba yo a rechazar a mi padre por eso?

—Los tiempos han cambiado, ya te lo he dicho. Hoy en día la gente se divorcia, se vuelve a casar y es muy fácil acabar criando a los hijos de otro hombre o de otra mujer. En los años setenta no era así. Créeme, cariño, no era así en absoluto. Un hombre que se hacía cargo, así lo decían, hacerse cargo... Un hombre que se casaba con una mujer con hijos, o embarazada de otro, era casi un héroe. Para algunos, claro. Para otros, era poco más que un calzonazos, un imbécil.

—Pero yo jamás habría pensado así, yo...

—A ti te conocemos ahora. Pero en junio del 76 ni sabíamos cómo ibas a ser ni cuantísimo, por suerte, iba a cambiar la mentalidad

del mundo. Felipe le pidió a Angie que no te contaran nada justo allí, en la maternidad, y ella aceptó.

—Y cuando él murió… ¿por qué Angie…?

—Se lo pregunté, Marina. A tu madre la destrozó la muerte de tu padre, no hace falta que yo te lo explique. En cierto modo, *heredó* aquella obsesión de tu padre. Ella ya sabía que tú no lo rechazarías, por Dios, tu padre y tú estabais locos el uno por el otro. Pero a ella le parecía una traición contártelo cuando él ya no estaba.

—Ya…

—Haz la pregunta, Marina. Una vez que he llegado hasta aquí… ni te voy a mentir ni me voy a callar.

—¿Quién es…? ¿Quién es mi padre *biológico*? —Marina enfatiza la palabra y a Fede le quita parte del peso de sus hombros. Puede estar enfadada con Felipe, puede que tarde tiempo en perdonarlo, porque no es fácil reconciliarse con alguien que ya no está, pero no dejará de considerarlo su padre.

—No me digas que no lo sospechas…

—¡Dios mío! —Marina se levanta del sofá de un salto—. Dios mío, Fede, no será Víctor, ¿verdad?

—Marina, siéntate. —A Fede le daría la risa si la situación no fuera tan dramática—. Pero ¿tú te crees que tus padres habrían dejado que Lucas y tú os enamorarais y planearais un futuro juntos si fuerais hermanos? Podían ser unos hippies, pero no tanto.

—Damián… —dice Marina en un susurro, sin atreverse a levantar la mirada del suelo porque no sabe si quiere que su tía se lo confirme. Aunque en realidad no lo necesita; de alguna manera, primaria e irracional, ya lo sabe.

Fede asiente y los ojos de Marina se llenan de lágrimas. Se ha pasado cinco días burlándose de Lucas por esa investigación que lo obsesiona, y ahora resulta que el sobrino del señor Martín era en realidad su padre. No le cabe duda de que el viejo lo sabía; siempre dijo que era la nieta que la vida no le dio, pero la verdad es que era la sobrina-nieta que sí le había sido concedida.

Las preguntas se le agolpan en la mente, la torturan. No sabe por dónde empezar y echa de menos un cuaderno en el que apuntar las ideas que llegan como *flashes* y no acaban de asentarse en unas neuronas que están demasiado revueltas.

—Pero él… Hemos averiguado que murió aquel verano. Es

imposible que…

—Tu embarazo fue largo; debías de estar muy cómoda allí adentro porque tardaste en salir más de lo esperado. Eso ayudó a que nadie sospechara. Por lo que me contó Angie, se debió de quedar embarazada apenas unos días antes de que él muriera.

—Pero ¿su muerte tuvo algo que ver con…?

—No, no. Estaba metido en asuntos políticos, en la resistencia antifranquista… Qué cosas tiene la vida, ¿verdad? Solo unas semanas después, tu madre se enamoró de Felipe, que también había luchado contra una dictadura… Es igual, me he despistado. Damián murió sin poder ni imaginar que tu madre se hubiera quedado embarazada, Marina.

—Pero… —Marina llora. Llora por un padre al que no conoció y al que quizá nunca llegue a identificar con esa palabra. Llora por todas las injusticias que a lo largo de la historia se han llevado a buena gente. Llora por todo—. Pero ¿cómo pudo Angie casarse con mi padre tan pronto?

—Ay, mi niña… Eran…

—No me digas que eran otros tiempos, te lo pido por favor.

—Y, sin embargo, lo eran. Tu madre quería a Damián. A Damián y a Víctor. Eran sus mejores amigos desde niña, habían compartido los veranos en los que se hicieron mayores. Tuvo una relación con Damián aquel verano del 75 que apenas duró unos días. No le dio tiempo a llegar a enamorarse como luego lo hizo de Felipe, aunque una vez que nos quedamos hasta las tantas fumando marihuana me confesó que estaba segura de que podría haber llegado a hacerlo. Pero no tuvieron tiempo. Ella volvió a Coruña destrozada, conoció a mi hermano, que era un hombre guapísimo… Yo había visto a las chicas enamorarse de él en Chile con poco más que una mirada. Para cuando Angie se dio cuenta de que estaba embarazada, Felipe ya había decidido pedirle matrimonio. Y sí, lo repito, eran otros tiempos. Vivíamos deprisa, un día duraba un mes y un mes era un año entero. Una tarde estábamos en dictadura y, a la siguiente, todo el mundo en pelotas en las películas; Carrillo había sido el demonio cuarenta años y de repente estaba en el Parlamento. Sé que suena a excusa barata, pero en aquellos años todo iba muy rápido, mucha gente se casaba tan solo unas semanas después de conocerse. No se pensaban las cosas tanto como lo hacéis ahora. No sé si eso era bueno o malo, pero era

así.

—¿Y papá aceptó que ella estuviera embarazada?

—La amaba, Marina. Con locura. Y aún te amó más a ti cuando te conoció. Nunca dudes eso, te lo suplico.

—No… No lo dudo. —Marina se pasa la mano por la cara para tratar de espantar alguno de los zumbidos que azotan su mente—. No sé cómo me siento con que me hayan mentido tanto, con que me hayan ocultado parte de mi identidad, pero… sé que no hubo mala intención. Es lo máximo que puedo decir por ahora. Necesitaré un tiempo para encajar todo esto.

Marina se levanta y pone en marcha la cafetera automática. Se concentra en escuchar como el mecanismo perfora la cápsula, el depósito de agua escupe su contenido, el chorro de café rebota contra el fondo de la taza… No tiene capacidad para más. Las dudas la devoran, los miedos; el querer saberlo todo convive con el pánico a lo que pueda descubrir.

—Fede, esto que me has contado… —Marina le tiende una taza a su tía, que se lo agradece con un asentimiento y le dirige una mirada prudente, llena de temor a lo que pueda seguir preguntando su sobrina—. ¿Tuvo algo que ver con lo que pasó el verano que Lucas y yo nos separamos?

—Marina, olvida aquello. Llevo años pidiéndotelo y nunca he conseguido que me hagas caso. Erais unos niños…

—No hagas eso. No menosprecies lo que fuimos Lucas y yo. No teníamos la culpa de habernos enamorado tan jóvenes, pero no creo que fuéramos menos que una pareja de treinta y pico.

—Tienes razón, lo siento. —Marina le quita importancia con una sonrisa—. Pero llevas dieciocho años dándole vueltas a aquel verano. Has pasado cinco días a solas con Lucas en la isla y no me creo que no hayáis hablado de ello.

—Sí lo hemos hecho…

—Pues siguiente capítulo, Marina. Ya bastante sufriste. No sé si Lucas y tú volveréis a veros, si os habéis limitado a aclarar lo que os pasó o incluso si puede haber un futuro para vosotros. Pero para tener un futuro, un presente incluso, juntos o no, lo primero que tenéis que hacer es olvidar el pasado.

—Pero ¿cómo vamos a olvidar algo que ni siquiera hemos logrado entender?

—Marina. —Fede está seria, muy seria. Su sobrina no recuerda haberla visto así desde que, a los doce años, la pillaron robando en una tienda con dos amigas y fue ella quien acudió a rescatarla, a evitar que sus padres se enteraran y a abroncarla hasta hacerla llorar —. No toquéis el pasado. No penséis en lo que ocurrió. Dejadlo estar.

—Fede, no puedes pedirme…

—No te lo estoy pidiendo. Te lo estoy suplicando.

Marina niega con la cabeza. No sabe si está queriendo decir que lo hará, que no tocará el pasado, o todo lo contrario. No le puede pedir más a su cerebro; ni a sus emociones. Lo único que quiere es meterse en la cama, aunque sabe que no dormirá. No había tenido tantas ganas de hacerse una bola bajo las sábanas desde hacía dieciocho años.

38

Marina

El teléfono vuelve a sonar y no necesito mirar para saber que es Lucas. Llevo más de veinticuatro horas ignorando sus llamadas, como las visitas a mi habitación de Fede. Si no he apagado el móvil es por miedo a que llamen de la clínica de Angie; si no me he marchado es porque no tengo adónde ir.

Había olvidado la sensación de parálisis. Tengo pocas dudas de que las dos peores noticias que he recibido en mi vida fueron el accidente de mi padre y el diagnóstico de Angie, pero en ambas ocasiones tuve capacidad de reacción. La primera vez, para salvar a mi madre del abismo; la segunda, para asegurarme de que tuviera la mayor calidad de vida posible a pesar de su enfermedad.

En cambio, cuando Lucas se marchó y dejó de dar señales de vida, fui incapaz de reaccionar. Como si el dolor que sentía se me hubiera agarrado a la médula espinal y me impidiera moverme. Pasé meses metida en la cama, sin ir a clase, sin levantarme a comer, subsistiendo con lo que mis padres o Fede traían a mi cuarto para evitar que me dejara morir de inanición.

Y ahora me siento así. Perdida en la incomprensión. No es la pena la que me inmoviliza, con esa sé lidiar. Es la misma sensación de confusión que me arrasó dieciocho años atrás. Entonces no entendía por qué el amor de mi vida, el hombre que estaba llamado a ser el padre de mis hijos, se había esfumado sin dejar rastro, sin molestarse siquiera en explicarme por qué lo había hecho. Ahora no puedo asimilar las justificaciones que me ha dado Fede; mi cerebro las entiende, pero mi corazón no es capaz.

Siempre presumí de tener unos padres con los que podía hablar de cualquier cosa; era la envidia de mis amigas en la adolescencia, me embargaba el orgullo cuando podía acudir a ellos con cualquier problema porque sabía que lo entenderían. Y ahora que no están,

descubro que me mintieron, que me ocultaron algo que todo el mundo tiene derecho a conocer, su origen, y lo más irónico es que si pienso así es porque me educaron en esas ideas, mientras ellos predicaban pero no daban trigo.

Qué harta estoy de que la vida, de vez en cuando, decida darme un volteo y dejarme boca arriba como una tortuga, sin tener ni idea de cómo recuperar la senda, de cómo continuar cuando los cimientos de lo que soy se han convertido en mantequilla.

El teléfono vuelve a sonar. Meto la cabeza bajo el edredón y cierro los ojos, aunque sé que dormir no es una opción.

39

Marzo de 2015

Mientras conduce su coche de alquiler por la autovía del Cantábrico, Lucas se da cuenta de que ha cambiado. Hace dos días que no sabe nada de Marina, que ella no le coge el teléfono, y no se ha rendido. Ha tenido mucho tiempo para pensar en los reproches que le hizo Marina unos días atrás y le ha dolido entender que ella tenía razón, que siempre la tuvo cuando le echaba en cara que fuera frío, que diera esa sensación de quererla menos que ella a él a la que tanto se ha resistido. La quiso, sí, pero como se quiere a quien siempre estará ahí; Marina era su puerto seguro. Ahora que ella se ha marchado y no da señales de vida —si no la conociera como lo hace, pensaría que es una venganza con dieciocho años de enfriamiento—, Lucas ha reaccionado. Va a buscarla. Si no quiere volver a saber nada de él, tendrá que decírselo, aunque es consciente de que no tiene derecho a exigir nada después de cómo actuó él en el pasado.

Lucas recuerda la dirección de Marina. No ha escrito una carta a ese buzón en casi veinte años, pero no la ha olvidado. Ni siquiera se sabe de memoria el número de móvil de su mujer, pero la dirección de Marina sigue ahí, apuntada en el fondo de su cerebro. No conduce por la ciudad desde alguna de aquellas visitas que le hacía en los primeros años de universidad, pero el navegador del coche ayuda. Encuentra un sitio para aparcar en la calle Hospital y se sorprende al ver cuánto ha cambiado todo; cuando Marina y él eran adolescentes, por allí se ubicaba el barrio chino de la ciudad y sabían que no debían meterse por según qué calles. Ahora el lugar lo ocupa un centro comercial, varios edificios de viviendas de lujo y otras modernidades. Busca el bloque de Marina y, aunque duda un momento entre el octavo derecha y el izquierda, el portal abierto lo invita a comprobarlo en los buzones. Sube en el ascensor y llama al timbre con los nervios instalados en el estómago.

—¿Fede? —Lucas reconoce a la tía de Marina en la mujer bajita que le abre la puerta; la nota tan cambiada que se pregunta cuán diferente será también él de aquel chico que desapareció a finales de los noventa—. No sé si te acuerdas de mí, yo…

—Pasa, Lucas. —Fede le franquea el paso hacia la cocina, que en una reforma que él ya no conoció se ha unido al salón-comedor—. ¿Quieres un café?

—No, gracias. Creo que ya traigo nervios suficientes. ¿Está Marina en casa?

—Sí. —Fede resopla—. A ver si tú eres capaz de hacerla reaccionar.

Lucas frunce el ceño mientras sube las escaleras. El cuarto de Marina queda a la derecha, lo recuerda bien, pasó muchas horas de su adolescencia en esa habitación. Cuando abre la puerta y la ve bajo las sábanas, con ojeras marcadas, la piel enrojecida y el pelo hecho un nido en lo alto de la cabeza, se asusta. No quiere tener ese poder sobre nadie, el de hacer tanto daño.

—No es por ti. —Marina esboza un amago de sonrisa al verlo tan estupefacto—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—No me cogías el teléfono. —Lucas se encoge de hombros—. Y quería comprobar que estuvieras bien.

—Pues no, no lo estoy.

Lucas se sienta junto a ella en la cama y le da tiempo para que se recomponga. Se siente un poco imbécil por haber pensado que el problema era él, pero la preocupación supera cualquier otro sentimiento.

—¿Qué pasa, Marina?

—Lo que te voy a contar… Ni siquiera sé si te lo vas a poder creer. A mí me cuesta, y llevo dos días rumiándolo.

Marina reproduce casi palabra por palabra lo que Fede le contó en esa conversación que no olvidará jamás. Prefiere hacerlo así, de forma incluso un poco aséptica, sin explicarle cómo se siente porque aún no lo sabe. Lucas no la interrumpe. Está alucinado con el giro de los acontecimientos, pero sabe que su misión es ser un hombro para que ella se apoye y se desahogue.

—¿Qué quieres hacer ahora, Marina?

—No lo sé. Quedarme en la cama durante semanas me parece la mejor opción.

—Ya. Pero sabes que no lo es. —Lucas decide arriesgarse—. ¿Te apetece ir a dar un paseo? Hace años que no vengo por aquí y veo la ciudad muy cambiada.

Marina sabe que es solo una excusa, pero Lucas consigue convencerla. En el fondo, ella misma está harta de revolcarse en el lodo. Le pide un rato para darse una ducha y vestirse que Lucas pasa recordando con Fede viejos tiempos mientras, esta vez sí, acepta el café que ella le ofrece.

Salen a caminar por el centro de la ciudad. Al principio todo es silencio, porque las circunstancias son tan surrealistas que no encuentran palabras para llenarlo. Atraviesan las calles peatonales de la zona de los vinos, y el sol los recibe en la dársena del puerto. Poco a poco van dejando que los temas seguros se impongan; es una táctica que conocen bien. Hablan sobre Fede, comentan los cambios urbanísticos de los últimos veinte años en la ciudad, evitan mencionar a Angie, a Damián, a Víctor...

—¿Te encuentras mejor? —Lucas le pasa un brazo sobre el hombro; el gesto le ha salido natural, pero se sorprende cuando Marina no intenta alejarse. Se sorprende y se alegra.

—No hace falta mucho para que esté mejor que los dos últimos días, pero... supongo que tardaré tiempo en asumir lo que he descubierto.

—Marina, no sé si es el momento más adecuado para decirte esto, pero... Tengo la cita con el hombre este cuyo teléfono encontré en casa del señor Martín mañana por la mañana. Si quieres, lo llamo para cancelarlo. Esto empezó siendo una investigación mía por mera curiosidad, pero ahora... es la historia de tu familia. Tú decides.

—Quiero ir. No creo que me pueda enterar ya de nada que me haga más daño. Mi padre es Felipe y lo va a ser siempre, pero pienso que Damián merece que alguien lo recuerde. El señor Martín ya no está, pero nosotros sí. Y no lo digo solo porque sea mi padre biológico. Lo digo porque era el sobrino de una persona que nos quiso muchísimo y, si hay algo acerca de su muerte que ese hombre nos quiera contar..., nuestra obligación moral es escucharlo.

—¿Vendrás conmigo, entonces?

—Puedes quedarte a dormir esta noche en mi casa y mañana vamos a Lugo a ver qué es lo que descubrimos. Miedo me da...

—Ya.

—Esta tarde te puedo recomendar un par de sitios para visitar. Yo me voy después de comer a la clínica de Angie y pasaré allí el resto del día.

—Marina…

—¿Qué?

—¿Te molestaría que te acompañara?

—¿A ver a mi madre?

—Sí. Pero solo si no te importa.

—Claro que no.

Después de comer algo rápido en una taberna de la calle Galera, cogen el coche para salir de la ciudad. La clínica privada en la que está ingresada Angie se encuentra en las afueras y, cuando llegan al aparcamiento, Marina siente la necesidad de explicarle a Lucas unas cuantas cosas.

—No sé cómo piensas que es lo que vas a encontrarte ahí dentro, pero… impresiona. Hay días buenos, días en los que me reconoce, incluso, pero lo habitual es que esté perdida en su propio mundo.

—Comprendo.

—No, no lo haces, pero es que esto solo se aprende con la práctica. Vamos.

Caminan por pasillos asépticos mientras los empleados de la clínica saludan a Marina, a la que conocen bien. Cuando abre la puerta de la habitación 187, Lucas no sabe lo que espera, pero, desde luego, no es lo que aparece ante él.

Angie está radiante. Esa es la palabra. Siempre fue una mujer guapísima; alta, con una melena castaña clara por la cintura, los ojos de color miel y unos rasgos perfectos. Y los años han pasado por ella, sí, pero… poco. Su pelo es más claro, con bastantes canas entremezcladas con su color natural, y tantas horas de sol en la isla le han dibujado arrugas alrededor de los ojos. Pero hasta ahí llegan los efectos del tiempo.

—Hola, Angie —la saluda Marina—. ¿Cómo te encuentras hoy?

—¡Bien! —responde cantarina, y Marina sabe que ha habido suerte y la ha reconocido. Está sentada en una butaca junto a la ventana, dibujando formas sin demasiado sentido en un cuaderno—. ¿Quién es tu amigo?

Angie frunce el ceño al fijar su mirada en Lucas y, por un instante, a Marina le entra el pánico a que lo confunda con su padre.

La última vez que vio a Víctor tenía más o menos la edad de Lucas ahora, y el parecido entre ambos es innegable. Pero Angie solo asiente, antes incluso de que Marina responda a la pregunta, como si lo hubiera reconocido. Como si que él esté allí tuviera todo el sentido del mundo. Quizá lo tiene.

Charlan de temas intrascendentes durante un rato. Angie empieza a perderse al contarles lo que ha hecho esa mañana. «He estado tocando la guitarra», les dice, aunque los dos saben que jamás ha tenido ni idea de tocar ningún instrumento. Después de una hora, quiere echarse un rato y no tarda en quedarse dormida.

—La tengo delante y, aunque sé cómo está… —Marina tomó a Lucas de la mano al entrar en la habitación y aún no lo ha soltado—, no puedo evitar las ganas de preguntarle por todo lo que he descubierto estos días.

—Normal.

—Supongo que te habrá impactado verla así, ¿no?

—No te voy a mentir, lo esperaba peor —le responde en un susurro, para no molestar a Angie.

—Por una parte, es maravilloso que no haya deterioro físico, ¿sabes? Pero por otra…

—Haría más fácil asumirlo.

—Sí. Eso es.

Lucas mira por la ventana. El lugar está bastante aislado y en todo lo que alcanza la vista no se encuentran otras construcciones. Podría ser un bonito retiro en el campo si no fuera un lugar a donde van aquellos que han perdido la memoria, que se han perdido a sí mismos. Marina observa a Lucas, mira a Angie también, y se da cuenta de que, junto con su tía Fede, ellos son las dos personas que mejor la conocen en el mundo y no le resulta extraño tenerlos juntos al mismo tiempo. Incluso se asombra de lo natural que le parece la situación.

—¿Tienes miedo a lo que vayamos a averiguar mañana sobre Damián? —le pregunta Lucas de repente a Marina. Tiene curiosidad por saber qué va a contarles el contacto del señor Martín, pero Marina ha pasado por demasiadas cosas esta semana y no quiere que sufra más.

—¿Damián? —Angie despierta de repente al oír ese nombre, y Lucas y Marina intercambian una mirada alarmada—. ¿Qué pasa con Damián?

—No lo sé, Angie... —Marina se acerca a ella y, aunque no tiene muy claro si hace lo correcto, ha encontrado un hilo y se arriesga a tirar de él—. ¿Quién es Damián?

—No lo sé —responde ella, pero incluso en su mundo particular es una mentira. Y Marina lo sabe.

—¿Damián es mi padre?

—Marina... —Lucas se acerca a ella por detrás y le suplica con ese susurro que lo deje, que no intente sacar nada de un pozo en el que todo es dolor.

—No, tu padre es Felipe. ¿Eres tonta? —Angie sonríe satisfecha y Marina se sorprende de la lucidez que ha mostrado de repente.

—¿Y quién es Damián?

—Damián es un chico... —La cara de Angie se recubre de repente de una mueca grotesca, que casi la deforma. Lucas se da cuenta al mismo tiempo que Marina, durante un silencio eterno en el que no saben qué hacer—. Damián está muerto.

—Ya lo sé.

—Damián está muerto. —Angie comienza a sollozar y Marina se arrepiente de haberla herido—. Damián está muerto.

La letanía se convierte en cantinela y Marina sabe que ha llegado el momento de regresar a casa. La enfermera de turno pasa a administrarle la medicación, lo que significa que Angie se dormirá dentro de unos minutos. Odia irse con el mal sabor de boca de haberle provocado un disgusto justo en uno de los días en que parecía algo lúcida, pero sabe que, si tuviera cien oportunidades para reiniciar la tarde, en noventa y nueve actuaría de la misma manera.

Lucas toma una mano de Angie antes de marcharse, porque no sabe de qué otra forma despedirse de aquella mujer que fue su suegra y, antes de eso, una presencia constante en su infancia. Marina se acerca a arroparla, quiere tener al menos ese gesto de cariño antes de irse, aunque sepa que Angie se destapará enseguida, porque siempre se queja del calor que hace en la clínica.

—Vendré mañana, mamá. —No suele usar esa palabra con ella, pero en ocasiones duele demasiado callarla.

—Damián está muerto, Damián está muerto, Damián está muerto...

Con ese rumor en sus oídos se dirigen a la puerta. Saben que les pasará como con esas canciones del verano que son horribles pero

pegadizas y, una vez que las oyes, no puedes sacártelas de la cabeza en todo el día. Es una canción del verano en versión macabra.

Cuando están a punto de cerrar la puerta, Marina y Lucas intercambian una mirada sobresaltada. Una de la que no hablarán, porque da demasiado miedo. Una que ha venido provocada porque, en medio de la cantinela sombría de Angie, están seguros de que han oído una frase disonante.

«Damián está muerto. Damián está muerto. Damián está muerto… Y yo lo maté».

40

Marzo de 2015

Pasan ya unos minutos de las diez cuando Marina y Lucas encuentran al fin el Café del Centro; resulta que la plaza de España que les mencionó Berrocal se llama desde hace años plaza Mayor y se han pasado un buen rato buscando como locos en Google Maps. Han ido cada uno en su coche, porque Lucas regresará a la isla al acabar la reunión y Marina prefiere volver a Coruña. En cuanto entran en el café, a pesar de que Lucas no le había dicho al señor Berrocal que fuera a asistir acompañado, un hombre al fondo del local se levanta y acude a recibirlos.

—¿Lucas? Soy el teniente Bernardo Berrocal. Encantado de conocerte.

—Ella es Marina, mi… —Lucas se interrumpe—. Una vieja amiga del señor Martín también.

Se intercambian estrechamientos de manos, disculpas por el retraso y un par de comentarios rápidos sobre el tráfico en la zona de la Muralla. Lucas pide un café con leche, lo mismo que está tomando su interlocutor, pero Marina no quiere saber nada de cafeína y opta por una tila.

—Pues… usted dirá, ¿teniente? —Lucas frunce el ceño.

—Soy teniente de la Guardia Civil, aquí, en la comandancia de Lugo. Bueno…, lo era hasta hace unos meses. Estoy recién jubilado. Pero tuteadme, por favor, y llamadme simplemente Berrocal.

—¿Conocías bien al señor Martín? —le pregunta Lucas, porque toda la situación lo tiene cada vez más descolocado. Marina permanece muda a su lado.

—En realidad solo lo vi en persona una vez. Fue el día del Carmen del año 97, allá en su querida isla. —Berrocal se interrumpe —. Por cierto, he sentido mucho su muerte. Os acompaño en el sentimiento.

—Gracias —logra responder Marina tras un sorbo a su infusión y un par de carraspeos.

—Lo que no sé es cómo habéis conseguido contactar conmigo. ¿Él dejó algún mensaje o...?

—Es un poco largo de explicar —se apresura a aclarar Lucas. Ahora que intenta resumir la historia en su cabeza para exponérsela a ese hombre, no sabe si sonará ridícula, demasiado enrevesada o a argumento de película de serie B—. Marina y yo hemos veraneado muchos años en la isla, ya lo hacían nuestros padres antes que nosotros, y siempre en la casa del señor Martín. Al fallecer, nos legó sus bienes y hemos encontrado allí algunas cosas que han despertado nuestra curiosidad. Entre ellas, su teléfono, junto a un recorte de periódico y el certificado de defunción de Damián Rodríguez Castro, que, por lo que sabemos, era un viejo amigo de nuestros padres.

Marina le coge la mano bajo la mesa y le da un apretón que espera que pueda condensar el agradecimiento por haberlo hecho aséptico y por no mencionar el asunto de esa paternidad que ella aún necesitará tiempo para asumir.

—En el año 75, yo era un chaval casi recién entrado en la Guardia Civil —empieza a explicarles Berrocal, sin necesidad de que ellos ahonden en la cuestión—. Tradición familiar, las cosas eran así en aquellos tiempos. Mi primer destino fue un pueblo de la costa de Lugo. ¡Imaginaos! No había salido de la provincia de Jaén en la vida y fui a caer allí un invierno en el que os juro que llovió todos los días. Perdonad, me estoy yendo por las ramas.

—No pasa nada —concede Marina con una sonrisa. Esas palabras le han recordado a su padre, a Felipe, que nunca llegó a acostumbrarse al clima del litoral gallego.

—Un día de finales de agosto del 75, recibimos un aviso en la comandancia. Debíamos buscar a un muchacho de poco más de veinte años, moreno, de pelo algo largo... Había salido de la isla uno o dos días antes y nos dijeron que conduciría un Seiscientos blanco con matrícula de Asturias en dirección a La Coruña. No nos dieron más datos, solo sabíamos que la orden venía de arriba y en aquellos tiempos ese tipo de cosas no se discutían. Bueno, ahora tampoco se hace mucho, la verdad... —Berrocal esboza una sonrisa irónica antes de continuar—. No lo cogimos, no sé si porque él era muy listo o porque nosotros éramos muy novatos; supongo que una mezcla de

ambas cosas. Hay un par de días, entre su salida de la isla y su muerte, en que aún hoy no sé dónde estuvo; se sospechaba que podía haberse ocultado por la costa cercana a la isla, y por eso nos enviaron a buscarlo, pero probablemente estuvo en La Coruña desde el primer momento y por eso no lo encontramos. Cuando regresamos a la comandancia esperando una reprimenda de nuestro cabo, nos dijo que olvidáramos el asunto y no volviéramos a hablar de ello. Al día siguiente leí en la prensa la noticia de que lo habían matado en un atraco en La Coruña.

»No me preguntéis por qué, no lo sé aún hoy, pero algo me olió raro en aquel operativo. ¿Una llamada desde arriba por un chaval que va a cometer un atraco saliendo desde una isla, atravesando dos provincias y que acaba muerto de un disparo en pleno centro de La Coruña sin llegar a desenfundar el arma? Nunca me lo creí, ese chico no era un atracador.

—¿Y qué era, entonces? —le pregunta Marina con un hilo de voz.

—Me olvidé de aquel asunto. —No llevan ni media hora sentados ante ese hombre, pero Lucas y Marina ya han entendido que su discurso va por libre, así que se limitan a seguirlo; tiene un curioso acento andaluz aún marcado, pero con cierto deje gallego—. Continué con mi trabajo, tuve otros destinos, siempre dentro de la provincia de Lugo, y, diez o quince años después, coincidí con un compañero que también había formado parte de aquel operativo en un puesto cercano a Betanzos. Él sabía más que yo del asunto. Sabía a qué había ido Damián a La Coruña.

—¿Y bien? —Lucas quiso morderse la lengua por su impaciencia, pero no pudo contenerse.

—No sé cuánto sabéis sobre aquella época, pero... quizá lo que voy a deciros os suene a ciencia ficción. Os aseguro que es real. En cuanto tuve más conocimiento de cómo funcionaba el mundo, las fuerzas de orden público en particular, entendí que debía investigar este asunto. Se convirtió casi en un reto personal. Damián Rodríguez Castro fue a La Coruña aquel día de agosto de 1975 para intentar matar a Franco.

El silencio se extiende sobre la mesa, como una sensación tangible y pegajosa. Mil preguntas acuden a la mente de Marina y Lucas, pero no pronuncian ninguna en voz alta porque, en el fondo, saben que es verdad. Que esa es la gran realidad sobre la muerte de

Damián que ha estado hasta el momento tapada por mil capas de medias mentiras que se han ido desvelando con el paso de los días.

—¿Cómo...? —Marina tiene que dar un sorbo más a su tila para vencer el nudo que se le ha instalado en la garganta, a pesar de que la bebida se ha quedado ya más que fría—. ¿Cómo acabó enterándose el señor Martín?

—En el verano del 97, un compañero de trabajo de mi mujer nos invitó a ver la procesión del Carmen en la isla. Yo llevaba años sin volver por la costa, donde había tenido aquel primer destino, y nos alojamos un par de días en uno de los hoteles que habían inaugurado allí. Me pareció un espectáculo precioso, aquella devoción de los marineros por la Virgen, los barcos engalanados, la emoción de la gente... Supongo que la habréis visto alguna vez, ¿no?

—Aquel mismo verano, por ejemplo —le aclara Marina con una sonrisa algo forzada—. Y muchos otros, claro.

—Por la noche, estábamos tomando unos vinos en la zona del puerto cuando conocimos al señor Martín. Éramos un grupo grande de gente, no sé exactamente cómo acabamos él y yo charlando de la isla, de cuánto había cambiado en los últimos tiempos... Me cayó bien aquel hombre y le dije que había estado unos años destinado allí cerca. Él me respondió, muy irónico, que en la isla tenían suerte de ser pocos habitantes, así que nunca habían tenido cuartel. El comentario podría haberme sentado fatal, pero el caso es que me hizo gracia. Le respondí, supongo que alentado por el alcohol y el ansia de devolverle la pulla, que eso no era impedimento para que desde tierra persiguiéramos también los delitos que ocurrían allí. Un comentario aquí, un comentario allá, y acabé contándole lo que sabía sobre el caso de un vecino de aquella isla, sin tener ni la menor idea de que aquel chaval era su sobrino.

—¿Qué hizo él? —le pregunta Marina, asustada de cuál podría haber sido la reacción de Martín ante aquello.

—Quiso saberlo todo. Me dijo que él siempre había sabido que su sobrino no era un atracador, que nunca había dudado que había algo turbio en aquel asunto, pero le faltaron las fuerzas para investigarlo. Me contó que su mujer murió no muchos años después y ya no le quedaron ganas de nada más que de olvidarse de todo. Casi me suplicó que le contara lo que sabía y... lo hice.

—¿Esto que nos has contado a nosotros?

—Y más… —Berrocal hace un gesto al camarero para pedir otra ronda, y Marina y Lucas asienten—. Yo tenía el asunto muy olvidado, pero recordaba algo: que aquella llamada «de arriba» que habíamos recibido era en realidad un soplo. Alguien había dado la información de que Damián Rodríguez se dirigía a La Coruña con la intención de matar al Caudillo.

—¿Quién? —Es Marina quien lo pregunta; Lucas calla.

—Eso mismo me preguntó el señor Martín, pero yo entonces no lo sabía. Le tuve que jurar que me enteraría; estaba casi seguro de que aquel viejo compañero mío lo sabría.

—¿Y te enteraste?

—Me enteré, sí. —Berrocal clava la mirada en Lucas al responder y él se estremece—. Tardé unos meses porque mi compañero estuvo de baja, luego yo tuve vacaciones… Bueno, el caso es que sería septiembre u octubre cuando al final averigüé el nombre del delator y llamé al señor Martín. Lo curioso fue que él me dio las gracias, pero me dijo que ya lo había averiguado por otros medios y que prefería no volver a pensar en ello.

—¿Quién era? —Lucas consigue hacer la pregunta tras una pausa dramática en la que no puede ni pensar en Marina, aunque debería; está demasiado concentrado en intentar ralentizar su ritmo cardíaco, que le atruena los oídos.

—Por tu cara diría que ya lo sabes. —Berrocal resopla y acaba su narración, esa que aún tiene la capacidad de partir varias vidas por la mitad—. La orden de arriba llegó de un alto funcionario del Ministerio de Gobernación llamado Enrique Atienza. El soplo se lo había dado su hijo Víctor.

Marina nunca sabrá cómo reacciona Lucas a esas palabras. Si se hubiera quedado sentada a la mesa, lo habría visto disculparse con Berrocal, ir al cuarto de baño a echarse agua por la cara y despedirse de aquel hombre con el gesto ausente de quien solo está actuando como un autómata. Pero Marina no ve nada de esto porque, tras unos segundos en que casi se podrían haber oído los mecanismos de su cerebro funcionando a toda velocidad, tratando de cuadrar las consecuencias de esa información, lo único que puede hacer es salir corriendo.

Corre y corre hasta encontrar, casi por casualidad, la entrada al aparcamiento público donde ha dejado su coche. Y, ya sentada al

volante y circulando por la autovía, en su mente sigue corriendo, corriendo, corriendo…

Tras marcar el número de teléfono de Marina por cuarta vez en media hora y darse de bruces contra el mismo mensaje de «apagado o fuera de cobertura», Lucas tiene ganas de golpearse la cabeza contra el salpicadero de su coche para castigarse por su capacidad de reacción. Su maldita y célebre capacidad de reacción retardada.

Después de una semana pisando una mina oculta tras otra, podría suponerse que la última ya no tendrá un poder tan letal. Pero es al contrario. Cada uno de los impactos se suma al anterior hasta que el alma cae muerta por politraumatismos emocionales. Por eso Lucas ha tardado en reaccionar. Porque hubo un momento de inmovilidad al salir del café en el que no podía pensar en nada más que en cuánta razón tenía cuando llegó a la isla sintiendo que toda su vida era una mentira, que todos a su alrededor eran una decepción.

Lo primero que le salió fue llamar a su padre, pero antes siquiera de que la llamada diera tono colgó. ¿Qué iba a decirle? ¿Podría volver a mirarlo a la cara ahora que sabía lo que sabía? ¿Y encima tendría que oírlo negarlo? O, peor aún…, quizá Víctor lo admitiera, como el sinvergüenza que ahora sabía su hijo que era.

Así que llamó a Borja. Su hermano acababa de salir de trabajar, allá en las antípodas, cuando Lucas necesitó por primera vez que él fuera su ancla a tierra. Aquel niño al que había visto nacer cuando él ya era un adolescente, cuando casi tenía más edad de ser padre que hermano mayor, fue quien consiguió que regresara a la vida. Fue triste para Lucas darse cuenta de que a Borja no lo sorprendió demasiado aquella noticia; quizá porque pertenecía a otra generación o tal vez porque la decepción con su padre había alcanzado ya un punto en el que no podía empeorar más.

Fue Borja quien le dio el mejor consejo que podría haber recibido en ese momento: «Vete a por Marina. Pasadlo juntos».

Por eso Lucas conduce ahora por una autovía, por eso cogerá un barco, por eso correrá todo lo que alcancen sus piernas hacia el lugar en el que intuye que la encontrará. Porque es juntos o nada. Juntos o la nada.

Marina sabe que es él en el mismo instante en que el viejo portalón de madera chirría. No es solo porque en la iglesia de Nuestra Señora del Carmen de la isla no entre apenas nadie fuera de las horas de misa de los fines de semana. Es porque sí. Porque es él. Tiene que ser él.

—«Si de verdad les interesa lo que voy a contarles, lo primero que querrán saber es dónde nací, cómo fue todo ese rollo de mi infancia, qué hacían mis padres antes de tenerme a mí y demás puñetas estilo David Copperfield, pero no me apetece contarles nada de eso».

A Marina se le escapa una sonrisa triste al oír su voz y los ojos se le llenan de lágrimas. En realidad no habían llegado a vaciarse desde el momento en que salió de aquel café del centro de Lugo y atravesó la plaza arbolada sin mirar atrás.

—*El guardián entre el centeno* —responde al fin, con un hilo de voz. No se gira para mirar a Lucas, solo lo siente a su espalda. Y no le responde porque le apetezca jugar a nada, apenas le apetece respirar, sino para demostrarse a sí misma que puede mantener una conversación, que no se ha convertido en el personaje de una mala película de intriga.

—Y una gran verdad también, Marina. Creer que lo que somos tiene algo que ver con *qué hacían mis padres antes de tenerme a mí* es *una puñeta estilo David Copperfield*. Y un error enorme también.

Marina asiente. No sabe muy bien por qué, pero asiente. Oye pasos a su espalda. Se queda con la mirada perdida en la sombra de Lucas que arroja la iluminación indirecta de la nave central de la iglesia, pero al final se atreve a levantar la cabeza y mirarlo.

—¿Puedo? —le pregunta él, señalando con la mano el espacio libre que hay junto a ella en el banco de madera.

—Claro.

—¿Sigues siendo…? No sé si *devota* es la palabra. —Lucas alza la cabeza hacia la imagen de la Virgen del Carmen que preside el templo.

—Sigo siendo atea y devota de la Virgen del Carmen. —Marina consigue reírse, un logro que quizá solo la presencia de Lucas pueda causar en ella—. Ya te dije hace poco que la coherencia está sobrevalorada.

—Demasiado sobrevalorada.

—La conversación con Berrocal me ha hecho darme cuenta de que el próximo año, cuando salga en procesión, no tendré a mi lado al señor Martín. Lo echo de menos cada día, pero no sé si podré soportar todo eso, los fuegos artificiales, los barcos haciendo sonar las bocinas, la sirena de la lonja...

—¿Es un mal momento para confesarte que siempre me pareció el aviso de un bombardeo y que me cagaba vivo?

—Es un mal momento para casi todo. —Marina aparta al fin la mirada de esa figura de piel nívea y manto azul, y la dirige a Lucas—. Tu padre mató al mío, Lucas.

—Ya lo sé. Me sale de dentro pedirte perdón, pero ni pienso cargar con los pecados de ese hombre ni creo que exista perdón para lo que hizo.

—Ya hemos cargado con ellos. Con sus pecados, quiero decir. ¿Es que no lo entiendes?

—¿El qué?

—Eso debió de ser lo que le dijo Víctor a Angie aquella noche. Porque había bebido, por culpabilidad o sabe Dios por qué razón, porque las razones de tu padre no voy a intentar entenderlas nunca. Llevo aquí una hora pensando y esa es mi conclusión. Y por eso, cuando desapareciste, mi madre siempre me insistió más para que te olvidara que para que intentara recuperarte, aunque no me he dado cuenta hasta hoy de que esa actitud no le pega nada a Angie.

—Suena verosímil. Yo no he podido pensar en nada. Solo en nosotros, la verdad.

—¿Nosotros? No sé si *nosotros* es un pronombre que siga teniendo sentido. Tal vez nunca lo ha tenido.

—¿Me odias, Marina?

—Cómo te voy a odiar... Lo que pasó entre nosotros, estrictamente entre nosotros, ya lo hemos hablado lo suficiente. Si crees que podría culparte por las cosas que hicieron otros es que no me conoces de nada. Llevamos toda nuestra vida siendo víctimas, Lucas. Yo, de la mentira de mis padres sobre mi nacimiento, incluso sin saberlo. Tú, de la mierda de ser humano que es tu padre. Y los dos juntos..., de la mezcla de todo ello.

—Sí.

—¿Cómo estás tú?

—Hace media hora te podría haber dicho que perdido, como

llevo todos estos meses atrás, pero ¿sabes? A veces es mejor conocer la verdad más jodida que llevar toda la vida sin entender por qué no acabo de encajar con los que me rodean.

Un carraspeo los interrumpe. Una anciana, vestida de negro y con expresión adusta, se adentra con paso lento pero firme por el pasillo lateral de la iglesia. Enciende una vela y los mira con cara de haber oído algo que no entenderá, pero lleno de unas palabras malsonantes que están fuera de lugar en la iglesia.

—¿Nos vamos? —le propone Lucas a Marina.

—Sí. —Ella resopla; cada movimiento parece costarle un mundo —. ¿Cómo has sabido que no había vuelto a Coruña?

—Porque te conozco, Marina. Aún creo conocerte bastante bien.

—¿Y adónde vamos ahora?

—A casa, cielo. Nos vamos a casa.

41

Damián

Cuando Damián llegó caminando a la zona del Obelisco, con el peso de una pistola que apenas había disparado un par de veces unos meses atrás oprimiéndole el costado, el miedo lo consumía. Tenía clarísima su misión, tenía clarísimo que quería hacer aquello, pero sabía que él no había nacido para ser un soldado. Otros compañeros de clandestinidad lo envidiaban por haber sido el elegido para ejecutar aquella acción y eso había convencido a Damián de que el orgullo de ser un hombre destinado a hacer historia sería el sentimiento que lo invadiría, casi lo embriagaría. Pero no. Era el miedo. Tanto que hubo momentos en que pensó que mancharía los pantalones.

Enseguida vio a los policías apostados en los bajos del edificio que ocupaba el lugar donde había estado el hotel Palace. Se volvió, tratando de mantener la calma, y vio que otra patrulla se acercaba a él por detrás. Damián había pasado la noche en su camastro de aquel piso franco del que no había salido en dos días mientras lo planificaba todo, y no había dormido apenas. Quiso pensar que era la mezcla de falta de sueño, miedo y emoción la que lo estaba volviendo paranoico. Pero sabía que no. En realidad, en aquel momento Damián tuvo claro que alguien los había traicionado.

El «operativo», como lo llamarían después los que participaron en él desde el otro bando, fue rápido. No pasaron ni tres minutos desde que Damián divisó a los policías hasta el momento en que yacía muerto sobre el suelo adoquinado. A él no le dio tiempo a pensar en que había fracasado en su misión. Durante los pocos segundos que le duró la consciencia, lo que más lamentó fue saber que no volvería a ver a Angie. Pensó que quizá siempre habían estado destinados a un final trágico y que aquellos días de verano solo habían sido una ilusión, el último deseo de un condenado a muerte. No sabría explicar por qué, tampoco tendría tiempo para ello, pero también pensó que

ojalá Víctor la hiciera feliz; que la vida diera unas cuantas vueltas y les permitiera encontrarse allí donde él se había perdido. Sintió no volver a ver a su amigo; lamentó no haber confiado en él. Pero agradeció a la vida haber permitido que los dos se le cruzaran en el camino. Tal vez ellos habían sido lo mejor de sus veintidós años de existencia sobre la Tierra.

Así de ingenuo era Damián cuando murió, sin poder imaginar que la traición había llegado desde el mismo centro de su corazón. Es un triste consuelo pensar que debió de irse de este mundo feliz, porque los inocentes siempre lo son; porque, como demostrarían los siguientes cuarenta años, a veces descubrir las verdades es la auténtica condena.

42

Agosto de 1975

Un grito rompió la quietud de la mañana del 31 de agosto. Angie, que había pasado la noche en vela en su habitación, carcomida por la preocupación de llevar más de tres días sin noticias de Damián, entendió al instante lo que había ocurrido. Quiso correr escaleras abajo, pero sus pies la retuvieron, como si pretendieran evitar que lo que su subconsciente ya sabía se convirtiera en una realidad.

Cuando al fin entró en la cocina, encontró a sus padres tratando en vano de consolar al señor Martín y a Dora, que lloraba sobre el hombro de la madre de Angie mientras repetía el nombre de Damián como en una letanía fúnebre. La noticia no tardó en ser oficial: Damián había muerto abatido por disparos de la policía la mañana anterior; lo acusaban de haber intentado atracar una joyería. El señor Martín hablaba poco, pero dejó claro que no se había creído esa versión oficial. La noticia había tardado casi veinticuatro horas en llegar a la isla porque las autoridades se la habían comunicado tarde a su madre, allá en Asturias, y ella había tenido que esperar a que abriera el bar de Luis, que había corrido a primera hora a casa del señor Martín para informar.

Angie no reaccionaba. Había temido esa noticia desde que él le había contado sus planes. Había empezado a aterrorizarla después de tres días sin saber nada de él. Y se había convencido de ella en el mismo instante en que el aullido del señor Martín había traspasado las paredes de la casa. Pero, aun así, seguía pareciéndole una historia de terror, una película que en algún momento acabaría con la palabra *Fin* sobre la pantalla, una pesadilla de la que despertaría sobresaltada y envuelta en sudor.

Tardó mucho tiempo, tal vez más de una hora, en darse cuenta de que era extraño que la familia de Víctor no hubiera acudido al menos a ver qué ocurría. Se habían pasado el día anterior preparando

ya su marcha a Madrid, pero no creía que no hubieran oído el alboroto que estaban armando entre todos. Y tampoco se creía, no quería hacerlo, que, por muy mal que hubieran acabado las cosas entre Víctor y ella un par de días antes, él no acudiera a llorar a su amigo.

Angie salió al jardín de la casa; la atmósfera de la cocina se había viciado de rabia y dolor, y necesitaba respirar el aire fresco de la mañana. El cielo clareaba en el horizonte, pero Angie no precisó luz para encontrar a Víctor sentado en el borde de la finca, con los pies colgando sobre la calle y la mirada perdida en las volutas de humo que salían de su cigarrillo.

—¿Te has enterado? —le preguntó a bocajarro; no pretendía ser brusca, ni siquiera le guardaba rencor por aquella discusión en la que él había acabado por tener razón. Si su voz salió áspera fue porque llevaba tanto tiempo sin emitir más que gemidos que sentía la garganta pegajosa.

Víctor solo asintió; él tampoco podía articular palabra. Angie se sentó junto a él y, con un movimiento mecánico, aprendido por la costumbre, Víctor le acercó su paquete de tabaco. Los dos sabían que, aquella mañana, nadie la abroncaría por fumar.

Lloraron mucho mientras la madrugada más triste se convertía en una mañana nublada y gris. Hacia el mediodía supieron que estaba previsto que el ataúd con el cuerpo de Damián llegara al puerto de la isla en solo unas horas. El señor Martín había salido a hablar con el cura poco después del amanecer y había conseguido que el funeral y el entierro fueran esa misma tarde, a última hora, en cuanto el féretro arribara a puerto acompañado por la madre de Damián, que ya estaba en camino desde Asturias. Víctor tuvo que convencer a sus padres para que retrasaran un día el regreso a Madrid y, aunque a regañadientes, ellos cedieron. Angie ni siquiera reunió fuerzas para hablar con los suyos. Aunque nadie conocía la naturaleza de su incipiente relación con Damián, todos sabían que estaba destrozada; su único pensamiento era que cuatro días antes, solo cuatro días antes, lo había tenido entre sus brazos. Y ahora tenía que asumir que jamás volvería a verlo.

Víctor y Angie pasaron las horas juntos, solos. Sentados en el jardín, con sus cabezas muy pegadas y las lágrimas escapándose en silencio. Ninguno de los dos se planteó desayunar, tampoco comer.

Solo se separaron el tiempo justo para ir a ducharse y vestirse. Querían estar los primeros en el muelle cuando llegara su amigo.

Víctor advirtió que sus padres estaban incómodos cuando entró en la casa. Conocía las razones de su madre, que era una mujer extremadamente organizada para la que ningún motivo era suficiente para desviarse del plan inicial de regresar a Madrid aquel mismo día; ella ya no había estado de acuerdo con salir de la ciudad en las vísperas de la boda de su hijo, y aquel final tan dramático solo parecía confirmar que no había sido buena idea. Y, por desgracia, también conocía las razones de su padre para estar tan taciturno.

—Has sido tú, ¿verdad? —le espetó sin prolegómenos—. Tú hiciste que lo mataran.

—No digas estupideces, Víctor. Tu… *amigo* se metió él solo en problemas. Lo que le ha pasado era lo más previsible.

—Te pedí que lo protegieras. Te pedí que impidieras el atentado, pero que te aseguraras de que no lo mataban.

—Estás arrepentido, ¿verdad? —Su padre lo miró y soltó una carcajada sarcástica que a Víctor le heló las venas—. Ahora lo estás, claro… Pero el otro día me decías que unas hostias de «los grises», como tú los llamas, o una temporadita entre rejas no iban a hacerle ningún mal. ¿Es que ya no te acuerdas?

—Me acuerdo de todo. Créeme, padre, no lo voy a olvidar.

—Pues olvidarlo es justo lo que deberías hacer. Eso y dejar de ser un niñato. Tu madre y yo estamos muy decepcionados, Víctor, y también muy hartos. Has humillado a tu familia y metido en problemas a la pobre Elvira. Te concedimos estas últimas vacaciones en la isla y te has dedicado a hacer amistad con un terrorista. Hemos sido generosos incluso hoy, aplazando nuestro regreso a Madrid para que puedas asistir a su entierro, y aún te crees con derecho a reprocharnos algo.

—Muchísimas gracias, padre. —Víctor ya no lloraba; no lo había hecho delante de él desde que era un niño muy pequeño. Pero lo que había secado sus lágrimas era la ira que sentía; también la culpabilidad—. ¿No pensáis ir al menos a darles el pésame a Martín y a Dora?

—Hemos decidido quedarnos aquí. Bastante comprometida es ya la situación de que llevemos años veraneando en la casa de una familia opositora al régimen. Comprenderás que no voy a ir a

lamentar la muerte de un asesino.

Víctor quiso partirle la cara a su padre en aquel mismo momento, pero no lo hizo. No lo hizo porque, al fin y al cabo, tenía razón. Había sido el propio Víctor quien había delatado a Damián; se decía a ratos que para protegerlo; era consciente en otros momentos de que lo que no quería era que se convirtiera en un héroe. Había fracasado en ambas cosas. Damián estaba muerto y sería para siempre un héroe, sobre todo a los ojos de Angie.

Regresó junto a ella. Si Angie necesitaba consuelo, él podría dárselo. Era lo único ya que podía ofrecerle. Pensó en confesarse con ella, en admitir su error, en pedir perdón hasta que se le agotara la voz. Sabía que ella no se lo perdonaría jamás, pero Víctor tampoco se perdonaría a sí mismo, así que estarían en paz. Aquella amistad de tres que había sido lo más bonito que les había ocurrido en sus apenas veinte años ya no existiría más que en el recuerdo, y no quiso manchar eso con su confesión. También tuvo miedo. Y calló.

43

Marzo de 2015

Después de salir de la iglesia, Lucas y Marina regresan a la casa en silencio. Ninguno de los dos tiene hambre, así que ni se plantean preparar algo de comer. Ponen al fuego la cafetera, con la esperanza de que algo les caliente las almas, que siguen congeladas. Antes de que Marina acabe su taza, el teléfono de Lucas suena y ella ve de refilón un «Teresa» escrito sobre la pantalla. Él pone cara de circunstancias, le dirige a Marina una mueca de disculpa muda a la que ella no cree que tenga derecho y sale al jardín a responder la llamada. Marina siente un runrún acercarse, pero su mente no admite ya más frentes abiertos, no tiene hueco, así que prefiere distraerse haciendo ella misma unas llamadas.

Cuelgan los teléfonos casi a la vez. Marina está ya despidiéndose de su tía cuando ve a Lucas apartar el teléfono de su oreja y se encuentran, casi tropiezan, en la entrada de la casa.

—He hablado con mi tía Fede y me ha contado...

Marina calla cuando ve a Lucas negar con la cabeza y acercarle un dedo a los labios para silenciarla.

—¿Qué pasa?

—No hablemos más del pasado. No ahora, al menos. —Lucas desvía su mano hacia la mejilla de Marina y deja sobre ella una caricia con la yema del dedo pulgar—. Estoy agotado, Marina. Y creo que tú también.

Ella asiente; sabe que él tiene razón. La investigación ha tenido sentido un tiempo, pero para qué seguir ahondando... No les queda nada importante por saber y, si así fuera, intuye que ninguno de los dos quiere conocerlo.

—Vamos a dormir un rato. Lo veremos todo más claro al despertar.

Sin necesidad de hablarlo, se dirigen los dos al cuarto de Marina.

La cama es pequeña, a todas luces insuficiente para dos personas adultas que no son precisamente menudas, pero siempre supieron hacerse un hueco en ella, sus cuerpos siempre supieron encontrarse, y están seguros de que no habrán perdido esa práctica con los años. La única noche que han pasado juntos desde que se reencontraron lo hicieron en el dormitorio de Lucas, el que menos recuerdos guarda; Marina solo lo ha visto ocupado cuando su tía Fede acudía a la isla a pasar unos días de descanso.

El cielo ya ha oscurecido cuando despiertan. Lo hacen casi a la vez, un poco incómodos por la falta de espacio que han dejado sus cuerpos con los movimientos inconscientes del sueño. Enseguida se acomodan, encuentran su postura; no quieren levantarse aún.

—Cuéntamelo ahora —le pide Lucas, sus cuerpos desnudos entrelazados bajo las sábanas, una caricia distraída en el vientre de Marina—. Si te apetece, cuéntame lo de esas llamadas.

—Solo quería dejar zanjadas un par de cosas con la esperanza de cerrar el tema y pensar en él lo menos posible en el futuro. No voy a ser tan idiota de decir «para no volver a pensar en ello» porque sé que es imposible.

—Lo sé. Has hablado con Fede, ¿no?

—Sí. Está desolada por que hayamos descubierto todo, aunque también aliviada; ahora ya no la presionaré para que sea ella quien me lo cuente. Es una firme defensora de mirar hacia delante, de olvidar los lastres del pasado para vivir una existencia plena.

—Es una mujer sabia.

—Sí, lo sé. Solo quería preguntarle si ella sabía qué había sucedido aquella mañana en que acabamos separándonos para siempre…

—Para siempre no —la corrige un Lucas serio.

—Para demasiado tiempo, entonces. —Marina sonríe y acaricia el entrecejo de él hasta conseguir que las arrugas de tensión se relajen—. El caso es que me ha contado un poco más, ¿quieres saberlo?

—Claro.

—El señor Martín encontró a Angie aquella mañana… en el cementerio. Estaba sentada en la tumba de Damián, llorando y como en estado de *shock*. Víctor le había confesado al oído, después de la cena, su intervención en la muerte de Damián; ella se lo contó al señor Martín, y así se desencadenó el final.

—Lo que imaginábamos, más o menos…

—Sí. —Marina resopla—. También he hablado con mi amiga Rosa, la que te mencioné que trabajaba en proyectos de memoria histórica, ¿recuerdas? Ella conocía bien el nombre de Damián Rodríguez Castro. No le he dicho que era… Le he dicho que era un viejo amigo de mi madre. No sé si tendré ánimo alguna vez para asumir que era mi padre biológico, ni para hablar de ello con alguien que no seáis Fede o tú.

—Ni tienes por qué hacerlo, Marina. Es tu vida, de nadie más que tuya ya; por desgracia, el resto de los protagonistas ya no pueden opinar.

—Bueno… Me ha comentado que, cuando quiera, pase por su oficina y me dará toda la información que tienen sobre él. De entrada, me ha adelantado que ellos siempre lo trataron como víctima de la represión franquista, que la historia esa del atraco solo fue una excusa para que el régimen no ofreciera una imagen de debilidad, para fingir que no había oposición. Tardaré un tiempo, pero algún día me gustará leer todo lo que han reunido.

—Y a mí me gustará estar a tu lado cuando lo hagas.

—Ya. —Marina se incorpora; la sábana tapa su cuerpo desnudo y la mantiene ahí, en una actitud defensiva que empuja a Lucas a levantarse y recuperar su ropa del suelo—. Sobre eso…

—¿Qué pasa?

—¿Damos un paseo?

Se visten en silencio y salen de la casa en dirección a los acantilados. Solo los ilumina el haz de luz del faro y algunas farolas aquí y allá, la mayoría de ellas con bombillas fundidas que nadie recuerda cambiar.

—¿Cuándo te vas? —pregunta Marina, rompiendo al fin el silencio.

—No lo sé —responde Lucas, sincero—. No quiero irme, pero… supongo que tendré que hacerlo.

—Yo me voy mañana, Lucas. Cuando regresemos, cogeré de la nevera la comida que se pueda estropear y, si a primera hora no encuentro a Pedro en el puerto, cogeré el ferri de las diez. Esto… no puede prolongarse más.

—¿Bajamos a la roca plana? —La marea está baja y ese es uno de los pocos rincones cargados de recuerdos que Lucas no ha visitado

desde que regresó a la isla.

—Nos vamos a matar.

—Tengo la linterna del móvil.

Con más agilidad de la esperada, consiguen llegar a ese pedazo de piedra en el que tantas horas pasaron en su adolescencia. Lucas se sienta en un punto concreto de la roca que Marina recuerda muy bien.

—Esto sigue aquí. —Lucas repasa con las yemas de los dedos una inscripción con la que sorprendió a Marina mucho tiempo atrás; tenían solo trece o catorce años, pero él bajó una tarde armado con un destornillador y escribió sobre la piedra sus dos iniciales, unidas por un corazón de trazos irregulares. A la mañana siguiente la llevó hasta allí con los ojos vendados y, cuando ella lo descubrió, primero lo abroncó por dejar una señal indeleble en la piedra y, a continuación, se lo comió a besos por la ilusión que le había hecho que Lucas, siempre tan contenido, le hiciera aquella declaración de amor—. Me apetecía verlo antes de marcharme.

—¿Qué has hablado con tu mujer?

—Nada que no supiera antes. Las vacaciones de las niñas empiezan el viernes y nada justifica que siga aquí perdido.

—Debemos volver a la realidad. —Marina traga saliva antes de decirlo, pero los dos saben que es así; a él lo esperan responsabilidades en casa; ella tiene a su madre en Coruña, una tesis que retomar y un corazón que recomponer—. El pasado ya está resuelto y el presente se ha prolongado más de lo que debería.

—¿Y el futuro? ¿Qué pasa con el futuro, Marina?

—El futuro… Nosotros no existimos en el futuro. Tienes una mujer y dos hijas, vives a seiscientos kilómetros… ¿Es que se te ha olvidado?

—Por supuesto que no. Pero sigo pensando que tú y yo podemos ser algo más que un bonito recuerdo del pasado.

—Lucas, éramos un imposible hace unos días. ¿En qué han podido mejorar las cosas esta semana? Ahora ya no eres solo el hombre que desapareció de mi vida a los veintiún años; también eres el hijo del hombre que delató a mi padre para que lo mataran.

—Asumo todo lo que tenga que ver con cómo me comporté hace dieciocho años. Llevo haciéndolo desde que nos reencontramos. Pero no me digas que lo que pasó con Angie, Damián y Víctor se puede interponer entre nosotros, Marina. Llevamos toda la vida arrastrando

sus lastres, ya está bien.

—Creo que necesitas tiempo para ti, Lucas. Tiempo real, no una evasión como han sido estos días en la isla. Asumir cómo es tu vida y reflexionar de veras sobre qué quieres cambiar de ella. ¿Quién te dice a ti que a las dos semanas de llegar a Madrid no te das cuenta de que lo que ha ocurrido entre nosotros estos días no ha sido solo fruto de la nostalgia y el impacto de reencontrarnos?

—He debido de hacer muchas cosas mal para que te plantees que eso sea una opción. No voy a renunciar al reto de demostrarme a mí mismo, y de demostrarte a ti, que podemos tener una segunda oportunidad que salga bien.

—Quiero ser algo más que un reto.

—¿Es que no ves que ya lo eres, Marina? Eres el jodido amor de mi vida.

Se quedan en silencio después de esa declaración. Marina, porque supone que los latidos de su corazón son tan audibles que ya hablan por ella. Lucas, porque desde hace horas su mente no puede parar. Sabe que tiene mucho trabajo para construir un escenario vital en el que las piezas fundamentales que quiere que lo compongan —Marina y sus hijas— encuentren acomodo sin que implique demasiadas renuncias para ninguna de las partes.

—Pero ¿qué...? —Lucas se sobresalta cuando sus dedos rozan algo entre la maleza que crece descontrolada en los contornos de la roca—. ¿Tienes la linterna del móvil a mano?

—¿Qué pasa? —Marina se acerca, arrodillada y con la luz ya entre sus manos. El destello ilumina otra inscripción, muy parecida a la que Lucas grabó veinticinco años antes. «V + A + D»—. Dios mío. ¿Cómo no habíamos visto esto nunca?

—Supongo que el destino estaba esperando el momento adecuado.

Marina, en un gesto espontáneo que no sabría explicar de dónde sale, se besa dos dedos y acaricia la inscripción. Solo ellos pueden imaginar cuántas historias aglutinan esas tres letras. Las más duras, las más tristes, pero también muchas que fueron preciosas. Lucas la imita y emprenden el camino de regreso a la casa.

—«Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, la edad de la sabiduría, y también de la locura; la época de las creencias y de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas; la primavera de

la esperanza y el invierno de la desesperación».

—Siempre fue mi favorita. —Marina sonríe; conoce esas palabras desde hace más de veinte años, pero nunca pensó que podría encontrarles tanto sentido en su propia vida y la de su familia—. *Historia de dos ciudades.*

—Ya es hora de que haya luz, Marina. Demasiado tiempo en tinieblas.

Ella solo asiente. Suben hacia la casa en silencio, inmersos ya en pequeñas rutinas cotidianas que han asimilado en poco más de una semana, aunque ahora parece toda una vida. Llegar, preparar la cena, la cafetera al fuego, las conversaciones que siempre implican algo más que la suma del significado de las palabras sueltas… Cenan en silencio los restos de comida que no pueden quedar en la casa cuando ellos cierren la puerta sin saber cuánto tardarán en regresar.

—¿Vas a contarlo? —le pregunta Lucas de repente—. Lo de Víctor, quiero decir.

—¿A quién se lo voy a contar? Mi tía ya lo sabe, tú lo sabes… Ni siquiera sé si podré hablar con mi amiga Rosa sobre lo de Damián, como para contarle nada más.

—Me hierve la sangre al pensar que mi padre ha construido una carrera política de décadas sobre la base de su gran militancia antifranquista y, en realidad, fue el delator de su mejor amigo. No sé si tendré fuerzas para volver a dirigirle la palabra, pero, a la vez, no me gustaría que todo esto se hiciera público. No me preguntes por qué, porque ni yo mismo lo sé.

—No tengo intención de hacerlo público, puedes quedarte tranquilo en ese sentido.

—Estarías en tu derecho. No sé si incluso estarías en la obligación. Pero, de alguna manera, me resulta muy difícil pensar que su vida y su reputación pudieran quedar destrozadas.

—Lo que hemos descubierto esta semana no va a borrar los casi cuarenta años que has compartido con él. Es tu padre. Los dos tendremos que reconciliarnos con las mentiras que nos han contado nuestros padres y las consecuencias que tuvieron. Pero me temo que esa será una herida que solo cicatrizará con el tiempo.

Lucas asiente y recoge los últimos restos de la cena. Entre los dos, durante un rato, dejan la cocina preparada para estar cerrada unos meses. Comprueban que está todo en orden y, llegado ese momento,

ya no queda mucho más que hacer. Ni mucho más que decir. Enfilan las escaleras hacia la planta superior cogidos de la mano. En el pasillo, dudan por un instante. Miran hacia las puertas de sus dormitorios y Marina no puede resistirse a hacerle una propuesta, aunque sea con sus ojos convertidos en dos pozos de tristeza. De añoranza por lo que aún no ha perdido.

—¿Una última noche?

—Sí. Pero la última... de momento. No será la última de nuestras vidas, Marina, confía en mí. Aunque no te haya dado razones antes, confía ahora.

A la mañana siguiente, recogen rápido y dejan cerrada la casa. Marina se acerca a ver a Otilia, la vecina, para advertirla de que tardará en regresar y pedirle que, por favor, se ocupe de los gatos.

Descartan acercarse al puerto pesquero para que Pedro el Portugués los lleve a tierra. Prefieren lo aséptico del ferri de línea regular que, en esos días previos a la Semana Santa, empieza a tener movimiento de personas que tienen su segunda residencia en la isla. Se sientan en un banco alejado de todo el mundo, necesitan ese momento de intimidad antes de despedirse sin saber si será para siempre. Pero no hablan, ya no queda nada que decir. Los dos conocen sus circunstancias y quizá esté solo en manos del destino encontrar un resquicio por donde pueda colarse la esperanza de que sus vidas confluyan en algo común.

No es aún mediodía cuando desembarcan, caminan hacia la plaza del pueblo, que está cerca del puerto deportivo, donde ambos dejaron aparcados sus coches tras aquel regreso precipitado de Lugo.

—Bueno... —dice Lucas—. ¿Puedo llamarte... de vez en cuando?

—No sé si eso es muy buena idea, Lucas.

—¿Por qué?

—En mi vida he cometido muchos errores, ¿sabes? Pero nunca he sido la chica que espera la llamada de un tío casado que se esconde en el cuarto de baño para que su mujer no lo oiga.

—Nunca has creído que vaya a tomar una decisión con mi matrimonio, ¿verdad?

—Nunca he querido presionarte para que lo hagas. Si te casaste con Teresa, supongo que fue por algo. No es mi estilo pretender que

olvides todo lo bueno que hayas vivido junto a ella.

—No, tienes razón. Ese es exactamente mi estilo. —Lucas alza la mirada y la clava en los ojos castaños de Marina—. Pero no esta vez, te lo aseguro.

—Soy una persona fácil, Lucas, de verdad. Quizá a ti te parezca compleja porque soy intensa y todas esas cosas que siempre hemos hablado, pero... soy transparente. Entendería que volvieras a Madrid y valoraras tu estabilidad familiar, con tu mujer y tus hijas; si es así, no tienes que darme ninguna explicación. Fuiste mi mejor amigo y siempre habrá algo especial entre nosotros, no creas que no lo sé, además de que ahora podríamos incluso ser vecinos en épocas de vacaciones. Si eso es lo que tiene que ser..., por mí está bien.

—Pero no es eso lo que quieres —afirma Lucas; no es una pregunta—. Lo sé porque tampoco es lo que quiero yo.

—Para que seamos algo más hacen falta muchas cosas que no sé si son posibles. Llevamos una semana viviendo con una intensidad que no es sana. Necesitamos respirar, volver a nuestras vidas y descubrir si somos algo más que un bonito recuerdo.

—Lo entiendo.

—Entonces...

Es el adiós. Quizá no el que los dos querían, pero el único posible dadas las circunstancias. Se miran a los ojos y saben que no hay otra manera de sellar esa semana que con un beso. Es largo, pero a los dos les sabe a poco. Les sabe a prólogo más que a epílogo.

No dicen más. Se dirigen cada uno a su coche y dejan la mirada perdida en el retrovisor hasta que el otro se convierte solo en un punto al final de la carretera. Dudan, mientras conducen, si es un punto y seguido, un punto y aparte o un punto final.

44

Agosto de 1975

Angie pensó aquella tarde que jamás podría olvidar los aullidos desolados de la madre de Damián mientras el féretro descendía hacia el espacio que le tocó ocupar demasiado pronto en la tumba familiar. Solo el alzhéimer, casi cuarenta años después, consiguió apagar el eco de los gritos; fue la única tregua que le concedió la enfermedad. Pero, el último día de agosto de 1975, ella no sabía que eso ocurriría, claro.

Angie pasó todo el entierro sostenida por Víctor. Los padres de él no habían asistido, con la excusa difícil de creer de que debían acabar de preparar el equipaje para su marcha a primera hora de la mañana siguiente. Los de ella intentaron consolarla durante horas, pero Angie solo encontró algo de paz en el contacto firme de Víctor; era difícil de entender para quien no hubiera vivido junto a ellos, pero sentía que él era lo único, aparte de los recuerdos, que le quedaba de Damián.

El señor Martín y Dora, su mujer, estaban destrozados. Habían acogido en su hogar a Damián cuando solo tenía quince años, con la intención de alejarlo del peligro que suponía en aquella España aspirar a la libertad y la justicia. Había sido —sería ya para siempre— lo más parecido a un hijo que habían tenido; y como tal lo lloró Dora, aunque a Martín, más aún que la pena, le ardía dentro la sensación de fracaso, de haberles fallado a su hermana y al propio Damián, por no haber sabido protegerlo como había prometido siete años atrás.

Cuando el entierro acabó, las nubes grises que los habían acompañado durante todo el día empezaron a descargar lluvia. O quizá era el cielo de la isla, que lloraba por Damián. La multitud que se había congregado en el cementerio, la mayoría de ellos como gesto de respeto hacia el señor Martín, se disolvió en carreras más o menos apresuradas para ponerse a cubierto. Solo Martín, Dora, Víctor y Angie permanecieron allí después de que ya se hubiera ido incluso el enterrador, pero el matrimonio acabó por retirarse también cuando un

par de truenos hicieron temblar el suelo del camposanto.

—Me niego a creerlo, Angie. —Víctor llevaba horas en estado de *shock*. Había concentrado las pocas fuerzas que le quedaban en sostener a Angie durante el entierro, pero no fue capaz de pronunciar palabra y ni siquiera recordaba haber recibido el pésame de algún vecino de la isla—. Miro esa tumba y…

—Ya lo sé. —La voz de ella estaba ronca por las lágrimas—. Creo que, por primera vez en mi vida, necesito irme de la isla. Sé que no lo olvidaré, pero quedarme aquí es como tener una aguja clavada en la herida.

—¿Os vais mañana también?

—Sí, mi padre quiere salir temprano. Creo que él también se da cuenta de que estar aquí no me va a hacer ningún bien.

—Pero en La Coruña…

—Nada me va a recordar a él allí… —Angie esbozó la sonrisa más triste de la historia—. Aunque creo que tardaré tiempo en ser capaz de pasar por el Obelisco. Toda la vida, si puedo evitarlo.

Víctor asintió y continuaron en silencio. No había contacto físico ya entre ellos. De manera involuntaria, o quizá siguiendo las instrucciones del subconsciente, se habían situado cada uno a un lado de la tumba, como escoltando a su mejor amigo en aquella última tarde juntos. La lluvia caía a trompicones, los empapaba, pero parecía que ni se dieran cuenta.

—Siento mucho lo que te dije el otro día, Angie. Creo que hablaba el miedo a que pasara esto. Ojalá no hubiera tenido razón.

—Ahora ya da igual, Víctor. Yo también siento haberte dado una bofetada.

—Olvídalo.

—No… —Angie tuvo que carraspear porque, aunque creía tener clara la respuesta, le daba pavor formular la pregunta—. No vas a volver nunca, ¿verdad?

Víctor la miró. Tragó saliva con tanta dificultad que el movimiento fue visible en su nuez. Cuando había llegado a la isla, apenas dos semanas antes, dos semanas que parecían un maldito infinito, lo hizo con la certeza de que era su último agosto allí. Sus padres llevaban ya unos cuantos veranos quejándose del clima cambiante del norte, se planteaban buscar un nuevo lugar de veraneo y, si habían seguido yendo allí cada año, era en parte por insistencia

de Víctor. El verano siguiente estaría casado, y la familia de Elvira tenía una villa de veraneo en San Sebastián. Estaba casi seguro de que no volvería a poner un pie en aquella isla, que quedaría para siempre ligada a los recuerdos dulces de la adolescencia. Pero allí, ante aquella pregunta de Angie y aquella tumba, supo que no podría mantenerse para siempre alejado de ella. Y no tuvo claro si ese «ella» se refería a la isla o a Angie.

—Volveré. El año que viene por estas fechas seré padre, Angie. Y no quiero que mi hijo crezca sin conocer la isla. Prométeme que tú estarás aquí.

—Yo ahora solo necesito marcharme. Pero sé que el verano próximo querré volver.

—Volveremos. —Víctor se acercó a ella y la abrazó—. Volveremos siempre, Angie.

Se despidieron sin decir adiós. Angie regresó a la casa con la mente puesta en el deseo que le había expresado a Víctor: esperar que el tiempo ayudara a cicatrizar la herida... y once meses después, con la pena lacerante convertida en un dolor sordo que la acompañaría siempre, regresar a la isla.

Víctor volvió con el peso de la culpabilidad sobre los hombros; él, al contrario que Angie, no iba a permitir que lo acompañara siempre. Al cabo de seis días, su vida cambiaría por completo. Se casaría, se mudaría a su nueva casa, unos meses después sería padre. No iba a dejar de estar enamorado de Angie; las circunstancias de los últimos días, más que aplacar ese sentimiento, lo habían avivado. Y regresaría cada agosto a reencontrarse con ella. Pero la vida tenía que continuar; Damián había muerto, pero él no, así que no le veía ningún sentido a enterrarse en vida con él, por él.

Víctor durmió poco aquella última noche que pasó soltero en la isla. La dedicó a pensar en las vueltas que podría llegar a dar la vida en el futuro. Quizá algún día Angie y él tendrían la oportunidad que se les había negado en los anteriores veranos. Ella le había dicho unas horas antes que no se sentía con fuerzas para asistir a su boda, que, por favor, la disculpara; tal vez no era solo la pena por Damián lo que se lo impedía, quizá ella aún conservaba algún rescoldo de lo que habían sentido cuando eran apenas unos críos, y quizá se diera cuenta a medida que el duelo por Damián se fuera diluyendo. Guardaría por toda la eternidad su secreto, aquella intervención en la muerte de

Damián que no pensaba permitir que le condicionara el futuro. Lo lamentaría siempre, pero no podía volver atrás en el tiempo… y a él le quedaba toda la vida por delante.

Tal vez Víctor podía imaginar aquella noche la vida que el destino le tenía reservada. Podría imaginar la carrera política, el matrimonio tranquilo, la alegría con la llegada de sus hijos, la fama, la riqueza, el prestigio. Podría imaginar también que regresaría a la isla. Y, en un alarde enorme de imaginación, podría incluso haber llegado a imaginar que, algún día, su hijo y la hija que tendría Angie vivirían la historia de amor que ellos nunca llegaron a tener.

Pero ni en la más vívida de sus fantasías, ni en la más aterradora de sus pesadillas, se le habría pasado por la cabeza que, en otra noche de agosto, veintidós años después, el alcohol, la culpabilidad y el deseo conspirarían para que acabara susurrando en el oído de Angie la verdad sobre la muerte de Damián. Ni que aquel secreto desvelado rompería la vida de sus hijos. Ni que, mucho tiempo después, todo el castillo de naipes que constituía su imagen pública se derrumbaría al ritmo de las rotativas del periódico de la mañana.

45

Diario El País*, 20 de mayo de 2015*

Víctor Atienza: el ocaso del diputado eterno

El político madrileño, diputado en el Congreso de forma ininterrumpida desde 1979, ha presentado hoy la dimisión de todos sus cargos tras dos días en la picota por su presunta implicación en la delación de un militante antifranquista durante los últimos meses de la dictadura.

En la tarde de ayer, en el transcurso de una rueda de prensa en la que no aceptó preguntas, el ya exdiputado Víctor Atienza Sáenz-Portillo anunció su dimisión de los cargos que ocupa tanto dentro de su partido como en diversas fundaciones, así como la entrega inmediata de su acta de diputado en el Congreso.

«Soy inocente de lo que se me acusa. Quien me haya conocido a lo largo de los últimos cuarenta o cuarenta y cinco años sabe de mi compromiso en la lucha por la democracia. He sido víctima de una conspiración orquestada por la derecha mediática, partidos de ultraizquierda y asociaciones de recuperación de la memoria histórica de dudosa reputación. Dimito porque me lo ha exigido mi partido y también por respeto a la estabilidad institucional. Espero que, después de dar este paso, se vuelva a hablar en España de lo que hay que hablar, no de fantasmas que solo interesa sacar del cajón para perjudicar a otros», declaró el diputado más longevo del Congreso.

Víctor Atienza es un veterano de la política española. Hijo menor de una familia de la clase alta madrileña, su padre ostentó un alto cargo en el antiguo Ministerio de Gobernación y su hermano Antonio alcanzó un importante puesto en el Ejército de Tierra, en ambos casos durante la dictadura. Atienza siempre ha afirmado que fue al empezar sus estudios de Derecho en Madrid cuando despertó en él la inquietud democrática y formó parte de diferentes asociaciones antifranquistas.

Su carrera política comenzó en la Transición, como militante del Partido Socialista Popular de Tierno Galván. Tras su disolución, durante las últimas décadas ha militado en el Partido Comunista, Izquierda Unida, PSOE y Ciudadanos, y en todas las elecciones desde 1979 ha obtenido su escaño por Madrid en el Congreso.

Acusado en ocasiones de *cambiachaquetas* político, Atienza se defiende afirmando que sus convicciones son las mismas desde los años universitarios. «Es la coyuntura del país la que ha cambiado, no yo», declaró hace dos años, preguntado en una entrevista en este mismo medio por sus vaivenes políticos.

«Siempre he sido progresista, europeísta, demócrata y español. Son varios de los partidos en los que he militado los que olvidaron alguno de esos conceptos».

Lo que nunca se puso en duda durante la carrera política de Víctor Atienza fue su compromiso con la militancia antifranquista. Ha hablado de ello en prácticamente todos los mítines políticos de su carrera, ha impartido conferencias sobre los movimientos estudiantiles de los años setenta y ha escrito seis libros acerca del asunto. *Yo me jugué la vida por la democracia*, publicado en 2012, se convirtió en el libro de no ficción más vendido del año.

«He estado en desacuerdo con Atienza en muchas de sus opiniones políticas, sobre todo en los últimos años, pero siempre lo he respetado porque es uno de los pocos representantes políticos que quedan en activo con el aval de haber luchado por conseguir la democracia de la que ahora disfrutamos. La sensación de decepción que me embarga es espeluznante», ha declarado un alto cargo del PSOE que prefiere no identificarse.

La decepción de la que tanto se habla en los últimos días comenzó con las informaciones publicadas por este diario el pasado lunes. Un dosier entregado por una fuente anónima a un redactor de nuestro periódico señala a Víctor Atienza como el responsable de la delación de un militante antifranquista asesinado por la policía en A Coruña, a finales de agosto de 1975. Las posteriores investigaciones han arrojado luz sobre el caso.

Damián Rodríguez Castro era un joven asturiano de veintidós años militante del FRAP y otros movimientos de izquierdas, o con alguna conexión cercana con ellos. Amigo de Víctor Atienza desde la infancia, pues compartían localidad de veraneo, fue abatido por la policía en las inmediaciones del Cantón Grande coruñés el 30 de agosto de 1975. El incidente apenas ocupó espacio en la prensa nacional en aquel momento, pues fue archivado como un disparo accidental en el transcurso de un atraco. Ahora esta versión se pone en duda.

Diversas asociaciones en defensa de la memoria histórica afirman que Damián Rodríguez se encontraba aquel día en A Coruña con la intención de atentar contra Franco. Las fuentes documentales prueban que aquella mañana el dictador, acompañado por su esposa Carmen Polo y dos de sus nietas, se encontraba en el centro de la ciudad visitando una joyería. «Es difícil precisar lo que ocurrió en aquella operación, ya que muchos de sus protagonistas han fallecido ya y otros se niegan a hablar —afirma Fernando Quintana, presidente de una asociación gallega que lucha por la recuperación de la memoria histórica—. Pero la hipótesis más plausible es que el régimen quiso ocultar lo cerca que estuvo aquel atentado de tener éxito. Lo hicieron pasar por un atraco para no enturbiar la imagen de fortaleza que se intentaba transmitir en aquellos últimos meses de vida del dictador».

Ha sido la investigación de un ciudadano anónimo la que ha sacado a la luz la implicación de Víctor Atienza en aquel incidente. Se desconoce la causa que pudo provocar la enemistad de Atienza y Rodríguez, pero se ha podido probar que el chivatazo a la policía sobre las intenciones del militante antifranquista llegó desde el propio Ministerio de Gobernación en el que trabajaba el padre de Atienza. Un guardia civil aún en activo, que estaba de servicio la noche anterior a la muerte de Damián Rodríguez, ha confirmado a este periódico que fue el propio Enrique Atienza quien puso sobre aviso a las fuerzas de orden público sobre la intención de un amigo de su hijo de atentar contra Franco. Con la revelación de estas informaciones, las diferentes asociaciones de defensa de la memoria histórica se han unido en un clamor pidiendo la dimisión de Víctor Atienza, que finalmente ha llegado hoy.

«Damián Rodríguez Castro era mi mejor amigo, el mejor que he tenido nunca. Su muerte me destrozó cuando tenía veintiún años y reafirmó las convicciones políticas que nunca me han abandonado. Muchas veces me habrán oído hablar de un amigo que fue asesinado por los grises durante la dictadura, pero nunca quise usar su nombre para obtener rédito político. Que se me acuse a mí de haber tenido algo que ver en su muerte es una infamia». Con esas palabras acabó ayer su intervención ante la prensa Víctor Atienza.

Es una incógnita qué ocurrirá ahora con la carrera de Atienza, que ayer afirmó que jubilarse no entra en sus planes. Propietario de un despacho de abogados en Madrid que hasta hace pocas semanas dirigía su hijo mayor (Atienza, casado en segundas nupcias con la actriz Romina Bronco, es padre de dos hijos de su primer matrimonio), hay pocas posibilidades de que retome el ejercicio de la abogacía que abandonó a finales de los años setenta. Fuentes próximas al político nos han confirmado que cuenta ya con algunas ofertas de tertulias políticas de televisión y radio, y es casi seguro que orientará su futuro hacia esa opción.

46

Mayo de 2015

Hace cincuenta y seis días que Marina y Lucas se despidieron. Han cumplido a rajatabla lo prometido: ninguna llamada, ningún mensaje, ningún contacto. Marina lo echa de menos, pero ha continuado con su vida. No mentía cuando le dijo a Lucas, en su última conversación en la isla, que no está dispuesta a tener una relación clandestina con un hombre casado. Pero lo que solo ella sabe es que tampoco lo está a tenerla con alguien capaz de renunciar a todo por ella. Es consciente de que es rara, que puede parecer contradictoria; su amiga Rosa, la única con quien ha hablado de lo que fue aquella semana larga en la isla, se rio y le confesó que ella soñaba con encontrar a un hombre capaz de renunciar a todo por ella.

Pero es que a Marina no le gustan las renuncias. Al menos, a la Marina actual. Cuando tenía dieciocho años, estaba dispuesta a no volver a ver el mar a diario con tal de pasar cada día con Lucas; renunciaría a su sueño de navegar por vivir el de despertarse junto a él cada mañana. Y quizá aquello habría salido bien si no se hubiera cruzado en su camino un viejo secreto familiar que los separó; eso ya nadie lo sabrá, es una historia que nunca se escribió. Pero la Marina de treinta y nueve años no se va a ir a Madrid, y no porque Angie la necesite en Coruña; no se irá tampoco el día que ella falte. Ese día, si logra sobrevivir al dolor, volverá a embarcarse, porque lleva cuatro años lejos de alta mar y le pica en la piel la añoranza. Tal vez Lucas tenía razón y siempre lo quiso más que a él.

Y luego está el asunto de las hijas de Lucas… Marina sabe que está enamorada de él y empieza a asumir que lo va a estar toda la vida. No le importa. Durante años fue un sentimiento enquistado, la frustración de no olvidarlo, la incertidumbre sobre las razones… Desde la semana que pasaron en la isla ya solo es un bonito recuerdo y la esperanza de saber construir un futuro a su medida. Uno en el que

tengan cabida las circunstancias de ambos. Por eso le decía a Rosa que no quiere que él lo deje todo por ella; por muy enamorada que esté de Lucas, sabe que le gustará menos si decide dejar atrás todo lo anterior, poner el cuidado de las niñas en manos de su madre y largarse a la otra punta del país a disfrutar de su nueva vida junto a ella. Marina nunca ha querido ser madre, precisamente porque no está dispuesta a renunciar a su modo de vida, pero siempre ha tenido una idea muy clara de la maternidad; y de la paternidad. Le entran náuseas cada vez que una amiga suya se divorcia y se carga a los hijos a la espalda en solitario; la han decepcionado viejos amigos que, tras una separación, reducen su papel de padres a una visita cada quince días, mucho tiempo con la abuela y no saber siquiera el curso en el que están sus hijos. No quiere que Lucas se convierta en eso; mucho menos, que lo haga por ella.

Por eso siguen sin hablar. Porque hará falta tiempo para que encuentren el lugar en el que confluir sin que nadie salga perdiendo. Porque entiende a Lucas cuando decía envidiar a su hermano, que pudo dejar todo atrás y marcharse a Australia para empezar de cero; ellos no pueden, así que tendrán que buscar un número diferente desde el que contar. O tal vez sea imposible y tengan que renunciar el uno al otro. Aunque a Marina siguen sin gustarle las renuncias...

—Va a salirte humo por la cabeza si sigues dándole tantas vueltas. —Su tía Fede se burla desde el otro lado de la mesa de la cocina; están tomando un almuerzo ligero; Marina acaba de llegar de la clínica de pasar la mañana con Angie, y Fede se irá en breve a relevarla—. ¡Llámalo de una vez! Aunque solo sea para decirle que tú no has tenido nada que ver con... eso.

Sobre la mesa hay dos copias del periódico que ha sacado en portada la noticia de la dimisión de Víctor. Hace dos días que no se habla de otra cosa en la prensa política, y Marina lleva esos mismos dos días pensando que debería explicarle a Lucas que no tiene ni idea de quién ha filtrado la noticia. Pero algo la frena. La prudencia, supone, aunque ella misma sabe que es un buen eufemismo de cobardía.

—Pues... creo que tienes razón. —Marina coge el móvil y se despide de Fede, que se marcha ya, antes de subir las escaleras de camino a su habitación—. ¿Cenamos juntas cuando vuelvas?

—Y no te librarás de un buen interrogatorio.

—No lo dudo.

Marca el número de Lucas con dedos temblorosos. Suenan dos tonos y él responde; los nervios se esfuman. Es el efecto de hablar con alguien a quien conoces como la palma de tu mano.

—Hola… —Su voz es casi un suspiro y se cuela en las entrañas de Marina mientras sigue oyéndolo hablar con alguien que no es ella—. ¿Me trae la cuenta, por favor? Perdona, ya estoy contigo.

—Hola. ¿Cómo estás?

—¿En estos momentos? Hasta los huevos de rebotar llamadas de periodistas y curiosos. Pero, en general, bastante bien.

—Te llamaba por eso, Lucas. Solo quería decirte que no he tenido nada que ver con la publicación de esa noticia. Y habría puesto la mano en el fuego por mi tía sin necesidad de preguntarle, pero he hablado con ella y me ha confirmado que ni siquiera sabría a quién llamar si tuviera que ofrecer esa información. Con mi amiga Rosa no he hablado del asunto, así que… de mí no ha salido, te lo aseguro.

—Ya lo sé, Marina. No hacía falta que te justificaras.

—Pero entonces… —Marina se lleva una mano a la boca—. ¿Has sido tú?

—No. —Lucas se ríe—. No he sido yo. Estoy igual que tú, no tengo la menor idea de quién ha filtrado la noticia…

—¿Habrá sido Berrocal? ¿O el otro guardia civil que le pasó parte de la información?

—Ya lo he pensado, pero… ¿por qué ahora? Para nosotros es información nueva, pero ellos lo sabían desde hace décadas. No creo que justo hayan tenido ahora la epifanía de hacerlo público.

—Pues entonces no sé qué decirte, Lucas.

—Es que antes me has interrumpido, Marina. Te he dicho que no tengo la menor idea de quién lo ha filtrado, pero no me has dejado decirte que tampoco tengo el menor interés. Hay cosas más importantes en mi cabeza que lo que le pase a mi padre a partir de ahora.

—¿Qué cosas?

—Que me abras la puerta, por ejemplo.

Marina tarda unos segundos en asimilar sus palabras. Está tumbada en su cama, con las piernas estiradas y los pies apoyados en la pared sobre el cabecero, en una postura que le recuerda a la Marina de quince años, que pasaba horas al teléfono con Lucas, en aquella

misma cama, en la misma postura. Pero se levanta, corre escaleras abajo, abre la puerta con el aliento contenido que ante cualquier otra persona querría disimular, pero no con él.

Durante una milésima de segundo, Marina teme haber entendido mal la última frase de Lucas al teléfono, pero no. Allí está, en su rellano, como tantas veces veinte años atrás, en aquellas visitas que Marina esperaba durante meses. Puede que ahora haya alguna arruga más recordándole cuántas horas ha pasado al sol, quizá algunas canas empiecen a asomar en la cabeza de Lucas, pero en esencia hay muchas más similitudes que diferencias.

—Le he pedido el divorcio a Teresa —suelta él, como una bomba —. Sigo viviendo en casa, porque aún no se lo hemos dicho a las niñas, pero... será pronto. Estoy buscando piso ya, de hecho.

—Lucas... —A Marina su nombre se le escapa casi en un gemido, aunque ni siquiera se han tocado aún.

—¿Qué?

—No lo sé. Es que no sé qué decir.

—No es una mala noticia, Marina. Es decir..., sí lo es. Supongo que siempre lo es el final de un proyecto en el que alguna vez creíste. Pero peor sería aferrarse a algo que sabes que no te hace feliz.

—¿Es por mí? —le pregunta, aunque está segura de que conoce la respuesta.

—Es por mí. —Marina sonríe por haber anticipado esas palabras, aunque las siguientes no las espera—. Pero claro que es por ti también. No pienso seguir casado con una persona mientras estoy enamorado de otra.

Y llega el abrazo. Ninguno de los dos se puede creer que hayan sido capaces de mantener esa breve conversación sin haberse tocado siquiera. Cuando logran separarse, Marina lo conduce al salón y se sientan, muy juntos, en el sofá de piel gris. Tienen que tomar aliento antes de seguir hablando.

—¿Lo... sabe ella? —A Marina la voz le titubea—. Lo que pasó en la isla, quiero decir.

—No. No me ha preguntado si hay otra persona y, sinceramente, llegado este punto, un exceso de sinceridad me parece hacer daño de forma gratuita. Ella tampoco va a contarme que me ha sido infiel. Está bien, no es necesario.

—¿Y las niñas?

—Teresa quiere decírselo ya y tiene razón. Todos los padres de sus amigas están divorciados y lo asumirán con naturalidad. Hablaremos con ellas este fin de semana.

—Lucas, yo quería decirte que… —Marina carraspea. No quiere condicionar ninguna manera de actuar de él, pero tampoco puede callarse—. No quiero que renuncies a nada relacionado con ellas por mí.

—Marina… Yo te quiero. Creo que eso ya lo sabes, ¿no?

—Puede. —Se le dibuja una sonrisa que, ahora sí, la convierte de nuevo en la adolescente que tanto lo quiso—. Puede incluso que sea mutuo.

—Pues eso. Te quiero mucho, pero no te quiero más que a mis hijas. No voy a dejarlas atrás para irme a vivir contigo. No sé si pensabas que tenía algo así en la mente. Mi idea es pedir la custodia compartida y mi abogado no cree que Teresa ponga impedimentos.

—Ah…

—No tenías ni la menor esperanza de que estuviera haciendo las cosas bien, ¿verdad? —Lucas quiere imprimir un toque de humor a la frase, pero en el fondo su tono es triste.

—Empiezo a tenerla.

—Sé que la he cagado muchas veces. Cada uno de los días desde nuestra separación en que no cogí un teléfono para darte explicaciones. O, mejor dicho, cada uno de los días desde nuestra separación en que no cogí un avión para decirte que me la sudaban los demás, que solo me importabas tú.

—Lucas…

—No hace ni dos meses que no te veo y te juro que no entiendo cómo pude estar dieciocho años sin hacerlo.

—Ya lo sé. —Marina suspira—. Yo tampoco.

—Que te quiero con locura es algo que sé desde que tenía doce años. Ahora necesito un tiempo para aprender a quererte con cordura.

—Me parece bien.

—Y no te estoy pidiendo que me esperes. Al contrario… Quiero que hagas tu vida. No sé cuánto tardaré yo en asentarme en esta nueva rutina que ni siquiera he empezado aún, así que no sería justo pedirte nada.

—No te esperaría si no quisiera hacerlo.

—Ya lo sé. —Lucas sonríe y esa sonrisa le hace a Marina

cosquillas en la tripa—. En el fondo, creo que los dos llevamos toda la vida esperándonos sin saberlo. No creas que me siento demasiado orgulloso de haberme casado con otra persona después de ser consciente de esto.

—Es que «es una verdad mundialmente reconocida que un hombre soltero, poseedor de una gran fortuna, necesita una esposa» —bromea Marina, por quitar hierro a unas palabras que son las más serias que han intercambiado jamás; más que ningunas de las que hablaban de sueños casi veinte años atrás.

—Eso es *Orgullo y prejuicio* y yo nunca he sido poseedor de una gran fortuna. —Lucas suelta una carcajada—. Y mucho menos lo voy a ser ahora que he dejado el despacho de mi padre y sobrevivo a media jornada en la empresa de un amigo.

—No me digas que voy a tener que mantenerte...

En los años separados, Marina recordó muchas veces lo que sentía al hablar con él, al besarlo, al dormir junto a él, al dibujar a cuatro manos un plan de futuro..., pero había olvidado cuánto le gustaba bromear con él. Esas risas son oxígeno para un momento vital que podría haberlos asfixiado.

—Ojalá algún día, Marina. Ojalá pronto...

Los dos exhalan un suspiro simultáneo que los hace reír de nuevo. Saben que no tienen mucho más que decirse y que todas las cartas están ya sobre la mesa.

Pasarán el resto de la tarde reconociéndose de nuevo, enamorándose de cada versión del otro que descubren cada día desde que se reencontraron. Convertirán la cama de Marina en su bastión y solo se dirán adiós cuando se les eche encima la hora del vuelo de Lucas de regreso a Madrid.

—Me encantaría quedarme más tiempo, pero mañana no puedo faltar a la oficina. —Lucas resopla—. Perdona que me haya presentado hoy sin avisar, pero no aguantaba un segundo más sin verte.

—¿«Perdona»? —Marina suelta una carcajada—. Tendrás que acostumbrarte a no pedir perdón por ser espontáneo.

—Este es el nuevo Lucas, tú sí que tendrás que acostumbrarte. —Él esboza una mueca de fastidio cuando un aviso en su móvil le recuerda que el taxi está esperándolo abajo.

—Si algún día averiguas de dónde salió la filtración de la noticia de Víctor, ¿me lo contarás? —Marina pronuncia esa pregunta, que fue

el motivo original de su llamada a Lucas unas cuantas horas atrás.

—Creo que empiezo a tener una ligera sospecha…

47

Borja

No pretendía ocultárselo a mi hermano cuando decidí contarle esa historia a un periodista y utilizar los datos que él me había dado. Si no se lo dije antes de hacerlo fue porque tenía miedo a que me disuadiera. Traicionar a un padre no es una decisión fácil de tomar, por mucho que tuviera claro desde el primer momento que era la correcta. Si algo he aprendido con el tiempo, con mis propios secretos encerrados en un armario, es que airear la verdad suele ser más justo que mantenerla oculta.

No creo que mi padre sea un monstruo. No he hablado nunca con él sobre lo que pasó en aquel verano de su juventud ni creo que lo haga jamás. Apenas hablo con él de casi nada, en cualquier caso. Pero es que yo no creo en los monstruos; los monstruos son una explicación demasiado sencilla. No creo que el Víctor de veintiún años fuera un tipo maquiavélico que predicaba su oposición a la dictadura mientras albergaba un corazón franquista. Tampoco creo que odiara a su amigo Damián y que eso lo llevara a utilizar sus influencias para sacárselo de en medio.

Es aterrador pensar en hasta qué punto toda nuestra vida puede depender de una mala decisión. Coger el coche ese día en que estás seguro de que las cervezas no te han alterado la capacidad para conducir. Saltar de un balcón a otro en lugar de llamar a un cerrajero. Tirarte desde unas rocas para darte un chapuzón sin comprobar si hay profundidad suficiente. Un solo segundo y una vida, o varias, cambian para siempre. No digo que ese fuera el caso de mi padre hace cuarenta años. Seguro que tuvo opciones mejores que delatar a su amigo ante mi abuelo. Pero no creo que fuera consciente de que aquello iba a segar la vida de un chaval de veintidós años. Quizá es solo que necesito pensarlo para seguir sin creer en monstruos, para no plantearme si comparto ADN con uno.

No fue lo que mi padre hizo cuando era un chaval más joven de lo que soy yo ahora lo que me empujó a sacar a la luz su historia. Fueron los siguientes cuarenta años. La hipocresía. El Víctor público frente al que solo conocíamos los de casa. Los discursos. Llenarse la boca hablando de feminismo cuando se pasó los años muertos de su matrimonio con mi madre tirándole los trastos a cualquier empleada del partido menor de treinta. Llenarse la boca hablando de derechos LGTB cuando a mí lleva ignorándome desde que salí del armario. Llenarse la boca hablando de antifranquismo cuando delató a un opositor de verdad, que encima era su mejor amigo.

Solo una cosa podría haberme impedido descubrirle al mundo quién es en realidad Víctor Atienza: que Lucas me lo hubiera pedido. O, simplemente, que supiera que a él le iba a hacer daño. Pero sé que no es así. Igual que sé que él jamás lo habría hecho.

Cuando tu hermano mayor te lleva diecisiete años, es difícil no crecer viéndolo como un héroe. Eso fue para mí Lucas durante dos décadas. Dice la mitología que un héroe es una persona que es menos que un dios, pero más que un hombre. La vida real tiene poco que ver con la mitología. Y al Lucas real lo conocí cuando dejé de mitificarlo. Y lo quise, lo quiero, mucho más que antes.

Lucas es un tío profundamente triste. Tardé muchos años en darme cuenta, porque vive con una sonrisa pintada en la cara y no recuerdo haberlo visto llorar nunca. Tuve que crecer, entender un poco cómo funciona el mundo, para ser consciente de que Lucas también vivía en un armario; en uno diferente al mío, pero que lo constreñía del mismo modo y del que no sabía salir. Fue duro saber que llevaba años triste; fue mucho peor que él me contara, cuando fui lo bastante mayor para entenderlo, que esa infelicidad la había provocado su cobardía.

Fue Lucas quien me insistió hasta quedarse afónico en que estudiara Diseño Gráfico cuando a mí me entraron las dudas porque mi padre estaba empeñado en que siguiera la tradición familiar de estudiar Derecho y mi madre ni siquiera sabía qué era eso que quería hacer. Fue entonces cuando me contó que él había empezado a renunciar a sus sueños el día que no tuvo la valentía de enfrentarse a mi padre y estudiar lo que le diera la gana. También fue entonces cuando me habló por primera vez de Marina.

Yo no la recordaba apenas. Se trataba de una figura borrosa de

los años de mi infancia, como también lo era la isla. Alguna vez me había visto en sus brazos en fotos de aquellos veranos que mi hermano guardaba a buen recaudo. No supe quién había sido en realidad Marina para mi hermano hasta una noche de hace dos o tres veranos. Estábamos en Marbella, toda la familia se había ido a dormir y nosotros nos quedamos tirados en las tumbonas del jardín hasta que las cervezas se nos subieron a la cabeza. No tardé en darme cuenta de que Lucas me hablaba, quizá por primera vez, de igual a igual; de adulto a adulto.

Ahora Lucas tiene la oportunidad de cambiar las cosas, de cambiar su vida. En las últimas semanas hemos hablado más que nunca, después de que él adivinara sin necesidad de que hiciera mi confesión que había sido yo quien había sacado a la luz la verdadera cara de nuestro padre. Pero no hemos hablado apenas de eso. Me ha hablado de sueños; de los que yo tengo porque estoy empezando a vivir y de los que él ha recordado que puede tener aunque roce los cuarenta. Me ha hablado mucho de Marina. De lo que vivieron hace años en la isla y de lo que revivieron en los días que pasaron allí en marzo. Me ha contado lo que quiere ser para ella y, sobre todo, lo que quiere ser para sí mismo. Se ha desesperado hablando de dificultades, de distancia, de las niñas, de cómo conciliarlo todo para que nada reste. Pero hasta en esa impaciencia he reconocido la ilusión.

Por eso sé que les saldrá bien. Por eso… solo puedo cruzar los dedos para que encuentren su camino.

48

Agosto de 2019

Angie murió una noche de otoño. Menos de dos años después de despedirse del señor Martín, Marina tuvo que decir adiós a otro de sus pilares. Lo hizo con la sensación de que, en realidad, Angie ya se había ido mucho antes. Y también con la certeza de que no habría un día en su vida en que no la añorara.

Víctor nunca regresó a la política. Dio una entrevista en *prime time* en la que contó solo una o dos verdades, sufrió seis escraches en su chalet de Aravaca y ocupó páginas de papel cuché con un segundo divorcio muy sonado. Ahora se gana la vida como tertuliano en un magacín de fin de semana en el que lo mismo opina de actualidad política que de temas de corazón. Los últimos rumores apuntan a que será el fichaje estrella de un *reality* de supervivencia la próxima temporada.

Borja se estableció en Melbourne de forma definitiva. La primera razón para decidirse fue una oferta en firme de la empresa de diseño gráfico en la que había colaborado como becario. La segunda, el clima y la forma de vida australiana, que había sentido desde el primer día que se adaptaban a lo que siempre había deseado para su futuro. La tercera, indudablemente, fue Ian, un surfista rubio de treinta y dos años con el que se fue a vivir solo una semana después de conocerlo.

Fede se jubiló y volvió a Chile, al fin, aunque solo de visita. Siguió viviendo con su sobrina en el piso de Coruña que su hermano y Angie habían comprado una eternidad atrás, aunque pasa tanto tiempo viajando que no está claro que se le pueda asignar un domicilio fijo.

Teresa volvió a casarse, solo ocho meses después de firmar el divorcio con Lucas. Aunque nunca ha creído en la amistad con una expareja, ha conseguido tener una relación cordial con el padre de sus hijas; siempre dice que es por el bien de las niñas, pero en el fondo

ella sabe que es por pura gratitud de que fuera él quien se atreviera a dar el paso de acabar con un matrimonio cómodo pero que a los dos los hacía profundamente infelices.

El teniente Berrocal disfruta de su jubilación en un pequeño pueblo de la costa de Lugo. Después de décadas jurando que, en cuanto sus obligaciones lo permitieran, volvería a su Andalucía natal y se olvidaría para siempre de la lluvia, descubrió que aquel clima brumoso e inestable lo había atrapado en sus garras. En el tercer cajón de su escritorio reposa un manuscrito de 382 páginas que desgrana el incidente que acabó con la vida de Damián Rodríguez Castro y, cuarenta años después, con la carrera de Víctor Atienza. Quizá algún día se decida a publicarlo.

¿Y Lucas y Marina? ¿Consiguieron encontrar su camino, a pesar del pasado, de las dificultades, de los lastres que otros les colgaron de la espalda?

No fue fácil. Marina atravesó una depresión cuando Angie murió. Fue a terapia, tomó su medicación y eso hizo que empezara a ver la luz, pero no logró dejar atrás su enfermedad hasta que se reencontró con el mar. En el suave bamboleo de su camarote, mientras atravesaba el Pacífico en un buque de carga, aprendió a reconciliarse con la madre que le había ocultado la verdad sobre su origen y que la había abandonado demasiado pronto. Y se reconcilió también consigo misma, con la Marina que amaba a Lucas, a pesar de los años, de las diferencias, de un pasado que le había roto la juventud y de un presente que se antojaba incierto.

Lucas, al mismo tiempo que eso ocurría, atravesaba su propio purgatorio. Se divorció, pactó con Teresa la custodia compartida de sus hijas y aprendió a ser familia de un modo diferente. Había dejado su trabajo porque no le parecía coherente seguir en el despacho de un padre con el que apenas se hablaba. Esa fue la excusa que se puso, pero en realidad todo formaba parte de su proceso de reconstrucción personal. Llevaba toda su vida convenciéndose de que algunos trenes habían pasado de largo, pero, el día que se matriculó en Filología Hispánica en una universidad a distancia, consiguió reconciliarse con el Lucas de dieciocho años que había renunciado a un sueño.

Lucas se había prometido no llamar a Marina hasta que tuviera algo que ofrecerle. Hasta que él mismo fuera el hombre que quería ser. En junio de 2016, justo el día en que Marina cumplía cuarenta

años, Lucas se atrevió al fin a apostar por sí mismo y cruzó los dedos para no pillarla en cualquier océano del mundo. La llamó por teléfono, ella le respondió que empezaba a cansarse de esperar y él le pidió que se asomara a la ventana. Cuando Marina corrió escaleras abajo y estuvo ante él, esbozó una sonrisa de tres mil vatios que habría provocado por sí misma que Lucas se enamorara de ella de nuevo, suponiendo que alguna vez hubiera dejado de amarla.

Él la acompañó cuando Angie se fue y ambos se resarcieron en cierto modo de aquella ausencia que tanto había dolido cuando se había ido Felipe. Y ahora, al fin, Marina se siente preparada para dejar ir a Angie. Lleva años custodiando en su armario una urna cuyo destino tiene claro, pero le ha faltado valor para esa última separación. Con las manos de Lucas sujetando su cintura, sosteniéndola por si cae, Marina devuelve las cenizas de su madre al lugar al que siempre pertenecieron: el faro de una isla en la que las ausencias son tangibles.

Lucas sigue viviendo en Madrid con sus hijas. Ahora trabaja en una editorial pequeña, con un sueldo también pequeño, pero por primera vez en su vida se levanta de un salto cada mañana deseando empezar su jornada laboral.

Marina sigue embarcándose durante meses. Echa de menos a Lucas cuando está lejos; piensa en él si deja la mirada perdida en ese cielo estrellado que es tan distinto visto desde alta mar.

Pero buscan sus huecos para encontrarse. Cuando ella regresa a tierra, se las arregla para hacer alguna escala en Madrid. Cuando a las niñas les toca estar con Teresa, él pide un par de semanas de teletrabajo para visitarla a la orilla del mar. Nunca, ni siquiera cuando se habían amado tanto en la adolescencia, se habían visto a diario; y, sin embargo, siempre se habían tenido.

Cuentan quienes pasan el verano en una isla perdida del Cantábrico que cada 1 de agosto ven a una pareja reencontrarse en el muelle de catamaranes; que sellan con un beso apretado la promesa de un mes solo para ellos. Cuentan que siguen pasando el verano en una casa que parece caerse a pedazos, pero que en realidad está asentada sobre unos cimientos fuertes. Los más indiscretos podrían contar también que alguna vez se les ha visto hacer el amor en el jardín mientras vuelan las perseidas.

Pero, si alguien les preguntara a los protagonistas de esta

historia, dirían que, después de muchas pérdidas, duelos y quebrantos, al fin todo está en su lugar. Que algunos de los protagonistas de la historia se fueron, pero los papeles se van renovando con el tiempo, como en esas viejas telenovelas que cambian de actores después de algunas temporadas. Ya hace mucho que no son las risas de Angie, Víctor y Damián las que se oyen por las callejuelas empedradas de la zona antigua. No son los susurros de Martín y Dora cuando la vida les iba arrebatando pedazos. No son los gemidos de los Lucas y Marina adolescentes mientras se aprendían de memoria el cuerpo del otro. Quizá algún día sean dos niñas, Inés y Mencía, quienes descubran el placer de tirarse desde lo alto del faro con los pies muy juntos y los ojos apretados. O tal vez Borja el que en alguna visita relámpago le robe carcajadas a un veraneante que se pierda en sus ojos grises. Y los Lucas y Marina de cuarenta y pocos serán testigos desde aquella casa, su casa, de toda la vida que se puede concentrar en aquella isla, su isla.

UNA ACLARACIÓN Y UNOS CUANTOS AGRADECIMIENTOS

Querido lector,

Si has llegado leyendo hasta aquí —muchas gracias, por cierto—, quizá te estés preguntando cuál es el nombre de esa isla mágica a dos millas náuticas de la costa de Lugo en la que Angie, Damián, Víctor, Lucas, Marina y compañía viven sus aventuras y desventuras. O quizá ya sepas que no existe ninguna…

En esta novela, por primera vez en mi carrera, he elegido un escenario ficticio. Y, al mismo tiempo, es la ambientación más real que he creado nunca. De hecho, «creado» es un verbo inadecuado; como mucho, habré llegado a reflejar lo que conozco bien. Porque la isla no existe como tal, pero sus casas de colores, sus acantilados, su faro, su puerto pesquero y sus playas forman parte del lugar que para mí es sinónimo de verano desde que nací. Las siguientes palabras se atribuyen al escritor gallego Álvaro Cunqueiro: «Si yo escribiera versos por decir verano, diría una sola sílaba sonora y clara: Foz». Y yo no podría estar más de acuerdo con esa idea.

Aclarada la no existencia de la isla, solo me queda dar las gracias. En primer lugar, a todas las personas que convirtieron Foz, para mí, en algo muy parecido a lo que es la isla para Marina (con bastante menos drama, por suerte).

A mis padres, al que nació allí y a la que lleva sesenta y siete veranos acudiendo fiel a la cita en cuanto el sol se abre paso; porque las alas para recorrer mundo y las raíces ancladas a un lugar no han sido nunca conceptos incompatibles.

A mis abuelos, que, como los padres de Angie, también recorrieron una primavera la costa de Lugo en un coche prestado en busca de un lugar de veraneo y, con ello, cambiaron el rumbo de varias vidas; y a mis otros abuelos, en cuya casa pasé los once primeros veranos de mi vida y que ha servido de inspiración para la casa del señor Martín.

A mi amiga María Prado, por una adolescencia entre arena, rocas, olas y risas; mucho se habla de los amores de verano, pero hay amistades que son aún mejores.

A Judit (y familia), con quien puedo pasar meses sin hablar, pero con la que me sigo encontrando cada martes de mercado como si no hubiera pasado el tiempo.

A Juan, por haber aterrizado en Foz de mi mano hace veintisiete años y no haberte marchado nunca; siempre pensé que lo hacías por mí, pero empiezo a sospechar que ese lugar también te ha atrapado a ti.

A Ana, Carmen, sus padres y sus abuelos, por ser casa; porque mientras vosotros estéis allí, siempre tendré mil motivos para volver. Y por los *chicharros lañados*, sobre todo por eso.

La primera vez que la idea de esta novela se me pasó por la cabeza fue durante el verano de 2016. El verano acabó, regresé a mi rutina y, aunque siempre se quedó ahí, en el cajón de los proyectos pendientes, otras novelas se le adelantaron. Me ocurrió lo mismo en el verano de 2017. Y en el de 2018. Y en el de 2019. Durante esos cuatro años, no dejé de pensar en ellos, de anotar ideas, escenas, frases, momentos... No fue hasta finales de verano de 2020 cuando me di cuenta de cuál era el problema: esta novela tenía que escribirla en Foz. Decidí encerrarme durante un mes, cuatro semanas, para al menos dejarla encaminada, aunque luego la terminara cuando el otoño llamara a la puerta. No fue necesario. A los veintidós días de escribir la primera línea estaba poniendo punto final. No sé si esta será mi mejor novela, pero tengo clarísimo que es la que más he disfrutado, la que más mía he sentido y la que siempre había soñado escribir.

Esta isla mía ha tenido que recorrer un largo camino antes de llegar a las librerías y, si finalmente lo ha hecho, ha sido en gran parte gracias al impulso de mi editora, Lola Gulias, que creyó en ella desde el primer día. También lo hicieron, como siempre, mis amigas escritoras: Alice Kellen, Andrea Longarela, Saray García, Alejandra Beneyto, Altea Morgan, Elsa García y Myriam M. Lejardi. Ellas me hacen crecer tanto cada día que se me agotan las palabras para agradecérselo.

Y, por último, gracias a mis lectoras, porque sois oxígeno en los agobios y gasolina en las ilusiones.

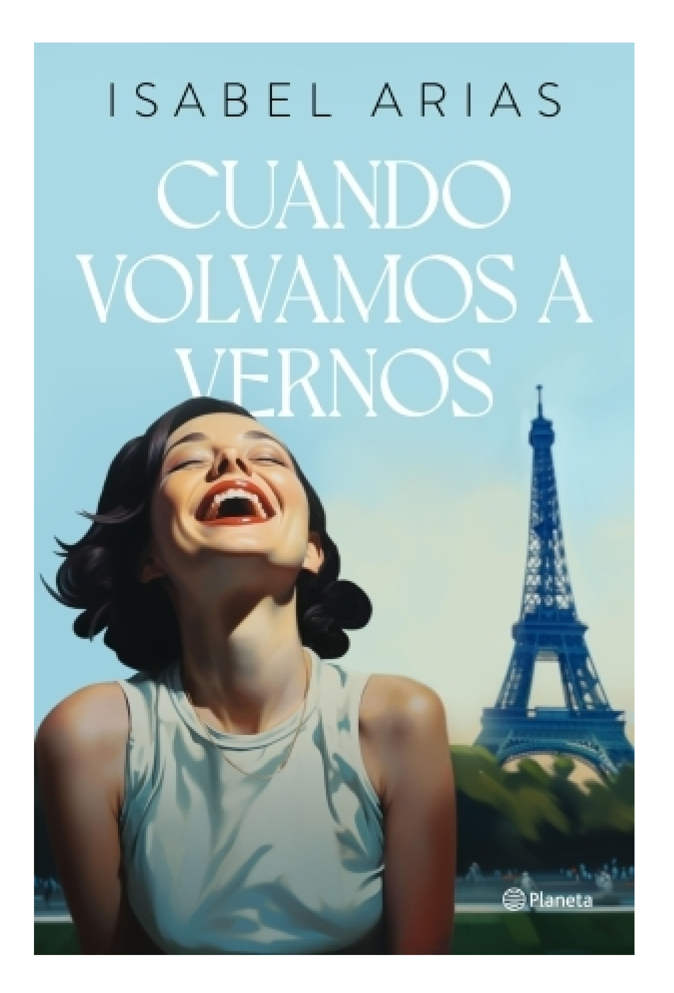
Nuestro último verano en la isla
Abril Camino

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2024

ISBN: 978-84-08-28429-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta


ISABEL ARIAS
CUANDO
VOLVAMOS A
VERNOS
Planeta

Cuando volvamos a vernos

Arias, Isabel

9788408285601

320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Se mudó a París para cambiar su vida. Viajó a Londres para conocer un nuevo amor. Ahora tendrá que mirar dentro de sí para saber lo que desea.

Tras perder a su marido y descubrir un **doloroso secreto**, Isabelle decide mudarse a **París**, la ciudad que adora desde que era niña. Lo hace justo antes de cumplir cuarenta años con la esperanza de empezar allí **una nueva vida**.
Se instala en un piso cerca de su mejor amiga y comienza a trabajar en una preciosa librería inglesa frente al Jardín de Luxemburgo. Envuelta en la **atmósfera parisina**, Isabelle volverá a ilusionarse y a soñar. También viajará a Londres, donde encontrará no solo nuevas alegrías, sino el camino hacia **un nuevo amor**.
Entre libros y canciones, y animada por el cariño de sus queridas amigas Marta y Léa y del divertido Thomas, Isabelle descubrirá que **hay muchos tipos de relaciones** y que allí donde surge el enamoramiento verdadero sobran los prejuicios. Porque el amor real **nunca es perfecto**.

Cómpralo y empieza a leer


ABRIL CAMINO
LAS
27 CITAS DE
CHARLOTTE
MAY
Planeta

Las 27 citas de Charlotte May

Camino, Abril

9788408263159

384 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La vida de Charlotte May parece perfecta, pero el día que cumple treinta años sufre una epifanía romántica y se obsesiona con que está incompleta: le falta un hombre a su lado. Necesita un novio que la saque del espantoso hastío de ser *solo* una mujer feliz: se gusta, tiene el trabajo de sus sueños y dinero en el banco, una familia que la quiere y comparte, con sus dos mejores amigos, un apartamento en Shoreditch, su barrio favorito de Londres.

Se ha hartado de relaciones fracasadas, rollos de una noche y demás desastres románticos. Así que se propone encontrar al hombre de su vida, al definitivo. Con la ayuda de sus amigos Oliver y Moon, elabora una lista con los veintisiete requisitos que debe cumplir el hombre perfecto y se lanza a una vorágine frenética de citas, cada una de las cuales más desastrosa que la anterior, y con un denominador común: cada uno de los candidatos incumple de forma flagrante uno de los requisitos de Charlotte.

¿Encontrará Charlotte al amor de su vida en alguno de los hombres a los que conoce? ¿O ese amor habrá estado siempre ahí y ella, demasiado ciega para darse cuenta de que no lo necesita…, pero lo quiere?

«La mejor comedia romántica que he leído este año. Adictiva e imprescindible», Alice Kellen

Cómpralo y empieza a leer


EMILY HENRY
GENTE QUE CONOCEMOS EN VACACIONES
Planeta

Gente que conocemos en vacaciones

Henry, Emily
9788408276203
400 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La comedia romántica para este verano, por la autora de La novela del verano. DIEZ VIAJES, DOS AMIGOS. ¿UNA ÚLTIMA OPORTUNIDAD PARA EL AMOR? -- PREMIO GOODREADS A LA MEJOR COMEDIA ROMÁNTICA BESTSELLER Y FENÓMENO MUNDIAL DE TIKTOK «La autora que no te puedes perder.» Taylor Jenkins Reid, autora de Los siete maridos de Evelyn Hugo

Poppy y Alex. Alex y Poppy. No tienen nada en común: Ella lleva vestidos estampados; él, pantalones de pinza. Ella es un espíritu aventurero; él prefiere quedarse en casa leyendo. Y, a pesar de todo, son mejores amigos. Durante la mayor parte del año viven separados —ella en Nueva York, él en su pequeño pueblo—, pero cada verano, desde hace ya una década, se toman una semana de vacaciones juntos. Hasta hace dos años, cuando todo cambió.

Ahora Poppy tiene todo lo que siempre había soñado, pero está atrapada en la rutina. Cuando alguien le pregunta cuándo fue feliz por última vez, sabe, sin ninguna duda, que fue en ese último y fatídico viaje con Alex. Por eso decide convencer a su mejor amigo para viajar juntos una vez más. Tienen una semana para arreglarlo todo, ¿qué puede salir mal?

«Esta deliciosa novela brilla por las hábiles observaciones, los diálogos hilarantes y, sobre todo, los personajes. Divertidos, patosos y entrañables, vale la pena acompañarlos en este maravilloso viaje.» *The*

Wall Street Journal

«Una comedia romántica perfecta, repleta de diálogos chispeantes y tensión sexual.» *Real Simple*

«Aviso para los lectores: experimentarás todo tipo de sentimientos y, muy probablemente, derramarás alguna que otra lágrima.» *The Skimm*


OFENSA
AL
FRÍO
Toni Sánchez Bernal
Planeta

Ofensa al frío

Sánchez Bernal, Toni

9788408285830
504 Páginas

Una pareja atada al pasado; una inspectora sin nada que perder; una casa de la que no pueden escapar.

Alba y Miguel son un matrimonio destrozado tras haber perdido lo que más querían: su hija.
El dolor y la culpa han conseguido que ya no mantengan ninguna relación ni física ni emocional, de hecho, apenas se dirigen la palabra. Son dos extraños que comparten lo único que les une a día de hoy, la casa en la que viven. Pero sus vidas dan un vuelco cuando se ven implicados en el asesinato de un hombre con el que Alba tuvo un *affaire*.
¿Cómo explicarle a Miranda Delgado, la inspectora de Homicidios encargada del caso, que la verdadera asesina lleva años muerta? ¿Cómo convencerla de que cese en la búsqueda de un culpable cuando la víctima podría haberla puesto tras la pista para encontrar vivo a su propio hijo?

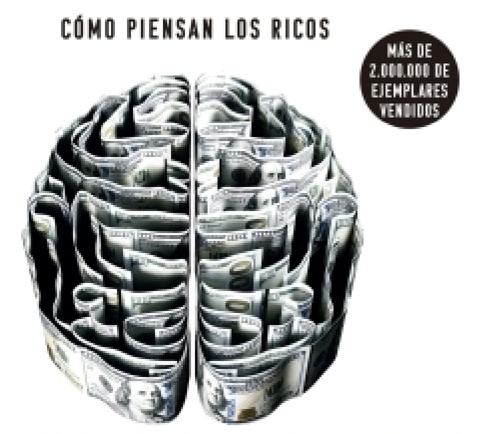
Cómpralo y empieza a leer

«Cualquiera que quiera hacerse rico debería tener una copia de este libro.» JAMES CLEAR, autor de *Hábitos atómicos*

MORGAN HOUSEL

LA PSICOLOGÍA DEL DINERO

CÓMO PIENSAN LOS RICOS



18 CLAVES IMPERECEDERAS SOBRE RIQUEZA Y FELICIDAD

Planeta

La psicología del dinero

Housel, Morgan

9788408247265

312 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En cuestiones de dinero, lo que importa no es lo listo que seas sino cómo te comportas. Tendemos a pensar en la inversión o la gestión de las finanzas personales como una disciplina matemática, en la que los datos y las fórmulas nos dicen exactamente qué hacer. Sin embargo, el rasgo que define a las personas que logran enriquecerse no es su destreza con los números, ni su salario o su talento, sino su historia personal, sus motivaciones y su visión única del mundo.

Un genio que pierde el control de sus emociones puede ser un desastre financiero. Y lo mismo vale en caso contrario: gente de a pie sin formación en finanzas puede enriquecerse si cuenta con unos cuantos patrones de comportamiento. Esto, impensable en otras disciplinas como la arquitectura o la medicina, es fundamental en el campo de las finanzas.

Este libro, llamado a convertirse en un clásico de las finanzas personales, nos provee del conocimiento esencial para entender la psicología del dinero y nos invita a hacernos una pregunta fundamental que raramente nos hacemos, cuál es nuestra relación con el dinero y qué queremos realmente de él.

A partir de 18 claves imperecederas, Morgan Housel nos enseña cómo funciona la psicología del dinero y cuáles son los hábitos y conductas que nos ayudarán no solo a generar riqueza, sino, más importante aún, a conservarla.

«Un libro imprescindible para cualquiera que quiera tomar decisiones más inteligentes y vivir una vida más rica.» **Daniel Pink**, autor de *La sorprendente verdad sobre qué nos motiva*

«Ideas fascinantes y consejos prácticos. Cualquiera que quiera hacerse rico debería tener una copia de este libro.» **James Clear**, autor de *Hábitos atómicos*

«Uno de los mejores y más originales libros de finanzas de los últimos años.» **Jason Zweig,** *Wall Street Journal*

«Housel es de esos escritores capaces de hacer digeribles conceptos financieros de lo más complejos. Este es un libro que se devora de principio a fin y que no solo nos explica por qué tomamos malas decisiones con respecto al dinero, sino que nos ayudará a tomar mejores.» **Annie Duke,** autora de *Thinking in Bets*

La riqueza no es fruto de nuestra inteligencia, talento o trabajo.

Es fruto de nuestro comportamiento.